
Elogio
del riesgo
Anne Dufourmantelle

"¿Qué es una variación? Es un arte y es un riesgo. La neurosis complica, hace formaciones de compromiso, da algo y lo quita de inmediato, negocia: el síntoma es un usurero que espera el pago de una deuda y que lo recuerda constantemente a su deudor. A la neurosis no le gustan las variaciones, sospechando que actúan inadvertidamente con una peligrosa audacia. En música, la variación elabora todo un mundo alrededor de un tema sencillo. Un mundo deslumbrante de contrapuntos, de armónicos ascendentes y descendentes, de intervalos, de composiciones múltiples entre las cuales el arte de la fuga de Bach es uno de los milagros. La variación estira el tiempo al infinito, apela a la memoria (del tema) a la vez que se aleja constantemente; introduce lo nuevo aparentando que obedece a lo viejo (tema-guardián del tiempo), es una improvisación pura que parece apegarse a las reglas antiguas. La variación opera en secreto como la neurosis, pero exactamente a la inversa. Sé capaz de variaciones y escaparás a la repetición. Pues la repetición neurótica es aquello que se presenta (en tu vida) bajo un disfraz siempre distinto y y que, en realidad, obedece a un solo guión, retomando infinitamente el mismo patrón. La repetición en nuestras vidas nunca se anuncia como tal, la combinatoria que regular su trágico equipo no se deja descubrir tan fácilmente; bajo lo aleatorio de lo real (uno prefiere decir: la vida), hay una prohibición de inventar una variante, de escaparse del círculo. El abandono reconduce al abandono, la violencia a la violencia, la melancolía a la melancolía; ¿cómo inventar un afuera?"

Anne Dufourmantelle

# Elogio del riesgo

**ePub r1.0**
**XcUiDi** 26-08-2024

Título original: *Eloge du risque*
Anne Dufourmantelle, 2021
Traducción: Simone Hazan

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1





*A Clara, Gabriel y Maud*

“El riesgo es bello.”
*Platón*

“El instante de la decisión es una locura.”
*Søren Kierkegaard*

# Arriesgar la vida

La vida es un riesgo inconsiderado que nosotros, los vivos, corremos.

Nuestros tiempos se encuentran bajo el signo del riesgo: cálculo de probabilidades, sondeos, escenarios alrededor de los *cracks* bursátiles, evaluación psíquica de los individuos, anticipación de las catástrofes naturales, células de crisis, cámaras; ya ninguna dimensión del discurso político o ético escapa de ello. Hoy en día, el principio de precaución se ha vuelto la norma. En términos de vidas humanas, accidentes, terrorismo, reivindicaciones sociales, es un cursor que desplazamos al antojo de la movilización colectiva y del mercantilismo económico; por lo tanto, permanece como un valor incuestionable.

"Arriesgar la vida" (*Risquer sa vie)* es una de las expresiones más bellas de nuestro idioma. ¿Significará necesariamente enfrentar la muerte y sobrevivir?… ¿o bien habrá, inserto en la vida misma, un dispositivo secreto, una música capaz por sí sola de desplazar la existencia hacia esa línea de batalla que llaman deseo? Pues el riesgo —dejemos por lo pronto indeterminado su objeto— abre un espacio desconocido. ¿Cómo es posible, estando vivo, pensarlo a partir de la vida y no de la muerte? En el momento de la decisión, él escudriña nuestra relación íntima con el tiempo. Es como un combate en el que desconoceríamos al oponente, un deseo del que no tendríamos conocimiento, un amor del que ignoraríamos la cara, un acontecimiento puro.

¿Cómo no interrogarse acerca de lo que adviene de una cultura que ya no puede pensar el riesgo sin convertirlo en un acto heroico, una locura pura, una conducta apartada de las normas? Y si el riesgo trazara un territorio antes siquiera de realizar un acto, si supusiera una cierta forma de estar en el mundo, si construyera una

línea de horizonte… Tal vez arriesgar la vida sea, para empezar, no morir. Morir en vida, bajo todas las formas de renuncia, de la depresión blanca, del sacrificio. Arriesgar la vida, en los momentos clave de nuestra existencia, es un acto que nos rebasa a partir de un saber aún desconocido por nosotros, como una profecía íntima; el momento de una conversión. ¿Será aquel gesto del prisionero, en el mito de la caverna, volteando hacia la verdadera luz, o cuando Kant habla de la ley moral, ese punto de apoyo en nosotros, de universalidad, en el cual nos podríamos basar para pensar y ser libres?

En tanto acto, el riesgo da pie al azar. Lo querríamos voluntario cuando se origina en la oscuridad, lo inverificable, lo incierto. Aquí examino el riesgo en los aspectos que no permiten su evaluación ni su eliminación, bajo el horizonte del no morir. ¿Cómo imaginar que la certeza de nuestro fin podría no tener, de rebote, ningún efecto sobre nuestra existencia? Desde el rincón más lejano de esta certeza sabemos que algún día todo lo que amamos, esperamos, realizamos, será borrado. ¿Y si no morir en vida fuera el primero de todos los riesgos, que se refractara en la proximidad humana del nacimiento y de la muerte?

El riesgo es un *kairos,* en el sentido griego del instante decisivo. Y lo que determina no es solamente el porvenir sino también el pasado, detrás de nuestro horizonte de espera, en el que se revela una reserva insospechada de libertad. ¿Cómo nombrar lo que, al decidir del porvenir, reanima de hecho el pasado, impidiendo su fijación? Pues el riesgo pertenece a una familia acústica, a ese tipo de efecto (Larsen)[1] que hace que el sonido regrese hacia el que lo emite. Cuando se oye *de rebote,* provoca una suerte de inteligencia secreta que quizás sea la única capaz de desarmar la repetición. Lejos de ser un “hacia adelante” (*en avant)* puro vuelto hacia el futuro, entabla con el tiempo y la memoria una inversión de las prioridades, por una suerte de revuelta, de ruptura muy suave y continua. El instante de la decisión, en el que se toma el riesgo, inaugura un tiempo *otro,* como el traumatismo. Pero un trauma positivo. Sería, milagrosamente, lo contrario de la neurosis cuya marca de fábrica es atrapar en sus redes al porvenir de tal manera que moldee nuestro presente según la matriz de las experiencias pasadas, sin dejar ningún lugar a la irrupción de lo inédito, al

desplazamiento, aunque sea ínfimo, abierto por una línea de horizonte. El efecto de rebote del riesgo sería su exacto contrario, sí, sería a partir del futuro un *rewind* que de alguna manera desmantelaría la reserva de fatalidad incluida en todo pasado, abriendo una posibilidad de estar en el presente: lo que se llama una línea de riesgo.

# Eurídice salvada

Eurídice, figura atemporal y ultra-contemporánea, es aquélla que por amor fue buscada hasta en la muerte. Correr el riesgo de no morir plantea la pregunta de saber qué nos hace vivos, pero más aún seres capaces, como Eurídice, de llamar. El mito [2] no habla del llamado de Eurídice, y no obstante este llamado, junto con la vuelta fatal de Orfeo que le responde, es la esencia, creo yo, del vínculo humano. La invocación funda nuestro primer vínculo con el otro desde el origen fetal hasta nuestro fin, atravesándonos y constituyéndonos de otra manera que como meros cuerpos inteligentes, es decir, como seres capaces de este evento apabullante: amar.

*Ella pensaba que moriría a los treinta años. Lo había pensado desde siempre. Una cita no más importante que el dentista, la revisión del coche, los cigarros. Esa mañana, ella lo sabía, sería solamente un poco más definitiva que las demás. Y no saldría de ella, ¡oh, no!, lejos de ella cualquier idea de quitarse la vida, o siquiera de rogarle al azar que lo hiciera en su lugar. Simplemente constataba que tenía una ligera ventaja respecto a los demás: saber cuándo le llegaría la Parca. Claro, una vidente había intentado interceder, se trata de una muerte simbólica, ya sabe, un gran shock emocional, ¡ah, sí!, había sonreído ella, y después es la vida verdadera, ¿no es así? Siempre había tenido hacia los videntes un sentimiento de protección maternal, como si el ir a verlos no hiciera más que confirmar lo que sólo ella sabía. Lo que no había previsto para nada era el miedo. Un miedo pequeñito, surgido así no más, una tarde de lluvia, como cuando uno coge un perro perdido en la calle o un resfriado. Ella había atrapado —¿adoptado?— un miedo. De morir. Esto había pasado unas semanas antes… Entonces fue a buscarlo. Un terapeuta, escogido casi al azar por su voz en la radio que había oído muy noche. Desde siempre sólo se dormía con la radio, era su forma de*

*no haber tenido infancia. Lo cual la ponía en aprietos a la hora de ir a ver a ese señor. Seguramente le pediría hablar de su infancia; mas no había nada de lo cual creyera poder acordarse. No obstante, ese miedo le molestaba, y de cualquier forma morir con tal miedo pegado al pellejo, eso no, no funcionaba. Si iba a morir, prefería hacerlo con gracia y serenidad. Y ni modo si tenía pocas ganas de remendar sus recuerdos, se las arreglaría con aquél que aceptara escucharla. Le quedaba muy poco tiempo, ya era tarde para tomar cartas en el asunto, pero después de todo se trataba sólo de que alguien le ayudara a entender ese miedo que de repente la había agarrado. La vida sería corta para ella, ¿y? Entonces, habiendo averiguado el nombre de ese analista en la estación de radio, había acudido como a una cita ilícita.*

*El psicoanalista estaba demorado, pero finalmente la espera le había permitido amansar la incomodidad de lo que tenía que decirle.*

*La había escuchado. Hasta allí, había que confesar que eso sí se lo esperaba un poco.*

*Y luego le había dicho: "Quizás tenga ganas de vivir, ¿un poco más?".*

*Ella casi se rió, de la sencillez de la observación, su tontería de alguna manera, su suavidad también.*

*—Sí, ya lo había pensado, sabe…*

*—¡Ah!*

*—Cuando uno tiene miedo, es que algo importante para uno está siendo amenazado, ¿o no?*

*Ahora era ella quien interrogaba.*

*—Sí, sin duda, había agregado él simplemente.*

*Luego un silencio más bien reasegurador se había establecido, como una pequeña brisa tranquila en el velamen, una navegación de ceñida. Una vez terminada la sesión, la había acompañado a la puerta, ¿suponiendo que regresaría? ¿La próxima semana? ¿A la misma hora? No había especificado nada. Tenía una suerte de bondad contagiosa, de ese tipo de bondad que lo envuelve a uno socarronamente sin que sepa bien cómo librarse de ella. Pegajosa, no, cortés, sí, no obstante con una pizca de indiferencia. Le pareció que no le había puesto atención a la fecha muy cercana de su muerte. Sólo tendrían tres o cuatro citas. Bueno, confiaba en él, reflexionaría en lo que le había dicho. En verdad ella nunca había pensado las cosas de esa manera, puesto que pasada esa fecha, la muerte venía a prohibir cualquier deseo. Y al tenerla así en*

*la mira desde hacía treinta años, su vida se había parecido a aquellas fotos amarillentas que uno ve como un documento de época, ella siempre había sido pensada en pasado, desde ese punto de anulación que debía ser su muerte.*

*Él no había buscado disuadirla de la fatalidad de esa cita —pues era una certeza— como intentaban hacerlo todos los demás: pero no, vamos, Eurídice, sabes bien que son tonterías, vendremos a brindar el día de tus treinta años, e incluso al día siguiente… Los dejaba hablar, sonreía para sus adentros, de acuerdo, de acuerdo… La verdad es un punto de resistencia a lo real con una fuerza sin igual. Una prueba que tiene valor de test. Hace que lo real se rinda. Y el sujeto que la recibe lo sabe. Eurídice lo sabía también, y no le había pedido a nadie que la protegiera de ello.*

*La siguiente semana él no había contestado el interfono. Ella había insistido y la conserje se había conmovido: "¿Busca al señor X?"*

*"Sí, teníamos cita, y luego había agregado, creo…*

*—Ah, ya veo, entonces no está al tanto… Sería bueno poner una nota, no han podido avisar a todo el mundo, entiendo, pero de todas maneras, ¡no es mi trabajo! Se veía contrariada.*

*—Está muerto desde hace tres días ya."*

*Eurídice se paralizó. Fue como a los ocho años cuando había visto una aurora boreal en Canadá y había creído, ante aquella gran cortina verde que hacía que el cielo entero se moviera, que justo era el fin del mundo.*

*"¿Muerto?*

*—Sí, lo anunciaron en el periódico, el entierro es mañana por la tarde. Puede llamar a su hermana, creo que contesta a sus… pacientes, se atrevió a añadir la conserje después de otra ojeada.*

*—Le agradezco, dijo ella, no hace falta. Es usted muy amable."*

*Y salió del edificio, dándole la espalda al interfono que había permanecido mudo.*

*En la calle, supo que la muerte había pasado de largo, que había agarrado a alguien más. ¿En su lugar? No, ni siquiera. El hecho era que no llegaría a la cita. No obstante, el miedo permanecía, como un animalito, un gatito encargado a sus cuidados. Ahora había que hacer algo con él para que le ayudara a probar la vida. A entender lo que era estar en vida. Evento inimaginable unos instantes atrás. Pensó en un accidente, una salida del camino de la cual se habría salvado*

*milagrosamente. Tendría que cuidar esa vida no devuelta, sino bruscamente dada. Esa vida llegada con ese miedo, con las palabras de él y su muerte.*

A veces ocurre que el riesgo de no morir pasa desapercibido, o casi… Se nos ofrece entonces no como un último recurso (vivir—aún), sino en lo que aparece en negativo como renuncia, en esos momentos en los que no creer en nada es lo único de lo que uno es capaz. La pregunta es, entonces: ¿cómo cambiar de escala? La escala del arquitecto o la escalera de Jacobo, según… Se trata de perder la medida, de abrir el gran ángulo. Dar la media vuelta y enfrentar el pasado de forma inédita. Uno se percata de que frecuentemente la luz viene desde atrás de sí, en ese ángulo que llaman muerto. O bien de una voz que susurra, “voltéate”. Esa voz de vuelta, de la revuelta, la que lo saca a uno de la caverna, del sueño drogado de la depresión y de toda traición, de las opiniones engañosas, para ir hacia lo que no aparece más que como un sueño, puesto que uno cree que la imagen proyectada allí en la pared es lo real, sí, uno estaría dispuesto a jurarlo. Voltear es un verdadero riesgo. Todo allí designa en apariencia la renuncia, el regreso atrás, la obstinación del uno contra todos, es la anamnesis filosófica, es un cierto camino del psicoanálisis, es la locura de creer contra todo dogma que “detrás” de uno hay una reserva de libertad que no se parece a ninguna otra. Y allí, es Eurídice que susurra: en este camino enfrentarán a la muerte, no menos. Si construyéramos micro-filosofías, unos pequeñísimos fragmentos de pensamiento alrededor de Eurídice, ¿nos ayudaría ella a entender cómo volver a subir de la muerte a la vida?

La muerte es quien se arriesga en nosotros, esto es sabido. Tenerla imaginariamente en la línea de mira no nos garantiza el estar más vivos ni amar más. Si el riesgo es aquel evento del “no morir”, está más allá de la elección, es un compromiso físico del lado de lo desconocido, de la noche, del no saber, una apuesta frente a lo que, precisamente, no se puede zanjar. Entonces abre la posibilidad de que sobrevenga lo inesperado.

¿No bastaría con pensar menos dramáticamente, con Spinoza, en lo que nos hace perseverar en el ser? Pensar más bien la paciencia, esa medida del tiempo que, frente a la urgencia, cauteriza las heridas… La paciencia de ser, ese arte sutil, olvidada, parte no

colonizada de sí donde se entremezclan la emoción y el pensamiento, cocina de toda creación. Pero, entonces, una paciencia que no estuviera al servicio de la espera, ni mucho menos de la depresión, del término medio, de la renuncia fatal. Ese riesgo de ser no se planea, no se evalúa. La que sostiene la evaluación de los riesgos es la gran maquinaria económica.

A veces quedan sólo unos instantes antes de que se cumpla el plazo. Y en la intensidad de lo que se vive, es un plus infinito de tiempo. Una gracia, *a Mercy*.

# Minúsculas mágicas dependencias

La adicción es una palabra en boga; su anglicismo le confiere un aura que la palabra “dependencia” ha perdido. Sí, la dependencia tiene muy mala prensa. Se le atribuye una peligrosidad proporcional a su grado de atracción. Tóxica por varias razones, tiene como sustitutos una cantidad de sustancias más o menos potentes comúnmente llamadas drogas (entre las cuales entraría la farmacopea actual de los ansiolíticos), pero también diversas producciones biotecnológicas, fuente de una fascinación inagotable. Todos nos codeamos en secreto con la dependencia, por más que la satanicemos públicamente.

Ser dependiente es estar mal, necesariamente, ya te lo dijeron… Ser dependiente de un cuerpo, de un líquido, de un objeto por lo tanto fetichizado, de un ritual, de un juego, de una pantalla, todo es sospechoso. Y, sin embargo, allí empezamos, en la dependencia más desnuda. Violenta. Y por momentos nuestras angustias, nuestros miedos, nos hacen reencontrar aquel cuerpo de recién nacido a merced del hambre, de la sed, del frío, de la espera, del dolor y de lo desconocido. Las sensaciones experimentadas durante las primeras semanas de vida están allí, intactas, y basta con un momento de nostalgia más fuerte que otro para que vuelvan a asediarnos y doblegar nuestro cuerpo de adulto. El recién nacido está entregado al otro, no sólo a la buena voluntad de sus caricias, del cuidado prodigado con más o menos atención (aquí evito la palabra “amor” adrede), sino también a los estados de ánimo de sus padres, de su posible fratría, de sus nodrizas; de igual manera está entregado a aquello que lo atraviesa interiormente, puesto que en esos momentos que siguen del nacimiento es probable que emocional y espiritualmente no esté tan desligado de la madre y del mundo uterino como lo está su cuerpo. Y cuando nos mira con esa mirada de la que dicen que aún no nos “ve”, ¿qué percibe

realmente? Cuando un adulto maltrecho en su vida afectiva se deja derivar hasta ser un desecho, es aquel cuerpo, el del infante muy pequeño, que habla en él y reclama una atención que ningún adulto puede ni pudo prodigarle.

Este estado de dependencia primaria lo buscamos y le rehuimos con la misma y constante energía. Jugamos a las escondidillas como grandes, habiendo olvidado nuestra infancia en algún lugar en el pasto, las batallas de cojines, los secretos, las escapadas fallidas; de hecho no sabemos bien lo que buscamos en ese calado que se forma entre las caras y la desnudez de los cuerpos, en el entrelazamiento de los paisajes.

Correr el riesgo de la dependencia es hacer una seña de amistad a aquel cuerpo del posparto, pero no solamente esto. También es pensar que a semejanza de la vacuna que inocula un poco del virus para aguerrir al cuerpo, el cual declara y construye entonces sus propias protecciones, más vale dejar crecer nuestras dependencias, como lo haría uno con un jardín a la inglesa conservando las malas hierbas mezcladas con el tomillo y las dalias, e incluso encontrarse a gusto allí. No huir de ellas sino aprehenderlas, prestarles nuestra inteligencia. El amor —aquí me arriesgo a usar la palabra, ciertamente con aprensión— es un arte de la dependencia. Supone pues que uno se arriesgue. Admitir su derrota, su espera insensata, su desesperanza ante el rechazo brusco del otro, dejarse devastar por un dolor del que parece entonces que nunca tendrá fin. Este consentimiento a la dependencia no es una resignación sino que se instala en el alma un veneno fatal que será el lecho de toda depresión futura, como un río retenido por demasiado tiempo que se vuelve pantano. El amor es ese acontecimiento que nos hace capaces de transportarnos en el otro, de desertar de nosotros mismos para elegir al oponente en contra de nosotros. El amor existe a pesar de toda violencia, de la tontería, del estilo, de la envidia, del sueño, también está constantemente a contratiempo. Se encuentra asimismo en el encanto y el asco, una desapropiación de sí, una desmentida. Ignoramos lo que quiméricamente se imprime en nosotros desde las primeras horas de la vida y que resurgirá en tal o cual apego a cierto color de piel, cierto olor, a ese gesto, esa desenvoltura, ese acento, ese movimiento de cadera apenas marcado, ese espaciamiento entre las palabras.

Si la dependencia es la tentación, entonces se le puede reconocer el haber resucitado la figura del diablo. El tentador que hace de Job un hombre puesto a prueba dice nuestra condición humana. La provocación es aquello a lo cual uno puede sucumbir. Quiero decir que aun cuando uno se resiste, si uno lo tiene en la línea de mira como a un enemigo muy especial al que uno dice que no, este rechazo sigue siendo una forma de dependencia puesto que de esta forma él también nos tiene bajo control, obligándonos a pensar en él un poco cada día o incluso a cada instante. Cada uno de nosotros pacta con el diablo a su manera. Mantiene con él una conversación que trata de conservar en el secreto total.

Y luego uno desconoce sus propias dependencias… Podemos saber que somos dependientes, con más o menos remordimiento, a la leche condensada, al grito de las golondrinas arriba de los techos de Roma en primavera, a la adrenalina de una pared rocosa en pleno verano a las tres de la mañana, encordado, a los tacones altos que llevan los tobillos como un asa ligera, a un cierto perfume, a los videos porno, a la miel de lavanda, al color rojo, al mal vino, a las noches en vela, a esa piel que adivino sin haberla tocado aún, a las películas de culto, a la pesca con mosca, al soñar. Pero esto sólo dibuja el paisaje familiar de nuestras adicciones. El resto está en la noche. Nuestra noche de humanidad. La que ningún análisis podrá desalojar sino solamente rozar, quizás nombrar como uno aprendería palabras de un idioma extranjero. Puesto que eso nace en el cuerpo uterino del que no conservamos ninguna memoria, que no obstante nos constituye y nos sostiene.

Subestimar al diablo es peligroso, creer que la tentación se aparta por la sola fuerza de la voluntad es vano, esto por lo menos lo sabemos. Imaginar que responderle sería librarse de ella es ingenuo. El imperio que ejerce la tentación se refuerza tanto con el rechazo como con el acto por el cual uno se abandona a ella. Ninguna salvaguardia de un lado ni del otro. Bien lo saben las bulímicas, así como su pariente anorexiada, tan cierto es que la tentación de acabar con esa hambre que las invade en cualquier momento las deja exangües con un asco por sí mismas que no se libera con un pacto con el hambre, sin importar de qué clase sea. Pero quizás aquí no se trate simplemente de ser liberado…

Depender de otro no es necesariamente entregarse en cuerpo *y*

alma, quizás haya que encontrar, en esos parajes, una ética “débil”, Un pensamiento minimalista, uno que se fijara en los detalles, en las coyunturas, en las señas minúsculas de consentimiento de las que somos capaces en nuestra conversación con lo real, y en ese momento inventar eras de micro-dependencia, pequeñísimos paisajes de muy violentos apegos, con algunas burbujas alrededor, tan ligeras como alas de libélulas.

# Esclavitud voluntaria y desobediencia

La esclavitud nunca habrá sido tan voluntaria como ahora. ¿Cómo llegamos a este punto? A querer nuestro avasallamiento por fuerza, a amar nuestras ataduras, a considerar con indulgencia jerarquías, obediencias e imposiciones amarradas por nuestro bien alrededor de nuestras vidas como listones de colores destinados a hacernos olvidar el candado de hierro que las encierra.

Desde luego que esta esclavitud tiene prestanombres bien escogidos, así como ya no se dice “una muchacha” ni tampoco “una señora de limpieza” sino “una ayudante a domicilio”, se habla de normas de seguridad, de vigilancia pública para una vida más apacible deseada por todos, de protección jurídica acrecentada, de reglas de precaución elementales. Se habla de vivir mejor, de ergonomía, de no contaminación, en pocas palabras, de seguridad máxima. ¡Ah!, claro, somos libres… Para empezar, libres de no suscribirnos. Es como la eliminación del deducible (tan bien nombrada),[3] un cálculo permanente de probabilidades que rápidamente da migraña, y por eso pones tu firma, escuchando esa vocecita que te lo sugiere. Es de buen gusto predicar la desobediencia y en los actos ser bien portado, paciente, ciudadano desenvuelto mas no desagradecido de una democracia que hace lo que puede. “Con un siglo de adelanto, Jarry determinó aquello de lo que nuestro mundo exige la liquidación: mi singularidad, el amor y los sentimientos imperiosos. Pero, escribe Annie Le Brun, también previo de qué manera monstruosa se procedería, *fabricando almas”*.[4]

Correr el riesgo de desobedecer supone la capacidad de obedecer, con una obediencia otra, si me puedo expresar así, bajo otras latitudes que las del yo consciente. De otra manera, la desobediencia es solamente caprichosa, hecha de bravatas y de

actos irreflexivos motivados por pulsiones más o menos justificadas a posteriori. Obedecer es primeramente poder hablar. Haber ingresado en la gramática de una lengua, haberse adherido a sus códigos para subvertirlos mejor, hacer al revés el camino que va de Joyce a *El arte de conjugar (Bescherellé).* El idioma es el primer lugar de nuestra desobediencia, es la aritmética no cifrada de una memoria, de una civilización, de un arte de vivir, de una transmisión, la primera condición de nuestra posibilidad de desobediencia. Como toda ética verdadera, abre muchas otras vías de paso, pero primero una cierta relación de alteridad consigo mismo. Entender que obedecer es pronominal, *self obedience* dicen los ingleses, fabricando aquí una palabra que le falta a nuestra lengua. Obedecer a sí sería respetar que no somos enteramente subjetivos, que el yo es sólo una parte de nosotros que ciertamente nos gobierna y funda nuestra identidad. Pero hay experiencias que no requieren del consentimiento del sujeto, "suceden" y nos suceden, eso es todo, y estamos en ese lugar sólo por un instante, un acontecimiento de este mundo. Obedecer a sí es reconocer que existe un lugar inalienable no totalmente contenido en lo subjetivo. El fuero interior, en la Edad Media, designaba quizás pero con colores claramente espirituales, ese espacio "otro" en el interior de uno que, incluso bajo tortura, no podía rendirse, quiero decir que incluso confesándose uno no podía ofrecer al verdugo ese lugar inconquistable, universal, de su libertad.

¿Acaso la desobediencia no es más que una obediencia segunda en el sentido kierkegaardiano? Lejos de las lealtades ciegas que nos convocan a la renuncia y a los términos medios. Tal vez habríamos de empezar desde allí… hacer acto de esa obediencia a sí que permite poder decir que no. Somos humanos porque somos seres de lenguaje y de promesas, pero en alguna parte también estamos inmersos en la experiencia inmanente del mundo. La desobediencia es una travesía de los espejismos. Una forma de salir de las obligaciones silbando, porque uno aceptó perderlo todo, incluyendo la vida. Sí, hay una suavidad de la insolencia que es más fuerte que toda tiranía, pero ésa incluye la desenvoltura del humor. Frente a lo ineluctable, aún queda el chiste. Otra respuesta es posible, se puede dar un paso lateral, sin importar dónde se encuentra uno. Desobedecer es uno de los mayores riesgos, pues el cataclismo que

desencadena está fuera de proporciones respecto a aquello a lo cual se opone. Allí donde la resignación es exigida, aún es posible, no moderar, no argumentar, sino simplemente optar por un “no”.

# En suspenso

“El deseo es el conocimiento diferido, pero visible ya en la impaciencia del suspenso en el que se mantiene.”

Michel Foucault,
*Historia de la sexualidad*

Estar en suspenso es detener el aliento. Y mirar lo más atentamente que se puede lo que simplemente está allí, lo que se le ofrece a uno en la presencia de las cosas.

La puesta a prueba está en este equilibrio conquistado en el vacío, ya que se puede romper en cualquier momento. El funámbulo corre el riesgo de una caída, sobre todo cuando se inmoviliza, cuando se ejercita en mantenerse allí, casi sin moverse. Es su propio impulso que retiene y que, sin embargo, le podría devolver la estabilidad. Como buen funámbulo, prefiere intentar ese milagro de un suspenso apoyado en la cuerda. Se podría decir que espera — pero es otra cosa. La suspensión no es un tiempo detenido *antes* de que ocurra algo, sino que es el suceso mismo; la entrada en ese tiempo íntimo donde en realidad la decisión ya fue tomada sin que nadie lo sepa aún.

Correr el riesgo de estar en suspenso, entonces, es un tanto acrobático. Uno admira, en el trapecio, la fuerza y la elasticidad de los que abren sus brazos en el vacío, y su forma particular de intentar el salto. Una mirada breve al despegue. En cuanto a la filosofía, las cualidades esperadas son las mismas… Sólo que no hay toldo, ni trapecio, ni nadie que nos rescate tras la caída; avanzamos a tientas con una cierta idea de la verdad para delimitar el ruedo. Suspender el juicio, de Grecia a Descartes, éste es el momento de la crisis, el lugar de la *épochè.* Del filósofo mismo. Estar suspendido en

un balancín conceptual sin realmente tocar tierra, y elegir el *no*… Juzgar, decidir, actuar. Todavía no, no inmediatamente. Quedarse el máximo tiempo posible en esta postura insostenible que internamente le ordena a uno estar en espera… Y no fiarse de ningún concepto prefabricado, predigerido. Estar lo más lejos que se pueda del pensamiento cuajado en posturas, en respuestas, en certezas, y no obstante pensar.

El suspenso es una negación de la actitud que sería la acción misma, como lo han descrito tan bien las civilizaciones del extremo oriente. Suspender no es esperar, no es diferir por miedo o indecisión. No implica el pasaje al acto sino que también puede borrarse, disolverse en su propia retirada. Ya es acontecimiento en sí, en su "no acción" efectiva.

Del lado de la cámara, es la congelación de fotogramas. Función: pausa.

¿A qué nos arriesgamos cuando suspendemos una decisión — una boda, una fechoría, unas ganas de azúcar, una decisión de morir? ¿Acaso apostamos a que sobrevendrá otra cosa, que una determinación interna, una suerte de movimiento lento de báscula, arrebatará nuestro ser en una trayectoria imperiosa? Los dados están lanzados y quisiéramos ser despojados de la suerte, títeres más o menos alegres en un mundo de tontos. El suspenso nos hace dudar de nuestra identidad misma, nos dice Descartes en las *Meditaciones.* La duda es el acólito del suspenso, su enterrador, su mensajero. El sujeto que duda se arroga el derecho de no creer lo que ve, de examinar aquello mismo de lo que duda, de rodear el territorio enemigo. ¿Será que suspender la facultad de juzgar ofrece el mismo refugio, o sólo es una maniobra inconsciente para diferir un plazo cierto? Si la duda es la realización misma del pensamiento *y* no sólo una estación de clasificación que decidiera de lo que se debe conservar o no, pensar o no, entonces tenemos que aprehender un modo de estar en suspenso que sea aún más ligero, metafísico, turbador que toda creencia.

Recordamos que ésta es una de las funciones de la idea estética según Kant: a través de ella, la imaginación violentaría el entendimiento forzándolo a "pensar más", aunque este *plus* de pensamiento nunca pueda ser captado en un concepto adecuado, como lo dice en la *Crítica del juicio.* [5] Si la idea estética

manifestada en una forma sensible es, por su parte, indisponible, es porque no se le puede hacer corresponder ningún contenido de conocimiento determinado. ¿Será la idea estética, que moviliza una emoción que se supone engañosa, una puesta en suspenso de lo verdadero? Cuando una idea toma cuerpo, ¿podrá el riesgo representado por ella sola despertar en uno un vínculo diferente con lo que, comúnmente, llamamos lo real?

En nuestras latitudes, lo imaginario despierta en general una desconfianza secular. Se lo reduce al estado de función subalterna, de evasión con rebaja para mentes cansadas. Uno se evade, dicen, en el imaginario. Y en las páginas más bellas de Pascal sobre la diversión, sigue siendo bajo los atractivos de la evitación de sí, de la huida lejos del mundo y de los espejismos del apego, que se presenta la facultad de imaginar. Pese a todo, en este “suspenso” del imaginario se despliega la creación como función creadora y no únicamente, como se cree demasiado, en su capacidad de producir ilusiones, quimeras, denegaciones. En nuestra relación con la imaginación y la opción de suspender el juicio, es la voluntad que se encuentra imposibilitada para pasar al acto y debe sentir, en ese paso del funámbulo que evoqué más arriba, una pasividad que sería su esencia.

Acabar con la creencia de que el sujeto “se” reencuentra y se construye en una decisión inmediata es peligroso. Se toca a la armadura de nuestros mitos, a la raíz misma de lo político. La idea de que la acción reconstituye al sujeto en una unidad es una gran ficción, pero es atractiva. Nos gustaría tanto reconocernos en nuestros actos, nuestros juicios, nuestras afirmaciones. Mientras que es la metáfora, la imagen desdibujada, la incertidumbre que mejor nos describe. Estar en suspenso es volver a la penumbra, a un punto de relativa ceguera, y de cierta forma mantenerse allí. Porque al mantenerse allí aparece otra cosa, otro límite, otra orilla.

Cuando el sujeto no cede a los espejismos de la intencionalidad e intenta liberarse de su acto, de sus proyecciones, de sus movimientos identificatorios, logra, en cierto sentido, hacer que la subjetividad misma se rinda. Es una suerte de universalidad que se experimenta en este umbral. Si el paso del funámbulo se suspende así tan cerca del vacío, quizá ya no sea tanto el de un personaje que camina sino de un cuerpo entero devenido equilibrio. La suspensión

del juicio es difícil y muy artificial, es un ejercicio agotador porque lo que amenaza con llegar allí al encuentro del sujeto es ajeno a su naturaleza. No soluble en su identidad, llegándole del borde no familiar, no domesticado de lo real. Esto que la neurosis ordinaria aborrece, pues su movimiento principal siempre consiste en devolver lo desconocido a lo conocido, a cualquier precio. La filosofía, por ser por esencia el primer espacio del cuestionamiento, es un arte del suspenso.

*"Dígame lo que debo hacer. Ya no sé, ya no entiendo nada, me obsesiono, ya no duermo, ¿qué debo hacer? Respóndame… "*

*El silencio del analista abre un suspenso. No es una no respuesta ni una desestimación, sino un compromiso de no resolución de un acto, la invitación a arriesgar más allá, a tener dentro de sí unas contradicciones insoportables y volverlas vivas.*

*—Usted no contesta… pero, ¿por qué me dirijo a usted, entonces? ¿Para qué vengo acá cada semana a tropezar con su silencio? Y, sin embargo, si usted no estuviera aquí, yo no me tendría en pie. Quisiera tanto que me indicara una vía un tanto clara, un horizonte…*

Suspender es también lo que intenta el analista. No juzgar sino dejar que resuene en él la palabra del paciente, sus sueños asfixiados, sus esperas devastadas, sus renunciamientos, entender la tiranía bajo la queja, la invasión del llanto bajo la alegría aparente, el terror ante lo desconocido, una *y* otra vez. En este suspenso de dos se da la vuelta a los límites ordinarios del yo en un espacio más vasto donde no existe ninguna necesidad de decidir sino de dejar advenir. Suspender, sí, pero juntos. En un espacio común protegido por un instante, donde no se trata de decidir ni aprender ni esperar, ni sobre todo de renunciar. Y dejar que se desnude el hilo de una verdad que no podría ser exigida, menos ser objeto de un tráfico o de una deuda. Una verdad simplemente resaltada llegando como una carta que nos puede llegar algún día. Lo "suspendido" es contiguo al espacio de la carta de amor, al retiro interior, necesariamente espiritual, sin importar lo que se designa con tales palabras. ¿Cómo correr el riesgo de proteger esto sin precipitación ni violencia? Rezagarse allí donde se mueve el pensamiento, es decir, también la emoción. No destruir nada, observar, pacificar. Dejar que se despliegue el pensamiento, explayarse, deshacerse de

sus escorias. Entonces el mundo se aliviana.

# Arriesgarse a la pasión

La pasión sólo se cura con pasión.

Charles Fourier,
*El nuevo mundo amoroso*

No se suele recomendar la pasión. Y, no obstante, cada quien la acecha, y cada uno en secreto quisiera ser presa de este mal mortal. Ruina de la familia, destrucción de una vida de amor lenta y verdadera, pequeña fábrica del espejismo amoroso, fuente tóxica de apego, huella ilusoria, maquinaria del deseo que se quiere eterna pero se revela efímera, esencialmente narcisista, la pasión ha sido en todos los tiempos acusada de todos los males, y esperada en secreto por todos.

Y, sin embargo, al inicio cada uno de nosotros corre ese riesgo, tan paralizada está nuestra voluntad cuando el efecto conjugado de la carne y del corazón trastorna todos nuestros afectos sin posibilidad de escape. Por lo menos nos aparece y nos embarca en su extraño ballet de desconocimientos: dime quién soy y te amaré… esta verdad que uno espera del otro es un arma de doble filo.

Entonces, si la pasión se revela inevitable, ¿en qué consiste su riesgo? Ella es una apuesta en la que uno de los dos términos se nos escapa y lo encomendamos al azar, a la suerte o a cualquier otra cara de lo imprevisible. Dicha apuesta rebota hacia nosotros y nos convoca, quiero decir que nos agarra en un precipitado de tiempo y de acto donde se concentra todo nuestro ser, en una intensidad sin parangón. Esta intensidad es el nombre en bruto de la pasión. Uno la puede rechazar, volver a cerrar el capítulo del libro entreabierto por Alicia, no correr detrás de ningún conejo blanco y volver a la vida cotidiana; es muy fácil —telón. Pero una vez entrados en ese

movimiento donde todo lo que se vive adquiere un relieve diferente, se vuelve imposible regresar al idioma que uno utilizaba antes, ya ninguna palabra tiene el mismo sabor, el mismo sentido, ya no se tiene el mismo cuerpo, la misma hambre.

La pasión es la sustancia misma del riesgo. Es ese resto de pasividad dentro de nosotros que se aloca al contacto de la abrasión; con la posible vuelta de la noche en luz, del hielo en torrente, del silencio en grito, es nuestra capacidad de imaginar, de sorprendernos, de decepcionarnos, impresionarnos, deshacernos por algo en nosotros que nos lleva a amar aquella piel, aquella mirada, aquel acento, cada detalle de aquel ser que se mueve ante nosotros, breve aparición de la vida desnuda.

La pasión, etimológicamente, viene de *passio,* sufrir o soportar, del hecho de que sentir esta pasividad en el punto cardinal de nuestro ser es también aceptar ser dejado en lo desconocido, perder nuestros puntos de referencia y a veces hasta nuestra identidad. Uno puede elegir su camino, pero el viento no se deja mandar. Uno intenta dominar su corazón o por lo menos los actos que derivan de él. La mayor parte del tiempo, nos basta con creerlo.

Elie During lo dice de forma admirable: “Si bien el amor nunca fue lo que hace ‘uno’ de dos seres, sino al contrario, es lo que los desune el uno del otro y a cada uno de sí mismo, tiene por condición la imposible coincidencia consigo mismo en la que se conjugan el deseo y la muerte”. **[6]** Todo es cuestión de consentimiento, de rechazo. De esto somos responsables, decir sí o no. Y, ¿cómo amar y nunca olvidar que hemos amado? A pesar de las traiciones, las faltas, las denegaciones, la nobleza, la generosidad, sí, hasta en el dolor. Mantenerse allí. Esa luz que es puro encanto… como la alegría, uno puede entrar allí y no dejarse afectar. La pasión no es la posesión. Es adherir a un movimiento que nos despoja y nos revela a la vez. Contrariamente a las ideas preconcebidas, hay una verdad terrible en la pasión. *A sharp edge.* Aceptar lo inadecuado, lo desfasado, lo desigual que habita toda fusión y se libera de ella, pero para aquél que realmente se entrega, se trata de un nacimiento.

Abandonarse, ¿quién de nosotros es capaz de ello? Quiero decir verdaderamente, por una vez en su vida, sin reserva… Abandonarse supone un otro al cual abandonarse, otro que no pide tanto, que

tiene miedo también y se protege. Abandonarse es encarar el abandono, ese miedo agazapado en el fondo de nosotros que nos acecha sin nunca soltar prenda. Ilusión, ¿pero de qué? ¿De las promesas del "para siempre", de la fidelidad? Sí. De la vida tranquila, del olvido, de la violencia contra la familia, sí. La pasión tortura, en ella la espera adquiere cualidades infernales, la demora se presta a mil imaginarios, todo incumplimiento del otro es un terror posible donde ya se filtra la traición. Pero la vivencia que ofrece tiene este precio: exorbitante.

La pasión nos haría retornar a la antigua oposición "naturaleza-cultura", a lo primitivo tal como lo describe Kierkegaard, al terror sin lenguaje, inapropiado, al salvajismo, como si en el fondo el asesinato y la pasión siempre hubieran estado en contubernio. ¿Y si, por el contrario, la pasión nos hiciera libres, *break us free*? ¿Si, a la inversa, nos elevara, en el sentido de una educación paradójica del alma, y que esto fuera extremadamente inquietante? ¿Si nos convocara al refinamiento, a lo amable, al instante, a la sabiduría del cuerpo, a rendir gracias por lo que es dado más bien que a lo que es debido, si fuera un valor de intensidad más que de ansiedad, de penumbra más que de día? Si nos llevara a transgredir nuestras promesas, nuestros apegos, nuestros principios morales, y nos condujera a herir a los que amamos, esto es lo más doloroso. Entonces, muchas veces preferimos renunciar, y voltearnos.

*Ella no había parado de hablar y de llorar. Sus palabras desaparecían en su llanto y todo salía revuelto, borroso, con una impresión de atolladero inverosímil. De papilla dulce y empalagosa. Se recostaba en el diván y hablaba casi sin respirar, hablaba de él sin parar, de la falta a reventar que él le hacía, interrumpiéndose por momentos por un segundo para decir de repente, semi-volteada hacia el analista, apoyada en un codo, "no puede comprender, todo esto no sirve de nada", y luego se volvía a acurrucar en el terciopelo usado, voz alocada. Hablaba de ese hombre que la había dejado por razones que ella encontraba absurdas, y no obstante decía que no volvería, que lo irrisorio mismo de esa razón hacía el reencuentro imposible, que todo se había echado a perder, definitivamente. Nada más era imaginable. En esa ruptura, ella era pura reverberación del dolor de la falta. Las sesiones transcurrían así hasta que un día, el psicoanalista notó en su*

*ventana una paloma torcaz de una belleza particular. Se absorbió en la contemplación del pájaro mientras transcurrían el sufrimiento de ella y la imposible sutura de ese amor destrozado. Fue por eso que no oyó las últimas palabras pronunciadas. A partir de allí, ella se quedó callada, liste silencio brusco lo perturbó. Rápidamente buscó reconstituir lo que ella había dicho justo antes, y no encontró nada. Volvió a la paloma torcaz, que había volado. Y ella no lloraba, no decía nada.*

*Petrificado, ya no se atrevía a mirarla. Sobrenatural era ese silencio. Pero, ¿qué había dicho, por fin, que hubiera podido acabar con esa ventisca sobre fondo de guerra perdida?*

*Se quedó, por lo tanto, en silencio él también.*

*Seis minutos pasaron, cada uno de los cuales contó triple. La torcaz ya no aparecía, el analista la acechaba como si su reaparición hubiera podido devolver a su memoria las palabras perdidas en una atención no solamente flotante, sino sobre todo desviada por un animal con un tenue ribete blanco y que sí tenía el privilegio de escaparse arriba de los techos.*

*"Ya no me amaba, creo".*

*Su voz ya no era la misma. Parecía emergida de una inmensa tristeza, acarreando con ella un fondo de llanto blanco pero claro, articulado, preciso.*

*—Lloré un fantasma, un amor que ya no existía. Hubiera muerto por él. Traía en los bolsillos piedras para ahogarme. Mire, conservé una.*

*Sacó de su bobillo un guijarro de talla mediana, un poco irregular, como los que se encuentran en Bretaña, gris claro y blanco. " Tengo muchos de estos, ¡oh!, tal vez no hubiera sido suficiente, pero con el frío y la noche, ¿verdad? ¿A quién habría dado todo ese amor, podría decírmelo*

*El analista anonadado apenas osa respirar, le cuesta trabajo creer lo que oye, no reconoce nada, es como una frecuencia prohibida en radio, con señales acústicas desconocidas. Esta mujer, su paciente desde hace nueve años, ya no sabe quién es… Repentinamente todo está borrado, su historia, sus llantos, su pasión loca y devoradora que no la dejaba vivir. Él sólo piensa que el pájaro ya no volverá, que ella tampoco; que no entendió nada, no oyó nada. Que algo inaudito pasó en ese lapso —¿unos minutos, segundos?— en el que se ausentó en la contemplación del pájaro. Que la palabra a veces puede voltearse de repente, y con ella la libertad.*

Cada uno de nosotros espera la pasión, cada quien la espera y le rehúye, sin cesar de llevar sus defensas al encuentro de este enemigo imaginario que nos hace renunciar a todo por una esclavitud violenta. Inextinguible. Horas pasadas esperando, llorando, deshaciéndose. Hay una suerte de deslumbramiento del que uno no vuelve. Una cualidad de presencia que Virginia Wolf, en su novela *Al Faro,* transcribe casi a ciegas, como una polvareda ligera y luminosa de la vacuidad, cosas en superposición, en el horizonte, capas ligeras de insomnios, piel contra piel, olvido, sueño, memoria, vida infundida en alta dosis.

Uno quiere la intensidad sin riesgo. Es imposible. La intensidad es el salto al vacío, la parte de inédito, lo que aún no ha sido escrito y que no obstante en nosotros está en espera, de precisamente esto. La pasión es una disposición que nace en nosotros desde la infancia, que uno puede dejar crecer o disminuir pero nunca alterar totalmente. Ella exige como el caballero de la fe kierkegaardiano un pasaje al infinito, una hipérbola. El camino no está definido, ni el cómo, ni el uso, ni la razón que sabría guiarnos. El amor alberga tales riesgos. Y, no obstante, cuántas repeticiones se codean allí… Porque después, tan pronto después del primer vértigo, el miedo toma el relevo, luego es sólo una recuperación que necesita más o menos tiempo para constatar la derrota de los sentimientos. Entonces… ¿habría que dejar de creer en los renunciamientos, en las coartadas, las promesas, los espejismos, y no obstante amar? Saber que el deseo es el que quiere, todo el resto se organiza alrededor, más o menos en secreto. Y el deseo se pega al cuerpo, pero a un cuerpo fuera del cuerpo que es tanto alma como cuerpo, imposible de unir en palabra, en visión, en acto. Ningún pacto puede fijar el límite o la duración de tal deseo, sino el sexo que no se agota en el goce ni en la repetición. ¿Quién querría esta liberación?

Pero hay otra pasión, o por lo menos un evento que fue llamado Pasión, es la de Cristo. Una pasión que es la de la encarnación, de un dios hecho hombre. ¿Acaso aquí la Pasión designa el martirio, el cuerpo torturado de aquél que se dejó condenar y traicionar por su amigo? ¿O es otro acontecimiento que se designa con este nombre, que desde la humildad y la traición apuntara hacia la posibilidad de lo más sagrado, en el consentimiento a un más allá absoluto?

Seamos creyentes o no, esta Pasión pertenece a nuestra memoria, a nuestro vínculo con el mundo y el lenguaje. Toda pasión, en este sentido, paga su tributo a aquella otra escena, crística, que nos propone una vuelta del salvajismo en gracia.

# Dejar la familia

La familia burguesa ha encontrado, desde los esfuerzos conjugados del código napoleónico y de la filosofía de Hegel, la justificación de una ética fundada económicamente y la seguridad de su perpetuación. Desde el simple contrato social que asegura la cohesión de la especie y del nombre hasta la transmisión de un patrimonio y de una cultura, la familia se ha visto, de guerra en guerra, cargada de un ideal cada vez más marcado, donde lo que uno insiste en llamar “el amor” se mide con hechos precisos y compromisos pesados. Al parecer, los tiempos han cambiado desde aquel entonces. Pero, ¿no será que a medida que los lazos se vuelven de hecho más libres, el ideal se ve cuajado? ¿Y que cierta idea del amor se ve perpetuamente prorrogada bajo los auspicios de la familia? Fundar una familia sí sigue siendo el compromiso supremo. Nos prosternamos en el altar de una eternidad inmóvil donde el príncipe azul estrecha a Blancanieves, bajo un cielo de plomo y la promesa de los enanos llorones, de que tendrán muchos hijos. Aplaudimos. *Gala* y *VSD* han sustituido al tío Grimm, pero nada ha cambiado o casi nada. Dejamos amor e hijos pero no se abandona a la familia, nos perpetuamos entre nosotros, artistas o médicos, y a pesar de todo nos aplicamos a lubricar adolescentes eternos, pequeños clones seriamente dedicados a replicar a sus mayores.

Dejar nuestra familia, nuestro origen, nuestra ciudad natal, lo ya visto y la seguridad de una familiaridad sin fractura, ¿qué vida singular no tiene este precio? El precio de ser infiel a lo que nos fue, no transmitido por amor sino mandado, psíquica y genealógicamente, so pena de destitución. La prueba iniciática de un segundo nacimiento permanece más que nunca necesaria. Debemos partir, deshacernos de nuestros códigos, nuestras pertenencias, nuestro linaje. Toda obra tiene este precio. Y todo

amor, creo yo. La depresión es el reverso de tal separación. Es no poder desprenderse, deshacerse, quitarse el lastre a tiempo, abandonarse a estar en otra parte para arriesgar la vida.

Dejar la familia es también hacer el duelo de un lugar de origen al que uno pertenece de derecho o incluso de hecho, un lugar que tiene las llaves de nuestra apariencia íntima, de nuestro reconocimiento. Este patrón respecto del cual evaluamos por desgracia todo el resto nunca restituye lo que se perdió (una infancia, un primer amor), es decir, el mantenimiento de una deuda a la que nada más se compara. Nada será dado que llegue a enjugar esa espera, el veredicto será negativo, es Kafka devuelto a su recámara, lejos de Felice.

Dejar a la familia abre al riesgo del amor. A aquel frío en el corazón. Pues el amor no es un nido calientito ni esa maraña de odio y envidia que forma el entrecruzamiento de ramitas en el que uno busca acurrucarse. No, el amor es helado a veces. Viene con su dosis de irreparable, de heridas, mordeduras, celos y perdón, espera, soledad; todo lo contrario de lo que se suele llamar *amor* viene también *con* el amor. Esta libertad ganada a expensas de los lazos de sangre puede llevarnos a querer a personas de la familia, pero desde *otro* lugar, no más desapegado sino libre de esa deuda que ordena obediencia y nos hace consentir a toda violencia. El riesgo de dejar a la familia es un elogio irrealizado de la fuga, del alejamiento, del paso al lado. De lo que en nosotros es capaz de estar desorientado.

¿Por qué la familia es tantas veces un infierno del que perdonamos todos los nuevos comienzos y del que buscaremos toda la vida, a pesar de todo, la huella singular, el sabor? ¿Qué hay que creer entonces? Somos habladores, hechiceros mediocres, nos da miedo ser abandonados, entonces nos creamos refugios para luego destruirlos mejor, abandonarlos, dejarlos morir. Dejar la familia no tiene un fin, excepto recrear amistad e inteligencia con los lazos de sangre; es un movimiento sin remordimientos, encarnizado, un poco loco, para encontrar en otra parte lo que nos convierte en seres capaces de amor y de alegría, liberados de los escenarios de un pasado fuera de la memoria.

# Olvido. Amnesia. Liberación

> "De esta manera seguimos avanzando con laboriosidad, barcos contra la corriente, en regresión sin pausa hacia el pasado."
>
> Francis Scott Fitzgerald,
> *El gran Gatsby*

Acordarse es olvidar. Estamos en una época amnésica que reverencia la memoria como jamás se había hecho antes. Digitalizada, formateada, adulada pero bajo licencia de explotación, se la quiere proteger a toda costa, construirle altares y poder usarla. Todo es pretexto para luchar contra el olvido: museos, fundaciones, archivos, grabaciones, publicaciones póstumas; cualquiera que sea el medio usado para exhumar, posfechar, reencontrar, fechar, clasificar, se volverá una necesidad. Más que nunca nuestra civilización busca poner a salvo en la memoria de forma definitiva *y* tecnológica, tanto sus traiciones y omisiones pasadas como su gloria. Todo intento de borrar es sospechoso, toda distracción también, y la desaparición definitiva de un indicio, o incluso de un recuerdo, es más grave aún. Esta causa se extiende hasta en el psicoanálisis, donde existe el entendimiento de que nunca se olvida nada… en algún lugar de la cámara oscura de nuestra memoria, se dice que todo permanecerá grabado. Aquello nos será devuelto, sigamos esperando, acabaremos hasta con el olvido. Porque existe en el borrar la marca de una falta estéril, de una inconsecuencia grave. Sí, esta posibilidad de olvido —de nosotros mismos o del mundo— nos es cada vez más imposible de soportar. Nos enfrenta a nuestra incapacidad para sacar lecciones de la gran historia, o incluso de la pequeña, la nuestra… como si el olvido permitiera que se repitieran sin fin los errores, las faltas, las cegueras que presiden

a los crímenes. De alguna manera el olvido legitima nuestra amnesia culpable, y la repetición que autoriza forma una extraña letanía.

El olvido es admitido en la primera infancia; aquel pasado, lo abandonamos con fastidio como una madre agobiada puesto que, de aquellos primeros tiempos, no nos queda nada más que fragmentos de recuerdos alterados, descompuestos y luego recompuestos artificialmente para fabricarnos un pasado aceptable. Nietzsche escribía: "Se graba a fuego lo que se quiere que permanezca en la memoria: solo lo que no deja de doler se queda en la memoria". [7]

Hoy en día hay una urgencia de salvaguardar. Todo, lo que sea, pero por lo que más quieran, que no se pierda. Vamos, un esfuerzo más… No sólo tenemos que auxiliar las especies amenazadas en el planeta sino que somos llamados a luchar como una armada yaciente contra el menor olvido. Hay que comprender… El olvido es un golpe al esfuerzo de memoria, esta memoria que la humanidad se debe supuestamente a sí misma. Mágica ficción. Utopía contra desastre. Con el pasado como una herida abierta que esta humanidad, la nuestra, quisiera archivar en un movimiento sin fin, recabando testimonios de genocidios, de atentados, de violencias inauditas, rescatando del silencio el destino de los sacrificados. Este deseo de archivos es importante, es efectivamente un deber de memoria, pero ningún "dolor de archivos" nos eximirá de la responsabilidad, tanto colectiva como individual, de lo que ha pasado. La lucha contra el olvido se ha extendido de manera preocupante a toda función de salvaguardia, evitándonos quizás un vínculo diferente, silvestre, con nuestro pasado. La culpabilidad globalizada y barata de eventos caducos, vuelta insípida por los discursos mediáticos que los van turnando según los aniversarios, opaca la diversión que en el sentido pascaliano se apodera de una civilización perseguida por su pasado pero que baila sobre sus muertos.

Somos, se supone —ya está levantada el acta de acusación— culpables de no memoria, de auto-posesividad: por el nombre, la identidad, la rastreabilidad genealógica, la dirección, el medio. El olvido mete desorden, uno podría llegar al extremo de olvidarse a sí mismo… En la mira de la conciencia social, moral y personal, el olvido es tratado como una suerte de zona franca sospechosa, a

imagen de esos países que albergan bienes provenientes de capitales dudosos. Sólo son toleradas amnesias juzgadas políticamente indispensables.

El olvido se nos va de las manos como la arena o el humo, impide la clausura, la certeza. Tiene extrañas proximidades con el éxtasis. El olvido preocupa al sujeto por todo lo que lo sostiene, sus objetos, rituales, certezas, hallazgos. Tiene con la muerte afinidades caprichosas, como el borrado de los rasgos, de todo lo que constituía una existencia. Señala hacia el lugar sin fondo del que venimos, nos recuerda que a escala de cuatro generaciones, de una vida queda en el mejor de los casos una anécdota, un escrito, una foto de mala calidad, y muchas veces nada. ¿Habrá que acordar entonces que al borrado se responda con el borrar?… Olvidar es un verbo. Tan paradójico como pueda ser, puesto que justo viene a restar a la inteligencia parte de su pasado para ofrecerle la noche. Olvidar abre un espacio de disponibilidad a lo inaudito, a algo cuya espera no fue salvaguardada pero que no obstante nos será entregado.

*Se le había olvidado su nombre, su vida. Su memoria había sido aplastada en la lámina arrugada de un accidente de coche que había matado a la mujer que amaba (esto le habían dicho). Había algunas fotos de ella en el departamento donde habían vivido, que no evocaban nada para él fuera de la admiración que podía tener por esa belleza tan natural hecha pedazos. Por lo demás estaba ileso, como dicen. Habría preferido perder un pedazo de su cuerpo o tener una cicatriz en la cara, algo que por lo menos atestiguara el choque que lo dejaba sin pasado, peor que un nacido por parto anónimo. Un adoptado puede al menos soñar a su familia o pensar su desgracia, fabricarse una historia, esperar que algo llegue; se desenlace, se revele. Él no tenía más que archivos dispersos para fabricar un mal guion. Unas fotos en dos álbumes más o menos inacabados formaban un collage de una vida de pareja a la cual no entendía nada, un primer matrimonio sin hijos, y luego esa mujer al parecer amada, muerta a su lado, una belleza de otra época, cabello rubio muy claro, el cuerpo dislocado, nada que llegara a evocarle un sentimiento, una emoción, un inicio de reconocimiento. Había tenido una profesión, sus papeles lo atestaban: arquitecto (no estaba mal…) de jardines (extraño), incluso especializado recientemente (según sus últimas facturas) en el dibujo de los recorridos de golf, lo que hoy le*

*parecía tan absurdo, ni siquiera sabría de qué extremidad agarrar el bastón de golf. Lo derivaron con una terapeuta. Para pedirle ¿qué?… ¿Que le devolviera las emociones que sabía irrecuperables? ¿Para intentar volver a pescar imágenes desaparecidas, una por una, pacientemente, retomando cada indicio de su pasado, o reinventarse unas nuevas? ¿Para ayudarle a conectarse a algo, sin importar cuán ínfimo, que hiciera huella, una incursión en las aguas violentas del olvido? El no creía en ello. Venía para fabricarse un traje de supervivencia, por mientras.*

*"Pero, ¿de qué quería ser liberado de forma tan brutal?", le pregunté.*

*Se ve cansado. Tal vez haya tomado demás, acné rosácea y cabello cano, fuera de allí tiene más bien una bella cabeza romana. Italiano de origen, si uno se basaba en su apellido. Pero el origen… esto era precisamente lo que se le escapaba, y sobre todo sentirlo como suyo.*

*—¿Liberado? ¡Pero de nada!… de cualquier manera ya no lo sabría, ¿verdad? En este juego siempre perdería, puesto que olvidé quién era. No tengo más que fragmentos de sueños que contarle, que me dan ganas de vomitar. Fue un accidente, quiero decir realmente un accidente. El otro coche se pasó un alto. Salió ileso, nosotros no. Es así. Sólo el azar puede ser incriminado.*

*—¿Y ahora?*

*—Me está preguntando lo que espero de usted, ¿no es así? Que me devuelva las ganas de inventarme una identidad, no cualquiera sino casi cualquiera… con tal de que sienta algo…*

*—Si no siente nada, no es sólo por el olvido. El olvido sólo administra los recuerdos, no la capacidad sensorial, y menos el registro de los sentimientos. De allí mi primera pregunta… en cuya respuesta está involucrado más que el solo azar.*

*—Entonces no puede nada por mí, ni más ni menos que el azar. Evidentemente usted es administradora de recuerdos, se dedica a volver a ponerlos en circulación, al mayoreo y al menudeo.*

*Sonreí.*

*—Ya sabe que aquí no encontrará una identidad ad hoc, sino a lo más una forma nueva de acceder a lo que lo compone, lo retiene, lo anima. Una piel quemada, trasplantada, sigue siendo su piel, unida a su cuerpo orgánico porque de otra manera moriría, y usted con ella. Por lo tanto, tiene que encontrar para sí mismo un auto-trasplante que cuaje.*

*—Podría empezar con esa mujer, entender quién era, cómo la amaba, lo que hacíamos juntos. Estaba viva hace no tanto.*

*—Busque más bien allí donde usted estaba muerto.*

*—¿Es una indicación?¿Un consejo?¿Una pista?*

*—Es lo que siento.*

*Pensé que sentir era precisamente aquello de lo cual estaba exiliado. Que regresar a lo que en él estaba libre de todo resentimiento le sería imposible, que en esa zona enloquecedora donde todo era blanco e igual, habría una huella, un pensamiento que le diría, no lo que era sino lo que podría quizás devenir, como el alma de una cuerda alrededor de la cual se trenzaran unas hebras. Ya no bastaba con buscar, con errar en la penumbra para saber si un poco de las sobras era salvable, habría que regresar a esas migajas que había relegado en el pasillo, donde estaba hoy, él que no estaba tan muerto.*

¿Qué podemos, que *queremos* salvar del olvido?, es decir… ¿qué queremos, en lo que fue olvidado, no reencontrar sino devolver como por milagro a la superficie del mundo? Hacer acto de una gracia repentina que pudiera actualizar lo que fue sustraído y luego borrado. Con ese imposible regreso en sí del que sólo los amnésicos conocen el precio.

*El análisis duró años. Los recuerdos no volvieron. Pero algo del olvido regresó. Regresó en el tiempo mismo de lo que se suele llamar una nueva vida. Otro amor, otro departamento, gustos diferentes y una profesión sobrevenida casi por casualidad, con la pasión del buceo por la que se había revelado particularmente dotado, instructor en aguas profundas. Qué metáfora más precisa de lo que había renunciado a buscar en sí mismo, aquellas huellas, aquellos vestigios, aquellos yacimientos sin explotar, imposibles de encontrar, de lo que había constituido lo que se suele llamar su identidad. Lo que volvió fue la sensación de tener un cuerpo. El suyo, es decir un cuerpo venido también del pasado, hecho de imágenes y de miedos, de tanteos friolentos, de ganas venidas de un más allá, y poco a poco ese cuerpo tomaba su lugar en él como un corazón trasplantado, no totalmente extraño y todavía no él mismo. El olvido se volvió de alguna manera su amigo, un riesgo corrido, sí, como en el póker cuando uno osa una jugada riesgosa.*

¿Será que el olvido no es más que una reserva de tiempo —de amor

— otorgado para lo que queda? Una civilización que no quiere olvidar nada nos condena a vivir como amnésicos, considerando que la grabación se hace de ahora en adelante fuera de nosotros, fuera de control, decretando que se encargarán por nosotros, como de muchas otras cosas. “Hemos de preguntarnos —escribe Levinas —, [...] si el sentido propio de la conciencia no consiste en ser una vigilia asociada a la posibilidad del sueño”[8]. El olvido, al igual que el dormir, es una liberación y no sólo una fuerza de represión, de evitación y de desconocimiento. Lo que el olvido libera no es lo mismo que aquello de lo cual *nos* libera.

# (In)fidelidades incurables

“Son los infieles los únicos que conocen las tragedias del amor.»

Oscar Wilde,
*El retrato de Dorian Gray*

La infidelidad es una herida para cada uno de nosotros, muchas veces incurable. Infiel, ¿a quién, a qué? El término implica la existencia, en negativo, de una fidelidad originaria, una fidelidad prometida, supuesta o esperada, que bordea nuestros apegos. Y quién sabe si el ser infiel no significa el riesgo de un gran amor.

*Instantes yuxtapuestos. Un jardín, un río —el río. Literatura, otra vez el río. Unas veladas suaves como orgías en las que no sucede nada. Noches de agosto, planetas en lenta revolución. Rock lento, amistad. Pero una amistad hecha de amor, nada más. Dos niñas de vestido blanco en la hamaca demasiado grande. Sus ojos que brillan, su gula y la despreocupación. La música que se desenrolla como listón, todo el tiempo.*

*La muerte de una señora muy anciana a la que querían, enterrada con un salmo y llevándose toda la memoria de las generaciones en ella, con ella. Otras mañanas y el río de nuevo, sonido de los remos que se recargan en el agua veraniega. ¿Y si todo esto llegara a desaparecer? Creer que esto durará indefinidamente, con ínfimos y amorosos desplazamientos de cosas, plantaciones de tilos, una fuente transportada de una casa a la otra, lavandas y rosas antiguas, una tarta de limón ácido, confits de pato y vino para la embriaguez muy ligera de las noches en las que nos prometemos envejecer y amarnos para siempre como niños perdidos.*

*Escucho. La evocación de aquel verano me devuelve a mi propia*

*vida, a veranos del pasado con risas de hijos aún no crecidos, al calor difuso de agosto mezclado con el letargo de los cuerpos, a las siestas interminables, al aburrimiento también. La paciente sigue con su evocación, hay una cualidad de tristeza en su voz que yo quisiera poder captar para protegerla de un daño más brutal, ¿de la fractura? Ella me dice que todo ocurrió por una puerta que se azotó. Así nada más, una corriente de aire en aquella casa antigua no lejos del río. Fue en el primer piso, ella había subido para cerrar la ventana. Allí fue que oyó su voz. Estaba hablando con alguien por teléfono, con una voz que ella no reconoció de inmediato. A pesar de sí misma, se detuvo. La pared era muy delgada, oía hasta su susurro. Fue en ese momento cuando su corazón empezó a latir con violencia, como en la niñez cuando la emoción es tan fuerte que uno cree que se desmaya. Sin embargo, no era nada grave, sólo el tono de esa voz amorosa que irrumpía en aquella casa antigua. Tenía una voz tan tierna, eso era, ella oía las palabras que pronunciaba para otra: "Me gustaría que estuvieras aquí, conmigo". Y luego había seguido con el susurro que decía las ganas de hacer el amor, la excitación y la dulzura a la vez. Ella había entrado a la habitación, la conversación había cesado. Interrumpida bajo el efecto de la llegada de ella, su evidente desamparo. Él había entendido enseguida, no se había defendido. Se había quedado en silencio.*

*"¿Cómo recibir esto de aquél o aquélla que uno amó —otro amor?". Me pregunta ella. "Yo era la que ama y la que llora, era la que espera y la que no quiere interrumpir nada, la que busca saber y la que prefiere no saber nada, la que asiente y rehúsa de forma igualmente violenta. Entendí que él quería vivir cien vidas, que buscaba la excitación en contra del aburrimiento, no un aburrimiento venido de la infancia sino el aburrimiento de la misma vida, por estar en vida a pesar de todo. Aquella mujer había llegado a su tristeza y su vulnerabilidad con su sensibilidad a flor de piel y su porte de reina. Yo los había visto juntos, pero en aquel momento no había visto nada. Para él la vida sólo es posible de esta forma, ya lo sé. El no quisiera violentarme, sólo que fuera posible sin infligir dolor… Y estoy devastada".*

*La sesión estaba a punto de acabarse pero yo no lograba decirle alguna palabra para significarle el fin, no allí, no así. Cuando no sé qué decir y que, no obstante, siento que hay que ofrecer el auxilio de una palabra, pienso en los griegos porque tienen el genio de su idioma, pero también porque en este rodeo y en la confesión de mi propia impotencia*

*para responder al escándalo del dolor, hay una alianza que intento tejer. Porque otros han pensado, sentido esto y que el aislamiento total no existe, ni siquiera en ese vínculo de absoluta soledad que es el sentimiento de traición. Entonces, le dije que los griegos distinguían en el interior del deseo dos movimientos: el deseo de consentir a una elección y el deseo como deseo. Pero, ¿sabemos quién es la que quiere adentro de nosotras, y quién la que desea? "Somos mujeres, escribe Eurípides. A veces somos vencidas por la duda; otras veces nadie nos puede ganar en audacia. […] La naturaleza lo quería, ella que se burla totalmente de las leyes; y es por esto que nació la mujer".* [9]

*Ella volteó hacia mí, y esta "vuelta" me gustó. ¿Entiende usted?, dijo, peleé para que me hablara, no para arrebatar confesiones (¿cuáles?) ni para que hablara de ella, ni por mí misma, sino por aquel riesgo, de la verdad del amor. No quiero la posesión de los cuerpos, ni las promesas ni las mentiras que necesariamente siguen de ellas. Y habló, un poco. Al día siguiente, escribí un mensaje muy breve a esa mujer y ella me contestó muy simplemente. Sólo unas cuantas palabras que confesaban el amor de ella, era de un respeto infinito, me habría gustado volver a escribirle… Pero no lo hice. ¿Entiende? Me volví atormentada. Ya no fui al río, ya no fui a la noche estrellada, estuve presa de ese desgarramiento que nos hace devolver un dolor tan extraño, tan inasequible, que ninguna palabra podía ni puede, en este momento en que le estoy hablando, describir su locura. Lo absurdo, el desfasamiento, la idiotez. ¿Por qué esta tristeza?, no sé… Hubiera querido alcanzarlos, estar con ellos, y no lo lograba. De niña me pasaba lo mismo, todo el tiempo.*

*Pensé que ella también quería experimentar varias vidas, como él, de otra manera, ¿por qué haber buscado a aquel hombre entre todos? ¿Acaso podemos creer realmente que la vida nos pone en el camino seres que nos son totalmente extraños? Lo que llaman infidelidad es una forma de exilio fuera de sí. Somos náufragos, extraviados en islas del tamaño de la infancia, de las que regresamos exangües, llenos de nostalgia y de terror. Quisiéramos estar solos pero dentro de una fiesta, juntos pero solos también en la amplitud, quisiéramos tener sueños al alcance de la piel, otros cuerpos, otros deseos, otras vidas, pero tenemos miedo y a veces nos morimos así suavemente, ahogados bajo el peso de lealtades de las que preferimos ignorarlo todo. Y cuando descubrimos que el otro, el amado o la amada, es infiel, de repente el mundo pierde*

*su mentido y su dimensión humana. Es la misma posibilidad de apego que nos es retirada, y la palabra junto con ella, su fiabilidad, su socorro. Todo deviene vector de una posible traición. Pero el amor tiene este precio. Infieles somos, todos lo seremos, tarde o temprano. No es la piel ni el sexo que marcan la frontera. Es el espíritu solo, y el apego del corazón. La presencia obsesionante de un otro, de repente, en nosotros.*

*—¿No es cierto que la infidelidad empieza con uno mismo?, le dije tan suavemente como podía, con el desconocimiento infinito que tenemos de nosotros mismos, con las mentiras, las coartadas, los pretextos y las excusas que nacieron, con el lenguaje mismo, como armas del deseo.*

Tiene uno que haber amado *y* traicionado y sufrido, y haber desesperado de un amor, y haber sido derrotado, aceptado de nuevo y salvado, para considerar, quizás, que sólo el amor más grande genera infidelidad, pero que al mismo tiempo para correr el riesgo del amor hay que pagar el precio de la verdad, es decir, de la imposible promesa de ser totalmente de sí mismo y del otro, pero lo más lejos posible de toda posesión. Tenemos que responder por el otro y para el otro, escribía Levinas, pero así como no nos pertenecemos a nosotros mismos, tampoco nadie pertenece a nadie; bien nos lo recuerdan los psicóticos con su forma de ser claridosa que conmueve y violenta.

Nuestras experiencias incurables de la infidelidad del otro nos reconducen a aquel primer desgarramiento del mundo postnatal, en el que la primera separación y luego la ausencia de la madre se impusieron. ¿Cuándo es que un lactante entiende que ya no existirá el "uno/dos" (*un/deux)* o siquiera el indisoluble "con" *(avec),* es decir, la fusión fetal vivida hasta este momento, y que de allí en adelante, es una cierta soledad que acompañará sus días y sus noches? ¿Qué hace con este saber, cómo trasmuta esta impotencia (hacer que el otro regrese tan cerca de él que parezca su continuación) en deseo de soledad? Pues justamente esa herida incurable es fértil en todas posibilidades de futuros apegos amorosos. La infidelidad comienza, ¿dónde?… ¿con la idea, el beso, la desnudez, la vida clandestina? ¿No será que empieza en el momento de su representación, desde que el pensamiento del otro viene a inmiscuirse en nosotros en lo más cercano a nuestra alma y

nuestro cuerpo deseante? No importa qué hagamos con este pensamiento y este cuerpo, tal representación no cesará de habitarnos y vivirá su propia vida y muerte, sin coincidir necesariamente con nuestros actos o nuestra voluntad (cantidad de amores mueren antes de la separación o le resisten mucho más allá de ella —de alguna forma tienen su propia vida animal). Pero en cuanto a nuestras fidelidades, nos persiguen cual si fueran unos "tú debes" de los que ignoramos el destino pero ante los que nos doblegamos como si nuestra vida dependiera de ello. Es frente a este imperativo categórico que tenemos que inventar verdaderas infidelidades, líneas de fuga abiertas, fervientes, fértiles, como las de *En el camino* de Kerouac [10], ese inmenso texto metafórico de una libertad muy distinta de la del viaje. Y así, domesticando nuestra necesaria infidelidad, tal vez podamos descifrar en ella una travesía que no sea sólo una traición sino una forma de perdernos en lo más cercano a nosotros.

Lo verdaderamente incurable es la fidelidad.

# ¿Riesgo cero?

En una sociedad en que los seguros se imponen en todas las áreas porque ya nadie los puede declinar o siquiera prescindir de ellos, promover el riesgo cero se ha vuelto inútil; su necesidad ya se sobreentiende. Se ha vuelto el horizonte obligado de nuestras decisiones colectivas e individuales. Las compañías de seguros aparentan no exigir más que un poco de dinero para poder protegernos contra la ocurrencia del accidente, cualquiera que éste sea. En realidad, es nuestra percepción de la realidad que se encuentra reformateada, como se dice hoy en día. Avital Ronell recuerda, en su excelente libro *The Test Drive,* **[11]** que la categoría de la prueba es universal. En todas las épocas el hombre ha puesto en juego su libertad, su razón, su valentía, sus límites, hasta que se pensó el *test* (prueba) como valor de efectividad misma de la valentía. Pero la necesidad de asegurarse aumentaba proporcionalmente a la lógica de la autoevaluación y de la "testabilidad" de las cosas y de los seres.

El riesgo cero al que estamos llegando es mortífero. Deslinda al sujeto de su acto, lo escinde en su interior en un ser de pulsión que todo lo arriesga y que, por lo tanto, conviene proteger de sí mismo por las buenas o por las malas, y un ser de razón que nunca es suficientemente razonable. Esto hace de él un marginal o un individuo patógeno en potencia. Es extraño pensar que quizás ninguna época fue más "segura" que la nuestra, y no obstante todos padecemos de una preocupación creciente, inconmensurable a todo acontecimiento, debería decir: a todo riesgo de acontecimiento. Sin duda que en el futuro pesarán sobre nosotros los genocidios de guerras tan radicalmente deshumanizantes que aún no nos las podemos representar. El riesgo cero, en los conflictos armados y diplomáticos o incluso en los conflictos de intereses entre potencias

industriales, tiende a imponerse en las guerras contemporáneas como ley ética. Ya no se quiere "correr el riesgo" de la pérdida de vidas humanas, está entendido que de ahora en adelante, paradójicamente la guerra debería poder prescindir de la muerte. Al no pensar más la muerte ni como posibilidad ni como estrategia, sino sólo en su necesaria evitación, el primero de los dos beligerantes que acepte hacer caso omiso de ese "riesgo cero" ganará la batalla. Es la lógica de los kamikazes: ¿quieres ir?, pues arriesga la vida. Hegel había pensado esta lógica hace tiempo, pero probablemente no había anticipado la barbarie de las guerras "limpias" contemporáneas que ya producen, en daños llamados "colaterales", más muertes entre los civiles que en el rango del ejército.

Lo que nos queda es… muy poco margen, poco espacio vacío, poco tiempo que no esté apartado. Basta con firmar allí, abajo del contrato como está previsto. Pues no olvides que tus opciones no sólo te conciernen a ti sino también a otros. El riesgo es un romanticismo anticuado para adultos que se niegan a crecer, a asumir su parte de responsabilidad y a obedecer confiándola a otros que sí sabrán capitalizarla y advertirlos de su inconsciencia. Y todos los delincuentes de la tierra lo confirmarán, pues son tachados de criminales a pesar del desamparo, de la falta de educación, del desbarajuste en los servicios sociales, de la ignorancia, de la falta de sucesión en la escuela y de la quiebra de lo que llaman el orden; sí, esos delincuentes están a cargo (Foucault lo describió tan bien) de recordarnos aquello de lo cual nos escapamos diariamente. Hoy en día los delincuentes son aceptados sólo en un nivel muy alto de las esferas del Estado, ya que allí se arrogan el derecho de estar fuera del alcance de las leyes. Dicha ley ha proliferado tanto en edictos, enmiendas y decretos de toda clase que ya ningún jurista, sin importar cuán calificado, puede pretender conocerla en todas sus acepciones. Sólo puede *interpretarla.* El cinismo y la denuncia son de rigor, moderados por una serenata de buenos sentimientos que no tienen otro valor que el auto-proferido. En este clima de rigor económico y de letargo político declarados, la primera necesidad es asegurarse contra los riesgos que, por círculos concéntricos, sean domésticos o planetarios, crean una atmósfera de miedo difuso, de angustia destilada sin que nadie más que uno mismo pueda ser

incriminado, siempre por falta de aseguramiento. El riesgo cero, en su enunciación, es un absurdo, puesto que su efectividad anularía la misma realidad del asunto en cuestión.

Al peligro hay que enfrentarlo. Es lo mínimo que podemos hacer para salvar algo de valentía. Bien podremos recuperarnos de todos los dolores, catástrofes y duelos, siempre quedará un lugar para lo malo. No seremos salvados por adelantado.

# Cómo (no) volverse uno mismo…

Existe una profusión de libros que nos indican la mejor manera de lograr “volverse uno mismo”. Los *how to* que se agotan con tanto éxito del otro lado del Atlántico y ahora aquí también (¿Cómo ser dichoso? ¿Tener una vida exitosa? ¿Encontrar la felicidad?), alimentan el mercado mundial del reaseguramiento. Las formulaciones para atraer al cliente varían, más los temas poco. Casi siempre se trata de esa gratificante búsqueda de la realización de sí, es decir, de ese pleno desarrollo que ni tú ni yo lograremos pero que todos parecemos esperar de la existencia como una maná encantada.

Pero, ¿qué significa, en realidad, “volverse uno mismo”? ¿Acaso nuestra persona no es lo suficientemente estorbosa para que aún busquemos un idilio secreto con aquel personaje ficticio que nos empeñamos en conocer? O quizás esta búsqueda sea sólo una variante del “¿Me quieres?”. A falta de existir lo suficientemente para otro, tendremos que darnos nuestro propio reconocimiento… Somos propensos a la duda y a la fragilidad, valores estigmatizados hoy en día como negativos; entonces se nos ofrecerán enseñanzas, cursos y seminarios para reeducarnos. El mismo análisis se presta a tales prácticas, cuando en épocas menos gloriosas (quiero decir menos friolentas) se negaba a construir narcisismos artificiales, considerando que globalmente teníamos una dotación suficiente de tal ingrediente, especialmente aquellos que se quejaban de falta de seguridad.

La inmanencia es un concepto anobjetal, puesto que incluye de antemano todo lo dado. Es una línea de horizonte muda en el límite del cielo y de la tierra, que invita a nuestra mirada a dirigirse más allá. La necesidad de trascendencia es sin duda la marca más segura de la inmanencia de este mundo, su materialidad misma, su huella de profusa prodigalidad. Nos movemos frente a eventos que nos

rebasan infinitamente, no porque vengan de un trasmundo, de otro mundo, sino porque se arman y se desarman independientemente de nosotros, como grandes animales que juegan, como una sucesión de números que termina desbordando por todos lados lo visible, informándolo y dándole forma, imagen y tiempo; es como en el cine cuando se inscriben al revés, pero en tiempo real, las imágenes de vidas que podrían ser las nuestras. Un acontecimiento tiene su propia densidad. Cuando sucede, es por añadidura, quiero decir sin ningún lugar adquirido en la trama de lo real, y la ocurrencia de este puro accidente crea una vida nueva. A veces el evento en cuestión anticipa el movimiento de todo un pueblo, a veces también crea algo en común, un verdadero comunismo de pensamiento con el propósito de vivir en vez de morir, dar muerte o dejarse morir. Correr el riesgo de la inmanencia, ¿no sería comenzar a renunciar a volverse en uno mismo? En el sentido de que lo que definimos como "sí mismo" y que queremos que nos reconozcan y amen a toda costa, es y seguirá siendo una proyección imaginaria nacida de nuestros apegos, nuestros miedos, nuestras expectativas… Las experiencias más fuertes que nos es dado vivir disuelven el "sí mismo" más que cualquier propósito negativo. En la percepción ampliada del instante y del mundo, en la alegría instantánea que tales experiencias infunden, en la reversión interior que provocan y el alivio de toda angustia, sucede una extraña reconciliación, como si lo real ya no se opusiera.

Pues queremos despreocupación a costa de la esclavitud. Y no tener que pensar esta esclavitud. El psicoanálisis intentó explorarla, por los menos los pioneros, Rivers, Freud, Ferenczi, Tausk, Lacan, Winnicott y algunos otros: ellos nos recordaron que éramos los herederos de una historia que nos atravesaba y cuyo origen permanecía desconocido, que éramos infundidos de deseos de los cuales preferíamos no saber nada, de ideales caducos y entrañables, de una piel de bebé volteada hacia el cielo adulto que se quedaba adherida a nuestro corazón hasta el instante de nuestra muerte, y que además, todo aquello lo habíamos *querido*… que nos nutríamos de aquello con deleite e imaginación, y a veces fanatismo. Mientras que la mortalidad se olvida sin cesar para luego recordarnos su presencia intempestivamente. Habrá que admitir que hay otra opción que la de ser víctimas de las circunstancias, no porque no

exista el azar (es el pensamiento mágico o religioso), ni porque lo real no irrumpa en nuestras vidas, sino porque nuestra forma de dejarnos afectar por él, sea cual sea su grado de gravedad, de ferocidad incluso, depende de nosotros y de cómo nos movemos en un mundo abierto, en movimiento, accidentado, de alguna manera irrepresentable…

Y, ¿si nos esforzáramos en “desprendernos de nosotros mismos”, en quitarnos el lastre de nuestros propios puntos de referencia, en entrar en inconformidad con nosotros mismos? Estar en ruptura, pero por modificación de nuestra propia química interna, subjetiva. Bajada vertiginosa hacia ese lugar donde ya no soy “yo”, disuelto, confundido con la percepción misma, espacio psíquico devenido noche, roca, espacio, eco de un animal a lo lejos, arañazo en el suelo. Huellas de sí irreconocibles, rayoneadas, sin traducciones posibles. Y para ello, desistir de uno mismo (y no reencontrarse), es decir *perderse.* “Quiero sugerir —escribe Adam Phillips— que el perderse es nuestra mejor defensa contra el estar perdido, en parte porque nos hace sentir que de alguna manera hemos tomado las riendas del asunto. […] Nos perdemos cuando estamos perdidos de una manera que nos es insoportable. Estamos perdidos cuando no hay objeto de deseo, y nos perdemos cuando sí lo hay”. **[12]** No todas las experiencias fundadoras de nuestro ser, incluyendo y quizás sobre todo la alegría, están contenidas en las fronteras de lo que podríamos definir, aunque de forma muy borrosa, por “sí mismo”, sino que hacen coexistir estados del mundo y percepciones subjetivas, y también pedazos de cuerpos, de imágenes, de representaciones, de afectos. Correr el riesgo de la inmanencia es rechazar cualquier trasmundo, como decía Nietzsche, y apostarle sólo al mundo de aquí, que no obstante rebasa infinitamente nuestra percepción. A veces, *no volverse uno* es precisamente una forma de no morir, no estar desde ya encerrado en una ganga: existencia, identidad, regla de vida, que nos sirva de punto de referencia, de frágil enclave donde el yo perduraría. “De la pura inmanencia diremos que es *una vida* y nada más —escribe Deleuze —. No es inmanencia a la vida, sino que la inmanencia que no está en ninguna cosa es ella misma una vida. Una vida es la inmanencia de la inmanencia, la inmanencia absoluta: es potencia y beatitud completas”. **[13]**

# El secreto o estar incomunicado

¿En qué sentido constituye el secreto un riesgo? El secreto es mucho más que un tener *(avoir).* Es una dimensión esencial del ser porque permite al corazón que se fortalezca, que acoja ese “fuero interno” que nadie puede violar. Se puede torturar un cuerpo, te pueden pasar los ojos en el detector de mentiras, te pueden hipnotizar, nunca se puede entrar a la fuerza en el secreto de tu alma. Bien lo saben los verdugos. Incluso durante la Inquisición, el condenado podía valerse del “fuero interno” para negarse a hablar. Aquella puerta del corazón no se abriría. Debemos a los místicos las más bellas páginas sobre el *corazón en lo secreto.* En francés, ser puesto “en lo secreto” *(être mis au secret)* significa ser asignado a una celda de castigo, que es, antes de la muerte, el lugar de aislamiento más radical de los vivos. La capacidad de guardar un secreto es una aptitud para resistir al poder. Quizás sea importante defender esta dimensión política y espiritual, en esta época en la que se recomienda revelarlo todo.

La verdad es una suerte de cripta, una puesta al desnudo. ¿Se puede develarlo todo? ¿Debemos decírselo todo al otro? ¿Cuál es la relación entre verdad y secreto? El secreto no existe sin la posibilidad de ser compartido, sin la palabra que lo defiende o lo traiciona, sin la promesa de guardarlo, sin la confesión que lo desata. Si el secreto alcanza todas las facetas de la experiencia humana, existen al menos dos áreas donde, en la historia, habrá ejercido —como discurso— una función dominante: el sexo y la oración. La sexualidad es una esfera en la que el discurso íntimo juega un papel central. Lo que es callado no tiene otra función que la de subrayar la distancia entre lo dicho y lo que podría ser dicho. Lo erótico es una función del secreto hasta en el idioma. La otra dimensión del lenguaje silencioso íntimo es el rezo. Invocación,

meditación, esperanza: todas las formas del discurso interior religioso atestiguaban un secreto compartido solamente con Dios. Tal testimonio ya está en desuso hoy en día. El sexo y la oración, para considerar sólo estos dos ejemplos de discursos interiorizados pertenecientes esencialmente al silencio y al secreto, han sido los más radicalmente “expuestos” en el transcurso del siglo pasado. Quizás sea el momento de recordar su esencial complicidad.

La oración es un estado en el que se espera una palabra de la que se sabe que no llegará, pero que al mismo tiempo está en nosotros, depositada en todo momento. La palabra se vincula con la falta del otro, ese otro ausente que no responde, que no responderá, que no sabe y que, no obstante, acoge nuestra voz como a ninguna otra, en la abertura absoluta a lo inesperado. ¿Qué otro espacio similar existe? Sólo hace falta creer que un otro nos puede oír, la más intensa esperanza sobre fondo de noche, qué paradoja…

¿Qué espacio existe hoy día para arriesgarse al secreto? No me refiero al “miserable montoncito de secretos” de los vicios ocultos o de las posesividades celosas, tampoco al secreto político, sino al secreto que hace falta admitir entre uno y uno: un espesor de noche inquebrantable.

El secreto es el reverso de la vergüenza.

# Amistad de nuestros miedos

Vivimos en el miedo sin saberlo, estamos envueltos en él cual si fuera una presencia fantasmática, una aparición. El miedo nos inquieta y nos petrifica, y sin embargo… ¿por qué no arriesgarnos a una amistad con él como cuando uno se acerca a ciertos animales grandes? Empezando por ir a su encuentro de noche. Creemos ser detenidos por nuestros miedos, creemos carecer de la fuerza para enfrentarlos, porque entonces significaría conocerlos pero también quererlos, apegarnos a ellos incluso. Nuestros miedos son el rostro de nuestro maravillar futuro, el comienzo de toda creación. Son los desechos cristalizados de nuestras más ínfimas emociones, corren entre nuestros dedos y los soltamos, arrepentidos de no haberlos conservado. Hacemos frente contra nuestros miedos y, silenciosamente, somos retenidos interiormente por el recuerdo de esperanzas muy antiguas. Vivimos bajo anestesia local, bajo envoltura de celofán, buscando desesperadamente una sustancia o un amor que pueda despertarnos sin asustarnos.

Nos equivocamos de guerra, somos soldados extraviados de una causa olvidada. La causa desesperada, siempre tan viva, de la infancia. La pura perfección de la infancia cuyas mismas heridas nos vuelven nostálgicos. Allí se inventaron nuestros primeros terrores, nuestros primeros dibujos de ogros y de cielos, las noches sin dormir armadas de promesas que no se cumplirán y que reclamaremos por años como una deuda sin que nadie pueda ayudarnos, ni siquiera el psicoanalista cuidadoso que te escuchará sin interrumpirte, durante años, y al que el camino de aquellas piedras blancas corroídas por el viento, los pájaros, la soledad, el olvido, se escapará también. Lo asombroso es que aquello no nos abandone. Aquel territorio delimitado de forma muy precisa por nuestros miedos. Correr el riesgo de estar en el miedo para por fin entrar y disolvernos en él, aventarnos al río en apnea, tocar aquellos

guijarros claros y devolverlos a la superficie donde ya no tendrán el mismo brillo ni misterio, observarlos muy de cerca, rozarlos. ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu nombre? ¿Qué quieres de mí? Tenemos miedo a ser abandonados, traicionados, miedo a ya no ser amados, ya no poder amar, tenemos miedo del frío, del hambre, del dolor, tenemos miedo a estar solos, miedo de que pase la vida sin que pase nada. El miedo se enrolla alrededor de cada evento como para proteger su crisálida, desenrollando de paso todas esas palabras intercambiadas para retener, para doblegar, por el sexo, por las ganas de un momento, por un tesoro que se cree perdido, para traicionar, para hacer sufrir, para amar, para crear. A contratiempo, a contra-vida casi, recargados en el terror y junto a él, ¿cómo permanecer con los ojos abiertos, un poco más… y no quedarnos apartados de las cosas más bellas?

*"Mi corazón —dice ella— está desmembrado. Soy una niña aterrorizada, hecha pedazos. No tomo el avión ni el tren, no duermo, no nado en aguas profundas, no me mezclo con la muchedumbre. Estoy en prórroga. Estoy en un miedo sonámbulo que encierra mis movimientos, impide mi deseo, asfixia mi vida. Le tengo miedo a usted también, y a perder mi tiempo aquí, a esperar irrazonablemente que algo suceda…*

*—¿Tiene miedo… en este momento?*

*La miro atentamente con la mirada soldada a su cuerpo, como el pescador cuando la mosca es lanzada por la línea y luego depositada muy suavemente sobre el filo del agua.*

*—Sí, quisiera huir, nunca haber venido.*

*El silencio se propaga un largo momento, un fuego claro que apacigua, y poco a poco la siento que respira de otra manera.*

*—Y si usted quisiera a su miedo… (Es apenas una pregunta a la que me arriesgué).*

*—Este miedo horrible me ahoga, ya veo que usted no entiende… No puedo decir nada de él, sólo rehuirlo, pensar en él lo menos posible. Acurrucarme cuando viene y esperar. Esto ya lo hacía de niña, en mi cuarto…*

*Yo repetí —¿ Y si quizás lo quisiera? Sólo decía esto, que tal vez, sí, lo quiere…*

*Ella ha volteado la cabeza hacia la ventana. Las cortinas dejan entrar una luz filtrada. El silencio tiene esa cualidad que da la sorpresa, o por lo menos algo que se intercala en el ritmo del diálogo, en esa*

*fracción de segundo donde se aloja la respuesta en el lugar exacto en el que el otro espera, se la espera.*

*—¿Que, quizás, lo quería…?, retoma ella.*

*Las palabras, cuando son repetidas, adquieren a veces un valor de talismán, como si el ser retomadas les confiriera un poder sin igual, una suerte de interiorización de su poder de nombrar el mundo. Por esta mera repetición, simple como una rima infantil, el miedo tomaba cuerpo, se volvía vector de deseo, se alejaba y se incorporaba a la vez. Se volvía pensable, superficie muy suave de proyección que podía sostener la palabra: querer.*

*—¿Por qué quererlo puesto que me lo impide todo, incluyendo poner fin a mi estúpida pequeña vida?*

*De repente entrevió el poder infinito prestado a ese miedo, del que se había adornado para quedarse allí, acurrucada, a la espera de que fueran por ella. Su madre o cualquier otro que se dignara quererla. Pobre cosa escondida, ni voz ni cuerpo ni deseo, sólo una coartada de la que uno se sirve.*

*—¿Por qué?, dice ella. Dígamelo, usted que sabe por qué…*

*—No hay por qué…*

*Hay fastidio en mi respuesta. Ningún por qué… no. Nos gustaría tanto que así fuera, un recuerdo resurgido como piedra angular, una sola palabra, un evento como el guisante que impide el sueño de la princesa en el cuento, pero el porqué es otra forma de desentenderse, un retrovisor puesto en el ángulo muerto. Sólo existe el cómo, decía Kierkegaard, la manera como inventamos un camino hacia el acontecimiento del amor, del miedo, de la muerte, de la efracción de la belleza en nosotros, y tantas otras sideraciones fugitivas de las que nos cuesta trabajo reponernos. Decidí hablarle, pactar con su miedo, como pudiera…*

*—Este miedo que alberga en sí es quizás, quién sabe, su único refugio, o tal vez haya usted creído esto desde hace tanto tiempo que es difícil ahora hacer su duelo. Es doloroso renunciar al renunciamiento pues desde este instante usted está cayendo en la cuenta de que el mal ya está hecho, y con él el tiempo perdido y la ceguera y la coartada y la pobreza de los pretextos falsos. La sangre que regresa a los miembros amenazados de congelamiento provoca un dolor terrible que hace añorar la anestesia mortal del frío, uno quisiera no haber tenido que despertar. Acoger el miedo es acoger también la posibilidad de la alegría,*

*la efracción de la alteridad, de lo desconocido, de lo vivo, es dejar el renunciamiento y esto es terrible. El miedo la protege de ello como una madre ansiosa, infeliz, que usted nunca apaciguará.*

*—Usted me devuelve a la infelicidad…*

*Había en su voz una blancura infinitamente más vasta que cualquier tristeza. Me incliné hacia adelante, hacia ella, como si fuera a abrazarla involuntariamente, a tomar sus manos en las mías como se haría con un niño que estuviera en duelo sin saberlo aún, habría querido poder imaginar que mis palabras la tocaban, llegaban hasta ella.*

*—La devuelvo al lugar de su infelicidad, sí, puede ser, usted lo sabe mejor que yo, la devuelvo allí como al albergue mortal del que cree no poder apartarse, liberarse. Yo no tendría la razón si discutiera con usted…*

*—Olvide mi corazón, olvide mi cabeza, olvide mi razón, olvide mi miedo, olvide mis palabras, olvide mi terror de niña pero manténgame a su lado.*

*—Yo no reemplazaré su miedo, no lo mantendré junto a usted, sólo puedo escucharla y estar con usted, muy suavemente, esperar que aparezcan en esta extraña crisálida de su miedo unas alas coloradas, tenues y empolvadas, translúcidas. En griego esta mariposa se llama psique.*

*Ella se levantó, la hora había terminado, titubeaba como si el cuarto cabeceara un poco —ya se me pasará… estoy mareada, me pasa seguido, ya ni le pongo atención.*

*Le ayudé a mantenerse de pie.*

*—Usted nunca pide disculpas… dijo.*

*—Sí, me sucede al igual que sus mareos. Disculparme, equivocarme, pedir perdón.*

*—Pero está segura de tener la razón…*

*—No tengo la razón ni estoy equivocada, como tampoco había porqués, es lo que pasa en este momento que lo puede cambiar todo, en un segundo, en su vida tanto como en la mía, porque estamos en presencia y que es un evento que, si uno llega a él, si acepta estar en él, nos trastorna como todo encuentro.*

*—Usted no tiene derecho a hablar así, es analista.*

*Si el análisis no es un encuentro, ¿qué es? ¿ Un pacto? ¿Una alianza? Si, también, con la que está dentro de usted y ya no tiene ganas de querer ese miedo a morir, a reventar de pie, derecha como*

*soldado en el frente, y también con ésa que se quiere ir y está mareada. Sólo le digo que ese miedo es lo mismo que su deseo, lo mismo, hace bien en quererlo porque allí donde está, está también su deseo.*

*—No entiendo nada.*

*—Creo que sí entiende, por eso mismo está aquí. Fui por un libro y se lo di. Es uno de los talismanes que conozco contra el miedo… "*

*Ella se entretuvo viendo la portada y sonrió al leer el título, "Gracias —dijo— es probable que no regrese pero lo conservaré". Luego se agachó para cruzar el umbral, la puerta baja, y se internó en las escaleras. Dejé entrar a otra persona que esperaba. Me había atrasado, ya era de noche.*

Un miedo no se deshace sino que coexiste con una percepción del mundo a la que se queda pegado, indisolublemente. Cada uno de nuestros viajes, de nuestras tentativas para escapar del aburrimiento, de lo cotidiano, de lo mismo repetido cíclicamente de forma indefinida, mantiene un vínculo con el miedo, alojando, en el lugar exacto del corazón, del corazón que recuerda, una línea de frente. Lo que aparece en nuestros miedos son pedazos esparcidos de un rompecabezas que contiene en potencia lo que nos ha perseguido, decepcionado, lo que nos ha hecho soñar, tropezar, lo que ha constituido en filigrana un mundo posible para nosotros. Entonces, correr el riesgo de nuestros miedos quizás sea simplemente amansar su voz desnuda y, como los niños con la oscuridad amenazante que envuelve el sueño, contarse historias a sabiendas de que para cada susto hay un micro-hechizo, un talismán fugitivo tan límpido como una cantata de Bach.

## A riesgo de estar triste

La tristeza nos deja entre dos mundos, ni desesperanza ni indiferencia, es un paseo a la orilla de la catástrofe pero con elegancia, como cuando un niño corre a lo largo de un acantilado sin percibir el peligro, con los ojos en la fractura del cielo, el dibujo de las nubes, la suavidad del viento. La tristeza no tiene espesor propio ni eco. Delimita un espacio interior borroso, irrazonable, donde uno se queda al borde de las lágrimas pero con una paz extraña al mismo tiempo. La tristeza puede hundir pero también apacigua; tiene un poder de adherencia que envuelve el cuerpo en una sensación algodonosa de extrañeza de sí mismo, como una pena de amor de la que uno hubiera súbitamente perdido el sentido mas no la nostalgia. Se cree que la tristeza es improductiva y por ello se la condena.

¿Para qué sirve? No llega a ser una verdadera crisis catártica, no es colérica ni trasgresora, tiene una suavidad inasequible que inquieta. Sin embargo, no nos engañemos, la tristeza sí es fecunda, pero no de manera organizada ni estable. Ella desapega, alberga una fuerza de desligadura sutil, pero es en esa red de lazos deshechos, de pensamientos esparcidos, de sentimientos ligeramente empalagosos, donde aparece un pensamiento verdadero. Quiero decir un pensamiento otro, irreconocible, un pensamiento de loco amor, por ejemplo, o de futuro, como un trazo fulgurante que uno viera dibujarse en el horizonte y luego desaparecer. Un pensamiento de inquietud (es decir, filosófico) o una visión, quién sabe, algo que se organice en el espacio ante nuestros ojos y que de repente se pueda transcribir sin dificultad: una evidencia.

La tristeza comparte con el perdón el que actúe sobre una falta desconocida, un acto insoportable, una ofensa, aplicando un bálsamo que al mismo tiempo reavivará el dolor. La tristeza

apacigua lo que al mismo tiempo afila como una espada de samurái. Nada más agudo y menos seguro. La tristeza arrasa con el tiempo, con la extensión tranquila del tiempo, lo recoge en forma de pequeñas piedras puntiagudas que frota unas contra otras, esto hace una música extraña, el pasado vuelve mezclado con pequeñísimos instantes de vida que de otra manera habrían sido olvidados. Este tiempo arrugado, revuelto con tristeza, se acompaña muy frecuentemente de un sentimiento hecho de añoranza y de espera hacia nuestro pasado. También es un tiempo doblado, recogido sobre sí mismo, que tiene su propia travesía, sus propias cámaras de escucha en paralelo con las nuestras. La tristeza no es trágica sino que espacia el drama en paisaje, difracta el dolor para volverlo soportable, lo disemina en varios puntos del cuerpo y del alma. La tristeza nunca es totalmente de uno, es lo que hace de ella un objeto raro. A pesar de que la sentimos no nos pertenece, nunca alcanza a fundirse completamente en nosotros, y esta diferencia es lo que nos apega muy exactamente a ella. Uno está triste por no haberse atrevido a decirle su nombre a aquella mujer con la que uno habló por pocos minutos y cuya belleza, cinco años después, lo sigue trastornando; uno está triste por haber faltado a una cita importante, por haber sido olvidado, por no amar más, ser hecho a un lado, estar en el exilio. Uno está triste como lo estaría en la soledad de una tierra extranjera, cuando ya ningún punto de referencia familiar arrulla la mirada. La tristeza conlleva una crueldad que reside en su extensión sin límites, en la imposibilidad de fijarle un umbral, de dar la orden de que se acabe. Pero el momento en que aquello ya se desprendió de ti es escurridizo como la arena. La tristeza te dejó, sanseacabó. Y escribes, amas, sueñas, te duermes con los brazos ligeros y el corazón abrazado; la tristeza te habrá dejado libre pero diferente. En esto consiste su riesgo. Podemos evitarla y parapetarnos de ella, apartarnos, ignorarla. O bien arriesgarnos y abrirnos al exilio interior al que nos somete sin violencia y que era imposible de imaginar previamente. Y en ese territorio sin mapa ni referencias, entretenernos un poco…

La tristeza es muy cercana al cansancio, este mal contemporáneo. La fatiga es un proceso vital, decía Blanchot. Es una forma de ser a la orilla de uno mismo, que de alguna manera toma a su cargo el mal de vivir. También nos cuida, dejándonos la

posibilidad de esta excusa: estoy cansado (a)… y en la retirada que autoriza, se nos escapa la gravedad de lo que recubre, que se ha vuelto casi intangible y de todas formas incurable. Al ahorrarnos el tener que reconocer un mal más profundo, la fatiga es un afecto caprichoso que muy rápidamente puede elegir tomar cuerpo y ya no soltar presa, ofreciendo entonces una insoportable resistencia a nuestro impulso vital, negándonos la entrada en el mundo de los sanos a los que el agotamiento parece faltar. La fatiga contiene un pródromo de melancolía que se atribuye al estrés, a la falta de descanso, de tiempo para sí, todas cosas que soportaríamos perfectamente si estuviéramos en la efervescencia amorosa. El cansancio descuenta ese "para sí" que parece hacer tanta falta hoy en día, alimentando al ogro (trabajo, familia, etcétera). Sin saber cómo, nos encontramos en el área de juegos, ya grandes, y solos. Sin imaginación para convencernos de que alguien nos espera. A pesar de lo agudo del dolor de no ser reconocido, el cansancio lo vuelve imperceptible. Es difícil renunciar a esta espera, liberarse de ella de otra manera que fraccionándola en amistades debilitadas colocadas en horarios imposibles y largas "vacaciones". Entonces acceder a la tristeza es probar la verdad de esta fatiga. Extraer de ella el principio activo, vital, la urgencia.

Correr el riesgo de la tristeza sería el contrario de ingresar en la melancolía; comprender que es la comparsa secreta de la beatitud, *y* que este ensanchamiento del ser que ella nos señala nos hace recordar otra posibilidad de ser nuestros y del mundo, abiertos a lo que venga.

# A riesgo de ser libres

> "Filosofar es remontarse más acá de la libertad."
>
> Emmanuel Levinas,
> *Totalidad e infinito*

La libertad debe ser una de las aceptaciones más banales del riesgo. ¿Quién no desea incrementar su libertad, moverse en un espacio más vasto, abrir su cotidianeidad a lo inesperado? ¿Quién no quisiera ser liberado de sus obligaciones? Tomarse licencias de viajero en una existencia sitiada por las obligaciones, presa del estrés y de las presiones de todo tipo. Sin embargo, no es nada seguro que la libertad sea un objeto de deseo… La libertad no es un estado permanente, sino un movimiento de desencadenamiento. Supone una toma de conciencia de nuestras trabas, de lo que nos retiene como a la cabra del señor Seguin [14] en el cercado de nuestras fantasías, y lo que es más, bajo nuestro consentimiento. En este rubro, el psicoanálisis no deja equívocos. La libertad es casi siempre ilusoria, se apoya en condicionamientos múltiples de nuestro deseo, de nuestra educación, nuestra cultura, nuestro mundo, se enraíza ella misma en una ideología que no ofrece al sujeto más que una escapada fallida… en un espacio extremadamente restringido. El de un yo bajo secuestro, que invoca su propia vigilancia.

¿Qué haría un "yo" que no tuviera el cerrojo puesto por dentro? Nuestra capacidad de actuar toma en cuenta, en cada instante de la vida, un número increíble de parámetros, algunos conscientes y otros menos. Osar más libertad es necesariamente dejar algo atrás, una quietud, un compartir, un mundo familiar que ofrece —claro está— muchas frustraciones pero también puntos de referencia

seguros, puntos de apoyo. ¿Acaso la libertad nos enseña? No es seguro. Demanda que arriesguemos nuestro deseo como si fuera una cosa infinitamente preciosa, un acontecimiento único, una voz imperiosa. Que vayamos, en suma, adelante de nosotros mismos, allí donde no sabemos que estamos, donde algo que no obstante que lo desconozcamos, habla de nosotros y nos convoca. La libertad es una convocación. Pero, ¿cómo responderle, puesto que no podemos quererla ni precipitar su salida? Quizás sea una disposición de ser, una "inclinación" como se decía tan bellamente en el siglo XVII, una disposición en el momento exacto, en el *kairos,* con esta intensidad que designa el momento en el que estamos verdadera y enteramente vivos. Lo que se suele llamar la suerte o el destino probablemente no sea más que una interpretación posible de esa intensidad de presencia a otro y al acontecimiento. Pues la libertad nos llama desde el punto más alejado (en apariencia) de nosotros mismos, opone escasas resistencias a nuestras objeciones, se aleja de nosotros, desaparece. Se ofrece como un ángulo muerto en el retrovisor, hay que voltear para ver lo que yace allí. Ahora bien, no hay nada en los anales de nuestro pasado que responda a este llamado, aquí no hay código de conducta ni herencia, sólo un futuro en carne viva, aún sin escribir. Los miedos son los primeros en precedernos, mucho antes que los actos. La depresión no es más que otro nombre para el rechazo de la libertad, o más precisamente, la imposibilidad radical, pero ignorada por nosotros, de creer que una liberación es posible, una emancipación respecto a los límites "objetivos" de nuestra existencia. Aquí nos volvemos el campo de una batalla sin fin porque el riesgo de ser libres alcanza las lealtades más antiguas con las que cargamos; nuestras armaduras en este frente de guerra no fueron hechas por nosotros sino por otras generaciones, otras memorias.

¿Será que la libertad se ejerce con riesgo de la verdad? Pensarla en términos de voluntad subjetiva es omitir aquello en lo cual se basó su prohibición mucho tiempo antes de nuestro nacimiento, aquellos juramentos olvidados, promesas arrancadas, muertos sin sepultura, secretos pobres y violentos. Correr el riesgo de ser libres es hacer la apuesta pascaliana de que se irá descubriendo esta libertad conforme nos adentremos en el mar en el que nos metimos a nadar. La embarcación que lleva a Virgilio y a su amigo a los

infiernos devuelve a sus pasajeros a su condición de seres humanos exiliados, pues sólo a este precio, nos dice Dante, serán los testigos de aquello que arriesgaron en tanto sujetos, a saber, la verdad. "La distinción entre lo libre y lo no libre no sería la última distinción entre humanidad e inhumanidad, así como tampoco la última señal del sentido y el sinsentido [...], —escribe Levinas—. ¿No ha elegido el Bien el sujeto de una elección reconocible en la responsabilidad de rehén a la que ese sujeto está llamado, de la que no podría desentenderse sin desmentirse y gracias a la cual es único?". [15] Uno reconoce la ética de Levinas según la cual el Bien viene antes que el Ser y en una responsabilidad infinita del sujeto por el otro, que en sí sola funda la posibilidad (finita) de su libertad.

La libertad de actuar no es más que infinitesimal en comparación con la libertad de ser, aquélla que constituye propiamente nuestra humanidad. Aun bajo el terror y la tortura, un ser humano permanece libre de arriesgar hasta el final su verdad, es decir, algo que no le podrá ser sustraído por la fuerza. Porque es un ser espiritual, no puede abdicar esta libertad que a su vez lo funda. Si lo humano y lo inhumano se discriminan según el trazado de una humanidad en la que el vínculo con el otro, jamás suficientemente arriesgado, se repliega en puro sufrimiento, ¿qué haremos con ese *plus* de libertad? ¿Acaso nos seguiremos entregando a nuestros apetitos hambrientos de poder y de dominio tecnológico, o tendremos la audacia de acoger en nosotros la responsabilidad de una difícil libertad que no se arriesga más que en la medida en que se encuentra amenazada?

# Ese tiempo que llaman perdido

El tiempo, inconsideradamente, es muy difícil de pensar o de sentir como tal. Constituido en el imaginario pero acompañando lo real más irrepresentable, nos invita a una imposible figuración. Ese tiempo que eternamente buscamos alcanzar y apropiarnos parece esquivar nuestra espera una y otra vez. El verdadero tiempo sólo puede ser perdido. Desviado, deshecho, desligado, fragmentado o bien indefinidamente diferido, el tiempo que se pierde no tiene uso. Se pierde en nosotros como se pierde en los actos a los cuales no ofrecerá asidero. Decisión, elección, función: todo llega en piezas sueltas, no queda más que una duración indecisa en cuyo umbral nos encontramos. Giramos alrededor de nuestras vidas en el ritmo pendular de los horarios más o menos ficticios, desbordados por lo real pero también por la imposibilidad en la que estamos, por nacimiento, de ser en el tiempo. El tiempo nos ha moldeado durante nueve meses sin nosotros, quiero decir sin que hayamos tenido nada que hacer, que decidir ni vencer, nueve meses durante los cuales el tiempo se enrolló alrededor de nuestras fibras, nuestro ser en devenir, nuestra libertad naciente, ni siquiera subjetiva aún… ¿Qué hacer con aquel tiempo de antes de nuestra historia de sujeto?

Nos gusta decir: “ahorré tiempo”, como si al dedicarnos a una suerte de economía sin moneda ni intercambio pudiéramos ganarnos un *plus* no cuantificable de vida que nos satisficiera y nos valiera un bono de existencia… Esta ganancia imaginaria se filtra por todos lados, de forma insensible, haciéndonos creer que disponemos de un *plus* de deseo. Proyectados en el hacer, en la acumulación de los bienes y la agitación de vidas urbanas sometidas a ritmos y contra-ritmos múltiples, nos separamos insensiblemente de nosotros mismos. Al opuesto del movimiento de la interioridad que nos lleva a la escucha, esa escucha flotante que podemos tener

no solamente en un consultorio de analista sino en la existencia y que, cercana a la meditación, sería una forma de considerar lo real sin violencia pero dejándonos afectar por él. En efecto, este movimiento implica tiempo perdido. Inevitablemente habrá vagancia, aburrimiento, insomnio, todos esos intervalos que no obstante que no sirvan para nada, se traducen en estado de existencia, en inquietud, a veces en vagabundeo. Extrañeza familiar, *Unheimlichkeit,* traducción temporal de la co-presencia de una madre a la vez vertiginosamente cercana y lejana. Lo cercano y lo lejano aquí sirven de medida (o de desmedida) inicial para expresar esta temporalidad irresoluta que fabrica nuestra relación al mundo, al tiempo íntimo, a la finitud. Perder tiempo, ¿será solamente aceptar que nunca lo tuvimos sino que estuvimos dentro de él como en un tiempo antes del tiempo, en una génesis que todavía no fue historia y a la que nos llevan, por ejemplo, el trauma pero también el goce? Correr este riesgo nos obliga a pensar en una posibilidad de ser "sin afuera" *(sans dehors),* tal vez como lo que Rilke nombraba lo Abierto.

Nunca se puede uno reponer de haber nacido de otra y no obstante de estar solo, tener que morir solo; entre estos dos acontecimientos se traba un imposible diálogo que fabrica un tiempo que es literalmente, como decía Maurice Blanchot, imposible, y que él remitía a la palabra: "La palabra profética anuncia un imposible porvenir, o hace del porvenir que anuncia, y justamente porque lo anuncia, algo imposible que no se podría vivir y que debe trastornar todos los datos seguros de la existencia [16] " No obstante su imposibilidad, es con este porvenir que la palabra concuerda y nos liga. Perder el tiempo podría ser entonces reanudar con aquel "fuera del tiempo" fetal en el que éramos dos, uno en dos, dos en uno, memoria, afectos, sensaciones, ligados indisolublemente a la Otra que nos lleva y nos nutre (la madre, pero también la lengua), y aquel fuera del tiempo resonará siempre en nosotros porque es matricial de nuestro ser, espíritu y cuerpo. "El tiempo tiene más de una dimensión —escribe Elie During—, [...] no es una forma de interioridad, puesto que él es, al contrario, quien nos envuelve. Lejos de que el tiempo nos sea interior, nosotros somos los habitantes del tiempo, nos desplazamos en él como en un medio virtual donde coexisten, en una profundidad oscura, todos los

grados de duración[17]”. Dejarse errar al azar, perderse en una ciudad pese a que uno la conozca, asignar tiempo a una conversación que no termina de hacerse y deshacerse, olvidar una cita, prolongar el insomnio hasta la mañana, reconciliarse por un tiempo con nuestros fantasmas, todos estos son momentos arrancados a una economía de los lazos que uno querría regular al igual que nuestro “horario[18]" ; y esta incapacidad agotadora de nuestras horas nos llevará insensiblemente hacia la primera infancia, los tiempos del juego y del despertar, de las casitas y de los ataques de risa, hacia la inquietud también, cuando el tiempo se estiraba hasta los confines del día, en una proyección inalcanzable de la duración. ¿Qué significa mañana para el que tiene meses? Mañana al igual que ayer es un continente donde la promesa “regresaré” es el único punto fijo (la voz, la invocación) que haga sentido para el niño, dándole la fuerza de esperar y de hacer de ese tiempo y de la espera un refugio, una cámara de sueños y de escritura donde pueda, como Ségalen, explorar el mundo.

# Muertos en vida

> "La muerte y la vida se desgarran entre sí como el silencio y el rayo."
>
> Georges Bataille,
> *Les mangeurs d'étoiles*

Ya no queremos morir. De evidente y omnipresente, la muerte se ha vuelto escandalosa. Una burla insoportable a nuestros esfuerzos de cura, de juventud eterna, de instantaneidad de los mundos virtuales y fantaseados. La muerte es esta cosa que ya no debería estorbarnos, que uno esconde y evita. Hoy en día los muertos se consumen en humos industriales, con ceremonias o rituales inexistentes o tan pobremente llevados que uno se pregunta qué sentido tienen. Pronto los cementerios habrán desaparecido, demasiado espacio inútil. La economía de los muertos está en los llamados "seguros de vida" y la organización mortuoria: deja que actúen los profesionales y te otorgarán un luto razonable, tres o cuatro meses, más es indecente, menos es chocante.

Uno se puede preguntar, entonces, de qué manera arriesgarse a no morir es un riesgo y no la fantasía más común de la sociedad occidental. Porque muertos, lo estamos tan frecuentemente… Muertos de una pequeña muerte bien tranquila, evidente, incluso encantadora, una muerte con jardín y paisaje, diversión y placeres variados, nada más fácil, todo te será otorgado siempre y cuando des tu consentimiento; ¡oh!, sólo se te pide tu alma pero no te preocupes, no hay pacto faustiano. El diablo abandonó el lugar, ya no le interesa. Porque lo que te atormenta es la vida, entiéndelo y por fin date la paz, firma aquí, ya no hay infierno, nos encargamos del resto. Hijos, vida bajo estrés, sexo y amor, confíanos todo esto, quítate el lastre, deserta un poco de tu puesto, déjate ir, la muerte

en vida no es un mal negocio, ya verás…

Correr el riesgo de no morir podría parecerse a unos Micro-rechazos Minúsculos Casi Indiscernibles. Que una pastilla llegue a reemplazar la queja, la avidez y la angustia hasta extenuación de la ilusión y de la espera: y de golpe, gracias a esta biología sofisticada (antidepresivo, morfina, ansiolítico, hachís u otras medicaciones de circunstancia), no más aburrimiento, frustración, ganas, aislamiento; lograrás aquello que presentías a pesar del desconocimiento de tu deseo. A saber que no, ningún objeto acabará con tu hambre o tu llanto. Ningún objeto te devolverá un cuerpo deseante. Y qué importa la sustancia tragada, puesto que aquí está otra cosa (objeto, medicamento, artefacto), y otra todavía… Poco a poco te olvidarás de lo que esperabas, tu deseo se perderá en la trama de un mundo entregado a unos *ready made* operativos y eficientes. ¿Para qué obstinarte? Basta con entregar las armas, con multiplicar gestos y pretextos, malentendidos y excusas, con perseguir muy suavemente un camino sin furor ni libertad, sin asperezas ni sombra ni luz; no se te pedirá casi nada. Ni siquiera el sexo será un problema. Y si el dolor de vivir persiste —pues al final de cuentas tienes que saber que estarás clínicamente vivo— otros somníferos vencerán tus últimos escrúpulos, tus persistentes angustias, y vendrá la liberación, no más apegos, únicamente vínculos ligeros como burbujas de champagne.

Serás enterrado vivo, dormido en una tumba ligera. Yacerás allí, sí, dejando que el mundo te ofrezca los objetos más feos, grotescos, cambiantes, vulgares, los ideales adecuados en respuesta a tus apetitos. ¿Qué importa? Desarraigado, desinvestido, errarás sin brújula y sin territorio, sujetado a una fijeza facticia —profesión, familia, religión— incluyendo tus historias clandestinas, mismos trayectos, mismas horas. ¿Cómo desembalsamar unos cuerpos ya muertos, unos espíritus formateados que han olvidado que se puede inventar una vida de deseo y de alegría? El riesgo va en serio: caída, vértigo, aislamiento, rechazo, hasta la franca hostilidad; a nadie le gusta que se le recuerde que la libertad está allí, inmediata, a su alcance. No mañana, no en otra parte, es aquí y ahora. Recordar que somos nuestros primeros enterradores… Volver a leer a Kierkegaard. Nuestras migrañas nos impiden pensar que una mortaja nos envuelve desde ahora en vida. Entramos en la era de la

glaciación suave, de la anestesia continua y ligera con recreos organizados, pensamientos dirigidos y vidas en migajas, y además cantidades de objetos para aturdimos, impedir la sorpresa, el paso lateral, la puesta a distancia efectiva en el instante.

Todo esto, el neurótico obsesivo te lo recuerda cada día. ¡Oh!, es el paciente perfecto, estilado como un lacayo que te hará descubrir el castillo de Barba Azul y las cámaras de horror que encierra en toda quietud, con la voz sigilosa y el paso seguro. Acudirá a ti, un poco obsequioso —claro está— pero seguro de su derecho de ser curado. Apenas aventará una pizca de ironía para sondear con quién está tratando. Sin duda se hará así el análisis, siempre a la hora. Tratando de apoderarse racionalmente del encuadre y de manejar la transferencia, te designará desde lejos el caos que lo habita, obligándote a atestiguar tu impotencia y la suya. Reloj en apariencia intacto con el mecanismo descompuesto, te invitará a ver pasar el tiempo mientras esperes la muerte. La superficie es lisa, inquebrantable, y el interior devastado. El neurótico obsesivo ha construido algunos refugios, tocs[19] y rituales que acepta compartirte con la condición de que no los toques. Te dice que ya está muerto y querrá que lo saques de la tumba sin alterar nada de su existencia. Fingirá estar vivo todo el tiempo. Incluso a veces será excéntrico, pero sólo él sabrá qué cripta oculta su sentido de la fiesta y de la amistad. Desenmarañarlo de la muerte no será una tarea fácil para el analista que te llevará a ser. Digo “llevará a ser” porque habrá que inventar un camino que no figura en ninguna guía.

La historia está cuajada, el tiempo también. No habrá prórroga, es ahora o nunca, no empieza mañana. Conforme lo van presintiendo, los seres se van melancolizando bajo nuestros ojos. Como si la única cuestión de la existencia fuera aceptar un renunciamiento sin sacrificio, sin heroísmo ni causa sublime, sin importar el precio. Con su vigilancia constante, la neurosis obsesiva atenaza el impulso vital que amenaza con romper el equilibrio que ella construyó pacientemente para evitar una angustia sin nombre. El riesgo es la puesta al desnudo intempestiva de las heridas antiguas, sin tener archivos protegidos adonde depositar la memoria. No obstante el que parezcan no pertenecer sino desde lejos al que sufre de “no vida”, esos recuerdos lo ahogan. La

tentación, para el analista, frente a estos seres embalsamados vivos, es alertar acerca de la inminencia, la urgencia, el *no time left.* Se trata de no ceder a su pánico, a los ladradores de tormenta y de catástrofe de los que se hacen eco, a sabiendas de que el miedo con el que se arman no los volverá más libres. Sin duda habrá que recorrer el camino hacia atrás, regresar a las locas tardes de tus diez años: tus primeras emboscadas, primeras fechorías. Tus secretos guardados en papelitos. Recorrer el camino hacia aquella oscuridad impalpable de la infancia que te hace llorar en silencio. Volver a pegar una por una las imágenes de pequeñísimos pedazos de vida, vibraciones a marcha lenta: columpio, traición, caída, ligero vértigo, yuxtaposición de certezas desengrapadas de lo real. Al final no te queda casi nada en la mano, un puñado de recuerdos, unos cuantos lugares, dos o tres nombres; allí en medio se encuentra tu nombre, susurrado muy quedito. Aquel nombre no te pertenece, no lo conoces. Te funda y te atraviesa. Algunos lo llaman inconsciente. Otros no creen en eso. Crees entreverlo, pero él es quien te cuida. Hace falta, para conocerlo, regresar paso a paso hacia el reino de los muertos. Atravesar allí donde ningún territorio está registrado, ningún mapa permitido, ningún trato preferente, ninguna excusa. Para volver de la muerte a la vida, abandonar el círculo vicioso de la obsesión y la vigilancia permanente de ese ojo interior que no deja tregua al que sufre de angustia, y descender hasta cruzarse con aquellas almas que nadie llora.

Volver para descubrir allí, en esa oscuridad poblada de muertos, aquello a lo que podríamos elegir ser fieles. Aquello frente a lo cual la valentía tendría sentido. El deseo viene de una sorpresa muy pura, maravillada, que no ha tropezado con el terror. Es algo que súbitamente se abre en nosotros. Cifras, música, un acorde, una luz, una piel, el sabor de fruta de la oscuridad, nuestra sensación encuentra el mundo y de repente éste nos responde. Todo esto solemos olvidarlo. Perdemos incluso hasta el lazo que nos podría reconducir allí —hasta el recuerdo de que aquello haya existido, en nosotros. Edificamos torres para protegernos de amigos imaginarios sin ver que el dispositivo está alojado dentro de nosotros. Que la adversidad es un principio interno que nos persigue mejor que ningún otro lo hará jamás.

# De una percepción infinitamente más amplia…

¿Acaso percibir es sentir y ver al mismo tiempo? La percepción nos revela como seres plurales, impidiendo que coincidamos exactamente con la imagen que llevamos de nosotros. Percibir nos deshace, desbarata el pensamiento que no nos protege tanto como se cree ya que toda sensación es tan legítima como el juicio que la contiene. Es imposible, creo, entrar en el riesgo de esta percepción sin dejar allí un poco de nuestra razón de ser, de nuestra soberanía. En *Las Olas,* Virginia Woolf nos devuelve a un idioma que evoca el maravillar y el terror primero que nos habitó, pero a partir de una sensación pura del mundo. Novalis lo decía así: "El hombre añade a toda sensación otra sensación desde que comienza a pensar". Y Merleau-Ponty le hace eco, justo al final de la guerra: "En el presente, en la percepción, mi ser y mi consciencia no hacen más que uno, no porque mi ser se reduzca al conocimiento que del mismo tengo y esté claramente expuesto ante mí —al contrario, la percepción es opaca, pone en tela de juicio, por debajo de lo que conozco, mis campos sensoriales, mis complicidades primitivas con el mundo —sino porque tener consciencia no es ahí nada más que 'ser de…' y que mi consciencia de existir se confunde con el gesto efectivo de existencia'. Es comunicando con el mundo que comunicamos indudablemente con nosotros mismos. Tenemos el tiempo entero y estamos presentes a nosotros mismos porque estamos presentes al mundo". **[20]**

Nuestra percepción es mucho más amplia que las fronteras de lo que llamamos "yo". Mi cuerpo, mi voz, los pensamientos que me visitan, las visiones que me atraviesan, "ello" en mí que ve, que respira, que oye, siente más lejos que yo. Si bien la percepción es carnal y se vuelve visible a nosotros, es también en parte lo que en

nosotros está en una relación de inmanencia con el mundo. Paradójicamente, cuanto más somos un cuerpo que percibe, tanto menos nos hacemos conscientes de nuestra singularidad. Lo que nos es dado allí, proveniente de esta percepción de espectro tan amplio que desborda la consciencia por todos lados, se queda encriptado, registrado hasta el más ínfimo detalle. "Ello" dentro de nosotros que un día Freud llamó inconsciente, recuerda, se rememora todo, para nosotros, en lugar nuestro. Y nosotros, cual si fuéramos unas bailarinas inmóviles, giramos alrededor de nosotros mismos con los ojos alocados frente al vacío, tratando de mantenernos rectos como buenos soldaditos llenos de certezas. En ciertos momentos sucede que fragmentos de esta percepción pura llegan en los intersticios de la consciencia y allí nos amenazan como un peligro inminente; el yo no puede enfrentar tal flujo de percepciones no digeridas por la consciencia, venidas como de ninguna parte, de una región de uno en la que es *terra incognita.* El riesgo es abrirse a esta amplitud liberadora. Y perder el control. Sufrir allí donde creíamos ser unos habitantes apacibles de nuestro espacio psíquico porque muchas veces preferimos el conocimiento de nuestro dolor a lo desconocido. Está ese niño, en nosotros, que no olvida con qué desprecio fue tratado, a qué frialdad fue expuesto, con qué angustia debió enfrentar solo noches invadidas por fantasmas (los suyos y los de los demás), en el olvido secreto en el que, como en una mortaja, fue envuelto. ¿Qué hemos preservado de aquella salvaje soledad a la que fuimos sometidos? ¿De quién fiarse? Qué hacer con todo ese barullo de palabras: órdenes, maldiciones, promesas, prohibiciones, depositadas en nosotros sin ningún orden… ¿Qué fiebre creadora las liberará de nuestro cuerpo, y a qué precio? Está ese terror tenue del mundo, depositado en nosotros como una película que cubriera el mundo para hacerlo habitable. Esas palabras traducen el espanto de que el mundo no descanse en nuestras manos. El riesgo más grande, se sabe desde siempre, es amar. Dejar el cerco, el vientre de las soledades, el albergue de lo familiar.

Podríamos creer que nos damos permiso de soñar, distraernos, que nos gusta amar y que nos regocijamos en la soledad, pero a quién engañaríamos… Dudamos de nuestra percepción como dudamos de nuestro deseo. Somos tiranizados por la angustia de no realizarnos, por el miedo de echar a perder nuestra vida como si

acá, muy cerca, residiera la "verdadera" vida, la existencia llena de sentido para el que sepa apoderarse de ella y aprovecharla plenamente. Esta duda es nuestro doble que nos persigue con su extraña e insistente dulzura. Dejarse invadir por la percepción, por las imágenes venidas de nuestra capacidad perceptiva infinitamente más amplia que el yo, es dar permiso de pensar y soñar a todo lo que dentro de nosotros registra, comprende, capta, oye, desenreda, entremezcla, lo que en nosotros contiene informaciones acerca de varias generaciones y tiene la inteligencia de múltiples personas, de varios géneros, animal incluido y probablemente vegetal también. Y de ser así, ¿cuál sería el riesgo? El de entrar en el dominio de la penumbra, de la indistinción aparente, de la confusión de los sentidos y de los géneros, de aquello que a veces alcanzamos por medio de la embriaguez y la droga y el insomnio y el estado amoroso y el pánico: una extra-lucidez que nos quita el lastre de cien mil vidas.

Al interrogar a la Pitonisa, Sócrates recibe de ella esta palabra: *gnothi seauton* la "preocupación de sí" a la que lo remite no es la del pequeño aparato yoico, sino la capacidad de ser "de sí mismo" cuya percepción no separada de lo inteligible es el punto de apoyo. "La emoción no dice yo —según Deleuze—. Usted es quien lo dice, uno está fuera de sí. Es muy difícil captar un acontecimiento, pero no creo que esta captación implique la primera persona". **[21]** Para entender aquello de lo que nuestra percepción es capaz fuera de las fronteras de nuestra subjetividad, tenemos que deconstruir una y otra vez lo que creíamos que era el sí mismo. No "volverse" uno mismo, sino ir hacia sí como uno va al encuentro del amor. Crear el color blanco a partir de la luz, abandonar las deudas de la infancia y las reglas amañadas de los roles a los que nos prestamos, así como toda una economía que quiere sustituir el deseo por la necesidad. Sentir "el desarreglo de todos los sentidos", escribía Rimbaud. **[22]** Atravesar las fronteras de la percepción con el riesgo de perder las fronteras de su propia identidad, ¿quién lo haría con agrado? Codearse con la destrucción, los abismos. La cuestión de la adicción se plantea aquí de manera más apremiante que nunca. La dependencia nos atrapa desde el primer soplo en los pulmones, el desgarramiento placentario, y se fija en nosotros como un principio que se perpetúa, lo queramos o no, en una búsqueda de sustancias,

de objetos, de cuerpos, de sexo o de ideales a los cuales uno identifica la vida. "Una percepción ampliada, tal es la finalidad del arte —escribe Deleuze—. Ahora bien, no se puede alcanzar un solo fin sin que la percepción rompa con la identidad a la que la memoria la amarra. […] Lo cual significa que ampliar la percepción es volver perceptibles sonoras (o visibles) fuerzas que son habitualmente imperceptibles". **[23]**

Pierre Guyotat atestigua que la experiencia de la reanimación es una travesía del más allá, terrorífica cámara de eco donde el yo está disuelto, "como si todos los pensamientos íntimos tuvieran un eco inmediato… es terrible, estás descuartizado, cuando sales de allí estás condenado, te queda un poco de tu aspecto humano, casi no queda nada… Todo se vuelve a la vez terriblemente carnal y obsceno. Tienes ganas de irte, ya no puedes decir 'yo' y no obstante hay que regresar y retomarlo todo […] hay que volver a sumergirse allí adentro, en el afecto, cuando estás en un mundo que amenaza con volverse agradable, desapegado […] la impureza, esto va a volver a empezar, y la fatiga […] y ya recorriste gran parte del trayecto hacia la desaparición, después de los grandes sueños aterradores es la tregua y a 'uno' le gustaría que lo dejaran allí. […] Esto pasó, ya está. Me gusta la vida, es evidente, al mismo tiempo que pienso que no tiene ninguna importancia. […] Uno quisiera poder vivir, lo que dirige todo esto es el deseo de absoluto, lo absoluto en el mundo". **[24]** Volver, como Pierre Guyotat lo atestigua aquí, de esos territorios entre vida y muerte de los cuales uno habría podido no escapar vivo, cuerpo triturado, espíritu ido, grandes depresiones, estados esquizoides, parálisis, etcétera, es experimentar ese borde del mundo en el que uno ya no es "yo", ese borde de sí que ya no es más que una herida en carne viva. La pura percepción no es un simple estado de presencia sino que ya "nadie" está para asegurar una adecuación serena con "yo", consigo. Los que han explorado esta frontera entre dolor insoportable y disolución de todo aquello que nos amarra a la vida rara vez lo mencionan, e incluso cuando dan ese testimonio, todavía es con un pudor infinito que uno no podría franquear imaginando en su lugar lo que se vivió y de dónde regresaron.

Tenemos miedo de nuestra capacidad de percibir, de lo que en nosotros es "vidente", de lo que el lenguaje llama intuición, es

decir, de un saber de sí por adelantado; uno quisiera liberarse de ello incluso antes que nos sea formulado claramente. Nuestros gestos, nuestros sueños, lapsus, nuestros actos fallidos nos revelan, a posteriori, como una palabra profética, esta capacidad de percepción inteligible más amplia que el yo. En la creación se habla todo el tiempo de ese dispositivo alojado adelante de nosotros que nos informa, de alguna manera sin nuestro conocimiento, y se deposita sobre la tela, en la partitura o la página antes siquiera que nuestra consciencia se detenga allí; tomará conocimiento de ello sólo con la relectura.

## La angustia, la falta — ¿unas hambres espirituales?

La angustia es lo propio del hombre, un arma secreta sin la cual la humanidad se desbarata. ¿Acaso los que no conocen la angustia son completamente humanos? "¿Qué relación guarda el espíritu consigo mismo y con su condición? El espíritu tiene angustia de sí mismo, —escribe Kierkegaard—. [25] El espíritu no puede librarse de sí mismo; tampoco puede comprenderse a sí mismo, mientras se tiene a sí mismo fuera de sí mismo; ni tampoco puede hundirse el hombre en lo vegetativo, puesto que está determinado como espíritu; de la angustia no puede huir porque la ama; amarla, no puede propiamente, porque la huye… No hay ningún saber del bien ni del mal, sino que la realidad entera de saber proyectarse en la angustia como la ingente nada de la ignorancia". [26] Y añade: "Soñando proyecta el espíritu de antemano su propia realidad; pero esta realidad es nada, y la inocencia ve continuamente delante de sí ésta nada". [27] La angustia, nos recuerda el filósofo danés, es ante todo una aflicción espiritual. Él mismo exploró sus abismos con el genio de su idioma y de su pensamiento sin cesar, en toda su obra. Se arriesgó a la angustia a partir de su historia, desde aquella noche en que su padre, narra él, maldijo a Dios. No buscó entenderla tanto como describir la experiencia de la angustia sin reducirla ni falsificarla, menos psicologizarla, cosa que ya era una pasión en su época. Esa "nada" que describe como inocencia o ignorancia incrementa el espacio de nuestra hambre espiritual, puesto que es propio de la angustia el referirse a un deseo imposible de satisfacer, pero también a nuestra libertad. La angustia no siempre dice su nombre, ni siquiera el de la desesperanza. Oprime y hace que nuestras manos se agarren de un apoyo imaginario, provoca migrañas y vértigos, despierta el presentimiento de una catástrofe

inminente y siempre pospuesta. Por la mañana trae un malestar terrible y la espera infundada de algún evento irreparable. Se instala en nuestra vida, en nuestras noches en vela, sin por ello desenmascarar el conflicto que la sostiene. Es este conflicto que llamo espiritual. Es hablado por el cuerpo pero sólo será apaciguado si se reconoce que en esa hambre contra la que lucha hay una aspiración que ninguna sustancia puede apaciguar.

La angustia es una pantalla de humo echada sobre la consciencia para ahorrarle el tener que iluminar aquello de lo que no quiere saber nada. La verdad de la que la angustia nos protege es, las más de las veces, la de un combate encarnizado del que no sabemos nada. Ponerla al desnudo nos obligaría a zanjar entre dos clases de lealtades indefectibles, las que vienen de la infancia y nos atan a secretos y genealogías truncadas, a memorias de guerra y silencios sacrificiales fuera del alcance o prohibidos, y las otras, convocándonos a una libertad desapegada de cualquier pasado. La angustia se parece a la nieve en un paisaje devastado; a primera vista todo se ve blanco, intacto, casi irreal. Sólo después, con el deshielo, aparecen los accidentes del terreno. Al igual que la nieve, la angustia se las arregla para que nada sea revelado, que todo permanezca sepultado bajo la ligera anestesia de ese frío mortal. Y no obstante surge el malestar, se hace un nudo en la panza, la cabeza está nauseabunda, el sueño desaparece, los insomnios son crueles y vanos. La angustia no puede impedir que el combate refluya en el territorio del cuerpo, simplemente puede intentar mantener su desconocimiento. No sabemos por qué, en el fondo, estamos tan trastornados. El acta de derrota no basta para explicar por qué la emoción nos cierra la garganta hasta llorar cada vez que quisiéramos emitir una palabra. La angustia ataca el cuerpo para que el espíritu no se hunda y conservemos la fuerza para continuar un poco más.

Se nutre de nuestro espíritu pero es nuestro cuerpo que reclama, y al hacernos un nudo en la panza y dejarnos sin aliento nos tritura suavemente desde el interior sin permitir que recobremos vida. La angustia es un cuerpo a cuerpo casi enteramente inmaterial. Su territorio de guerra es psíquico pero su acción es primeramente física. Ahorra lo vivo pero lo conduce suavemente hacia la muerte.

La angustia es el riesgo que ninguno de nosotros quiere correr

porque alcanza el sentido mismo de lo que es “ser”. Es espectral, la visitante nocturna que impide el sueño. Testigo de aquel conflicto que queremos olvidar, se mantiene en la memoria del acontecimiento, de una infancia que hemos superado dejándole de rehén una parte de nosotros, a merced de un enemigo que desconocemos. Y aquí está, reclamando su sueldo. La angustia nos recuerda que el estar vivo tiene un precio, un precio incluso exorbitante, desmesurado, que nunca tendremos lo suficiente para pagar, y que tal vez terminemos siendo deudores de otro para siempre. Actuando muchas veces con retardo, la angustia no pertenece jamás al tiempo en el que opera (como, por ejemplo, en la crisis de pánico), sino que viene de un tiempo anterior, a veces anterior a nuestra existencia misma, y reclama sus derechos a partir de otra escena. Es un teatro de sombras sin acceso a la fuente luminosa.

Somos casas embrujadas por quejas de las que ya no se sabe a quién pertenecen pero que hicimos nuestras. Lo que nos queda a nosotros es una queja en carne viva que nos atraviesa el corazón. Es una falta punzante, cotidiana, que tratamos de mantener a flote dentro de los límites de lo razonable. Según las circunstancias será una falta de amor, de dulzura, de reconocimiento, de dinero, de hijo, de libertad, de placer, todo esto entremezclado, en carne viva. Y como único testigo de esta falta, el niño que fuimos. Un niño que exige reparación al céntuplo y al mismo título, en el mismo lugar, devenido el tirano del adulto, su atormentador cotidiano. Nuestra obsesión es la suya porque su tiempo no pasa. Ya no pasará nunca. Es el tiempo congelado del trauma del que Françoise Davoine y Jean-Max Gaudillière hablan magistralmente en su magnífico libro *Histoire et trauma. La folie des guerres (Historia y trauma. La locura de las guerras).* [28] Sucede a veces que la analista puede acoger aquella falta aun cuando esté mal nombrada, desplazada. En ese espacio protegido, el adulto desamparado nombra a los perseguidores, la analista pone nombre al terror, a la frustración, la ira, la envidia, la impotencia, abre un camino laborioso para salir del bosque maldito. El niño fantasma es reconocido, por un tiempo acepta aplazar el imposible cobro de la deuda en esa economía infernal.

El camino de la libertad espiritual es la repetición, escribía

Kierkegaard. ¿Cómo decirle a aquel niño “No obtendrás reparación, no exactamente la que buscas y quizás ninguna…”? Deshechizar la casa embrujada que somos no es hacer que nada haya ocurrido allí, que no haya habido montones de cadáveres en las cercanías, que ningún secreto haya sido sellado entre cuatro paredes. ¿Podrá el niño dentro de nosotros aceptarlo? Cómo ayudarle a dar gracias por lo que existe sin resignarse.

El melancólico es aquél que se rehúsa a olvidar, como lo recuerda Derrida. [29] En contra de la razón que quisiera el apaciguamiento y el olvido, el borrado progresivo de la herida por el tiempo, el melancólico mantiene su dolor contra vientos y mareas. Lo cual hace decir a Derrida: “Se precisa de la melancolía”. Entonces al darle un espacio a toda melancolía, es decir, al admitir lo incurable, y quizás por el hecho de acogerla como aquello que no puede ser colmada, sufrimiento que no podrá ser aliviado, la falta deviene entonces la materia misma de elevación del deseo, el lugar de un nuevo impulso de vida, no solamente de una esperanza sino de un movimiento que sostiene la vida. La acogida de la falta protege de hecho el espacio del deseo, su inquietud misma. El trauma que devastó el espacio psíquico, cuando permite que surja una falta, ya deja pasar la vida, el afecto del tiempo y el amanecer de una metamorfosis. Enfrentar la posibilidad de la pérdida radical es cambiar de posición subjetiva, lo cual no es lo mismo que un enfrentamiento o una resignación. Tanto la falta como la angustia son hambres espirituales, experimentarlas como tales no nos salva de su negatividad ni de su morbilidad, pero pueden volverse un vector de potencia del que la libertad es el otro nombre.

# El adiós al mundo mágico. Mas allá de la decepción

El mundo de la infancia es una barquilla suspendida a la espera de que ocurra algo, cuando todo es posible aún. La decepción es la posibilidad de un tropiezo contenida en cada suceso y en la loca esperanza que había suscitado en nosotros. El mundo llamado adulto aún no ha cerrado la caja de pandora. Decepción, promesa: es como si la una no existiera sin la otra. Me prometiste el amor y desapareciste. ¿Será que la vida se encarga por sí sola de destilar la sucesión de nuestras derrotas? ¿La quiebra de nuestras esperas? ¿Que la decepción no es más que un teatro de sombras, un mundo de falsas apariencias, los hilos del marionetista que uno descubre bajo los oros pintados de las tablas?

Experimentar la decepción supone el haber creído en un mundo mágico con varitas de hadas y cielos albergando dragones y otras criaturas fantásticas. Es haber jugado el juego con el riesgo que conlleva y, de cierta manera, haber perdido, pero sin arrepentirse por haber creído en él. Si ese mundo no es el cumplimiento de tu sueño, por lo menos contiene tu espera y la promesa que te hice. Era nuestro albergue, nuestro refugio y nuestra libertad, y he aquí que se quiebra. La decepción pertenece primeramente, con cuerpo y alma, a la infancia. El niño es constantemente decepcionado pero sigue persistiendo en su esperanza, ¡qué soldadito tan valiente! —y ese movimiento de espera *a pesar de todo* lo constituye hasta en sus fibras, porque el niño es casi enteramente y todo el tiempo esperanza. Pertenece al mundo del sueño mucho más de lo que uno se imagina. Desde los primeros meses de su vida, los contornos del mundo no son directamente reales para él sino que lo devienen poco a poco, muy lentamente. Después ni una parcela de su cotidianeidad escapará a lo real y su ensoñación lo entregará, de día

y de noche, a las palabras oídas, susurradas, e incluso mantenidas en el secreto, lejos de él. La ensoñación, la espera y lo que el niño hace con nuestras promesas, son la materia misma de su cuerpo, de su deseo, de su dulzura. La amplitud de la decepción de un niño, su capacidad de ser decepcionado, es inimaginable para los adultos. Es ese monstruo muy suave que lo traga y lo vuelve a escupir del lado de la oscuridad, sin apoyo dónde encontrar el sueño; basta con una promesa olvidada para que todo un muro de su vida se derrumbe, sin que nadie preste atención a tal hecho. Y, no obstante, en los escombros de esas ruinas, allí es donde respira todavía, donde empieza a construir su lengua secreta, su refugio. Pues esta disposición a la decepción es, paradójicamente, una reserva intacta de lo imaginario (para quebrar un niño, para decepcionarlo totalmente, es necesario que se ejerza contra él una violencia inaudita) que le permite amansar lo real y alojar allí, como un dispositivo secreto, su horizonte de espera.

La decepción es la vuelta del mundo mágico en uno llamado "real"; se dice que es el mismo, pero para uno nunca será el mismo, excepto en caso de que se elija la locura como lenguaje definitivo, y esto sería demasiado triste. Decepcionar al otro, amante, esposa, hijo, amigo, es incumplir una espera para después intentar redimirse, esperar que el lazo haya permanecido intacto. Aquel que decepciona querría ser perdonado por una falta que no existe, puesto que descansaba en una promesa. A menos que la promesa sea más real que lo real mismo. Decepcionar es pasar por encima del sueño del otro para alojar allí una minúscula bomba de tiempo, y esperar que nos siga queriendo después de la deflagración; como si el olvido de la palabra fuera posible, así como cualquier recomienzo.

No tenemos el derecho de exigir que una promesa sea cumplida, sólo podemos esperarlo en virtud de una ética primaria, porque prometer ya es una apuesta al tiempo, a la permanencia de un sujeto que no haya caído en la locura o sucumbido a la muerte. Pero prometer es creer que el lenguaje nos compromete y que una verdad está en juego en todo lo que decimos. O más bien, no exactamente en lo dicho sino en la manera y el momento en que se haya dicho, en la intención del cuerpo y de la voz, en la presencia contenida y el silencio circundante.

Decepcionar es haber sido decepcionado en una infancia salvaje, fuera de la memoria. El haberse salvado supone una gran experiencia de su pasado, de lo que uno había esperado sin haber renunciado a ello, es haber atravesado la quiebra de esa locura de la espera infantil —que probablemente pasó desapercibida— y haber sobrevivido. Nada es más difícil de descubrir que la decepción, es una grieta tan ligera en la pátina de la pared, sólo un arañazo y, sin embargo, es una caída de la que a veces uno no regresa. Hay suicidios que son citas, cuarenta años después, en memoria de una decepción tan tenue, sutil, que muy pocos oídos habían percibido su quiebre.

# Su vida / la vida

Lo que conecta a cada uno de nosotros con el riesgo es la propia vida. *In fine,* es lo que dice la lengua: arriesgar su vida. [30] Pero, ¿qué significa este posesivo venido subrepticiamente a imponerse aquí? "Su vida", ¿es decir, la suya propia y no "la" vida? ¿Cuál es el estatus de este posesivo: su? ¿Hasta dónde nuestra vida es realmente nuestra y qué poseemos exactamente cuando decimos "mi" vida? En su hermoso libro sobre La Borde, [31] Marie Depussé dice que los pronombres posesivos son pequeñísimas murallas que erigimos para protegernos de lo real, o del deseo, y que a veces es la misma cosa. En todo caso, es lo que viene a trastornar el ordenamiento perfecto de nuestro mundo, las coartadas que nos buscamos, los recuerdos que veneramos y aquéllos que callamos, los bordes de la vergüenza así como los de la angustia con la que ninguna frontera puede acabar.

Al decir "arriesgar su vida" estamos significando que uno está vivo en "su" propia vida, y que considera esto como un evento que puede ser catastrófico o maravilloso; es decir que uno prevé la posibilidad de que la muerte venga a sepultar su vida, a cubrirla, desviarla de sí misma o de uno. Se trataría entonces de arriesgarse a lo impersonal, puesto que lo que se arriesga es lo más propio, es decir, lo posesivo de "mi" vida; ¿qué más tengo en la existencia, de hecho, que mi vida, siendo que todo el resto me puede ser quitado? Seres queridos, objetos, corporeidad (por lo menos ciertas partes no vitales de mi cuerpo, aquello en lo cual mi cuerpo no es solamente y totalmente mi vida).

Sin embargo, este riesgo no es enteramente subjetivo ni personal, ni siquiera voluntario, sino aquello por lo cual nos extralimitamos constantemente. Es aquella parte en la que estamos perdidos, y cambiamos este sentimiento de pérdida irremediable

por el impulso de movernos aún en territorios en los que una exploración del deseo es posible. ¿Cómo perder lo que no es nuestro? Seamos o no creyentes, podemos admitir el hecho de que la vida nos es dada. Y, no obstante, esta vida es tan poco nuestra aunque sea lo último que tengamos propiamente, el último acontecimiento que vivamos, la última soledad que vivenciemos y el lugar de la esperanza más grande también. Quizás esto sea aquel yacimiento de vida intensa que ha pactado con los muertos y la memoria y la historia de aquéllos que nunca tendrán palabras para transmitirla. Quizás sea allí donde yace el riesgo de "nuestra" vida, ese riesgo de que aunque sea absolutamente singular, no sea nuestra… Como toda experiencia trastornadora, esta vida no nos pertenece y, sin embargo, sólo nosotros la hemos vivido y fuimos transformados por ella. Suficientemente para juzgar, a posteriori, en futuro anterior, que tal vez la vida se haya arriesgado hasta acá en nosotros. Que esta hospitalidad, como la de la locura o la del delirio amoroso, era una violencia pero que nosotros hemos sobrevivido, para bien o para mal, y nos hemos conmocionado. Que es la vida quien nos arriesgó de esta manera, contra la muerte y con ella, contra los apegos, las lealtades, las defensas, las familias, la vergüenza, el sepultamiento de toda memoria; porque en esos instantes fuimos pasadores, las más de las veces inconscientemente, es decir que nos encontramos en una incandescencia, en una tristeza, una dependencia, una revuelta, una imaginación, un amor, un silencio, desconocidos de nosotros y que no obstante encontraron asilo en nosotros. Decir "arriesgo mi vida" es casi imposible; sólo en raros momentos experimentamos tal coincidencia, pero hay que creer que podemos decir "la vida se arriesgó en él o ella", en tanto testigos fraternales de una verdad dolorosa.

# A riesgo de conocer lo desconocido

A riesgo de invitar a una mujer a bailar un rock and roll y de susurrarle: “Cierre los ojos”.

A riesgo de salir en coche para cenar en la ciudad y terminar en Roma al día siguiente, después de haber cambiado de idea y manejado toda la noche.

A riesgo de ver que por enésima vez nuestra pareja declina la oferta del pequeño vendedor paquistaní de rosas (arrugadas), y de comprarle el manojo entero para regalar flores a todos los presentes.

A riesgo de pasar noches en vela.

A riesgo de dejarse llevar por una nada que nos atravesó de una forma fulgurante y previamente desconocida, y escribir a un(a) casi extraño (a) una carta de amor.

A riesgo de hacer el amor sin cesar.

A riesgo de rezar sin pedir el auxilio de ningún Dios, o incluso pidiéndolo.

A riesgo de contraer una amistad oculta, loca, perdida, infinita. Peor que un amor.

A riesgo de aburrirse y de amar este aburrimiento sin remedio.

A riesgo de caminar solo en una ciudad y esperar que sobrevenga, en este instante, el sentido de toda una vida; saber que al día siguiente todo habrá desaparecido.

A riesgo de escuchar una y otra vez *La pasión según San Mateo* de Bach.

A riesgo de encargarse de la responsabilidad destinada a otro, todo menos un principio de precaución.

A riesgo de recoger en la playa piedritas de vidrio pulidas por el mar, y de volver a esparcirlas por la noche.

A riesgo de tener un comunismo de pensamiento.

A riesgo de alegrarse.

# A riesgo de ser carnal

> “Entonces se pone a mirar el cuerpo del bailarín tomando vuelo y le pregunta: ‘¿Cuál es tu secreto?’”
>
> Alain Didier-Weill,
> *Lila y la luz de Vermeer*

Tener un cuerpo, ser un cuerpo, tomar cuerpo… ¿Cómo navegamos entre estas tres acepciones? Tener un cuerpo supondría la posibilidad de no tenerlo, que el cuerpo fuera un lugar donde no estuviéramos enteramente. Ser un cuerpo nos identifica a esa materia animada que llamamos cuerpo y que no obstante es tan difícil de nombrar dado que el cuerpo también son las emociones que lo atraviesan, las ideas de las que es afectado, el dolor incuantificable que lo quiebra o el goce fulgurante que lo infunde. “Nadie sabe lo que puede un cuerpo”, escribe Spinoza. ¿Dónde comienza, dónde termina un cuerpo, la capacidad de un cuerpo, de qué manera mi identidad se captura enteramente en esa envoltura que se dice carnal? ¿Será que tomar cuerpo designa ese acto por el que de un cuerpo que tenemos hacemos un cuerpo que somos? ¿Tomar cuerpo acaso es entrar en el cuerpo como uno trasmuta el tener en ser, la cosa en esencia, el objeto en sujeto? Ser carnal es a la vez tener, ser y tomar cuerpo…

En el goce se pierde el cuerpo en la vivencia de una alegría que a la vez nos libera y nos encarna, hecho expresado por la palabra inglesa *embodied.* El filósofo Damasio dice que el cuerpo está contenido en el alma y no a la inversa. Es el cuerpo mismo que es atravesado por todas partes por algo que lo excede infinitamente, que lo abre, lo expone a lo ilimitado. En el canto, la voz humana es la cosa más material e inmaterial a la vez, *das Ding,* la “Cosa” en sí

diría Lacan. Nos deja oír lo que en el cuerpo es un campo de inmanencia infinitamente más vasto que lo que es percibido, palpable, visible. La voz señala hacia aquello en lo que hemos sido bañados de niños y que sin duda nos constituyó desde las primeras divisiones celulares del embrión, a saber el sonido amniótico, transportando con él la voz materna pero también la del padre, la de los hermanos, tantas sonoridades que también son agentes de amor o de odio, de repulsión, de apego o de disgusto, donde sin cesar se adjuntan la comida (cordón), el movimiento del cuerpo interno (sentido por el feto) y la audición. Paso entre adentro y afuera constantemente asegurado, reasegurado y encaminando con él todo lo posible, el espacio en devenir de un sujeto que está él mismo por venir. Nuestro ser carnal es una entidad que rebasa infinitamente el cuerpo percibido al que habría que adjuntar el cuerpo pensado, imaginado, soñado, el cuerpo de la voz, del gusto, el cuerpo afectado, el cuerpo que se deja ir en la fiebre, el goce, la embriaguez, el cuerpo que migra más allá del cuerpo para no sufrir por ejemplo. Descartes permanecerá como el padre del cartesianismo, es decir, del divorcio consumado entre el sujeto pensante y la extensión, y sin embargo toda su vida habrá cuestionado en primer lugar lo que constituía la unión del alma y del cuerpo. Tal unión, tan difícil de pensar, es lo que hoy en día los biólogos buscan con la misma fuerza.

Ser un cuerpo, tener un cuerpo, también es estar desnudo(a). Es un riesgo extraño el de la desnudez. Con la edad perdonamos nuestro cuerpo por no ser perfecto, nos reconciliamos con él cuando se empieza a desprender de nosotros. La desnudez siempre es escandalosa pues permite ver lo que no se puede ver, ofrece lo que precisamente no se puede ofrecer, supone un compartir, delimita un territorio a la vista y al tacto que en realidad no tiene extensión ni asidero. Se puede fotografiar la desnudez, delimitarla, constreñirla, se la puede acariciar, evitar, ocultar pero lo que ofrece no es asible. Ésta es sin duda la razón por la cual excita tanto: la concupiscencia, el odio, el horror, la compasión, las ganas de develarla toda. “Los cuerpos y las almas son fuerzas, —escribe Deleuze—. Como tales, no sólo se definen por sus encuentros y sus choques al azar (estado de crisis). Se definen por relaciones entre una infinidad de partes que componen cada cuerpo y que lo caracterizan como una

‘multitud’”.

¿Qué sería hoy arriesgarse a la desnudez, puesto que nos es ofrecida todo el tiempo y por doquier, bajo todos los soportes posibles, con o sin alteraciones? Lo íntimo develado es el riesgo de la desnudez, ese territorio sin cartografía que me separa de otro cuerpo con el que (aún) no soy uno, frente al que creo un espacio que no solamente es el de mi propio cuerpo. Es el de mi cuerpo del que se recorta, de alguna manera, mi desnudez. Esta desnudez sin asidero es lo propio del alma *(Seele),* palabra que el mismo Freud empleaba todo el tiempo, cosa no tan sabida porque los traductores optaron por el término de aparato psíquico… Pero dicha alma no tiene otra superficie que el cuerpo, su esencial desnudez. La desnudez, tal una banda de Moebius de la que uno no podría distinguir el adentro del afuera, es también una metáfora. Las palabras con las cuales la calificarás, con las que la adornarás o echarás a perder o evitarás decirla, nombrarla, detallarla, hablarán de ti, de tu intimidad más secreta, de tu historia y de la gran historia, de tus miedos, de ti cuando niño y de ti de futuro viejo o bien futuro accidentado, de ti donde tu nombre da lugar a esa piel que hace cuerpo, que hace un cuerpo amoroso, un cuerpo de doliente y de combatiente. No hay línea de demarcación, ningún signo del que uno podría decir: allí está el punto de impacto de la interioridad, allí donde no se accede, el lugar del espíritu fuera de toda carne. No, pues no existe tal punto de retirada, y es precisamente por el hecho de que todo está allí, en el espacio intangible de la desnudez, que ésta nunca será asible, ni siquiera visible de alguna manera. Uno se empeñará en vano, con artimañas retóricas, en exponer algo que calla, que tanto se deja ver que no se puede ver, porque la desnudez excede continuamente tanto la mirada como el tacto y la sensación. “Lo acariciado, propiamente hablando, no se toca, —escribe Levinas—. No es la suavidad o el calor de la mano que se da en el contacto lo que busca la caricia. Esta búsqueda de la caricia constituye su esencia debido a que la caricia no sabe lo que busca. Este no saber’, este desorden fundamental, le es esencial. Es como un juego con algo que se escapa, un juego absolutamente sin plan ni proyecto, no con aquello que puede convertirse en nuestro o convertirse en nosotros mismos, sino con algo diferente, siempre otro, siempre inaccesible, siempre

por venir. La caricia es la espera de ese puro porvenir sin contenido”. **[32]**

*No soportaba verse desnuda, así como tampoco podía realmente mirar su rostro. Le parecía que había allí, entre los dos —desnudez, rostro— un pacto indisoluble, un parentesco secreto. Yo le había preguntado si recordaba alguna escena particular de su infancia o su adolescencia en la que su imagen estuviera presente. Había buscado por mucho tiempo. Nada particular emergía, el recuerdo de haber compartido ataques de risa con sus hermanas en la cama al momento de desvestirse; nada más. Pero en la víspera se había acordado de una escena en apariencia banal, en la que aparecía la imagen de ella desnuda. Era verano, hacía mucho calory todos nadaban en el río que bordeaba la propiedad. Ella se había aventado al agua pensándose lejos de las miradas, tenía siete u ocho años y había experimentado el deleite de estar desnuda. Al alcanzar la orilla había buscado su ropa en vano. Y, sin embargo, no había nadie. Había corrido a campo traviesa, no estaba muy lejos, y había subido directamente a su cuarto para vestirse, ni sus primos ni sus hermanas estaban allí, todos habían ido a jugar un partido de bádminton, ella sola había optado por entretenerse un poco en el río y por eso se había desvestido. Había alcanzado a los demás, nadie había aludido de ninguna manera al evento. Ella misma no lo había mencionado aquella noche y nunca supo quién había tomado su ropa. Ni si a ella la habían visto desnuda.*

*Yo la escuchaba detenidamente, es decir, con cierta sorpresa.*

*“¿Será posible que haya creído que me violaron cuando me volaron la ropa?”, dice ella. “Sin duda fue alguien cercano, quiero decir, si hubiera sido un desconocido, habría tenido que atravesar el pasto enfrente de la casa y adentrarse en el parque, atrás, en una propiedad privada, desconocida. Pero sólo estaban mis primos, unos adolescentes un poco bobos y sus padres, también una pareja de amigos de mis padres”. Hizo una pausa. “Podrían ser ellos, claro, pero ¿por qué? ¿Por qué jugar esa mala broma a una niña que se baña? Para castigarme, avergonzarme, pero entonces lo habría sabido, habrían terminado por decírmelo… Necesito que no me deje sola con esto. No entiendo… ¿Acaso esto habrá bastado para encerrarme a cal y canto en esa imposible mirada sobre mí misma?, quiero decir encerrada afuera. No entiendo… ”*

*—¿Y si esta escena nunca hubiera tenido lugar?*

*—¿Por qué dice esto, no me cree?*

*—Si le creo, pero tal vez no haya encontrado su ropa, por ejemplo, por haberse dejado desviar río abajo, por la corriente. Y habrá interpretado la desaparición de la ropa de esa manera, como una prefiguración de lo que usted llama una "violación" de intimidad. Así hacemos con los recuerdos, por una parte les damos un valor profético.*

*—¿Con qué fin?*

*—El río, en los sueños, es a veces la prolongación del cuerpo materno, del cuerpo uterino…*

*—¿Sería una forma de poner en escena un rapto de imagen, imaginarme que alguien, si yo me desnudara, vendría a robarme mi protección, mi armadura?*

*Dejé pasar un silencio. Luego retomé: "Quizás… Los recuerdos son augurios. Los colocamos al comienzo, volvemos a ellos porque nos dicen algo de lo que devinimos; no los inventamos del todo sino que los trituramos inconscientemente, los transformamos, los maltratamos para que se vuelvan fragmentos del espejo reflejando nuestro yo futuro, nuestra existencia por venir".*

*—Es vertiginoso…*

*La desnudez es una violencia, estamos expuestos a ella bajo la mirada o la caricia o el golpe o el desprecio o la seducción, sin otra orilla para tomar apoyo. El río es un estado de fusión líquida donde en el cuerpo uterino reencontrado no hay más que una pura desnudez de ser. ¿Será que la ropa robada marca la imposibilidad de ser "una", de abandonarse a ello en confianza? Quizás este recuerdo —verdadero o recompuesto— sustraiga él mismo a la consciencia un robo más antiguo, un desgarramiento más arcaico que se encuentre fuera de la posibilidad de toda representación. Esto era lo que yo señalaba al hablar con ella. La duda, es decir, el vértigo que se apodera entonces de la soñadora adulta, recostada allí en el diván y traduciendo su imposibilidad de confrontarse a su propia imagen, a su desnudez, tiene un efecto de fractura en la ciudadela defensiva del olvido. Lo que es reprimido, quizás, lejos de ese río, es un primerísimo cuerpo.*

En la fusión amorosa, se siente apenas la desnudez del otro o la propia, quiero decir que forman un tercer cuerpo que es el cuerpo del deseo. En la neurosis, la desnudez es alcanzada —dañada. Uno la puede subyugar, apoderarse de ella, deshacerla, destruirla como

uno fue quizás destruido o abandonado. Tal vez sea por eso que el camino es tan largo antes de que uno pueda abandonarse en confianza, en amistad.

# Que cesen nuestros tormentos…

¿Qué venimos a buscar con un analista? ¿Que cesen nuestros tormentos, un sentido a la vida, una respuesta a nuestros miedos, lo que por fin nos hará encontrar el amor? A veces no sabemos lo que podemos esperar, sólo sabemos que alguien nos escuchará. Y quizás sólo esto… una escucha. Se definirá un encuadre como medida de protección, es decir, un lugar de encuentro y un momento o dos en la semana a salvo de las carreras de lo cotidiano, durante algunos meses o años. Caro también para lo que es: menos de una hora. ¿Cómo creer que esto podría bastar para levantar el impedimento para vivir? ¿Por qué milagro podrá la palabra conjurar una generación de silencio, de malentendidos? ¿Cómo anulará la maldición, la desesperanza y la ira, los celos enloquecedores, el insomnio, la fiebre amorosa, el duelo? ¿Qué se le pide a esta cura a la cual ni siquiera nos atrevemos a creer al mismo tiempo que nos entregamos a ella, casi a pesar de nosotros mismos? Qué se va a perder en esta historia y qué vamos a encontrar en el camino… Porque extrañamente se trata de lo mismo: lo que se pierde, lo que se encuentra, pero totalmente de otra manera. Y esto ocurre en la transmutación casi alquímica de una lengua, incluso más que una lengua, una extraña petición, una metáfora viva. Pues la palabra escuchada toma por testigo al analista como aquél al que se dirige en secreto. Sea silenciosa o pronunciada en voz alta, sea una demanda al amante, al ausente, un reproche hecho al muerto, un encantamiento hacia el animal, hacia un dios, hacia el recuerdo de un cuerpo amado… esta petición hace de la lengua una cosa viva, animada, casi mágica, con una potencia fenomenal proveniente del hecho de que atraviesa a la vez el cuerpo y el espíritu y que es ligada, por el soplo, al hecho de llegar a la vida porque otro te cargó, nombró, balbuceó, esperó, temió, cantó, liberó, lo que de otra manera se llama: haber nacido.

Esta palabra es el espacio de nuestra humanidad, de la hospitalidad a esta humanidad en tanto que desborda absolutamente, como espacio de inmanencia, nuestra subjetividad. Por lo tanto, es en el viaje adentro y a través de esta palabra que se realizará la extraña transmutación que hemos nombrado: perder y luego encontrar, lo cual no es reencontrar puesto que lo que es encontrado es un hallazgo en el sentido de lo inédito, lo singular, es un encuentro inesperado, una inversión, casi una conversión sin religión ni armadura, un acontecimiento puro. Lacan lo decía de una manera algo distinta: "¿En qué se reconoce a alguien que ama? En el hecho de que cambió de discurso". La palabra discurso se debe entender aquí en su filiación griega: *logos,* hay entre *logos* y verdad una pertenencia secreta.

¿Será que sólo el paciente pierde algo en esta empresa insensata que es un análisis, o esto le pasa también al analista? En una cura, al inicio el sujeto plantea interrogantes acerca de su historia, explora sus desenlaces ocultos, sus callejones sin salida, sus secretos, recorre lentamente el camino al revés, hacia un pasado que cree conocer en parte, une las piezas del rompecabezas, junta lo dicho, convoca sus recuerdos, sus emociones enterradas. Se vuelve investigador y, en esta excavación, exhume tesoros, vestigios, horrores también. Establece nexos, plantea hipótesis y empieza a separar los afectos los unos de los otros, a desoldar los miedos, a aislar las partes de la historia (padres, fratría, amigos, enemigos), y en esta obra inmensa efectúa un trabajo de reconocimiento como un arqueólogo, clasifica, expurga, exhume. En este primer tiempo del análisis identificará culpables, los que conoce y los que desestimó, identificará los golpes, las lesiones. Al nombrarlos, los cura (y los piensa[33]), desinfecta la herida que dormía y contaminaba el psiquismo entero. Todavía estamos en una suerte de refugio, un lugar en el que este trabajo descubre claros inhabituales, pero aún se trata sólo de lo que él, el analizante, apostó, de la interacción sutil y permanente entre los demás y él mismo. Aquí comienza la verdadera pérdida. Porque poco a poco verá cómo se derrumban los apoyos que creía seguros y cómo la seguridad deja lugar a la duda, al vértigo.

El susto del jugador es la pérdida, que lo sostiene y lo salva. Pues al correr el riesgo de perder, sigue deseando ganar, poder

apostar de nuevo, esperar, estar un instante más suspendido al momento en que la bola oscile, que la carta se revele, decidiendo su suerte. Arriesgarse a perder es avanzar en la oscuridad sedosa de la sombra negando que todo se pueda cerrar sobre nuestros pasos, esperando que algo reaparezca, se despliegue, se ribetee. Algo que no nos sea totalmente desconocido… Lo que perdemos, quizás, en un análisis, ni siquiera es el sentido mismo que creíamos dar a las cosas, sino el "porque", la causa imaginaria de nuestra queja, de nuestro afecto, de la injusticia que los resume. Es la certidumbre de que esto había determinado nuestra vida para siempre. No existe el "porque", tanto la consciencia como su manera de inscribirse en el mundo se enrollan y se las arreglan con los posibles de este mundo. El hojaldre muy fino constituido por múltiples acontecimientos y determinaciones que producen lo real se entremezcló con nuestra historia formando ramificaciones sin fin, de hecho mucho más allá de lo perceptible; y lo que se pierde en un momento dado es la certeza de pertenecer a un mundo, una lengua, un territorio de reconocimiento inmediatamente transmisible.

Tú eres este analizante que comienza a perder sus puntos de referencia y a dejar de saber siquiera por qué vino… Lo que tanto te hacía falta ya no te afecta de la misma manera, la amante perdida, el niño que no tuviste, la belleza fugitiva, el tiempo de la juventud, la gloria pasada, te desprendes de aquello que hasta entonces pensabas era lo más valioso que equipaba tu vida. Pero va a aparecer otra falta, de otro tipo, una falta de ser tan radical que desplazará todas las faltas; ésta es espiritual, es el vacío que atrae y hace crecer, que permite el vínculo y la vida.

# Romper

¿Acaso romper es un reto en la vida? Por cierto, qué idea tan rara… Por ejemplo, uno no va a análisis para romper, ¿verdad?, sino más bien para sanar una ruptura. Tal vez acudamos a raíz de un duelo, una nostalgia sentimental, un divorcio, vamos para que nos reparen, nos compadezcan. Y, ¿qué tal si, no obstante, el análisis fuera una escuela de la ruptura?

¡Oh!, pero la ruptura cansa, como una eterna cantinela. Nada más triste hoy en día que las rupturas. Crónicas de un desamor anunciado, vienen a marcar el final de una atracción que se deshizo aun antes de desplegarse. Lastre inútil, desesperanza vulgar y vagas ganas de morir, los ingredientes siempre son los mismos, o casi siempre. Cuando se trata de una pareja, los hijos asisten impotentes a la carnicería, tomados por testigos de una historia empezada antes de su aparición y ya resumida, noticia necrológica de un amor redactada al vapor para jueces fastidiados de oír las mismas disputas. Existe un hartazgo generalizado de la ruptura porque no podemos actuar de otra manera, como si lo único que supiéramos hacer más o menos bien fuera cortar. O amenazar con… Y terminar haciéndolo en una melancolía sin salida. Los mismos umbrales de tolerancia se han movido, sobre todo en las mujeres, los hombres están desorientados… Es de suponer que la ruptura se ha vuelto una cuestión de estilo; siempre interviene, y la pregunta es: ¿cuándo?, y luego, ¿cómo? A partir de allí se sigue con el curso habitual de las cosas, como si nada. La vida continúa, así decimos. Sin embargo, hay algo grave en esta historia, quizás porque nadie corre el riesgo de romper de verdad. Dejamos que la ruptura actúe sobre nosotros como una ola maligna de revuelta, un "demasiado tarde" convertido en ahora, un zumbido de pensamientos tristes que terminan por dinamitar muy suavemente lo cotidiano y acabar con él. Pero, ¿acaso no lo hacemos por algo a cambio, sólo porque sí? Porque no

sabemos muy bien lo que buscábamos: ¿una libertad nueva? Habría que ser ingenuo. Entonces, ¿una venganza? Esto se agota tan rápido, uno querría entonces que cesaran la incomprensión, el aburrimiento, la fatiga, los reproches, claro, todo esto, pero la ruptura pasa entre los seres sin realmente alterarlos, los roza, deshace los lazos, acaba con la esperanza pasada, crea nuevas e inéditas obligaciones, todo esto de forma un poco ajena a uno mismo, como si finalmente quedara fuera de contexto.

Y, no obstante, insisto en que habría que correr el riesgo de romper. Al menos una vez. Y en que sin saberlo, uno llega a análisis a encontrarse con esto. Romper, no con aquél o aquélla que decimos amar, odiar, sino más subterráneamente con ese pacto que nos mantiene como deudores de una deuda más antigua que nuestra vida misma, que hace de nosotros unos *obligados.* ¿Por qué estaremos dispuestos a pagar un precio exorbitante por el recomienzo del mismo guion, constantemente? ¿Por qué preferimos conservar pobres miserias contra la alegría de lo que llegaría de lo desconocido, del mar abierto? ¿Qué es lo que nos retiene acá, del lado opaco, cerrado de la memoria, lo más cerca posible de esos territorios donde hemos sufrido el abandono y la falta? ¿Acaso tenemos que salvar, una y otra vez, nuestra infancia del desastre, como si nos correspondiera rescatarla, a ella y a nosotros también, de un naufragio inminente, a veces cincuenta años después? Pero, ¿cuál será esa verdad a la que tanto tememos y que nos hace desplazar así las piezas en el tablero de ajedrez hasta el agotamiento de los jugadores? "Creemos que la novedad que surge en nuestra vida va a trastornar todo, volvernos irreconocibles, reanimar el fósil, pero nos damos cuenta de que es la parte de *déjà vu* que encubría que nos había fascinado",[34] escribe Mathieu Terence; las mismas piezas sobre las mismas diagonales, y de ruptura en ruptura se vuelve a jugar el mismo partido.

*El la dejó antes del verano. Como a los perros que abandonan a la orilla de la carretera. Sólo una nota, pegada en el refri (¡el refri!): "Ya no puedo más". Ella había ido a una clase de danza, por una vez había comprado flores, y despreocupada regresaba a casa. Vivían juntos desde hacía poco menos de un año. A perfect bliss, como dicen en inglés. Ningún signo anunciador del desastre. Ahora tendrá que volver a ver la*

*película al revés. Qué significa… Deposita las flores, deshace el papel de China rojo… "Ya no puedo más". Le da un ataque de risa y luego se desploma allí en su lugar, y llora. Ya pasaron horas. El no regresa. La noche ha terminado por ganarle a la luz, ella ya no logra pensar. Nada, no hay nada en su cabeza. Está vacía como si nunca hubiera habido nadie, nunca. Ya nada pesa, nada tiene un contorno preciso, no tiene hambre ni sed. Ya no tiene cuerpo.*

*En el hospital le preguntan por su nombre. Le cuesta trabajo recordarlo. Por fin lo pronuncia, muy lentamente, como para asegurarse de él. El médico es joven, un psiquiatra de guardia dominical. Esperaba urgencias de locura, le temía a ese día de descanso obligado tan negro para los que están encerrados afuera en su náusea y su susto. Pero esta mujer de apariencia frágil no le asusta, al contrario, tendría ganas de abrazarla y hablarle muy suavemente. No puede. ¿Qué pasó con usted? Como ella no dice nada, empieza a hablarle, de todo y nada, de sí mismo, de sus gustos en la vida. Y poco a poco ella recupera fuerzas, allí ante sus ojos. Echa raíz y cobra vida como las plantas en E. T. que él veía de niño el domingo por la tarde, no puede evitar sonreír al evocar este recuerdo.*

*"¿Quién me trajo acá?", pregunta por fin.*

*—¿Ya no se acuerda?*

*—No.*

*—Su hermana. Usted la llamó a su auxilio.*

*—¿Dónde está?*

*—Se volvió a ir, no podía dejar a sus hijos solos, eso fue lo que dijo. Pero regresará mañana. Firmó los papeles para que usted pueda descansar. ¿Sabe por qué la trajeron aquí?*

*Él no sabe si puede decir esto. Pero lo dice.*

*—Mi compañero me dejó. Y agrega ella, "no está tan grave, ¿o sí?".*

*¿Qué contestar? El ya no sabe, en este instante, cuál es su papel. ¿Decirle la verdad? ¿Pero cuál verdad? Que la trajeron acá porque se puso a delirar. Que su hermana quería deshacerse de ella lo más rápido posible. Que él es un residente en guardia, que es su primera urgencia y que no entiende gran cosa. Aparte del sufrimiento de ella. Aquí, temen que esos enfermos de amor atenten a su vida. No se puede correr el riesgo, le contestarán (ya lo sabe) si pide su puesta en libertad (¿entonces es una prisionera?) para la mañana siguiente. Tendría que ser medicada, hasta responder con su juicio recobrado. Hoy en día es*

*escandaloso amar demasiado. Se ruega amar dentro de los límites de la simple razón.*

*Ella durmió. Se quedó allí unos días y luego se regresó. Había correo abajo de su puerta. Ni una palabra de él, nada. Pensó que era mejor así. Le parecía que tenía un cuerpo de recién nacida que apenas sabía respirar, moverse. Que le haría falta reaprender todo, lentamente. Pensaba frecuentemente en el residente; probablemente no sabía que la había salvado con su plática, su paciencia torpe, y todo ese tiempo gratis que le había prodigado aquella noche dominical. Ella que odiaba los hospitales, y las quejas de lloronas y los años nuevos… En otros tiempos se habría enamorado de él, pero permanecería para ella como un médico muy joven para la tarea asignada, un poco perplejo, perdido en una función demasiado seria y no obstante… Aprender a romper para ella sería aceptar lo impensable, arreglárselas con ello como si adoptara otro nombre, o se abriera a otra mirada y reinventara todo.*

Y, sin embargo, este riesgo de romper verdaderamente, alguna vez lo corrimos, al nacer. Al respirar por primera vez afuera, un aire nuevo que llenó nuestros pulmones y nos hizo llorar y venir al mundo. ¿Por qué tendríamos que nacer de nuevo, qué no basta con una vez? El riesgo de romper es el de una revolución en el sentido estelar del término, girar alrededor de su eje, *revolvere.* Esta revuelta no deja de causar heridas pero es suprema.

# Arriesgarse a la palabra

> "Sólo deseamos verdaderamente lo que por su parte nos quiere por sí mismo, en tanto se inclina hacia nuestro ser. A través de dicha inclinación es nuestro ser requerido; la inclinación es palabra de apoyo. Tal palabra se dirige a nosotros apuntando a nuestro ser, nos invita a entrar en el ser y nos mantiene allí. Mantener significa propiamente cuidar. Lo que nos mantiene en el ser sólo nos sustenta mientras retenemos lo que nos mantiene por nosotros mismos."
>
> Martin Heidegger,
> *¿Qué significa pensar?* **[35]**

En toda la historia de la humanidad, hablar y callar siempre fueron figuras paradójicas de nuestra liberación, de nuestra salvación, así como de nuestras pérdidas y de nuestra noche. ¿Puedo tomar la palabra con dulzura? ¿Puedo hablar sin *tomarla*? Sin violencia, sin abuso. La pregunta sería más bien: ¿Acaso la palabra puede coexistir amigablemente, fraternalmente, conmigo, con nosotros? Muy rápido, muy pronto, el ejercicio de hablar se vuelve un ejercicio de poder, evidentemente desde la infancia. En este sentido, el llamado es lo que precede a la palabra. El grito, el del niño aún *infans,* o el del profeta, es una impaciencia, un deseo de palabra. El grito rompe la voz sin palabra. La voluntad de hablar se oye desde el grito, desde el primer llamado. La palabra da una forma al llamado, a la voz, al deseo, a nuestra entrada en la existencia. La confesión es primeramente un reconocimiento porque es un acto de abandono por la palabra a la Palabra. De Sócrates a San Agustín y hasta Freud, hay una revolución continua para hacer de la palabra dada, confesada, de lo íntimo en suma, el lugar de la verdad del ser.

De su puesta a prueba.

En análisis, a veces sucede que la palabra en su totalidad está hundida, perdida. Están aquéllos que llegan hasta aquí pero cuya palabra hace falta, a los que este acto es rehusado, negado. De los que la palabra es escarnecida. Aquéllos que la palabra asusta, estorba, a los que escapa. Existen vidas que la palabra devasta, que este acto de voluntad y de potencia derriba, y muchas veces mata. ¿Acaso somos curanderos de la palabra? ¿Podremos, en esta cuna del análisis, esta lenta anamnesis, reencontrar una complicidad primera con el mundo que funde para cada uno la posibilidad de hablar de él, de hablarlo, de decir el mundo? Esa voluntad que muchas veces nos hace falta. La voluntad de estar sujetado al mundo por la palabra. Todos estamos hundidos en una suerte de insomnio que cuaja la palabra en un imposible silencio, tanto analizantes como analistas. Y lentamente balbuceamos, *buscamos nuestras palabras* [36] (extraña expresión aquí también, de acaparamiento, puesto que las palabras nunca son primeramente nuestras, siempre son las palabras de otros, u otras palabras, habladas por aquéllos que nos preceden…) pero nos agarramos de la convicción heroica de que las palabras nos salvan si las hacemos nuestras. Como si nuestro mundo sólo debiera su presencia a algunas palabras pronunciadas en la oscuridad.

En el análisis nos cruzamos con fantasmas pero también con personas de edad perdidas en la palabra como en un mundo fabuloso, negro y pavoroso, poblado de palabras sin cosas, de rostros sin nombres, de palabras sin pies ni cabeza. Padre o madre que el lenguaje aloca, que la palabra ha ahogado en el mundo. Y que nos harían creer, ciertos días de desamparo, cuando la palabra ya no pasa entre ellos y nosotros, en un Alzheimer gigantesco que estuviera al comienzo de toda humanidad posible: hablo y nada se crea. Creo, hago y nada se habla, nada se dice. La vida ya no es hablada sino salvaje, anterior, turbadora. La palabra se vuelve como un calco nocturno de la vida y su susto. ¿Qué es lo que está perdido cuando muere la palabra? ¿Qué es lo que puede ser reencontrado? ¿Será algo de lo que uno se acuerde como un evento antiguo, como un olor perdido, como una persona muerta y viva a la vez? ¿Existirán recuerdos que nunca hayan pertenecido a la vida hablada?

“El mundo creado es todo aquello que uno recuerda por la palabra”, escribe Frédéric Boyer. Lo que dice el análisis es que el simple hecho de estar en vida, de existir y hablar, de nombrar el mundo, es dotado de un valor de vida inagotable y nos abre una inmensa libertad entre la vida y la muerte. Es también un acto político, porque el acto de la palabra es entonces investido de una potencia, una gravedad, una soberanía, que harán de la palabra misma un reto de existencia y de poder. “No somos hombres ni estamos ligados los unos a los otros más que por la palabra”, **[37]** escribe Montaigne. Muchas veces pensamos que no sabemos, que los orígenes se nos escapan… Pero el comienzo reside en este acto de toma de palabra que consiste en decir el mundo, en nombrarlo. Es lo perdido y lo reencontrado. La misma palabra, pero volteada. Lo que está perdido son precisamente fantasías del origen. Mientras hablamos, el mundo creado no nos es extraño.

La palabra está atrapada en esta mandíbula analítica: hablar para crear, para hacer advenir y hablar para reconocer la cosa creada. Una mandíbula entre la creación y el reconocimiento, entre el comienzo y el recuerdo. Algunas personas no reconocen nada de las cosas que su palabra crea, de lo que la palabra alrededor suyo crea, hace o deshace. Hay una creación negativa o un negativo de la creación cuando la palabra ya no reconoce las cosas ni las palabras. Cuando ya no sirve para familiarizarnos con el mundo sino que nos inquieta como un reverso del mundo, un *otro* del mundo. ¿Será que la palabra también puede destruir el mundo? ¿O bien el mundo puede destruir la palabra? Deseo hablar para ser porque la palabra misma es este deseo de ser acogido.

Las palabras vienen después. Después de la certidumbre íntima y turbadora del acontecimiento, después de lo real, después del nacimiento, después de la misma muerte, siempre vienen a colocarse desfasadamente, intentan explicar a posteriori lo que no puede serlo, dar sentido a lo que tan sólo da vértigo, reformulan recuerdos y les imprimen una tranquila seguridad. Pero los recuerdos son tan evanescentes, inquietantes, inéditos como las palabras mismas que los trazan de nuevo, todo es reinventado y esto es lo inaudito. De la primera música de nuestro pre-nacimiento, nadie podrá rendir la tonalidad ni la increíble reserva de emoción; la primerísima huella vocal es inconfesada, irreconocible. Las

palabras registran nuestras coartadas, nuestra demanda de que esto sea así, nuestra necesidad de sentido, de fidelidad, de compartir, nuestra creencia de que hablamos el mismo idioma, de que las palabras por sí solas podrían cambiar algo; y esto último es cierto porque la inmensa potencia de las palabras proviene de aquella emoción primera, definitiva que las liga a nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo que piensa, que espera, nuestros cuerpos enloquecidos y llorosos, y también a veces libres de las palabras.

# Soledades

> “No hay soledad si ésta no deshace la soledad para exponer lo solo al afuera múltiple.”
>
> Maurice Blanchot,
> *La escritura del desastre*

¿Acaso la soledad es una prefiguración secreta de la muerte? Aceptamos la soledad a dosis pequeñas, cercadas por el tiempo, cuando el otro está al alcance y que sentimos escalofríos ante la idea de perderlo; jugamos con la idea, nos provocamos sustos, nos experimentamos solos y luego lloramos, pero la soledad como espacio del mundo es otra cosa, totalmente otra. Cuando el mundo conocido desaparece, cuando los contornos se hacen más livianos y nos topamos en los mismos pasillos sin fin ni saber lo que bordea nuestros pasos, cuando la oscuridad ya no alberga ninguna luz, cuando nos parece que no hay más voces familiares, cuando nada resuena más que nuestros movimientos en la ingravidez del vacío, ¿dónde encontrar un refugio? ¿Quién nos escuchará, nos reconocerá? A veces la soledad es el nombre de esta opacidad, de este pánico lento que gana el cuerpo entero hasta la parálisis, cuando ya ni siquiera sabemos cuál es el nombre del amor. Quizás allí pueda aparecer otro momento del mundo, otro nombre para lo real.

En la soledad consentida que viene con la alegría y el alivio del ser, te abandona la nostalgia de lo que ya fue, así como también el lamentarte por lo que no tuvo lugar y la carga de todas las repeticiones concentradas en una ojeada. Es el movimiento de ese sí a la vida, al instante, el sí del niño, decía Nietzsche, el sí que se desprende de la espera, del miedo, de la decepción, de lo que se tenía contemplado, mirando fijamente, vencido, de lo que da asilo a

lo vivo, a lo más amoroso; de repente todo se vuelve liviano, con esa liviandad que no es la nada, que es un mundo invisible y abundante, un mundo entero depositado allí y cuyo ramaje zumba hasta dentro de ti, hacia ti y hacia afuera, en un baile extraño que nunca fue aprendido por ti y, no obstante, te abre el camino en esta noche sin amansar. En esta quietud que no renuncia a la noche ni al miedo ni al susto, en la quietud milagrosa venida con esta soledad está el mundo reencontrado, y de repente no hay más fatiga y dejaste de luchar.

“Estoy solo” es una queja que oímos repetirse obstinadamente, especialmente en este lugar que es la guarida del análisis. Palabra vertiginosa, nos recuerda Derrida, puesto que tal confesión siempre supone que no estemos solos. Que haya habido un testigo para oírla. Sólo el que padezca amnesia podría decirnos, sin duda, lo que es estar encerrado afuera, sin indicio de reconocimiento, ni siquiera hacia uno mismo… ¿Qué sería una soledad fuera del lenguaje, sin metáfora ni memoria salvaguardada? ¿Cómo nombrar el aislamiento experimentado por aquél que ya no sabe cómo mantenerse de pie y que no tiene reservas de dónde sacar fuerzas para continuar? Agotado y, a veces, sin posibilidad de expresar el sufrimiento de otra manera que con su cuerpo: insomnio, angustia, malestar, náuseas, mareos. A veces la soledad borra toda evidencia. La evidencia misma de esta co-presencia de lo real en nosotros, como archivos vivientes que se depositan, se desplazan, se reinvierten, se des-inscriben, esto mismo lo hemos olvidado. Así como hemos olvidado que algún día fuimos arrancados del estado fetal, de aquella memoria uterina que nos sostuvo. Nacidos del dos por división celular. ¿Algún día nos recuperaremos de este exilio? ¿De otra manera, hablaríamos? ¿Estaríamos en este extraño temor obsesivo de la soledad?

Ya no hay chamanes ni muchos sacerdotes, y las iglesias están cerradas de noche. A los solitarios y los insomnes les queda el amigo o el analista. Este otro que nos escucha, al que atribuimos un aura de saber y reconocimiento, a quien otorgamos esa confianza sin la cual no hay análisis (en el sentido casi químico del término), podría —debería— curarnos de todos estos dolores. Con él acudiríamos para deshacernos de la soledad insoportable que nos atenaza. Y, sin embargo, en este viaje de la cura saldrá a la luz una

soledad nueva. No, el analista no corresponderá a nuestra espera de ser por fin liberados de estar solos, sino que se limitará a señalar hacia la epifanía de una presencia ausente. Puesto que nada puede suturar dicha soledad más que el encuentro con el mundo mismo…

Es difícil, casi insuperable, renunciar a que alguien llegue a estampar sobre nuestros sufrimientos la respuesta justa, el bálsamo mágico del reconocimiento por fin dado. ¡Qué difícil es, también para el analista, no llegar a la cita del apaciguamiento exigido! Buscamos al otro en el lugar del amor y al mismo tiempo nos defendemos de creer en ello con nuestra negación alzada a la altura del dolor. Pero, ¿quién nos salvará de esta búsqueda de puro amor? Los guiones de nuestra soledad son nuestro principal enigma; ¿cómo abandonarlos, desenredarlos? Es el inicio de una larga y lenta travesía donde el gusto por el cómo les gana a todos los porqués.

La soledad del diván es la certidumbre de una voz que alcance mucho más allá de su propio eco, pero es también la no respuesta del analista, o por lo menos el desfase entre la espera de una respuesta y lo que es dado, o sólo el silencio. Puesto que la única respuesta pertenece al que duda y que llama, que se impacienta y se agota en la espera de que una palabra verdadera venga a poner palabras sobre su sufrimiento y lo libere. Para algunos, el llamado a Dios es la única vía de reconocimiento posible fuera de la soledad.

La fragmentación interior a la cual nos enfrenta la soledad, cuando la angustia ataca nuestra misma posibilidad de estar en el mundo, no es fácilmente remisible. Al igual que la infelicidad del padre o de la madre, que impide que la soledad sea percibida por el niño como un refugio posible. A ello son destinados muchos hijos de padres sufrientes, buenos soldaditos de una causa desconocida. Entrar en la familiaridad de cierta soledad es también aceptar que los lazos por los cuales creíamos ser sostenidos sean decepcionantes, y entonces correr el riesgo de permanecer junto a nosotros mismos como con un amigo desconocido, muy suavemente, como cuando uno entra en convalecencia. El sabor reencontrado de la soledad es tan valioso que uno no le preferiría ninguna otra cosa. Está allí donde emerge el pensamiento, donde las ideas nos visitan, las sensaciones se preparan. Pues aquí el incremento de ser es no subjetivable. Es el caldero de la bruja en el que se deshacen

nuestras soluciones de huida perpetua, régimen bajo el cual nos tiene la neurosis. El poder encontrarle sabor y no aflicciones, susto o tristeza, constituiría la denegación de nuestras lealtades antiguas. ¿Por qué será esto tan peligroso? ¿Por qué tal impedimento encarnizado para vivir esta soledad potente y solar? Porque el recurso interior pasa por la revuelta y la resistencia; suerte de ascesis anti-consumista, es una capacidad de entrar en resonancia con el mundo sin dejarse captar.

Así es como engañaremos esta soledad para ir a buscar una piel nueva, una mirada diferente que nos diga quiénes somos, liberándonos al mismo tiempo de ese lastre de ser uno mismo, aunque sea brevemente, incluso por un fragmento de noche. Así es como nos proyectaremos en otras vidas, otros minúsculos fragmentos de sueños en los que creeremos reconocernos. Esta soledad será dentro de nosotros la cámara de resonancia de nuestras sensaciones, de nuestras esperas, de nuestro ideal. Le daremos asilo por fastidio o por costumbre. Tan insoportable nos resulta la idea de vivir sólo para nosotros mismos. Como si desde la infancia sólo hiciéramos esto, coleccionar pedacitos de huellas, mi mamá me mima, párpados filtrando el aire y la luz, caricia, olor a fuego, cara inclinada; todo un universo en miniatura desgranado, pero, ¿para quién, para qué? ¿Para otro que también se acuerde? Ilusión tenaz pero que nos hace mantenernos en pie hasta el final. Porque nunca me pertenecerás y yo también te esquivaré. Nos amaremos desconociendo el abismo que nos separa y que, no obstante, nos devuelve lo más cerca posible el uno del otro. Es en esta luz del crepúsculo, justo antes de la noche, que algo aparecerá, se liberará. Muy fugazmente. Una cierta soledad que no sea hiriente y que permita escribir y amar. Y sufrir también, pero con gracia, ligereza. Como un vestido que gire en el viento. Aceptar estar en este resto con el que nada acaba es poder, también, estar en paz. Pues una cierta soledad es el punto de eclosión obligado, saturado, de la creación. No se crea ninguna obra fuera de este punto de soledad.

# La risa, el sueño — afuera del impasse

Reír es un riesgo. Soñar también. Se puede soñar y reír de todo, y esto también es lo escandaloso del asunto: el humor no es un camino de pensamiento autorizado, y cuando es prohibido es en nombre de todas aquellas buenas razones que se pueden encontrar para instalar censuras cada vez más sutiles. La risa y el sueño irrumpen sin decir de dónde vienen. Sólo se pueden hacer hipótesis al respecto, a posteriori. La risa nos lleva al mero borde de la falla, se mantiene en la ambigüedad, allí donde acontece la caída, como el chiste *(blague)* [38] o el gag. Frente a lo insoportable queda la posibilidad de reírse. Tanto la risa como el sueño son creaciones ingeniosas que el cuerpo hace tangibles, la primera al difundir alegría concreta, el segundo en el eclipse del dormir. Operadores de lo real, no regatean por el deseo ni por la libertad. Ambos son un modo de resistencia inédito, una suerte de ruta, una inteligencia del instante. Una resolución muy fugaz a la pregunta: ¿qué es lo que sostiene el deseo frente a la muerte?

El humor es la única verdadera resolución de la neurosis, decía Freud; yo añadiría que el sueño también. Sin ser renuncias, ambos son magníficas formaciones de compromiso, sin duda las únicas que frente a lo real no sean neuróticas. La risa y el sueño vienen por estallidos; como señales de resistencia de lo humano frente a lo inhumano, nos sacan abruptamente de lo cotidiano de la vida. La neurosis es una formación de compromiso cuyo funcionamiento se basa en la negación: esta cosa tan dolorosa que me sucedió, vamos a decir que no existe, que nunca existió. Aquello cuya presencia creo adivinar y que me angustia, lo olvidaré, ese conflicto que plantea una elección imposible, no lo pensaré, no me lo representaré… De esta manera buscamos vías fuera de la tiranía de lo real, fuera de nuestra impotencia nativa, al precio de torcer nuestra visión, de negar nuestro deseo y olvidar lo que tuvo lugar. Así es como se

escribe la novela familiar, privándonos de la posibilidad de sufrir, y reescribimos una y otra vez un guion que nos obliga a creer en ella. Pero ni la risa ni el sueño se somete a la ley de la renegación. De cierta forma escapan de la censura, oponiendo a todo poder un lenguaje de verdad inextinguible. En una creación humorística la realidad, sin importar cuán terrible, no es negada ni truncada sino trascendida, procurando al sujeto una posibilidad de salirse con una carcajada.

Pero el humor no coincide totalmente con la risa. Freud oponía la risa de humor, es decir, la risa cuyo detonador ríe con el otro y también de sí mismo, a la agudeza de la ironía con su crueldad a distancia y su desapego desesperado, pero también al tropiezo metafísico del payaso. Como ejemplo de salida afuera del impasse de la neurosis, citaba esta frase del condenado a muerte del lunes, que se volvió famosa: "¡Vaya, empieza bien la semana!". [39] En efecto, aquí nada de formaciones de compromiso, de la vida sólo se sale muriendo, no hay otro desenlace, ¿qué hacer mientras? Lo menos que se puede decir es que este Freud es muy cercano a Marc Aurèle. El Freud estoico encuentra en la proximidad de la muerte un consuelo a través de una construcción graciosa. "No hay prueba de la que uno no pueda salirse chiflando", me dijo algún día una paciente al hablar de su padre fusilado por los franquistas, y agregó: "Pero no me había dicho: siempre y cuando uno acepte que posiblemente tenga que morir por ello…". El sentido del humor que desbarata las torsiones del superyó y la vigilancia que se impone a cada instante el neurótico obsesivo, el que finalmente todos somos en potencia, ese humor es una forma de abstinencia quizás pues acepta un desasimiento radical que hace aparecer toda situación como facticia o burlesca. El estoicismo de Freud es una cuestión extraña aquí puesto que en materia de risa, lo que nos propone como modelo de liberación definitiva de los tormentos de la inhibición, de la angustia, del impedimento para vivir, es enfrentar nuestra condena a muerte más o menos anunciada con un palmo de narices o, en breve, con un buen chiste. A este respecto, los chistes judíos tienen con la muerte una distancia resueltamente metafísica. En ellos se apela al recurso del ingenio para que nos armemos definitivamente de paciencia frente a la existencia presa de los tormentos no de la neurosis sino de la persecución, a sabiendas de

que esta última siempre comienza por nosotros mismos. La risa no es exactamente ese humor negro del condenado a muerte que Freud invoca para desapegarnos definitivamente de las sirenas de la ilusión, es a la vez más radical y más simple puesto que es también un invento del cuerpo. En este sentido, tal vez se encuentre más cerca del sueño que de cualquier otra cosa…

Porque sí, la otra resolución posible, frente a lo real, es el sueño. Tanto la risa como el sueño son creaciones del ingenio. Ambos son una encarnación del pensamiento en el cuerpo, literalmente son espíritu hecho cuerpo. La risa es un sobrecogimiento, se dice retorcerse de la risa,[40] sofocar una risa, una explosión de risa; cuando surge la risa es las más de las veces irreprimible y, al igual que el sueño, es una suerte de eclipse. Evasión formal de la traba de nuestra posición de sujeto a la que opone una libertad, un modo de resistencia que es un riesgo de parte a parte. A la mera orilla vertiginosa de lo insoportable, la risa flirtea con nuestra locura. ¿Acaso no se dice una loca risa?,[41] significando en la lengua esta parte demoníaca[42] de la risa que, hasta en un contexto dramático, un entierro, un accidente, puede desencadenarse y contagiar la asistencia entera. Es, por ejemplo, la única opción definitiva contra los guiones sadomasoquistas; tomemos el desarrollo de un ritual SM y dejemos entrar un testigo facticio; todo se derrumbará en una carcajada. El poder necesita solemnidad para ejercerse, estamos aquí en la antesala del temor; la risa conoce el miedo pero no lo sostiene, como el sueño que nos permite escapar *in extremis* de nuestros asaltantes. Pone al desnudo las maquinaciones y exagera las cosas hasta el punto de reversión a lo absurdo. Lejos de la ironía kierkegaardiana que es el arma temible que echa por el suelo la arquitectura hegeliana de la dialéctica, lejos de la ironía vitriólica de Ooran, la risa reivindica una forma de tontería, de inocencia. Esta propagación de la embriaguez sin alcohol ni ninguna otra cosa para sostenerla que una imagen, una mímica, una historia graciosa, también es comunicativa. La risa se comparte. Aquí lo gracioso forma una comunidad alrededor de un punto de impacto que se ensancha; lo que da en el blanco se propaga por sí mismo. Esta convulsión ligera y comunicativa tiene que ver con la verdad y con el disfraz. Al maquillar lo real lo devela, al torcer una situación hasta volverla absurda señala la tontería oculta, el pavor que le

subyace. Y, no obstante, sí hay una suerte de inocencia en la risa pues es una rendición de la razón. En algún momento la inteligencia rinde las armas y es el cuerpo que se apodera de la risa. Genio de Chaplin que revierte la lógica con el gag. El pensamiento o la imagen ya no son examinados sino que te entran literalmente en el cuerpo como rayo fulgurante. Y esta rendición es a la vez peligrosa y apabullante. Puesto que a la fuerza se puede oponer la risa hasta el final, ésta es un arma contra todos los poderes pero también un punto de resistencia contra el pensamiento, que lo obliga a declararse vencido. La risa te ataca por la garganta como el sollozo de la que es tan cercana, dejando que la emotividad le gane al examen de consciencia. Al igual que el sueño, pasa por el cuerpo para hacer caso omiso del pensamiento, y por cierto un chiste, de cierta manera, no se explica. Cuando sueñas, la consciencia se eclipsa para dejar pasar un mensaje que, sin embargo, no admite; cada uno de sus detalles y de sus desfiguraciones es una gema preciosa. El inconsciente es de una temible precisión, ofrece al soñador una libertad que sin el sueño no tendría, ya no tendría. Le ofrece un margen de ligereza pero lo hace pasar también por los desfiladeros temibles del trauma; le hace revisitar ese tiempo que no cesa de *no* pasar aunque la imagen permite escapar de lo peor, evitar el tener que enfrentarlo puesto que sólo se trata de un sueño… Nada es olvidado y, sin embargo, nos libramos con unos cuantos sustos, unas reminiscencias de las que no sabemos qué hacer al despertar, recordándonos a nosotros mismos de una forma inédita.

El sueño y la risa son otra forma de salida del impasse, una resolución erótica del compromiso neurótico. Su fulgor se abreva en el Eros y alcanzan el cuerpo como un rayo de goce. El Eros, nos recuerda Lacan, es un efecto de lo real. Se podría decir que en este sentido, el sueño y la risa metaforizan en el cuerpo la libido de una forma no tan alejada del cuerpo a cuerpo amoroso donde se despliega el erotismo. E incluso cuando la risa no se vincula a alusiones sexuales explícitas, cuando aparece en el contexto de una realidad totalmente otra, “simplemente” chistosa, permanece cargada de una energía erótica, creo como el sueño cuando nos llegan jirones de él, fragmento de deseo arrancado parcialmente a un saber enterrado del que nos es restituido un color, un sabor,

impresiones y sensaciones entremezcladas. La risa no busca tener la razón, el sueño tampoco. Incluso cuando desarmamos el mecanismo de la risa, por ejemplo en una comicidad de repetición, o cuando interpretamos un sueño, permanece una parte de desconocido que constituye su erótica secreta. La repetición neurótica es como la fracción matemática donde lo que se repite secretamente es el cociente, la misma "relación" entre los términos aunque éstos difieran en apariencia. Vas a recomenzar el mismo guion de abandono con seres que nada tienen que ver, lo que será reconducido es el vínculo y pues, de cierta manera, tanto la risa como el sueño usan esta misma técnica pero actualizándola, lo cual hace de ellos unos enemigos temibles del superyó.

Venimos a análisis con pedacitos de nosotros trenzados — frases tiernas o asesinas que albergamos celosamente como mantras, suertes de refugios improvisados contra la fatalidad— *"hobby-horses",* dice Tristram Shandy, venimos con fragmentos de sueños que abren hacia paisajes desconocidos, hacia ciertas luces, llegamos a análisis con esto: pequeñísimos pensamientos mágicos en medio de los impasses, allí donde ello se detiene, donde ello se reprime, donde ello se vuelve a enrollar adentro como una ola, donde la expresión de ello se encontró prohibida, fulminada.

*"Soñé con doce lobos amarillos ", me dice una paciente que dejó la ingeniería matemática por la fotografía. Inventora de un procedimiento por medio del cual el rostro aparece, desaparece, se universaliza. En su genealogía, unos suicidados de los que se calló el destino funesto, por temor a la estigmatización en el pueblo. "Doce, dice, como las doce horas, los doces meses, como el tiempo que se cierra en círculo, el tiempo vuelto a cerrar del ritual y del año, de la vida también. "De cualquier manera", dice esta joven y bella mujer, "siempre he sido ya vieja".*

*Después se obstinará en llamar "perros" a esos animales que salieron amenazantes en su sueño. Y cuando le recuerdo que primero habló de lobos, responde: "Había olvidado… está un poco borroso. Es como esa hora del crepúsculo a la que nací, se dice así… 'entre perro y lobo', ni noche ni día, la hora a la que las sombras se alargan*

*El amarillo es solar pero el lobo, el animal arcaico de los cuentos y las estepas heladas, debería ser negro. ¿Acaso la creatividad hacia la*

*cual abre la fotografía es tan inquietante para la soñadora como lo es para el viajero la aparición de un lobo? El sueño dice lo ominoso de un animal devenido incandescente; los colores negro y oro de un bestiario desconocido. ¿Qué no se dice que el hombre es un lobo para el hombre? El sueño viene con imágenes que están en el umbral de las formas, de los objetos, de las caras, de los paisajes conocidos, son pedazos de yo/no yo, pequeños hallazgos que abandonamos como si no tuvieran nada que ver con nosotros. Son cascos de lo real que nos vuelven de una escena olvidada de la que buscamos recomponer la forma. "Doce lobos amarillos", el sueño es una visitación, un haiku en nuestro propio idioma. ¿Como lo es la explosión de risa? "Interpretar un texto", escribe Deleuze, "me parece que esto siempre equivale a la evaluación de su sentido del humor. Un gran autor es alguien que ríe mucho".* [43]

A veces hace falta abandonar un sueño, dejarlo habitarnos un poco sin buscar entenderlo, como una rima infantil despegada del recuerdo, cuyo refrán aislado permaneciera en nuestra cabeza sin que pudiéramos localizarla en el espacio ni en el tiempo. "Aun en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de allí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar, pero que tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Entonces ese es el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta en lo conocido", dice Freud. [44] Al analista también le corresponde dejar el sueño en paz, como olvidado, a sabiendas de que volverá en su momento. Dejemos de imaginar el inconsciente como una reserva, una bolsa de dónde sacar represión, libido, pulsiones. El inconsciente es un acto que une, desune, dispone de la memoria y del cuerpo, del olvido, como el movimiento de vaivén de una bordadora. Lo que retorna en el cañamazo del sueño encuentra su arborescencia en la sesión, entre el imaginario del analista y el del paciente; es una fuerza ligada psíquicamente. Toda la creatividad del sueño es un intento de reconectar el pensamiento a la imagen y a la emoción, y para remplazar los circuitos antiguos que fueron destruidos, recrear nuevos por vías hasta entonces inusitadas. Pues lo que es congelado bajo el efecto del trauma también es el pensamiento. El trauma nos impide pensar, pensar en él al anestesiar interiormente la zona

devastada y por extensión todo lo que podría remitir a ella; entonces sólo el sueño, por momentos, puede escapar a esta obliteración. De allí lo borroso a veces evocado y la dificultad para encontrar las palabras exactas. Pero, ¿cómo tener la suficiente confianza para dejar correr el imaginario sin angustia, dejarse guiar, acoger las imágenes y las ideas nuevas? El círculo en el agua se abre, la superficie del espejo se arruga, la salida del narcisismo es el abandono de algo del cuerpo, su envoltura misma. Al volver a atravesar territorios traumáticos aceptamos una parte de desubjetivación, ese "ya no ser uno" que formaba parte de las iniciaciones en las antiguas civilizaciones. Para la soñadora fue el encuentro, aquella noche, con doce lobos amarillos.

La siguiente noche sueña de nuevo con un lobo amarillo, sólo uno esta vez. Que la mira fijamente. Y esto es todo. Se acuerda de un paseo en el Bronx, un día bajo la nieve, en invierno, después de que su madre obtuvo el divorcio. En el zoológico del Bronx, estaban el llanto de la madre y seguramente también… lobos. Y en este último sueño es, dice, un lobo amarillo chistoso que se le queda viendo. Ella no tiene miedo. Al describírmelo se pone a reír, a reír irreprimiblemente.

"No sé por qué", dice entre dos carcajadas, "ese lobo estaba ridículo."

El sueño tiene relación con el espanto y las fantasías. La risa también. Es una vuelta del espanto en suavidad, de la prohibición en salvoconducto, pero aún conserva dentro de sí algunas huellas del terror superado. La risa no es una sustancia simple, está enrollada en una trama completa que la emparenta con la construcción de un sueño del que sólo nos queda un jirón, una imagen cautivadora; el momento en que la risa estalla, que la alegría se difumina, es el estadio terminal de una germinación sutil. En el recuerdo de nuestros sueños, en los fragmentos que se depositan en nosotros, se encuentran la fantasía mezclada con la imagen venida del cuerpo mismo, el deseo con la prohibición operada por la censura (hay una prohibición de pensar algunas cosas, no por "indecentes" sino por demasiado cercanas al trauma), el desplazamiento de lo esencial hacia el detalle, como un arte reconocida del camuflaje. El riesgo del sueño consiste en significar al soñante que el camino es siempre secundario, siempre es, como

lo decía Kierkegaard, una repetición. Nos significa y le dice al niño dentro de nosotros, ese fantasma sempiterno que llora la desaparición de un mundo perdido: “No obtendrás reparación, no exactamente la que buscas y quizás ninguna…”. Es difícil y a pesar de ello no lleva a la resignación; allí se inventa un camino donde no existía ninguno. Y ahora la risa se alía con el sueño para decir a su vez que se abrió, fuera del impasse, una extraña resolución, un lobo que no sería inquietante sino absurdo y chistoso. En resumidas cuentas, un lobo idiota…

Pero así como hay sueños malos, hay risas malas. Cuando hacemos cuerpo con el otro en la burla, tocamos a lo humano en lo que tiene de más despreciado. Reírse de otro es de cierta manera transformar el espanto en odio. La humillación de aquél del que uno se ríe es atrapada en pleno vuelo, como en la pesadilla: y, ¿si fuéramos nosotros, allí, en su lugar? Quisiera recordar aquí el famoso texto de Bergson sobre la risa: “El mayor enemigo de la risa es la emoción. […] La comicidad exige pues, para surtir todo su efecto, algo así como una anestesia momentánea del corazón, pues se dirige a la inteligencia pura”. Y prosigue con estas líneas célebres: “Las actitudes, gestos y movimientos del cuerpo humano son risibles en la medida exacta en que dicho cuerpo nos hace pensar en un simple mecanismo. […] Ya no es vida, es un automatismo instalado en la vida y que imita la vida. Es comicidad” **[45]** Pero volvamos por un segundo al lobo amarillo. De esa risa liberadora podemos decir que estaba atravesada por una emoción extrema, como creo todo estallido de risa, sin importar cuán fútil, fugaz, mecánico pueda parecer. Incluso, por ejemplo, en esta mecánica bien aceitada que es el gag. Hay, decía Václav Havel, una anatomía del gag. Su principio, agregaba, reside en ese salto brusco e inesperado de una convención generalmente conocida a otra. Pone en escena un descuartizamiento rápido de los cuerpos. Una desarticulación/recomposición inmediata que pende de un hilo. Se entiende bien por qué. El gag nos muestra nuestras debilidades pasajeras, su singularización hasta lo absurdo. Sí, el gag es una mecánica así como hay una mecánica de los cuerpos. Uno se ríe de ello, uno lo encuentra formidable. De la salvajada sólo queremos recordar el estilo, del gag sólo queremos saber el desenlace catastrófico pero desopilante. Hemos creído a Chaplin de

espaldas con la espalda sacudida por sollozos. De frente, lo descubrimos muy ocupado preparando un coctel en una coctelera que agita con frenesí. La crueldad del gag remite a la de la existencia temporal. No somos más que risa, caída y equivocación. No somos más que sorpresa del instante que nos devuelve a nuestra temporalidad. Arrollados por el instante con el tiempo que se abre bajo nuestros pies. Lo cómico descansa en el error como fuente de energía y de representación. Revela la parte de absurdo necesariamente involucrada en y por la existencia. "El gag revela al hombre su propia amnesia —escribe Frederic Boyer— en la tarea de existir en el mundo, para los otros. Algo del sonambulismo de la humanidad que aparece de repente. El sueño diurno de la vida familiar que encarnan esas puras siluetas cinematográficas de las primeras películas burlescas. Como funámbulos sobre un hilo invisible, tendido a ras de tierra pero arriba de un abismo más vertiginoso aún. La mirada dormida de Stan Laurel. La imperturbable dulzura de un Buster Keaton, la torpeza bailadora, graciosa y exacta de un Chaplin. La precisión más grande en lo borroso, la torpeza inaudita siempre al servicio de una catástrofe avanzada. Manera de subrayar el parecido que tienen con los niños". **[46]**

La risa libera, el sueño también. Intentan, por lo menos, sacarnos de allí, de esas lealtades que mantenemos a la fuerza, contra vientos y mareas pero, sobre todo, contra nosotros mismos. De alguna manera nos hacen experimentar un trauma positivo. Son un evento sin regreso, que sobreviene y eso es todo. Un riesgo radical. De la misma naturaleza que la alegría, creo, son un momento del que uno no se repone, abriendo, durante unos cuantos segundos u horas, un espacio de abertura psíquica a lo inaudito. El sueño como la risa nublan las fronteras de la noche o de la vigilia, de lo luminoso y de lo oscuro, de lo preciso y de lo borroso, testigos de una posibilidad de invención y de resistencia nueva que subvierte la repetición hacia el lado de lo inesperado. Durante un breve intervalo, irrumpen hacia lo que aún no ha sido dicho, escrito, ya firmado, ya destruido, regalándonos unos cuantos signos mágicos.

# No esperar más

"Hay que mantenerse a distancia del abatimiento así como de la esperanza."

George Bataille

La esperanza es una extraña droga cuyo efecto comienza con el valor que se le otorga: la vida eterna, ni más ni menos. Entre todos los venenos destilados por la consciencia, quizás sea el más temible. Pues el lento y meticuloso trabajo de la neurosis con sus compromisos infernales no es nada sin la esperanza. Pero, ¿cómo dudar de aquello por lo cual la consciencia humana, al apostarle al tiempo, se sale de su propia condición de mortal para proyectarse en una libertad futura? La esperanza es una forma extraña de renuncia puesto que ofrece una puerta de salida a la situación presente incitándonos a apostar por el futuro al significar: mañana vendrá el apaciguamiento… Motor secreto de nuestros renunciamientos, la esperanza es lo que nos permite aguantar todavía; y frecuentemente, hay que reconocerlo, no hay otra vía que la de beber este trago amargo para no hundirse muy lentamente en el abismo. Pero tal es la peligrosidad sutil de la esperanza, hacernos creer que sin ella nuestra vida ya estaría perdida, que es imprescindible al igual que el sueño, el pensamiento, la belleza.

¿Cómo es que la existencia deviene algo que se soporta, a lo que se sobrevive? Por la esperanza. Así se forman los pantanos de la melancolía ordinaria. Los tratos firmados con la sediciente economía de lo real, y como precio de tal resignación, otra vida soñada. Y, no obstante, ¿acaso la esperanza no es la primera tarea? La de los místicos, de los locos y de aquéllos que se encuentran sin aliento, en la miseria física y psíquica. Pero a ellos ni siquiera les queda la fuerza para esperar. Liberarnos de lo posible e

imaginariamente inagotable solamente nos conduce a quedarnos atrapados en un enredo de situaciones imposibles. Entonces la fatiga se deposita sobre toda cosa, sin siquiera que pese. El vivir en la esperanza deja al presente cardado de angustia o de resentimientos, aplazando día tras día la expectativa de la metamorfosis para mañana, satisfaciendo los fines de una tiranía inconsciente iniciada mucho antes de uno, tramada en la misma historia de las generaciones que nos han precedido y de las que llevamos tanto la revuelta como la potencia sacrificial. Es "la verdadera vida" que se encuentra allí relegada en el departamento de los accesorios del futuro. Esta vida empezada de nuevo día a día, cuya fiabilidad misma está puesta en juego, se vuelve opaca, fangosa, refractaria a volverse destino. Y el espacio constantemente desplazado, diferencial en el sentido derridiano, que abre dicha vida entre la fantasía y nosotros, entre la verdad de nuestro deseo y nuestra imposibilidad de desear verdaderamente, no cesa de proyectar sus sombras hacia adelante.

Interiorizar una práctica de esperanza, esto debería ser posible pero en el instante. Sin ruptura temporal, decirse que el combate es aquí mismo, de inmediato, sin demora. Que la reversión ya empezó, que se trata una y otra vez de nacer, de romper, separarse, liberarse. De abrirse de esta manera a lo que ocurra. A lo inaudito del suceso, es decir, a lo que pueda volverse acontecimiento, siempre, para cada uno. Pero, entonces, tal vez haga falta otra palabra para decir lo que sería este tipo de esperanza que desespera del futuro y cava, más acá de la espera, otro coraje.

La esperanza es otra palabra más para el consuelo. Viene a aportar ese plus de sentido que uno acecha hasta volverse loco. Es la gran lección estoica, ir por el mundo y continuar con la vida afilando la percepción hasta la indiferencia. Es decir todo menos la tibieza, la depresión, la renuncia. "La ataraxia" (la indiferencia: mala traducción de una magnífica palabra) estoica es una postura de guerra, no nos equivoquemos, de una precisión extrema. Alcanzar la indiferencia estoica es tomar todo lo que viene en la intensidad de lo dado, vivido, pero sin preferencia, sin adherencia, sin sufrir por ello. No esperar del futuro no es estar sin esperanza. Entonces haría falta otra palabra para ese riesgo. Es como un guante que uno volteara, el mismo pero al revés, *inside out.* El reverso de

la esperanza, no como renuncia sino como consentimiento a lo que se encuentre con nuestro deseo en lo real, aquí, ahora. El pensamiento estoico no nos da un remedio mágico para combatir los males ni una lectura del mundo que nos alivie, tampoco se repliega en el ensimismamiento de un refugio que ningún acontecimiento del afuera vendría a perturbar. No hace nada de todo ello sino que nos incita a caminar bajo la tormenta con la cabeza descubierta y no inmutarnos por el aguacero, sin importar cuán violento. Y a confrontarnos con el *hibris* y la desmesura que cada uno de nosotros mantiene en secreto.

La neurosis es una lógica de lo diferido, y también es la del poder. Construye una paciente economía de la espera y de la renuncia, trabajando con una dosificación sutil para dejarnos con un poco de los dos. El príncipe azul vendrá. Actuamos una y otra vez este guion de la bella durmiente, esperando que el destino con su varita encantada nos salve. Y si se tratara más bien de perderse en el bosque sin preguntarle a nadie por el camino a seguir, y si se tratara, sí, de quererse perder… no volver sobre sus propios pasos, no esperar el claro a cualquier precio sino más bien que venga la noche, la oscuridad. Cómo voltear la esperanza hacia la intensidad del ahora, estar en la presencia de cada detalle como un entomólogo de la sensación, de la evanescencia, de lo que surge, de lo menos pensable, de lo más equívoco a veces.

Esta atención al presente deshecho de la coartada de la esperanza me hace pensar en ciertas películas de Duras, en esa aparente inmovilidad de la cámara que, imperceptiblemente, desplaza la luz, la mirada, y nos deja oír una cualidad de la voz que está colocada oblicuamente justo al lado de la palabra, en equilibrio. Es el riesgo de que no haya nada, o por lo menos nada visible, justamente. Plano fijo. Una presencia de espaldas. Consideremos *El hombre atlántico,* por ejemplo, o incluso *Agatha.* “Vivir a distancia del abatimiento así como de la esperanza” podría parecerse a ese espacio, sobreexpuesto y no obstante secreto. Un espacio-tiempo casi inmóvil, como en suspenso, donde cada movimiento adquiere un relieve particular, un acento propio, singular, inimitable. Y cada uno de los planos-secuencias se recorta en un tiempo inolvidable que queda fijado en ti para siempre, tú que miras la película sin entender por qué nada se mueve, por qué

tan pocos gestos y luz acompañan estas palabras pronunciadas de espaldas. ¿Cómo hacer que surja algo de presente allí donde ya no lo hay? Hay que partir de nuevo y, en ese secreto, empezar. A veces la vida nos otorga esta tregua, la de estar verdaderamente presentes a lo que aparece, a lo que se descubre. Acordarse de Nietzsche cuando intentaba pensar la fuerza como lo que se expone sin protección y así se revela en su fragilidad misma, en el combate. A veces lo real nos abate. Su impacto nos alcanza en el lugar exacto de nuestra vulnerabilidad. Puede ser la muerte de un ser cercano pero también un amigo que traiciona, un amor devastado, un proyecto inacabado, un accidente. Ser alcanzado en el corazón, también se dice así. Lo que juzgamos en estos casos es la manera como nuestra vida escapa a nuestros sueños, con una severidad sólo igualada por la excusa de lo “real” que manipulamos al mayoreo para proveernos de una coartada en la que en el fondo no creemos. Puede ser aún más difícil vivir tan lejos del abatimiento como de la esperanza, pues el abatimiento no es nuestra responsabilidad. Sobreviene y nos pone a su merced. Puede ser un evento minúsculo como la caída de Iván Ilich en la novela corta de Tolstoi, a la que el héroe no sobrevive; el rebote produce una muerte interior antes de ser visible. Es un abatimiento silencioso y ligero a la vez.

Uno vive lo que desea vivir. Fórmula indignante para los pobres, los excluidos, aquéllos cuya miseria no se levanta, aquéllos que el destino abatió, aquéllos que la muerte encontró una noche de lluvia en el camino, quebrándolos sin otro soplo y ofreciendo a los supervivientes una eternidad de pacotilla. El no reconocer que un deseo nos guía y nos moldea una vida que se parece a nosotros y para la que no se trata de encontrar coartada ni excusa, hace crecer el rango de las víctimas que no saben nada de aquella desesperanza que las tiene encerradas. Abatidas, lo están en vida, enterradoras de una existencia apenas soportada, reconducida de día en día, desertada por el placer o bien visitada apresuradamente como por el azar de una gracia desconocida. Uno vive lo que quiere vivir y quizás tendría que volver a empezar desde allí, muy suavemente. Olvidar consciente e inconsciente, con su disputa inoportuna y su heterogeneidad, olvidarse un poco del porqué… Iniciar allí donde uno está, “de verdad” como dicen los niños. De verdad no dice que haya una verdad originaria, sino sólo el impacto de lo que uno se

empecina en llamar lo real como si sucediera completamente al exterior de nosotros. ¿Cómo volver sobre nosotros mismos para identificar jirón por jirón el tejido de nuestra composición estelar, como lo haría un químico muy joven? Observar nuestros sueños y no olvidar nada, mantenernos bajo nuestra propia benevolencia a modo de juicio, y empezar por desear estar aquí donde estamos parados, retomar para y en nosotros lo que hacemos, lo que nos gusta… ¿Preguntarnos por lo que guía nuestros pasos, nuestros días, nuestras expectativas, lo que celebramos o ignoramos, lo que odiamos, queremos, perseguimos, abandonamos, sin aceptar ninguna causa exterior como válida? Por lo menos en un primer tiempo. Toda cosa dándose por "obligada", es decir, necesaria —o casi. ¿Estoicismo contemporáneo? Quizás…

La esperanza conlleva el riesgo de la inesperanza, creo yo. De la derrota de esa esperanza que nos hace creer en que pronto habrá una vida mejor. Una pena que matar. Pese a todo, ¿cómo no renegar de la esperanza? Tomarse el tiempo para entretenerse limitándose a desenredar lo que crece allí… Entender qué especies de qué hierbas locas se mezclan a las piedritas, a los montículos, a los pequeños roedores, qué tipo de raíces vienen a incrementar los cimientos y cuáles otras son peligrosas. Con modales calmados y lentos de aprendiz de jardinero que se aplicaría en una pequeña plantación de narcisos mezclados con hierbas salvajes. Explorar, mirar. Correr el riesgo de ver, de emitir el menor juicio antes de meter las manos. Observarlo queriéndolo. Todo adquiere entonces otro color. Ninguna revelación, no, sólo una magnetización.

# Érase una vez "el Athenaeum"... o ¿para qué correr el riesgo del romanticismo?

¿Cómo hemos podido olvidarnos de la noche de los románticos, aquéllos que en 1800 quisieron rehacer el mundo, juntos en Jena? Unos cuantos hombres, dos mujeres, que deseaban compartir el amor, el pensamiento, la amistad, el espacio y el tiempo, el futuro considerado, el fin del terror también. En aquel momento de la historia se otorgaba la más alta importancia a la actividad del pensar. Los hermanos Schlegel, la futura esposa de uno de ellos, Carolina, y la amante escandalosa de Friedrich, Dorothea, lanzaron una revista que haría época en la historia del pensamiento: el *Athenaeum.* Ellos soñaban con una nueva Atenas y con una relación con lo ideal y lo universal que fuera otra que la instaurada por la Ilustración. A través de ellos era otro vínculo con la noche que se abría en el corazón de la filosofía. Hegel, Schelling y Hölderlin se encontraron en el mismo lugar, en el mismo momento, así como Novalis y luego Fichte, y Schleiermacher y otros poetas. En la reverencia y la ofensa a Goethe, el arte se instalaba en el corazón mismo de la filosofía, desalojando la pura forma a priori kantiana así corno al sujeto vacío de toda posibilidad de ser de su reino encantado, y convocando a los hombres a que respondieran de la noche. La noche sensorial, la noche de los poetas y de los locos, la noche de los exiliados y de los revoltosos, la noche del lenguaje y su historia de cristal. Seis números del *Athenaeum* aparecieron. Sucedió alrededor de 1800, como quien diría a medianoche. Acuérdate, cien años después será, con Lewis Carroll, la fiesta del no-cumpleaños de Alicia y del Sombrerero; congelación de fotogramas. En Jena también el tiempo iniciaba apenas. Los

románticos alemanes inventaban un lenguaje nuevo, otra manera de nombrar el mundo y el terror. Y eso fue (casi) todo. Los otros siguieron sin ellos, ellos mismos escribieron, enseñaron; algo había nacido y llegado a su fin. Como sucede con todas las utopías, su belleza era proporcional a su fragilidad. Esta condensación filosófica ocurría mientras el mundo alrededor estaba siendo arrastrado por revoluciones sin precedente con el sitio de Stalingrado en el horizonte.

Es como si “la consciencia poética no tuviera otro objetivo que el de dar forma a esa falta que casi todos experimentan sin saber nada de ello. Toda la grandeza del romanticismo alemán habrá residido en apostar ciegamente por la fuerza destrabadora de las ‘*échappées de vues’*[47] que resultan de él, para retomar las palabras de Schlegel”,[48] escribe Annie Le Brun. Es en el alboroto de la vida intelectual alemana de finales del siglo XVIII donde el grupo de los primeros románticos se formó, luego será Inglaterra, alrededor de Shelley y Byron, y Francia. En esta época que se abre en Jena se asiste a un retorno al mundo mágico del mito. El pensamiento de la naturaleza apunta a tomar la posición contraria a la escisión kantiana entre la naturaleza mecánica y la infinita libertad. Se ha dicho también que los románticos deseaban salvar la naturaleza del puro mecanismo para reunificar los términos dejados irreconciliados por Kant. Pero Kant no era su enemigo; el romanticismo se formó también a partir de la radicalidad kantiana y de su filosofía de lo sublime. Simplemente la utopía que los sostenía consideraba lo nocturno como un territorio indomesticable que la razón de las Luces no politizaría, e incluso el primer Hegel se haría de alguna manera su ponente. Existe en la primera fenomenología del espíritu (1805) una idea de lo absoluto nocturno, como lo subraya Annie Le Brun, que contrasta con lo que devendrá el pensamiento hegeliano de la repetición total de lo negativo en la vida del espíritu. “El hombre es esa noche, esa nada vacía, que lo envuelve todo en su simplicidad, una infinita variedad de representaciones, de imágenes, ninguna de las cuales es en ese momento pensada ni está presente. Lo que existe aquí es la noche, la naturaleza en su interioridad —puro sí mismo. En torno a esas representaciones fantasmagóricas se cierne la noche: aquí aparece bruscamente una cabeza ensangrentada, ahí una forma blanca, para

desaparecer de inmediato. Si uno mira al Hombre a los ojos puede uno ver esa noche, ver adentro de una noche que se torna espantosa: la noche del mundo está suspendida ante uno” [49]. Estas líneas son del primer Hegel, cuyo genio aún no había clausurado su sistema del mundo como marcha triunfante del Espíritu en la Historia. Pertenecía a aquel mismo tiempo abierto por los románticos alemanes. Es a partir de aquella noche total del sujeto que el pensamiento y la poesía se reunieron para inventar nuevas alianzas donde el estilo y el contenido ya no se oponían. “Nuestro pensamiento ha sido hasta ahora o bien puramente mecánico, discursivo, atomístico —o bien puramente intuitivo, dinámico. ¿No habrá llegado ya el tiempo de la unión?”, escribe Novalis. [50] Hay en esta unidad deseada, buscada, algo de mito y de filosofía, de poesía y de una cierta matemática del ser, por decirlo así, una búsqueda con la cual todos los románticos se identificarán, como en la relación del fragmento con la totalidad o en una idea del futuro que, contrariamente al de Nietzsche algunos años después, no se piensa solamente bajo la figura del “eterno retorno de lo mismo” y de “la voluntad de poder”. Esta unión se manifiesta, de cierta manera, en la inquietante figura de Eckermann que da la réplica a Goethe en las *Conversaciones*, sin que uno pueda desenredar realmente a quién pertenece qué, dónde comienza la palabra del maestro y dónde y cómo se le hace eco o bien se inventa realmente la del discípulo, es decir, la del doble oscuro, del hombre encerrado en su cabaña con pájaros, al fondo del jardín de Goethe, como su alma condenada. Lejos de toda pureza teórica, lo que se une aquí mezcla la palabra de los cuentos antiguos con la de la filosofía pero también con aquella de la lingüística, de la historia, los fragmentos, la divagación (vía por la que proseguirán los surrealistas que a su manera intentarán recrear las condiciones de ese espacio de incandescencia poética y política que fueron los años 1800 en Jena).

Friedrich Schlegel fue sin duda el teórico más influyente en el círculo de los románticos de Jena, y también el que más contribuyó a la redacción del “manifiesto” y de los seis únicos números de la revista *Athenaeum.* Pero más generalmente, los protagonistas de esta historia apuntaban a rebasarse a sí mismos en el camino hacia aquel Absoluto por el lenguaje poético o, más precisamente, por la

*poiesis* que les permitiría producir lo Absoluto en su devenir eterno. Dicho Absoluto ya no es filosófico o conceptual, sino que devino literario. Abandonando el espacio del concepto racional, tradicionalmente reservado a la filosofía, ellos querían abolir la distinción entre géneros para calificar su poesía de "progresiva y universal". [51] Para ellos no existía más que dos vías privilegiadas de acceso al decir poético e infinito del Absoluto literario: el fragmento [52] y la novela, calificada por Schlegel de "diálogo socrático de nuestro tiempo". Mezcla de paradoja y de humor para el sentido común, la ironía tenía un sentido bien preciso para los románticos como lo tendrá más adelante para Kierkegaard, a saber pura negatividad poética que no puede ser retomada en una totalidad, sea cual fuere, "consciencia reflexiva del inacabamiento de la obra, pero también y sobre todo reactivación infinita de la dinámica propia de la obra". Hegel le reprochará al sujeto romántico su impotencia para arrancarse de su aislamiento, de su retiro, de esa interioridad abstracta e insatisfecha. Ahora bien, el "yo" no está replegado sobre sí mismo sino colocado en el corazón de la obra. La naturaleza irónica de la relación entre la subjetividad romántica y la obra es así de ser mal comprendida cuando la ironía romántica es concebida como disolución del sujeto en su auto-reflexividad más que en términos de inacabamiento. Esta lectura ha contribuido a la asimilación del romanticismo a una ontología negativa que roza peligrosamente con el nihilismo. Visión juzgada peligrosa por aproximativa y por la forma como enlaza el mundo, la lengua y la noche. Lo que radicaliza el riesgo que presentan los románticos frente a la herencia de la Ilustración de donde toda impureza es cercenada, es la mezcla incandescente de lo poético con lo político. E incluso en las páginas heroicas de Kant acerca de la estética de lo sublime, poco margen es dejado a la inspiración, a la revuelta. Para los románticos de Jena, la búsqueda abstracta de un mundo perdido también representa la propuesta de una vía posible para reencontrarlo. Esta lógica poética de apropiación de lo Absoluto objetivo está ligada a la ironía que se vuelve su método. La idea heideggeriana de una "predominancia de la dimensión futura" es una descendiente directa de la noción romántica de una edad de oro por venir.

Pero en este primer círculo existe un deseo de puesta a prueba

de un mundo nuevo, casi diría de una nueva lengua del mundo. Hay un erotismo en este movimiento, que no proviene solamente de la presencia de aquellas mujeres suficientemente liberadas para atreverse a vivir en esa suerte de comunidad de libres pensadores, cuyo fervor y audacia se reclamaban tanto de la revolución francesa como de una interpretación muy laxa de las tesis kantianas. No se trata del ego torturado que se creyó ver tan frecuentemente en este movimiento, ni siquiera de una pobre revuelta sin armas políticas muy rápidamente asimilada a lo facticio del nuevo siglo. Lo que devendrá el *Spleen* aún no es más que una exploración, una vuelta hacia la noche que de una obligación hace una tentación, de un ideal un infierno, del amor un imposible llamado, de lo más cercano algo lejano, de lo lejano un exilio y de toda convención una herejía. Es aquel momento extraño de la historia cuando un grupo de amigos cae en un invento puro, poético, de lo vivido (lo que Dyonis Mascolo llamará "un comunismo de pensamiento") para experimentar el mundo como un frente de guerra donde la intensidad de lo que se vive no le quiere ceder nada al ideal. Los fragmentos del *Athenaeum* son en este aspecto más que sorprendentes: a la vez anticuados e increíblemente actuales, son y siguen siendo inactuales en el sentido nietzscheano. En este primer romanticismo alemán, tanto la esperanza como la ironía son los instrumentos de una nueva medida del mundo, encarnación poética, filosófica y política de una lengua completamente nueva. El futuro así renovado ya no será pensadle como antes.

# El riesgo de creer

De todos los actos del mundo, creer es el que nos parece el menos arriesgado. Una simple adhesión, un asentimiento a lo que se presenta o a aquello a lo cual hemos elegido identificarnos. Todo nuestro ser se apega a ello, basta con dejarse llevar. La fe se representa con los ojos vendados. En el mejor de los casos una ilusión, en el peor la antesala del crimen, la justificación de las peores pasiones. Se habla de la credulidad como de una forma particularmente pobre de la tontería, sin siquiera el encanto de los inocentes. Sin embargo, en la creencia hay un riesgo que es magnífico. Pascal y Kierkegaard han hablado de él y no sólo en tanto cristianos, la posición filosófica insostenible que defendían allí siendo la de la paradoja. De lo que constituye un obstáculo y frente a lo cual uno sólo puede tomar vuelo para efectuar un salto, es decir, franquear un espacio ilimitado, teórico y espiritual. No existe continuidad racional posible. Pues, ¿qué es creer, sino estar frente a lo que no puede ser creído? Es sólo en este sentido totalmente paradójico que el riesgo puede ser corrido, dando un salto al que la razón se rehúsa. Pero este riesgo sería lo contrario de una adhesión, de una creencia en el sentido sectario del término, sería una exposición a los extremos. Entonces acaso creer sea desprenderse de toda creencia para permanecer así enfrente de lo increíble y no obstante confrontarse con ello. Esto es lo que a veces hace que el análisis sea un espacio donde la locura se puede decir sin miedo y casi sin juicio. Donde el delirio puede desdecirse y desatarse sin causar demasiado daño.

La apuesta pascaliana no está desprovista de razón pero implica una fe en lo inverificable, o por lo menos en aquello que se verificará sólo por el hecho de que se apostó por ello, es decir, que se lo vivenció. Suerte de futuro anterior de la apuesta pascaliana que de esta manera, por un truco de magia “razonado”, invita a

cada uno a que prefiera conceder el asilo a Dios antes que a la indiferencia. Ahora bien, la verificabilidad hoy en día es la única fiabilidad reconocida. Lo que puede ser repetido, que da lugar a un saber reproducible, enseñable, sometido a pruebas a los que todos puedan tener acceso. Sin este criterio no hay conocimiento válido. ¿Cuántas vidas se salvarían si nos fuera posible izarnos por encima de nuestros esquemas familiares, de nuestras repeticiones antediluvianas, de nuestros surcos recorridos una y otra vez? Pero, ¿creer en lo que no sucederá, en lo que no tiene ninguna razón para ser creído? Allí está el riesgo quizás. No es reencontrar la esperanza a la vuelta del camino allí donde la habíamos dejado, sino apostar por lo inesperado.

Si el riesgo es un acontecimiento, entonces define un antes y un después, una *crisis* en el tiempo que vuelve imposible el regreso prudente y seguro al “como antes”. ¿No es eso lo que el paciente en análisis espera y precisamente lo que le cuesta tanto trabajo creer, a saber que lo imprevisible pueda aparecer, advenir, manifestarse, transformar su vida? Nos hace creer que esto es lo que espera, pero si no pudo correr este riesgo antes, tal vez sea porque no podía representárselo siquiera como real posible, pues eso habría fracturado de golpe su vida de antes, volviéndola obsoleta, inútil o vaga. Y si entrar en la capacidad de lo inesperado fuera una sola y misma cosa… Antígona se enfrenta a toda ley humana pues lo que le dicta su corazón es acorde a lo increíble: para ella, el respeto por la ley de sepultura de muertos tiene prefación sobre cualquier otra ley, y tal obstinación la conducirá a la muerte, una muerte de la que toda razón nos dice la locura y la abdicación de una posible vida; y no obstante la única elección posible para ella. Correr el riesgo de creer es rendirse a lo increíble, rendirse como quien dice rendir las armas o entregarse como prisionero, rendirse no a la razón sino a la porción de noche que nos habita y que contempla el síntoma desde arriba, que por cierto todo lo toma desde arriba y nos obliga a mirar hacia arriba. Posición eminentemente incómoda, desde luego. Mejor afilar la crítica y ser los despreciadores, como decía Nietzsche, de los trasmundos mientras se desmoronan ante nuestros ojos. Pero abrir la línea de horizonte hasta lo ilimitado, rendirse al riesgo de creer que todo aquello que conocíamos, sabíamos, habíamos vivido puede ser subvertido, a sabiendas de que ningún regreso será

permitido. Es el camino de la ironía socrática, llegar a la aporía y tener que bifurcar radicalmente. Creer, sí, pero en un sentido totalmente aporético. Un sentido que se muda en escándalo, que es un obstáculo a lo real y siempre lo será. Creer, claro, en ese lugar donde paradójicamente el pensamiento se calla, donde ya no ofrece resistencia como tal. Creer es una disidencia o bien una abdicación. En tanto disidencia, se traslada hacia un horizonte que no contempla, que no puede contemplar pues el desbordamiento de los límites que encarna (¿acaso creer no es también un afecto? ¿un dejarse llevar?) abre zonas de resistencias creadoras, espacios literalmente “desordenados”, indomesticables.

Porque creer no es necesariamente ser crédulo ni abrir camino a lo imaginario, y esto es precisamente lo que Kierkegaard intentó pensar. Apostar por lo impensable. Efectuar un salto. Abandonarse a una discontinuidad allí donde todo nos devuelve sin cesar a lo continuo. No basta con ser absolutamente irrazonable. Habría que desplazar la línea de horizonte… Cambiar de discurso, de parámetro, de ángulo de visión. Desviar la mirada hacia la orilla del tablero, por fin ver lo que pasa en el margen, allí en ese detalle, optar por otro alfabeto, otra historia, otra memoria.

# Arriesgarse a la variación

¿Qué es una variación? Es un arte y es un riesgo.

La neurosis complica, hace formaciones de compromiso, da algo y lo quita de inmediato, negocia: el síntoma es un usurero que espera el pago de una deuda y que lo recuerda constantemente a su deudor. A la neurosis no le gustan las variaciones, sospechando que actúan inadvertidamente con una peligrosa audacia. En música, la variación elabora todo un mundo alrededor de un tema sencillo. Un mundo deslumbrante de contrapuntos, de armónicos ascendentes y descendentes, de intervalos, de composiciones múltiples entre las cuales el arte de la fuga de Bach es uno de los milagros. La variación estira el tiempo al infinito, apela a la memoria (del tema) a la vez que se aleja constantemente; introduce lo nuevo aparentando que obedece a lo viejo (tema-guardián del templo), es una improvisación pura que parece apegarse a reglas antiguas. La variación opera en secreto como la neurosis, pero exactamente a la inversa. Sé capaz de variaciones y escaparás a la repetición. Pues la repetición neurótica es aquello que se presenta (en tu vida) bajo un disfraz siempre distinto y que, en realidad, obedece a un solo guion, retomando indefinidamente el mismo patrón. La repetición en nuestras vidas nunca se anuncia como tal, la combinatoria que regula su trágico equipo no se deja descubrir tan fácilmente; bajo lo aleatorio de lo real (uno prefiere decir: la vida), hay una prohibición de inventar una variante, de escaparse del círculo. El abandono reconduce al abandono, la violencia a la violencia, la melancolía a la melancolía; ¿cómo inventar un afuera? ¿Un allá? "Lo que da sentido —nos recuerda Deleuze— no es la repetición sino la diferencia, la modulación, la alteración, lo que Doubrovsky llamaba la nota en falso: es decir la variación incluso bajo su forma más elemental. Sería bastante agradable pensar que el papel del crítico, así como del músico, fuera interpretar variaciones". **[53]**

Considerando la metáfora como una variación, se puede decir que tiene la vocación de borrar su proveniencia para nunca dejar que el tema principal sea adivinado, actuando como si la imagen pudiera sustituir a la idea original un dispositivo de desplazamiento constante, una vectorización, en cierto sentido una idealización.

"No vivimos otra cosa que la metamorfosis", escribe Aby Warburg en sus notas.[54] Diferencia, diversión, variación: son diseños bordados, desbordados, desembridados al derecho y al revés con ventana vertiginosa abierta hacia lo real. La variación es también formal, es decir, literatura, poesía, creación. "Por *forma* —escribe el filósofo Elie During— no me refiero aquí a una configuración determinada, ni a un principio de organización global del sentido, tampoco a una estructura o un régimen de signos, sino a algo como una invariancia, un invariante determinado de manera *dinámica, y* susceptible de dar *retrospectivamente* un valor a las deformaciones que lo dejan intacto. […] Esta forma misma se confunde con las transformaciones que hacen pasar de un diseño al otro".[55] La variación es formal por ser una organización continua creadora de otras formas. La forma no es un dato estático sino aquello por lo cual una variación es vuelta visible, aquello por lo cual una metáfora nos aparece como tal, es el marco de la imagen que recorre una vez más el mismo paisaje y nos lo revela sin cesar de otra manera.

*Tiene manos de vieja y dedos largos, uñas impecables, rojas. Manos de bruja o de hada, potentes. Juntas. ¿Cerradas sobre qué oración? Ella no hace el duelo.*

*"Tenía tres años y medio", dice, "quien manejaba era la hermana de mi madre. Salida de la carretera, ambos se murieron de golpe, en todo caso es lo que se me dijo. ¿Quizás mi tía había vivido un poco su vida?". Pregunta dejada ligeramente en suspenso, visiblemente sin buscar un asentimiento. "Mientras que mi hijo… Me es insoportable sobrevivirle. A pesar de que sí lo intenté. Dejé a su padre, cambié de país, de profesión. Aquí era maestra. Me fui a Nueva York donde vivía mi padre, tengo la doble nacionalidad porque nací allí. Diseñé lámparas, un poco por casualidad, y gustaron. Con el gusto francés, te acreditan lo que sea… Me quedé dos años antes de poder siquiera imaginarme*

*regresando. Y luego volví, y ahora no tengo la fuerza de regresar a Nueva York, donde me esperan. Tengo mi boleto, debería salir dentro de tres días y en lugar de ello estoy aquí con usted”. No parecía esperar ningún tipo de consuelo. Yo no me habría arriesgado a ofrecérselo. Estaba, creo, fascinada por la vida autónoma de sus manos envejecidas prematuramente, una escultura. En cambio, el rostro y el cuerpo de esa mujer me parecían intactos. “¿Qué espera de mí?”, tenía ganas de preguntarle, pero hasta eso habría sido obsceno. Me quedé callada.*

*—Quisiera entender lo que estoy haciendo aquí con usted, me dieron su nombre. No espero nada de usted, dejé de esperar aquel día, definitivamente, entonces sí, ¿por qué?…*

*Desvió por un instante la mirada, “quise desaparecer a mi vez, pero no me venían las ganas de morir. El dejar de querer vivir y el querer morir son distintos, lo supe en aquel momento. Nada ha cambiado desde entonces a pesar de que todo, en mi vida, ha cambiado”.*

La variación es una voluta, un movimiento de humo, una distracción. La obsesión también es una distracción. Allí donde crees estar sometido a la inmovilidad más rígida, atacado por todas partes por pensamientos, todos los cuales te devuelven a ese punto inmóvil, la obsesión no deja de ser una estrategia de evitación. Que evita a toda costa el pensar en otra cosa, otra cosa que no debes ni puedes pensar.

*¿Acaso esa mujer estaba en la obsesión? Ni siquiera. Su hijo muerto permanecía allí, en su cuerpo, en sus brazos, entre sus manos. Yo lo sentía, casi hubiera podido dibujar su contorno, apreciar el peso ligero del niño, lo grácil, lo rubio. Habría querido compartir esa carga con ella, permanecer allí, detrás de su hombro, y aliviarla un poco de ese arrullo perpetuo.*

*“Está aquí con usted”, dije.*

*—Sí, todo el tiempo, night and day, pronunció ella. No lo puedo dejar, entiende usted…*

*Ahora estaba casi el esbozo de una pregunta dirigida a mí, un soplo muy ligero en la voz. Pensé en el bello título de aquella novela de R. J.*

*Ellory, A Quiet Belief in Angels, ¿cómo traducir "a quiet belief"? ¿Una "creencia ligera"? Esa mujer había llegado con su hijo invisible pero tan vivo en ella, para verme. Y sólo sus manos expresaban su tristeza y su imposibilidad de dejar ir el dolor, so pena de ver la última atestación de esa presencia desvanecerse. Sólo le quedaba ese presente, la pura presencia de su niño muerto, y nadie se la quitaría esa vez.*

*—Usted diseña lámparas…*

*Variación. Tal vez una variación sea esto, a veces. Lo oblicuo dado a una pendiente, un sesgo en la tela, una pregunta de lado, completamente fuera de lugar.*

*Ella sonríe.*

*—Sí, lámparas muy sencillas, hechas con materiales que muchas veces recupero en la calle. Objetos usados, olvidados, desechados. Tomo pedazos de ellos, los junto, hago plegados, corto, vuelvo a cortar; me dicen que estas lámparas parecen especies de barcos. A mí me permiten navegar. Mientras las fabrico no pienso en otra cosa, estoy en una suerte de movimiento que me es suficiente.*

*—Ha encontrado un medio de transporte…*

*—¿Cómo?*

*La noto intrigada.*

*—Sabe, en los cuentos, cuando hay pruebas que realizar, se necesitan ayudas, una varita mágica, un hechizo, un encantamiento contra baba yaga, un peine mágico, una tela, algo, para usted son lámparas. No para iluminar sino para navegar, usted ha encontrado esto creo.*

*—Sólo que no voy a ningún lado. Cada vez que pienso, cada vez que beso y hasta en mi sueño, está mi niño muerto.*

*—Pero, ¿adónde quisiera ir? Nuestra existencia no es más que un viaje, el tiempo de un recorrido más o menos accidentado, peligroso. ¿Para qué habría que ir a alguna parte? Tres años y medio es demasiado corto en comparación con una vida "normal", pero ¿cómo saberlo? Qué es el tiempo de una vida si no la intensidad y el resplandor que emite, lo que comparte, lo que ofrece del misterio del que viene y que nunca nos será dado.*

*—¿Quiere decir, dejar de encontrar un sentido a su muerte? Esto no me consuela.*

*—Lo último que usted quisiera es ser consolada, verdad…*

*Ella soltó sus manos por primera vez.*

*—Sí.*

*—Y si dejara de culparse por llevar a su niño dentro de usted, junto a usted… ¿Si dejara de querer, como dicen, “hacer el duelo”?*

La variación solicita la inteligencia para salir de un círculo del que se recorrió todos los puntos, del que se conoce todos los equinoccios. La variación es una pausa que no se dice como tal, un espacio vacío, milagrosamente a salvo. Uno dice: variar en intensidad. De una luz por ejemplo; una lámpara para navegar.

*Añadí: “Puede conservarlo en usted, con usted. No lo está reteniendo, si se quiere ir se irá, y de vez en cuando volverá para cuidar de usted. ¿No cree?”.*

En el cine, un primer plano, decía Deleuze, es una cara. La piel siempre es una cara. Y la cara una lengua desconocida de la que uno se libera tocándola, esperándola, descubriéndola. Cuando estamos perdidos es en un rostro que buscamos un anclaje, sea el que sea. Quizás porque venimos de esa infinita proximidad dada por la cara.

*Ella no se movía, no me miraba. Sus manos reposaban junto a ella, viviendo su propia vida.*

*—Creo que me voy a tener que ir…*

*Me levanté, ella también. No pregunté de qué partida se trataba, pero creo que supe que se volvería a ir, que iría a reencontrarse con la lenta, frágil e industriosa confección de sus lámparas-naves. Que olvidaría nuestro encuentro y ese imposible consuelo que por un instante habíamos compartido. Pero algo imperceptible se había desplazado, quién sabe, una variación ligera alrededor del viaje; aquel que uno se otorga y aquel del que uno nunca regresa, de la memoria y del olvido, de la posible hospitalidad a la muerte como formando parte, totalmente, de la vida. De las manos de una madre.*

La variación no es esquivar, aun cuando se le parezca. Es un arte muy formal de la repetición escogida y, por lo tanto, superada, que deja entrar en la repetición misma un dispositivo de invención supremo, yo diría casi de extravío. La variación nos hace creer que habríamos podido perdernos, para después volver a tomarnos

suavemente de la mano para devolvernos hacia el tema principal y luego alejarnos de él de nuevo, imperceptiblemente. En esa navegación los instrumentos son guías inusitados porque precisamente se trata de ejercitarse en perder la orilla, perderse a secas y encontrar en el camino de esa pérdida el bucle de un deseo intacto.

# El acontecimiento; la hiperpresencia

El riesgo crea materia de acontecimiento. Da forma a una pura singularidad, a aquello que advendrá una sola vez. El acontecimiento deshace la temporalidad requerida para inventar otro tiempo, aquello a partir de lo cual otro mundo, otra mirada se inaugura. Tal comienzo es otro nombre del riesgo. Sin el cual no tendría lugar la invención del mundo renovada a cada instante, y el mundo que conocemos ya se habría acabado. Esta capacidad prodigiosa de producir algo sin huella, irrepresentable, mantiene este mundo que conocemos en su posibilidad de ser. El acontecimiento es en este sentido siempre catastrófico, como el anillo de un humo que inicia en línea recta antes de emprender su fina torsión: llega al lugar exacto donde se quiebra la trayectoria.

El riesgo precipita el acontecimiento en su corporeidad, en lo que podrá causar que digas: "ya está, ya ocurrió". Ningún raciocinio podrá acabar con esta suerte de penumbra que permanece opaca para el sujeto. Al que corre el riesgo (uno debería decir más bien el que es corrido por el riesgo) lo convierte en jugador. El apostador entabla con lo desconocido una lucha del que espera salir más vivo que antes, y esta apuesta es lo que honrará el acto como riesgo. Por ejemplo, lo que transforma un encuentro amoroso en acontecimiento es el deseo. El deseo en la inteligencia y en cada punto del cuerpo, escondido en el repliegue del ser, en el misterio imposible de lo que se oculta y que no obstante comienza allí. Esta cosa que tiene lugar en secreto y de la que los dos protagonistas no se repondrán, viene de aquello que sin saberlo ni preverlo, han arriesgado de sí mismos, lo que los ha comprometido de por vida en este acontecimiento que está teniendo lugar. El acontecimiento del encuentro es un objeto fugaz. Habría que pensarlo en sus comienzos casi inaudibles. Te veo, te reconozco, te rozo, y el amor se condensa a una velocidad fulgurante en estos dos o tres intervalos, mi mano,

tu gesto, tu respuesta que la emoción desfasa por algunos segundos, este silencio que atraviesa nuestros cuerpos como una prohibición de ir más allá. Desde este momento, cultivar autocrítica y burla no sirve de nada, como tampoco sirve el sufrimiento que se inflige uno por el intermediario de lo real, tan diligente para hacerse el brazo armado de los miedos.

El sujeto cartesiano de las *Meditaciones* es hecho presente a sí mismo por el acontecimiento de la duda. Derrida propone ver en dicho acontecimiento, de entrada, la marca de un sujeto atravesado por la locura. El sujeto cartesiano dejó allí, de cierta manera, su razón, su saber y su fe. La duda, pensada por Descartes en su potencia (suspender lo real, cuestionarlo radicalmente), es una experiencia que hace posible un mundo fiable. Propongo nombrar "hiperpresencia" a esta facultad de ser devuelto a sí mismo por el rodeo del "arrebato" de la duda. Uno puede experimentarlo en un accidente, en un momento de vida decisivo o incluso de contemplación: en tal acontecimiento, uno está de forma "extraordinaria", es decir, no del todo uno mismo. Y esta hiperpresencia es de hecho bastante poco frecuente en la existencia.

El acontecimiento nos permite ser un cuerpo de percepción, de emociones, de afectos. Uno de los únicos vínculos posibles que hemos tenido con el traumatismo es una memoria *disembodied* (es decir, literalmente des-encarnada, puesto que si uno debiera realmente *pensar* el trauma —y aquí hablo de "pensar" como de un vivir—, sería un nuevo drama) que nos permite referirnos a él como a algo que en cierto sentido hubiera sucedido "a alguien más". Al mismo tiempo, uno sólo puede capturar algo del trauma, atravesarlo y librarse de él si uno lo *recorporeiza.* Si acontece de nuevo para nosotros, si corremos este riesgo, en consciencia, en presencia.

Me parece que sucede algo similar con el acontecimiento político o cultural. Si algo pasó, es que tuvo lugar en algo corporal; pero dicho cuerpo no tiene que ser como el cuerpo físico del bailarín por ejemplo, sino que también puede ser el cuerpo de una obra, de una instalación. Y tal vez sea allí donde reside el peligro de la "acontecimentación" (*événementialité)* que ofrece la tentación de quedar fuera del cuerpo, de colocar un horizonte lo más perfecto posible, de recrear todo el protocolo, las condiciones de la llegada

del acontecimiento pero que en realidad lo reprime esencialmente. Tanto más se adentra uno en una presencia total en sí mismo y en el mundo, cuanto más lo que se desprende de ello es, paradójicamente, imprevisible; colectivamente hablando también. ¿Por qué será que la hiperpresencia constituye un acontecimiento? Quizás porque una cierta cualidad de ser, en el sentido en que uno habla de la cualidad de un sonido o de una intensidad luminosa, impone o provoca, como en la experiencia de la duda cartesiana, una suerte de epifanía, quiero decir, una coincidencia de acto y de ser.

# La profecía íntima

¿Por qué razón estaremos adelantados respecto a nosotros mismos? ¿Quién nos guía así en la noche de nuestro no conocimiento y nos hace experimentar la verdad antes de que sea concebible? ¿Existe una instancia en nosotros que podría adelantársenos en una inteligencia del porvenir, suerte de centinela en estado de alerta permanente? Es esta cuestión que examinaré en el recorrido de tres sueños, porque desde mi punto de vista guiaron el análisis hacia cierto desenlace. Era el soñador mismo quien tenía la llave de ese camino, y creo que ni él ni yo habríamos podido imaginar lo que el *insight* del sueño revelaba.

¿Por qué estamos adelante de nosotros mismos en ciertos momentos de la vida? Quisiera poder conceptuar esta reserva psíquica que desde nuestros adentros es capaz de pensar el porvenir, más allá de los estrechamientos de nuestra consciencia, de nuestra clase, de nuestra educación, de nuestros miedos y nuestra incapacidad para estar frente a la alteridad. Esta capacidad sería, pero ésta es una hipótesis que someto aquí, una suerte de inconsciente volteado hacia el futuro, hacia la promesa, hacia lo que se anuncia. Lo que despista la neurosis, lo "siempre ya sabido ", lo "ya conocido", es la posibilidad en nosotros de abrirnos a lo inaudito, a un tiempo diferente. Por qué será que de repente en una sesión, por ejemplo de análisis, un paciente enredado en una situación de vida inextricable nos enuncia tranquilamente y de cierta manera sin escucharse a sí mismo, las condiciones de su emancipación, de su liberación; es que las conoce entonces y no puede usar este saber que nos entrega así como si fuera una locura, un delirio. Se trata del lado oculto de ese "saber sin saber" que puede expresarse colectivamente en las revueltas, las revoluciones, los movimientos de anticipación y de vanguardia que nos enseñan

un paso más allá del tiempo presente o de la esclavitud generalizada, obrando como "consciencia colectiva" segunda.

Los filósofos y escritores se han cuestionado acerca de esta figura del tiempo por venir, de lo inesperado, del tiempo que engaña la fatalidad, la simple reduplicación del pasado, sin recurrir por eso a un mesianismo. Creo que si hay una profecía íntima en la palabra o en la vida de un sujeto X cualquiera, entonces dicha visión, sea la que sea, señala hacia el arte y comporta necesariamente un lenguaje, el cual sin ser literario aún, es decir, reanudación, reencauzamiento, regreso hacia la fuente, no obstante dice algo en una lengua nueva.

Profetizar es decir lo que viene. Es pensar y predecir, es ser en el tiempo de una manera particular como si el tiempo pudiera pertenecer al pensamiento, abrirse a él y en él. Por lo tanto, la filosofía nos invita a dudar, a desconfiar de entrada de ese término de *profético* que pertenece al léxico de lo religioso. No obstante, es una gran riqueza de sentido en cuanto a una búsqueda acerca del sentido íntimo del tiempo, o lo que uno podría llamar también el *ver* (raíz de la palabra *theoria:* la visión). ¿Cuál es ese "ver lo que está" que se descubre a nosotros a veces? ¿Hace falta que el yo esté fuera de sí, jalado hacia algún éxtasis o visión divina o simplemente delirante u ordenado por su *daimon* como lo pensaba Sócrates, para que una *visión* tenga lugar? "Cuando la palabra deviene profética —escribe Blanchot—, no es el porvenir que es dado sino el presente que es retirado y toda posibilidad de una presencia firme, estable y durable. […] La palabra profética es una palabra errante que satisface a la exigencia original de un movimiento al oponerse a toda estancia, a toda fijación, a un enraizamiento que sería reposo". **[56]**

*En primer lugar era, según sus propias palabras, un jugador. Lo que vivía, experimentaba, lo que lo sacaba de quicio, lo que lo lastimaba, su furia, sus blasfemos, su vergüenza, todo lo apostaba. El póker era su pasión, las cartas la prolongación de su cuerpo mismo, un movimiento indisociable de su ser. Y, no obstante, tenía una relación extraña, inhabitual, con la pérdida. Hasta cuando estaba muy desprovisto, guardaba lo suficiente para restablecerse alrededor de una mesa. Un hermano muerto en un accidente, el otro suicidado. Realmente él no*

*había salido tan mal de todo aquello, decía, intermitencias violencia-amor de un padre alcohólico, de una madre sobrepasada, cansada, muy pronto sola con los tres niños, sin recursos internos para enfrentar esa soledad. El brillaba en la escuela, su puerta de salida, su único oxígeno, y en el juego porque era la única forma de ablandara la abuela baba yaga, de provocar en ella cierta benevolencia. Luego en la secundaria había empezado a desengancharse, a fugarse. ¿Cómo había llegado a un diván? Por una amiga que se lo había recomendado (pues estaba rodeado de mujeres que lo querían), alarmada por sus momentos delirantes. Tenía sentido del humor e ingenio, captando personajes y época con la misma fineza. Jamás se apiadaba de sí mismo, como si su propia neurosis no fuera asunto de él; estaba, se podría decir, sin piedad. Después de haber intentado asustarme bosquejándome su retrato como de un tipejo a la par que de un personaje potencialmente peligroso cuando bajo drogas o fuera de si, al cual nunca creí verdaderamente, había bajado las armas y algo semejante a un análisis había empezado.*

¿Por qué entonces, aquí, la profecía íntima?

*Un día había tenido un sueño. Soñó que un tigre blanco nadaba en una pequeña pecera parecida a la que le había regalado su padre justo antes de abandonarlos definitivamente, de irse, como dicen, sin dejar dirección alguna (sería encontrado muerto en situación de calle en la vía pública 17 años más tarde). En su sueño se acercaba y sumergía su mano en el agua para salvarlo, por temor a que se ahogara pero con el miedo de ser mordido. El tigre se acurrucaba en su palma y se dormía. La noche siguiente tuvo un segundo sueño, esta vez jugaba cartas y una música primero imperceptible se hacía oír, luego resonaba cada vez más fuerte, de forma tan perturbadora que ya nadie lograba jugar el partido, él abandonaba la mesa muy enojado, derribando cartas y dinero. La tercera noche, otro sueño. Hay que precisar que ese hombre nunca se acordaba de sus sueños y que los primeros seis meses, casi no le había venido ninguna asociación ni recuerdo espontáneo de su pasado. En este último sueño (no habría más sueños ese año), entraba en una sala iluminada con velas, no lograba distinguir aquello hacia lo cual se dirigía pero sabía que lo esperaban y que era importante no llegar tarde, la luz estaba hermosa aunque deslumbrante, él intentaba a la vez protegerse (del deslumbramiento) y discernir aquello hacia lo cual iba. Caía entonces en la cuenta de que tenía miedo.*

*Llamemos a este hombre Jean. Está en un momento de su vida en que todo se derrumba, su vida es errática, se la vive en los torneos de póker y se describe como un hombre acorralado. Sus asociaciones alrededor del primer sueño lo vinculan a lo que los Indios llamarían quizás su "espíritu", ese animal casi totémico que habla a la vez de rareza y de potencia (el tigre blanco), de la resistencia al frío, a las temperaturas polares (¿el trauma?), pero también de la fragilidad casi amniótica de ese animal perdido en una bolsa de agua dulce en la que se desenvuelve. Es un "sí mismo" con una gran fuerza potencial pero aún encerrado en la madre y en el agua de los sueños, un agua domesticada desde luego (pecera), a merced del soñador mismo. El soñador se adueña de él, lo saca del agua y a pesar de su miedo de ser atacado ve al animal acurrucarse en su palma. Jean lo interpreta como un encuentro con el sí mismo animal, con una parte de potencia psíquica e instintiva de la que toma consciencia y que sin duda "aprehende" literalmente por primera vez. En el segundo sueño está en la situación que mejor conoce, el juego, que es a la vez su pasión y su perdición. Una música, dice, se hace oír. No más tigres aquí sino sonidos. ¿Por qué la música? Esta simple pregunta reabrirá para Jean un abismo.*

¿Cuál es ese espacio psíquico llamado desde Freud "el inconsciente", que obra principalmente sin el conocimiento del sujeto o de la instancia psíquica que gobierna el deseo del sujeto? Es difícil describirlo sin hacer referencia, si se me permite la expresión, a lo espiritual. Qué es aquello "más vasto" que no podemos calificar muy precisamente fuera del vínculo de extrema agudeza que tiene con lo real, el tiempo y el otro, como si pudiéramos ser súbitamente liberados de las lealtades superyoicas y del peso del pasado, para al fin asir este tiempo presente en toda su capacidad de porvenir, es decir, sin que sea hipotecado desde ahora. En efecto, ¿desde qué punto de vista se podría concebir dicho espacio psíquico, si es que existe? Y, ¿se medirá sólo por sus efectos, a posteriori, en lo real? Llegamos a la edad adulta con una reserva de recuerdos más o menos disponibles, de los cuales algunos aparecerán durante el análisis, reabriendo los archivos de nuestra identidad. No falsificamos nuestro pasado sino que le damos un contorno, descubrimos en él zonas de supervivencia posibles, palabras de vida o de muerte. Néstor Braunstein[57] lo dice

maravillosamente, el sueño es una profecía íntima de aquello que nos ha moldeado, a saber, nuestro deseo inconsciente. El sueño es presa del espanto y de la capacidad de superar este espanto, de danzar alrededor de él y de hacer imágenes a partir de jirones y de fragmentos.

> Para ese hombre, el espacio psíquico no advenido era la música. Música que había absorbido muy joven pues su padre, antes de hundirse en el alcoholismo, era pianista de bar y se lo llevaba a sus giras. El mismo había sabido descifrar el solfeo muy precozmente, antes incluso de saber leer. La música provocaba en él una emoción tal que lo entumía al punto de que temía escuchar una obra completa. Y de hecho, después de esos sueños no lo volví a ver en un mes. Pretextó problemas de dinero inextricables y luego regresó. Había rondado, decía, una tienda de piano Beuscher y había terminado por entrar. Uno de los jóvenes estudiantes que hacían la demostración de los pianos le había enseñado los diferentes teclados; habían simpatizado. La turbación de Jean era de dos índoles; en primer lugar provenía de la música resurgida agresivamente en su sueño (impedía el juego), y en segundo lugar de la emoción provocada por aquel joven hacia el cual sentía una atracción indefinible. Al nunca haber tenido una relación homosexual, ni siquiera juegos adolescentes con varones, esto lo dejaba a la vez pasmado y vergonzoso. Creo que cuando uno se encuentra con una polaridad de sí mismo que ha quedado en estado de hibernación al mismo tiempo que muy fuertemente investida, como un yacimiento de mineral precioso bruscamente extraído de su entierro, la persona por la cual adviene este encuentro intrapsíquico con el objeto que lo personaliza (aquí el piano) se vuelve a su vez amorosamente investida. Lo que uno podría confundir con la realización de un deseo homosexual latente no es solamente de esta índole. Desde el momento en que el encuentro se produjo, Jean reconoció lo que había deseado y temido

alternadamente, a saber, la intrusión de esa música en su universo de jugador. Excepto que dicha música no era exterior sino una capacidad interna de "devenir" música (o músico).

Examinar la relación entre espacio psíquico y verdad es pensar que hay en cada uno de nosotros como sujeto una relación con lo que llamo la "profecía íntima". Si en ciertos momentos podemos "ver" *(voir)* lo que se está preparando, lo que se anuncia, ¿será porque estamos en búsqueda de una verdad que excede y desborda la lucha habitual de la neurosis entre realidad y principio de placer? ¿El espacio del análisis permitirá en cierto momento de la existencia responder a ese *insight,* a esa variación? Captar una lengua extranjera como si fuera la cosa más natural del mundo. La profecía íntima sería la capacidad en nosotros de atestiguar lo que viene. Jan Patočka había hablado de la vida en la amplitud como de la capacidad en sí de experimentar los límites, de dejar que lo no reconciliado se arriesgue en nosotros. Ser centinelas en los puestos avanzados del tiempo (Kierkegaard) o videntes (Rimbaud), o puentes encima del abismo (Nietzsche). Trazar caminos nuevos es un asunto difícil, una continua ruptura con alfabetos antiguos, unas lentas circunvoluciones. Se trata de estar a contratiempo, de estar atento a las "migajas" (Kierkegaard otra vez), a los atajos, a los equilibrios rotos, al orden de aparición de las cosas…

*Tras ocho años de trabajo intenso de día y de noche, Jean se volvió pianista. Uno se podría decir que no hizo más que alcanzar y repetir la trayectoria de su padre, evitando la decadencia al precio de un parecido engañoso. Quizás… La compulsión de repetición, en el círculo de fatalidad con el que procede, insiste justo del otro lado de la libertad, se codea con ella en una frontera común y constantemente amenazada.*

*Su primer disco, unos nocturnos, fue dedicado a la memoria de su padre.*

La profecía íntima es perceptible para la voz interior, para el poeta, el delirante, la mano del pintor que traza un poco antes de verla una línea divisoria visible/invisible, ella es lo que marca la aparición. Ahora bien, toda aparición, sin importar cuán espectral, es un don que uno puede rechazar o al que puede uno consentir. Sin

importar cuán turbadoras sean sus consecuencias, aquél que viene al encuentro de su propio ser es secretamente un vidente.

# Arriesgarse al deslumbramiento

En el ver está también, de forma esencial, el poder dejar de ver. Bajar los párpados. Ya no dejar que el mundo entre en uno, cerrar los ojos, telón. Quietud súbita, penumbra. Luego reabrirlos y es el deslumbramiento. Muy rápidamente se hace la mezcla de luz y de noche, los contornos reaparecen, el mundo se instala, es una cuestión de segundos, tan sólo un instante. Cuanto más viva la luz, tanto más seguro el deslumbramiento. Pero, entonces, ¿qué pasa dentro de nosotros durante esta fracción de segundo en que dejamos de ver por exceso de ver? ¿Acaso hay momentos en que la psique recibe así pensamientos muy intensos que descarta por un instante para de nuevo, algunas fracciones de segundos después, dejarse arrebatar? ¿Será esto que llaman delirar, alucinar?, ¿será el momento en que el pensamiento confrontado con demasiada verdad cede y regresa a la penumbra, para no entender lo que en realidad sabe? Los pensamientos sin pensador acechan al pensador, decía el genial clínico británico Wilfred Bion. Lo que nos obsesiona son las secuelas de un combate que no se deja apaciguar.

Tal delirio dice la demasía de real. El poder ver sigue siendo también el poder no ver. Cerrar los ojos a tiempo, antes del deslumbramiento total, la ceguera. La oscuridad vuelta a cerrar. El delirio dice la leche derramada, las palmas del niño agarrando una piedrita, un grito, un terror sin eco, dos guitarras afinadas *(accordées),* un fantasma regresado de entre los muertos, olvidados, ignorados, sin tumbas ni nombres, el delirio dice el acercamiento de un huracán blanco, jaguares y lobos conversando en el diván. Exultación. Júbilo. Deslumbramiento. Hay que poder decir que sí, entreabrir suavemente los ojos, dejar filtrar el día y el plus de luz vertida. Aliarse con el terror y el miedo, contener el movimiento de huida y acercarse a la fuente. Porque con el terror

también viene la liberación. Las maldiciones crean los delirios y nadie se atreve a preguntar: pero, ¿qué dice este delirio?

*Ella dibujaba rosas, rosas imbricadas con largas espinas claras que estriaban el dibujo como un grito. Y solamente rosas. La veía dibujar y recordaba que de pequeña, un día una monja me había dicho que la vida no es un jardín de rosas.*

*“Evidentemente…", dije inclinada hacia su dibujo, “un jardín de rosas es algo especial…”*

*La niña alzó la cabeza: “¿Tú has visto alguno?”*

*—Si, en Marruecos, una rosaleda, y no lejos de aquí también. Pero allá las rosas tenían un perfume, un perfume que se te sube, y se me quedó.*

*—¡Ah!, dice la niña agregando un poco de negro a la orilla de la espina, ¿ves?, ésta está envenenada.*

*—¿Ah sí?*

*—¿No me preguntas por qué?*

*—No creo demasiado en los porqués, dije, seguramente éste es problema mío.*

*La niña sonríe, indulgente. La mano se desplaza y con ella el plumón. Aparece un sol, una luna al lado. Justo lado a lado.*

*—El sol es una estrella, la luna es un planeta, emite la adulta.*

*—Sí ya sé, dice la niña.*

*—¿Ah sí? ¿Tú sabes esto? Yo que te quería impresionar, no me funcionó.*

*—No funcionó pero me gusta cómo miras, entonces a ti te lo voy a decir, el veneno yo lo puse allí para proteger a la rosa, porque no sabe cómo hacerle.*

*—Uno nunca sabe muy bien cómo hacerle para defenderse, ¿verdad?*

*La niña se alarma de repente y se alborota:*

*—Sí, sobre todo de los pájaros, los pájaros que se las llevan a sus nidos y las comen antes de que hayan terminado su tiempo de rosas…*

*—Entonces, ¿ni modo si el pájaro se envenena?, dije un poco alarmada.*

*—El pájaro, responde la niña muy seria, está en mi cabeza, y en la tuya también, ¿esto también lo sabías?*

*—No, esto no me lo sabía, pondré atención.*

*—¿Lo prometes?*

*—Sí, prometo.*

*La psicóloga que me había referido a la niña me había anunciado un estado psicótico con delirios ocasionales. La niña estaba insoportable con los demás, un verdadero demonio. La habían sacado de la escuela y diagnosticado con autismo, pero eso no checaba. Demasiado precoz, sin mutismo, al contrario, un vocabulario impresionante. Los padres, los cuidadores ya no sabían qué hacer. El delirio no conoce edades. Pero a veces hace falta que brote en la infancia, que la salpique por todas partes con su verdad cruda, violenta, que llegue en las pesadillas, los dibujos, las historias, porque de otra manera el delirio regresará para habitar la vida llamada adulta, enredarla en sus pesadillas antiguas. Y como nadie preguntará de dónde viene, todo se terminará muy rápido entre cuatro paredes blancas de un hospital. Sin eco, o casi.*

A veces arriesgarse al deslumbramiento es ir al encuentro de lo innombrable, a sabiendas de que sí saldremos vivos. ¿Qué deviene la confianza en la palabra cuando ha sido sustraída, traicionada? ¿Disfrazada, sometida, pervertida? La palabra viene como un deslumbramiento a exponer al desnudo la vida de los terrores *y* de los sueños. Es el primer combate, una exposición contra el terror del mundo, abriendo la posibilidad de una dulzura sin combate. Arriesgar tu palabra es a veces el único acto posible cuando has sido abandonado sin socorro, cuando dudas de todo amor; la fiabilidad de la palabra pronunciada es, entonces, el último albergue. Como cuando uno murmura al oído de un animal asustado, sólo quedan muy pocas palabras para develar el espacio de reconocimiento que queda. Entonces hace falta reinventar un lenguaje, una posibilidad de resonancia, una primera huella.

Arriesgar tu palabra, en análisis, es esperar que alguien te escuche… A pesar del deslumbramiento que un día te agarró por haber cerrado los ojos demasiado rápido y pronto frente a lo insostenible, y también por haberlos reabierto. Ver antes que morir psíquicamente es una forma de resistencia. Buscar la penumbra no es más que una medicación de poca fortuna. *Sorrow*, dice el inglés, mezcla de tristeza y de desencanto.

Arriesgarse al deslumbramiento es haber aceptado entrever la verdad, por un segundo, con el riesgo de perder la vista, porque es el único lugar posible en el que se puede permanecer con vida. El

único lugar posible también contra la perversión y todas las mentiras. La creación y el amor, que son de la misma esencia, son afectados en su entrada secreta por la demasía de luz. Quien no puede ser deslumbrado y quedar cegado un instante ante demasiada luz o un hundimiento súbito en la oscuridad, no puede tener acceso al delirio. Por "acceso" entiendo esta suerte de verdad segunda de la que sólo el delirio da conocimiento. Arriesgarse al deslumbramiento es peligroso porque en este exceso de luz o de verdad está la posibilidad de la ceguera definitiva, total, de la vida en una penumbra sitiada por fantasmas. Pero aquí también está la aparición de la alegría.

# Deseo, cuerpo, escritura

> “El propio encadenado puede ser colaborador de su estar aprisionado.”
>
> Platón,
> *Fedón*

¿Cómo escribir el deseo? ¿Cómo acercarse a lo que mueve a cada uno de nosotros, intrínsecamente, en lo más íntimo de su vida, sin metáfora, aproximación, balbuceo? ¿Cómo atinarle y no dejar de imaginar alrededor de ese real que no se puede encontrar ni verificar, la verdad de nuestro cuerpo? Pues el deseo es primeramente el lenguaje del cuerpo. Una historia de cuerpo. Su cifra misma, su pasión secreta, su genealogía. No hay cuerpo sino con dolor de deseo, es decir, impedido, trabado, pero también arrebatado, imantado. Y es otra vez el cuerpo que, por medio del síntoma, indica que lo que lo atraviesa no es conocido, o tan poco, por la razón que cree gobernarlo. El lenguaje del cuerpo es un medio decir, un mal decir *(médire*), como lo enunciaba Lacan, puesto que desde hace bastante tiempo sabemos, bajo todas las latitudes, que el deseo es una historia de las cadenas, de desencadenamiento y de encadenamientos. Con las palabras, entre las palabras y sin las palabras.

Los efectos del deseo nos llegan en futuro anterior. Si sólo hubiéramos sabido… De este desconocimiento, de este tiempo de retardo irrecuperable nace el pensamiento, quiero decir esta facultad de pensar el deseo precisamente en el lugar de la falta. Semejante a la mascada que se escapa de mano en mano sin que la podamos atrapar sino sólo exclamar, a posteriori: ¡Estaba aquí, yo la vi! ¿Qué es lo que retiene el deseo del lado de la escritura en lo

que lo constituye como escritura misma? Pues el deseo, creo yo, *se escribe*, y no únicamente en los libros sino en todo lo que deja huella, inscripción, memoria, archivos, todo aquello que de esta manera es puente entre los vivos y los muertos.

Cuando no queda acceso al deseo, uno se muere, invisiblemente, ya nada está imantado, el sentido te dejó, las tareas son mecánicas, hasta los rostros amados ya no te son de ningún socorro, te agobian, y la misma angustia los contamina poco a poco. ¿Qué podemos decir de esta vida fuera del deseo también llamada depresión? Es ese deseo extenuado que llega a nuestros cuartos (*chambres*) semicerrados de analistas de los que esperamos que sean por fin el espacio de una liberación posible, de un renacimiento. La escritura del deseo es un espacio talismánico, una prenda dada a la muerte (pero aún no), al amor (sí, un poco más), y al pensamiento. A veces el que escribe avanza en la penumbra sin saber exactamente lo que escribe pero entendiendo confusamente que lo que se está escribiendo allí lo precede. ¿Cuáles son las razones que lo llevan a ese lugar? A veces pueden ser malentendidos, pedidos amistosos o editoriales, cosas por entregar, artículos, libretas de sueños, pequeños bloques de pensamientos silvestres; ésta es sin duda la pregunta más misteriosa, ¿por qué procedimiento se confía a tal mano prolongada por una pluma o por una computadora el trazar, casi sin nuestro conocimiento, de lo que se escribe? Pues me parece que en toda escritura hay un texto que subyace a lo que queremos llevar hacia adelante y que dominamos con más o menos talento y fuerza. En este subtexto que el inconsciente arma como arma nuestros sueños, nuestros lapsus, nuestros actos fallidos, las fechas significantes de nuestras vidas, los nombres amados…, en él precisamente se encuentra arriesgándose verdaderamente el deseo. En una cura es difícil, inquietante pero apasionante, utilizar el *arma* de la escritura, provocarla por lo menos, porque amenaza con rivalizar de cierta manera con la o calidad, la fugacidad de una palabra dada, oída, consentida.

*Ella era cirujana de las arterias, y de entrada el análisis se situó verdaderamente allí, en ese intercambio que lleva la sangre de las arterias al corazón y viceversa, allí donde el bisturí interviene casi siempre en los límites de la vida y de la muerte, allí donde la vena se*

*estrecha, donde la sangre ya no pasa y el deseo tampoco. Presentaba los síntomas de una melancolía rebelde, tanto a la vida como a la muerte, mantenida en ese espacio de la cámara estéril (el quirófano) donde sólo ella podía vivir. Todo el resto parecía una tierra quemada. A mis intentos de convocar algo de su infancia ella contestaba: no me interesa. Yo no sabía cómo alterar esta oposición cortés a mis preguntas. Tenía ante mí una joven mujer compuesta como un rompecabezas implantado, compacto, de una eficiencia temible para sus colegas y para el único que rápidamente se puso a existir de forma exclusiva a sus ojos, a saber un joven investigador en biología que ella ayudaba para su presentación de una patente. Valía la pena, según ella, que se sacrificara por él, "bueno, rectificaba, nada que sacrificar, ninguna vida íntima le ofrecía su inteligencia y su cantidad fenomenal de trabajo. Nada de lo que atañe a lo femenino era pronunciable, a menos que juera con palabras frías. Su vida era absurda, decía, aparte de su trabajo y de esa amistad. Era de una belleza clásica, pero tan extraña a sí misma y a cualquier consentimiento a esa belleza, que acababa por hacerla olvidar. Pese a todo, un día le sugerí que escribiera algo. Es una demanda que rara vez había formulado, incluso nunca: solicitar un texto. Pero me sentía desamparada, impotente para ayudar a esa mujer sin ninguna consciencia de su feminidad, de su fragilidad, de su inteligencia excepcional, sin otro deseo que el de operar (los gestos de supervivencia sobre todo); el resto siendo eliminado del tablero de ajedrez de su vida. Me volví testigo de una anorexia del deseo vigilada pacientemente. Antes de detectar el odio en ese dispositivo, cuánto tiempo habrá hecho falta… Uno siempre se tarda con la ambivalencia, en esto consiste su toxicidad extrema. Pero estaba lo que yo sentía, una extraña proximidad en un impulso apasionado retenido por demasiado ideal, inmovilizado en una ganga de vigilancia mortal. Sus escritos se revelaron como lava en fusión. Llenos de un conocimiento vertiginoso de los pliegues más íntimos del corazón femenino. Uno habría podido creer que se pasaba la vida en la antesala de una analista, de una ginecóloga y de una socióloga de altos vuelos. Frases cortas, vitriólicas, nunca en un tono patético. No comentaba sus páginas, al principio se resistía a hablar de ellas o a asociar, como si otra se expresara allí. El consultorio de la analista se volvía el lugar de esa deposición y poco a poco comenzaron a intervenir afectos, como bloques aislados derivando en la superficie de un discurso de una precisión milimétrica. Luego fueron los sueños. Coléricos, muy*

*sombríos, llenos de asesinatos y de locura, de anfiteatros poblados por asesinos, por violadores, vagabundos, corazones abiertos, vientres eviscerados. El deseo aquí no es más que escritura, difractado en la violencia de esos destinos imaginados, escritos; dicho deseo comienza apenas a poder decirse y nadie sabe si el clivaje que protege tanto de la pasión conocerá algún día otro teatro que el de las hojas entregadas que fuera de cualquier otro comentario, merecen publicación sin lugar a dudas. ¿Qué significa para un analista ser el guardián, y por lo tanto temporalmente testigo, de esas palabras desencadenadas en cadena, de esa escritura tan fulgurante del deseo?*

Vivir es una invención arrancada del terror. Un terror que algunos apaciguan entre brazos siempre distintos, otros en el alcohol, otros aún en una hiperactividad enfermiza; los seres son desiguales ante la angustia. Uno puede pensar que cada caricia materna deshace un poco de esta angustia en el cuerpo del niño, que de esta forma la madre sigue dándolo a luz, que cada palabra, cada sílaba cantada, cada uno de los arrullos que imprime a la cuna viene a aliviar el peso de esa extrañeza del mundo y dar la bienvenida al niño en un sentido muy arcaico y absolutamente vital. En otras palabras, la madre envuelve al recién nacido con otro cuerpo, un segundo cuerpo, psíquico, hecho de resonancias que tal vez sean los primeros códigos transmitidos al niño (así como funciona para los animales) para traducir la sonoridad no razonada del mundo. ¿Por qué será que la extrañeza del mundo deja a ciertos seres como desollados en vida? Muchas veces éstos se vuelven creadores, a menos que sucumban —la angustia es insoportable en altas dosis o cuando dura demasiado tiempo— o bien abdiquen inmediatamente, se agarren de un objeto balsa (la botella, la jeringa, la crisis), único proveedor de esa posibilidad de un refugio que no han recibido o no han sabido recibir en la cuna. Y, ¿por qué será que otros parecen haber sido inmunizados desde el nacimiento?

Otro teatro de escritura. Otro renacimiento.

*De niño, el primer interés de H fue por las armas, por todo el teatro de las guerras. Se hizo actor, ganándose la vida con el doblaje de las voces en el cine; con el correr de los meses este doble se volvió una suerte de identidad segunda que ofrecía "al ogro" (el papel principal) a la manera de un espaldarazo. El ogro era la sombra que llevaba de un*

*padre que se había tragado en sentido propio a su hija sin tocar a su hijo, dejándolo a la vez abandonado y furioso en busca del amor paternal en el escenario. Luego ingresó en el mundo empresarial donde hizo trabajos de dirección teniendo la impresión, después de todo, de colaborar con el enemigo, de entrar en aquella lógica económica y mercante de la que había querido huir en el mundo artístico. Su madre venía del norte, de una familia burguesa de educadores. Cuando salió embarazada, la familia desaprobó a los enamorados. El niño nació y a los seis meses fue colocado en una familia de acogida en lo que los padres encontraban una plaza de maestro y también que los abuelos aceptaban esa unión. Los padres de H regresarán por él y posteriormente los tres vivirán juntos por algún tiempo en el norte. Luego nacerá una hermanita y los padres se separarán. El padre se casará con otras dos mujeres, seductor inveterado, padre incestuoso al que H toda su vida inventará una fuerza, una armadura y un temperamento de gánster a falta de una relación con la ley a secas. La madre se la pasaba de crisis en crisis, amenazando con matarse o con abandonarlos al menos una vez a la semana, encolerizándose con ellos para luego asegurarlos de un amor eterno. La hermanita se volvió anoréxica bulímica, haciendo intentos de suicidio y de esta forma llevando al acto las amenazas perpetuas de la madre en el altar de un sacrificio ya consumado.*

*Cuando vi a H por primera vez, estaba hecho pedazos, como una casa de la que sólo quedaron de pie las paredes y un pedazo de techo, ciertamente de gran clase pero que ya no protegía nada. Tenía cultura y estaba desconfiado y en búsqueda, decía, de un "verdadero análisis".*

*"Si alguien me puede decir lo que es un verdadero análisis…", repliqué, "pero, claro, lo podemos intentar…"*

*Ya había hecho un análisis con un "maestro" lacaniano, gurú a sus horas. H sufría visiblemente y parecía creer que no se podía hacer absolutamente nada por él. Decía que no obstante quisiera sufrir menos y me habló inmediatamente de esa mujer con la que las crisis de celos, de deseo, de violencia, se sucedían, al punto de pegarse la cabeza contra las paredes con tal de no hacerla añicos a ella. Alguna vez llegará a su sesión con la cabeza vendada. Unos meses antes, yo de alguna manera lo había mandado de vuelta con su padre al recomendar que lo viera. Sí, sostuve que a pesar de todo había tenido un padre, aun cuando ese padre era despreciable e incestuoso a sus ojos, no dejaba de ser su padre. Después de lo cual se había saltado cuatro sesiones. Algún tiempo*

*después había desayunado con su padre. Este le dijo que la razón por la cual había dejado a su madre era que la había visto golpearlo de bebé contra la pared, y que había entendido entonces "que estaba loca". Se sabe cómo los perversos pueden engendrar violencia en el otro para hacer eco de la suya, tan bien encauzada, amasada con buenos sentimientos; los sentimientos oportunos en la situación oportuna. La perversión del padre que, a favor del reacercamiento de su hijo, se apresura para describirle en detalle una escena terrible que lo eximiría a él de toda falta mayor, no impide que también se pueda, por desgracia, escuchar su verdad y la repetición que H hace de ella en su cuerpo, lastimándose en cada recaída de sus crisis con la mujer amada. De nuevo debo hacer un rodeo. Hubo otra mujer en la vida de H, con la que se casó y a la que luego dejó poco después del nacimiento de su hijo, reconduciendo así el propio gesto de abandono de sus padres. Dolto es quien habla con su fineza acostumbrada de la compulsión de reparación, término mejor según ella que el de compulsión de repetición. Pues al fin, dice ella, que reparar es lo que queremos, una y otra vez, y es de esto que debemos curarnos justamente, puesto que este deseo de reparación nos obliga a reconvocar la escena traumática (¿cómo reparar de otra manera?) y en este guion, es la repetición traumática que muchas veces se sale con la suya.*

*Esa relación de amor-odio paroxística, H la reconducía con cada mujer amada hasta volverse odioso, despreciable a sus ojos y matar su deseo al exasperar el de ella. "Salvaba" así a su madre, puesto que toda mujer algún día o el otro llegaba a actuar como ella por amor. El duelo de su madre era imposible, ya que no había vuelto a verla desde seis meses antes de su muerte. Le hice notar esta coincidencia (seis meses), como si él hubiera tenido que abandonarla antes de que se fuera, para no tener aquella vivencia de nuevo; "pero no sabía que iba a morir", contestó. Hablaba con esa madre en cada iglesia con la que se cruzaba, él que no creía en Dios. Al trabajar ese duelo no hecho volvió a escribir (pues anteriormente ya había acabado un manuscrito). Al mismo tiempo que se encontraba de nuevo tomando algunas responsabilidades políticas y que de cierta manera abandonaba unas conductas adictivas, el alcohol, la conducta muy rápida, etcétera, se ponía en peligro financieramente en su trabajo de director de teatro que identificaba con el mundo del padre y que veía cada vez más como un término medio terrible. Hay que agregar que su profesor de teatro había sido su amante*

*durante demasiado tiempo para que fuera sólo un capricho adolescente, que de este pasaje al acto homosexual hablaba poco y sólo para decir que le había gustado estar a merced de ese hombre con el que se había colocado otra vez en un lugar masoquista.*

*Hubo una sesión decisiva en la que me anunció que financieramente ya no podía seguir y que por consiguiente debía interrumpir el análisis. Hablaba de ello como de una decisión razonable y responsable, recordándome con fineza que yo misma le había recomendado tener sus cuentas al día. Después de eso, ¡no le iba a reprochar el que fuera realista! La realidad le caía encima, los impuestos también y todas sus deudas atrasadas, lo cual parecía a la vez devastador y aliviador para él. Le contesté que le tomaba la palabra, que si sólo se trataba de eso, pues por dinero que no quedara, ya no pagaría sus sesiones hasta que le fuera mejor económicamente. Estupefacto, contestó que no podía comprometerse a reembolsar algún día tal deuda. Le hice notar que no debería reembolsar nada, si es que aceptaba seguir viniendo por el tiempo que fuera necesario. Jamás había propuesto una solución tan radical a ninguno de mis pacientes y Dios sabe si algunos estaban en situaciones más precarias que él. Pero lo sentía en la cuerda floja… Había aceptado, y durante los cuatro meses que duró ese tiempo de gratuidad, me había dado a leer páginas de una nueva novela que iniciaba con un relato de guerra. Más adelante decidirá hacerse analista. Y amará a una mujer de un amor apaciguado. Sólo la voz materna no lo dejó.*

El gesto de la escritura se parece a un deshechizo, a una promesa de fidelidad, pero ¿a quién? ¿Lo sabrá el escritor en el instante en que escribe? El texto de H, además de su fuerza y de lo formal de su presentación, es como esas estelas que se forman después del evento traumático, pero a diferencia de lo que pasa en el mar que recubre cualquier huella de paso, aquí queda un discurso con una destinación, y que también es un llamado, una provocación a ser contestado. Si el trauma provoca la posibilidad del sacrificio o lo vuelve necesario, lo que queda de él se reconoce por las ofrendas simbólicas de los testigos. La estela se vuelve a cerrar, es bien sabido, y después el mar aparece como si nunca hubiera sido abierto por la roda de un barco, pero para una vida humana, lo que ocurrió allí no se vuelve a cerrar. Y menos aun cuando la estela pertenece a la literatura. Pues es una forma particular de memoria;

sea ficticia o poética, ignora el legado que deja a los sobrevivientes.

No se sabe explicar la creación, no se debe. Pero cómo se crea una lengua contra la lengua, a esto sí, a lo mejor nos podemos aproximar. Contra la extrañeza del mundo, la escritura inventa un lenguaje para traducir lo intraducible, para hacer oír lo innombrable e intentar inscribir en él una forma nueva. Así nace una lengua propia, para parafrasear a Virginia Woolf, un recinto particular donde el sujeto a cubierto por un tiempo ha negociado su paso en la tormenta de lo real. Para ser libre, el sujeto experimenta el mundo a partir de cierto exilio impreso en él muy precozmente como una modificación íntima. Esta lengua también son los colores de la paleta del pintor, las notas y las manos del músico, la piedra esculpida, todas las obras, las instalaciones efímeras y las abstracciones, los planos de arquitecto, los espacios silenciosos entre las barricadas. Pero es de creer que acabar con la angustia es un proceso que, aun cuando te otorga las más de las veces la inteligencia, es extenuante en sí mismo. Te consume lentamente. Si el sujeto no reencuentra el camino de una paz interior (¿pero cómo?), si entra en ese exilio que es la creación, lo que enfrenta es una hidra con varias cabezas. Pero la enfrenta, es verdad; y este combate puede darle una fuerza de vida extrema. Ninguna obra, sin embargo, acaba con ella. A menos, como lo han hecho algunos, de acabar con su vida o de acabar con su obra (lo cual muchas veces para ellos viene a ser lo mismo). Pues aquéllos que llamamos "creadores" se vuelven, además del resto, responsables de otros. Responsables ante su propia obra y las voces a las que dieron vida, y responsables ante aquéllos que los leen, escuchan, descubren, y para los que la vida no sería la misma sin ellos. Y es el cuerpo que mantiene este frágil equilibrio entre la angustia y la invención por el lenguaje de un camino fuera de la angustia. Un cuerpo a veces drogado, hipnotizado (siempre un poco), en estado de deseo y de alerta, frecuentemente agotado. Con el alcohol, el sexo, las diversas adicciones que hagan falta, a menos que sea ese único modelo de pluma, esa ventana, tal lienzo de muro de un taller, cierta luz, tal sonoridad de tal estudio; cada quien con sus talismanes para no desaparecer y perderlo todo. Como por ejemplo, en la primera página de *La Recherche…* **[58]** esta maravilla:

"una oscuridad verdaderamente oscura". La página que

comienza de esta manera nos hace deslizamos en la fragilidad del sueño, y por allí despoja poco a poco al "yo" de todo punto de referencia y de toda consistencia imaginaria, y así es como descubre una oscuridad desvestida de la costumbre, es decir, verdaderamente oscura. Beckett encontrará una palabra para ello en *Rumbo a peor,* hablará de las cosas "desoscurecidas" *(désobscurcies)*. Es un "como si nada", esa casi nada que Bartleby encarnará para siempre para nosotros, esa resistencia terca al pensamiento pre-digerido, a las imágenes sobreusadas, a la tontería de todo aquello que nos hace adherir, caer en el juego de lo mismo, en círculos. Esa casi nada es un desplazamiento infinito, indeterminado pero extraordinario.

Aquello en lo cual la escritura está recargada, la angustia, se perpetúa sólo porque luchamos con todas nuestras fuerzas por extraernos de ella. Para que de nuevo surja algo distinto, algo inédito, inesperado. Lo que nos puede asaltar es el peso de lo que pudo ser y no fue… es aquello que no nació, que no se pudo abrir y se nos manifiesta sin cesar en forma de arrepentimiento, de opresión. Cuando sufrimos por lo que se manifiesta como síntoma, creemos que dicho sufrimiento nos impide vivir cuando en realidad negocia para nosotros el precio de la realidad. Adoptamos un síntoma porque es una solución que después de todo es menos peor que tener que traicionar la fidelidad originaria que hemos tejido en los primero lazos de amor y que consideramos equivalente a nuestra supervivencia. El síntoma es un intento de seguir de pie en la existencia al precio de un sufrimiento que se parece estrechamente a una deuda. Antes que crear renunciamos a buscar lo que nos paraliza. Lo que se sacrifica aquí es algo del cuerpo: vómito, urticaria, parálisis local, frigidez, insomnio, según aquella lógica de que más vale sacrificar al enemigo un batallón y ganar la ofensiva, que correr el riesgo de perder el "cuerpo de ejército" entero en el campo de batalla. Uno no puede atacar, creo yo, esta economía del síntoma sin empezar por aliarse con ella. Y esto es lo que nos dicen los sueños. El problema del síntoma es el ser insatisfecho. Existe poco equilibrio neurótico de larga duración en el síntoma, es un ogro que nos exige cada vez más. Este ogro hambriento no se satisface con lo que se le da (de allí la ventaja de un análisis: ir a enfrentar al monstruo antes que ofrecerle cada vez más carne fresca) puesto que es precisamente del valor sacrificial que se nutre,

precio que el sujeto imagina que debe pagar por su deseo.

*Esos cuatro meses de gratuidad total fueron liberadores para H: "Yo no sabía que un lazo, que un pacto sea el que sea, puede establecerse de otra manera que como una economía mortífera donde las cuentas nunca están en orden", me dijo. Si bien es cierto que el pago es esencial para la liquidación, aun parcial, de la deuda hacia el analista, creo que en ciertos casos la economía del deseo (y, por lo tanto, la economía a secas) está tan podrida, gangrenada, que se lo lleva todo en su perversidad torcida, y que en este caso hay que inventar otra cosa… Como H ya había escrito y la escritura era, si se me permite la expresión, también de cierta manera mi síntoma, era en ese terreno de las palabras escritas donde el territorio devastado por el trauma podía, quizás, retomar forma. Me tardé en entender que las páginas entregadas en cada sesión habían tomado el lugar del pago, y tuvieron que llegar las vacaciones para que me diera cuenta de que las hojas "prometidas" por él no estaban en el buzón, ya que ninguna sesión pudo tener lugar. Poco tiempo después su novela fue aceptada por un gran editor —sin otro apoyo que el envío postal— y publicada.*

El deseo, cuando se escribe, se codea con la muerte y la alegría; como escritura, navega entre los destinos de nuestros muertos, tanto los que hemos amado como aquéllos cuya memoria arcaica, en sufrimiento, sigue trabajando dentro de nosotros, a través de nosotros, con extrañas repeticiones y casualidades que casi nos harían creer en la fatalidad en el sentido griego. En realidad, esta manera que tiene la escritura de abrir camino es un arte del renunciamiento a sufrir. Pues renunciar a sufrir requiere de mucho valor.

# ¿Curarse?

Cuando todo nos ha sido confiscado, hasta la misma posibilidad de hablar, ¿qué curación es posible? Cómo se puede recrear esa confianza impetuosa en el lenguaje, laboratorio de todas las mutaciones… El riesgo de curarse es aquello por lo cual aceptamos desasirnos de un cierto saber, puesto que en algún sentido él es quien se apodera de nosotros y no a la inversa. ¿Acaso sabemos cuándo es necesario aceptar perder aquello que hasta entonces formaba nuestro suelo (emocional, físico o material) para alcanzar un lugar más vasto pero indeterminado aún y, por lo tanto, inquietante?

*Se llama Ariel. Alcohol, violencia, amnesia. Interrupciones, recaídas. Su diablo en la línea de mira. Una doble vida a poco costo; familia destruida, humillación, disgusto de sí mismo. Agotada yo también por este análisis interminable, le pido que pruebe la escritura automática en cada noche de insomnio, sin tachaduras ni censura, que escriba todo lo que venga. Una voz femenina impetuosa se hace oír, insistente. ¿Una hermana oculta? ¿Una gemela muerta? ¿Alguien de la generación anterior? Nada… Lo toma en serio, se sorprende de ese doble que se coló allí. Ninguna homosexualidad a la vista, tampoco una feminización efectiva. Pero sí clases de tango a raíz de un reencuentro fortuito con un amigo de infancia que lo embarca. Le gusta. Sigue bebiendo igual, quizás más aún.*

*Bebe para perderse. El alcohol lo divorcia de sí mismo, le permite navegar, soñar, lo absuelve, lo vuelve poroso. Se obliga a entrar en unos bares gay, convencido de que esa voz femenina le revela un gusto por los hombres que se rehusaría a reconocer; yo estoy escéptica. Explora lugares cada vez más rudos, se vuelve voyeur, se hace el experimentado, se retira como uno se saldría del ring. Quiere encontrar su fantasía al desnudo. No encuentra a nadie, ni siquiera a sí mismo. Ya no vuelve, se*

*lanza al otro extremo, medita. Se vuelve al ascetismo, esculpe su cuerpo, surge la anorexia. Me preocupa su delgadez. Retoma la escritura automática y allí se percata de que ya no logra beber, ni placer ni disgusto, una pura opacidad. ¿Efecto de espejo atravesado? Me llamo Alice, decide. Y así se hace rebautizar por sus amigos. ¿Droga infinitamente más potente? Les dice riendo: es mi identidad americana. La oposición de su cuerpo a la bebida lo asusta, como si llamara a una reconciliación. Le pido que corra el riesgo de beber un poco, haciéndolo una obligación. Un sorbo de veneno cada noche, ¿para reencontrar qué? ¿Fue algo peligroso? Quizás, pero cómo hacerle de otra manera. El filósofo alemán Peter Sloterdijk en su texto célebre* [59] *preconizó la toxicidad como única vacuna contra el mismo daño. Auto-inocularse el virus era, decía, la tarea del pensamiento, hacer del lugar de la adversidad el terreno de la propia cura.*

*No escindir, desconfiar de los blancos y negros llenos de cicatrices en los que reina la neurosis. Alice/Ariel, pareja fusionada hermano-hermana de la madre, incesto enterrado en su historia, todos los veranos entre sus 16 y 19 años. Una noche le contará: "Comprendes, entre hermano y hermana eso no cuenta". Se lo dice a Alice porque sus juegos incestuosos eran imaginar a Alicia en el país de las maravillas, fuera del mundo y fuera de la vista. Para la madre esto sigue siendo un paraíso artificial, ella es quien lo dice, culpabilidad fulminada, al hermano se lo llevó la Parca a raíz de un accidente de moto a los 30 años, cierres y barreras del destino. ¿Bastaba con que oyera decir lo que dormía como veneno en el cuerpo y que ahora quería confiar su secreto? La amnesia materna y el silencio de aquellos veranos incestuosos, la excitación destilada del cuerpo hasta el pensamiento, lo prohibido fuera de alcance.*

*El apego apabullante a nuestras heridas. Lo que hacemos en secreto, los golpes que llevamos junto a nosotros, la nostalgia que nos arranca el corazón de una vida que habríamos podido o debido vivir. Y es allí donde el infierno comienza, con un sueño de niño relegado a la sección de los juguetes rotos y de las fotos de generación. No hay olvido posible ni en la adicción ni en la melancolía. No hay amnesia bienhechora, solamente remordimientos. La confesión de su derrota le sirve de disolvente. Pero esto no es el olvido. Tienen una infancia echada a perder en su noche de insomnio.*

*La sustancia tóxica que se tragaba Ariel no era para nada más mortal que ésta. Había empezado a los 16 años (qué curioso, la edad*

*del primer verano incandescente de la madre) con el Agua Escarlata Quitamanchas. Escarlata es el agua de la menstruación y de la vida, del nacimiento y de la muerte, el agua enrojecida de la primera herida. El agua de los sueños y de las destinaciones secretas, el agua de los viajeros y de las quiebras, el agua secreta. Alice/Ariel atraviesa el espejo, su madre antes que él (¿ella?) había explorado las vías de un goce prohibido y guardaba, dentro de ella, las huellas de un secreto que permaneció cerrado, sin vínculo con su vida futura (creía ella). El hermano había muerto, no más testigos. Cuando su hijo había ingresado al infierno de la dependencia alcohólica, todo el mundo se había quedado callado.*

*Nuestros silencios dan fe de lo que no puede ser dicho, forman el lecho de la locura pero también y de manera más importante, de la verdad, al precio a veces de la muerte. Ángeles heridos en un cuerpo que no comprenden, que nunca se vuelve suyo, depositarios como todos nosotros de una historia que en este caso no se vuelve herencia, ni en palabras ni en nada, y que se queda atravesando su cuerpo; es un agotamiento contra el cual no pueden hacer nada, sin recursos contra la angustia que no dice ni de dónde viene ni por qué vino. Puesto que para ellos siempre es demasiado tarde… ¿Cómo hacerle con ese olvido imposible, lejos de cualquier consuelo?*

*Ariel es el mago de la tempestad de Shakespeare, el mensajero. El que llega de improviso. Ariel libera a Alice, y Alice se lleva a Ariel al otro lado del sueño… allí donde los conejos blancos apresurados conocen días mejores, allí donde de un gato con nombre de suspiro sólo queda una sonrisa extraña de la que no se sabe si aparece para matarte o para devolverte la vida. Alice despierta a Ariel de un sueño mucho más real que toda su vida de antes, entonces cómo no querer volver allí —con todo y el peligro de que les corten la cabeza—, cómo hacerle cuando uno cree que en la botellita se esconde el secreto de toda metamorfosis, que basta con morder o beber para ser liberado de este cuerpo… Ariel ya no bebe, Alice sabe que soñó, la madre liberó el pasado de veranos más violentos que cualquier decepción futura. ¿Se llamará esto curarse?*

# Otro idioma

El riesgo existe proporcionalmente al tiempo al que escinde en dos partes. Joyce y Lewis Carroll, Kafka, Melville, han explorado esos pasos del sueño hacia lo real, de ida y vuelta, quiero decir a sabiendas de lo que hacían. Es una literatura traumática en el sentido propio del término, y quizás aquí sea el momento de hablar de literatura —lo que se suele llamar así— como figura de un riesgo considerado, es decir, como arte de vivir. ¿Habrá una vida fuera de la literatura? ¿Qué otra posibilidad tenemos de habitar el lenguaje en el sentido de una familiaridad a la vez ingenua y de una extrañeza apabullante?

El Joyce de *Ulises* expone la constelación susurrante de lo que llamamos "sujeto", dejando oír de ella unas voces discontinuas de un salvajismo totalmente calculado. El monólogo de O'Molloy es un territorio donde uno entra como en *terra incognita* con miedo, atención, revulsión y la incapacidad de estarse allí, literalmente de mantenerse allí cuando al mismo tiempo todo está fluido, calmado y libre. La literatura nos hace escuchar, lo queramos o no, el riesgo puro de la lengua. Es la disonancia que irrumpe en un mundo de armonías, si se me permite la expresión, preestablecidas. En cierto sentido absoluto, no hay texto literario alguno que sea innecesario. Y tomar cuerpo en el idioma, es decir, en *otro* idioma, sigue siendo traicionar la lengua materna. Renegar de su deseo de reconducción a lo mismo, al salvajismo mortífero que lo materno lleva dentro de sí, a pesar de sí. No hay metáfora sin riesgo de locura. La locura es una metáfora que no se ha vuelto a cerrar, que no ha encontrado qué encerrar. Un alocamiento en la lengua misma.

En *Billy Budd*, Melville persigue este punto de inversión en el idioma, que hace de un ser el depositario de la culpabilidad de un grupo pero también de un lugar donde él mismo se abandona, se

deshace de toda identidad para convertirse en lo que quiere el Otro. Este punto de inversión que, en la figura de la idiotez en su acepción sublime —de Kaspar Hauser al príncipe Mishkin, del héroe del *Proceso* y de Bartleby a Don Quijote— se apodera de un sujeto para entregarlo a la violencia de las convenciones sociales, de la burocracia imaginariamente erigida en ley fatal, de la culpabilidad de las guerras al odio de lo justo, dejándonos oír lo que en la humanidad no se resigna a mentir. A no arriesgarse a la verdad. Una verdad de lo menos, que en estos textos es llevada por la lengua hasta un punto de incandescencia. Y de sinrazón si es que la razón es aquello con lo cual cada quien puede contar para juzgar y rendir una ley común, una certidumbre transmisible y un saber sin equívoco.

Cuando Avital Ronell habla de *killer texts,* de textos matadores, está examinando —por ejemplo en el *Werther* de Goethe pero también en la figura bajo adicción de Madame Bovary— la peligrosidad, incluso hasta la letalidad de cierto uso de la lengua. No sólo por aquél que la usa sino también por su lector. Esta toxicidad del texto es un veneno necesario, una toxina ingerida para servir de barrera —¿será también aquí una suerte de vacuna difícilmente dosificable y, por lo tanto, peligrosa?— a una lengua ya tan gastada que no acarrea en nosotros más que convenciones, ausencias, un vacío que desespera. Esta lengua difunta, la nuestra la mayor parte de las veces, que los niños y los psicóticos resucitan milagrosamente, es una mortaja cubriendo lo real. Para protegernos… porque lo que está en carne viva en el mundo nos impacta demasiado fuertemente, nos vuelve inestables, desobedientes, desocupados. Los *killer texts* se nos meten debajo de la piel y nos contaminan tan seguramente como un virus en su trabajo de colonización de las células. Modifican nuestra forma de estar en el mundo, imperceptiblemente al principio y luego más abiertamente a medida que uno entra en resonancia concreta con ellos. La lectura es un laboratorio del que no podemos medir la eficiencia, ya que le suponemos una placidez inofensiva que sólo vendría a ocupar nuestro tiempo libre, pedazos de noche, de siesta o mañanas tranquilas según el caso. Ahora bien, es exactamente lo contrario. Durante la lectura lo que en nosotros es movilizado no se nos aparece, por lo menos no de inmediato. La alteración es

continua, mucho más allá del momento en que nuestros ojos se posan sobre la página. Es por eso que en ciertos momentos de la existencia y en algunas existencias a secas, es imposible leer. Leer verdaderamente. Es decir, entrar en esa zona de arrebatamiento donde lo que es afectado en nosotros se nos escapa totalmente.

# Arriesgarse al escándalo

Escándalo en latín: escollo, lo que hace tropezar, obstáculo.

"¡Ah! Si ese escándalo acabase con mi vida, ¡qué feliz fuera mi muerte cercana!", [60] dice Gante moribundo mientras Ricardo II se prepara para apoderarse de sus bienes. En cualquier intento que haga uno de escribir acerca del escándalo, el ángulo es imposible, obturado. Nos tragamos cualquier objeto de escándalo en el instante mismo en el que aparece. Entonces, ¿no será una sola persona quien, al final de cuentas, pueda encarnar en cierto momento, en cierto lugar, el escándalo como lo hizo Cristo?

¿Qué es lo que hoy en día se sigue percibiendo como escándalo, como ultranza? La ultranza es aquello que afluye más allá de todo decoro. Hubo una época en que esto sucedía en la calle. Las excomunicaciones de los surrealistas, los *happenings* violentos de los artistas americanos durante la guerra de Vietnam, las extravagancias, los resbalones obstinados… Se terminó por juzgar severamente esos descarríos, esa sinrazón fastidiosa, esos choques de odio recíproco, esas fechorías, esos artificios, esos paraísos artificiales. Se consideró que era arriesgarse a combates perdidos de antemano. Y, sin embargo, la vida intelectual tenía ese precio. ¿Qué queda de nuestras indignaciones? ¿Qué hacemos con nuestras revueltas? Si ya no se trata de exponer nuestros estados de ánimo, quizás sea tiempo aún de dejarle al escándalo su razón de ser.

El idioma de Joyce quiebra la escucha ordinaria, te violenta como el de Céline o como lo hace de forma lancinante el de Proust o de Virginia Woolf, no puedes seguir tu línea de pensamiento, tu ritmo, estás constantemente siendo deportado, arrancado, el texto te ataca deshaciendo sin cesar tus diques y tus refugios. Joyce pone al desnudo todas las voces que constituyen un ser, expone las líneas de demarcación, rompe las intrigas propias de cada uno. La

efracción es voluntaria, la violencia esperada. Si se han canonizado tales textos, tal vez haya sido también para callarlos. Su reconocimiento universal no logra ocultar el malestar que suscitan por su indomabilidad, su salvajismo soberano, el combate llevado de frente contra los vendedores de somníferos y el comercio de una lengua descerebrada.

Sólo la obra de arte escandaliza verdaderamente pues sólo ella inventa un idioma nuevo. A veces un acto, un acontecimiento, un personaje pueden volverse, en tanto "performadores", una obra en sí mismos; de alguna manera pertenecen a la lengua del mundo que renuevan sin querer, es decir, sin una clara consciencia de la importancia de lo que representan en la historia en ese instante. El escándalo contamina, provoca una crisis en nuestra percepción del mundo que se revela contagiosa; en este sentido, toda censura es derrotada por adelantado puesto que años después el mundo, lo quiera o no, tomará prestado de esta lengua nueva su identidad y sus aberturas. Hoy tenemos miedo al escándalo y la falta aparente de censura que reina no es más que la máscara de una época más reaccionaria que nunca.

El escándalo llega a veces por aquello que es lo más insignificante en apariencia, en los pliegues de las cosas, en efectos de superficie. Nuestra época quisiera alaciar toda cosa hasta hacerla desaparecer, que los seres quedaran borrados detrás de las situaciones, las jerarquías, las decisiones, que nada llegara a crear escándalo, que todo fuera recuperable. "Es en el momento en que estamos lo más profundamente conmocionados —escribe Pierre Zaoui— cuando ya no podemos ser sensibles más que a los acontecimientos de superficie, los cuales advienen simultáneamente en el mundo y en nosotros, siendo que entonces la superficie nos envuelve en su mismo plano al mundo y a nosotros, a los espíritus y al cuerpo".[61] Pues el escándalo también es todo cuanto hemos colocado del lado de lo negativo, de la enfermedad, de la muerte. Lo que no puede ser enmendado ni justificado. Ninguna reparación imaginaria hará que regrese al lado de los vivos una persona amada que despareció, este escándalo no eres tú quien lo hace, sino él quien te abate. Su venida no concilia nada, no repara nada tampoco, es en muchos aspectos un puro sinsentido, ¿cómo elogiarlo, cómo encontrarle una salida posible, un valor de ser?

¿Decirse que todo acontecimiento tiene un sentido, un horizonte? Tal vez no.

El escándalo no se apacigua ni se reconcilia; la línea de fuga que abre ya no puede ser cerrada. No es una opción que se pueda elegir, preferir a otra, no es un objeto de elección, ni siquiera de apuesta, no puede ser usado ni recuperado, sólo sobreviene. Salpica la realidad alrededor, desplaza los puntos de apoyo, las referencias, las vallas, los umbrales, los alfabetos, es un círculo que se ensancha sin que en ningún momento se pueda trazar por adelantado el límite de lo que lo contendrá. Quizás un espacio de pensamiento que se le gane a la barbarie, es decir, a la indiferencia.

# Correr el riesgo de la infancia

Correr el riesgo de la infancia es no olvidar nunca que fuimos niños. Esta observación parece tan simple… Le damos la espalda a nuestra infancia, la recordamos para enterrarla mejor en un pasado caduco. Volver a ella es ingresar en el mundo de la decepción, pero también del asombro que sólo existe allí. La infancia presente en nosotros en la edad adulta no tiene nada que ver con la infancia en pretérito, la infancia del rememorar, aquélla que hemos arrullado dentro de nosotros, de la que hemos vuelto a dibujar cuidadosamente el contorno, reconstruido los basamentos, falsificado el ambiente, reescrito la cronología con la ayuda de álbumes de recuerdos. Esta infancia no es muy complicada de retener, es más bien estorbosa, a veces aun peligrosa y siempre reinventada de acuerdo a las necesidades de nuestro acomodo al mundo llamado adulto. La infancia que vive dentro de nosotros es otra cosa. Una experiencia de pura intensidad, una suerte de droga rara que una vez que se probó cuesta trabajo olvidar. Una carga de espíritu que proporciona una ligereza comparable con la ebriedad y una creatividad intacta. Esta infancia, empero, está fuera de alcance para la mayoría de nosotros.

Está clasificada como “secreto de Estado” en nuestros archivos y prohibida de acceso. No existe ningún pase que nos dé el acceso autorizado a ella, ni siquiera momentáneamente. Por lo tanto, hay que entrar por efracción. Colarse allí como un ladrón y hurtar su esencia. *Re-ignite it,* como dicen en inglés. Hasta hablar de ella es difícil, puesto que es a partir de un exilio irremediable que las palabras nos son dadas para hacerle señas.

¿Por qué será que dicha infancia nos es prohibida a tal punto? ¿En qué consisten su peligrosidad, su extrema inflamabilidad, su poder de contagio, su locura? Sí, la locura ronda esos parajes, es decir, el desorden, la incoherencia, el delirio, las visiones, el deseo

en su fuerza pero también el *insight,* la percepción inmediata de lo fiable y de lo equívoco, el poder de recreación del lenguaje, la capacidad de habitar el mundo en cualquiera de sus puntos. Allí hay un riesgo de vivir por inadvertencia, de dejar de lado todo aquello que llegó a constituir nuestros valores, nuestra seguridad, nuestras dudas, nuestra sensación razonada de saber separar el bien del mal, aunque sea un poco… Aun cuando se encuentra fuera de la memoria, esa infancia no cesa de regresar a nosotros, impregnando nuestra vida como una lluvia de verano fugitiva que, en un atardecer, nos restituiría intactos los perfumes, la sensación de la noche sin fatiga.

La infancia es la única experiencia metafísica que todos hemos tenido, con la sensación de que nuestra vida se volteaba de golpe. Hemos visto el revés del mundo. El interior oculto, los bastidores. Luego vendrá el olvido. Y la edad adulta que hace pasar el ideal al lado de lo real, el reverso oculto de la caverna de Platón, el mensaje secreto de la discreta magdalena de Proust, el epígrafe de todo relato. Haber esperado con todas las fuerzas que algo sobrevenga es haber sido niño. Un niño maravilloso, inconsciente, cambiante, indeciso. Un niño aferrado a un sueño compartido con sus animales de peluche y aquel rincón de la ventana.

Su secreto es compartido, está confiado. El mundo le habla y él habla con el mundo familiar, incluso con los fantasmas. Lo desconocido es domesticable, él lo sabe. Esta íntima seguridad le permite pensar, libera sus sueños y su espera. Y luego sobreviene algo, como el rayo en este cielo de verano… El peligro hace temblar las fundaciones de este mundo que creía seguro. Dicho vacilar es suyo, en los confines de este mundo resulta ser que hay algo indomesticado, un espacio puramente salvaje que hasta las palabras no cautivan ni capturan. El rayo no es el nombre de una cosa que se le negó al niño pero puede ser un "no" pronunciado casi inadvertidamente que haya afectado la cosa más importante de su vida en este momento, que no generará sólo frustración o pena sino, sí, extrañamente, otro rostro para lo real. Podrá ser una caída de la bicicleta, un viaje aplazado unos días, una promesa no cumplida de un cuento en la noche; no es la importancia del acontecimiento que marca de manera esencial la infancia sino la caída repentina, vertiginosa, fuera del mundo seguro. Una falla revelando

bruscamente, en el paisaje desconocido, una línea de horizonte puesta al desnudo. Y es allí, es ese lugar literalmente impensable que el niño va a *ver* durante unos segundos o unas horas. Será dejado solo con ese desvanecimiento del amparo. Tal experiencia, si es verdadera, si no es desmentida, negada, borrada, disfrazada, es fundadora. Es otro mundo que aparece en el reverso del mundo, que estaba escondido allí en su espesor mismo, su dulzura, su envoltura protectora. ¿Quién habría podido creer que el genio saldría de la botella justo en el lugar donde uno llora? La bici está en el suelo, cuesta trabajo levantarse, uno se vuelve a marchar; aparentemente no ha pasado nada y de repente uno se lanza, libre, sin las meditas de apoyo. Es embriagador. El rayo yace adentro como un pequeñísimo animal acurrucado. Toda palabra de consuelo se ha vuelto inútil. Y el espanto suscitado se propaga como una polvareda ligera que poco a poco va a contaminar el paisaje. Colorear diferentemente sus bordes, sus puntos de abordaje. La realidad nunca volverá a ser la misma.

Eso de arriesgarse a la infancia no existe, quiero decir que ella es quien se arriesga en ti. La pregunta es: ¿se podrá darle la bienvenida? El rayo en este cielo de verano nos hace entrar en un mundo donde el asombro se vuelve posible puesto que algo se posó allí, a la orilla de la página, del cerro, de tus ojos, de tu corazón, que dice la incompletud del mundo y de todo deseo, que dice la debilidad y el perdón de la debilidad a la vez, que dice que perderse no es definitivo aun cuando sea doloroso, que el equívoco, el malentendido, están en el corazón del lenguaje pero que uno puede hablar de todas formas, que uno puede estar abandonado todo el tiempo y no obstante respirar, amar también. Que esto te será perdonado de la forma menos esperada y que más allá de toda espera uno puede, debe, nunca dejar de esperar.

*Siempre fui un niño bien portado…*

Cuántas veces no he oído esta frase… ¿Bien portado para quién? ¿Respecto a qué, a qué locura, qué tormentos apartados, qué abismos intuidos? El buen comportamiento de un pequeñito es infinitamente preocupante.

*"Creo que creí en la vida romántica… Pero mi vida ha sido totalmente otra, mejor alumna durante mi escolaridad, luego el profesorado, y me fui con el primer niño que me embarcó porque*

*él sí me aceptaba. Todo me daba miedo pero siempre permanecí calmada, tan calmada. Excepto el día que los ojos de mi muñeca fueron arrancados por mi hermanito, allí supe que la vida me iba a traicionar, fue el inicio de la caída y esto no ha cesado. No le entendí nada a la droga ni al rock ni al erotismo ni al deseo. ¿Por qué? Mi inteligencia se quedó blanca, funcional, tuvo un efecto de deflagración en un cielo de lluvia, no tengo nada que decirle, nada que esperar, siempre he sido ya vieja, mi vida se conjuga en pasado, usted no podrá devolverme un presente".*

La infancia es apasionada. Sin posibilidad de regreso hacia refugios que se construyeron para ella, es un riesgo siempre por venir.

# Asiduidad

Solemos repetir el mismo tema con una asiduidad desconcertante, nos inventamos atajos pero giramos deliberadamente, como amarrados con una correa, alrededor de un eje fijo que nos ha hablado prematuramente del mundo, hablado *el* mundo —y dado el uso de la palabra— para intentar derrumbar el espejo a toda fuerza, para que se quiebre contra el soplo y que cualquier parecido vuele en pedazos. Construimos maquinaciones para nuestro deseo que se derrumbarán al primer soplo. Y pensamos que fuimos aniquilados, quemados en el incendio que se llevó nuestro frágil albergue, nuestra armadura y todo reconocimiento por venir. Después viene la melancolía de la espera que extiende su sombra hasta aquél o aquélla que acceda a recoger su tejido tan ligero, de aquéllos con los que están hechas nuestras barbaries secretas.

Hemos sido niños eróticos y ya no lo sabemos. Hemos probado el mundo, hemos tocado y sido tocados, hemos escuchado un ruido hasta que se confundiera con la noche y nos envolviera como una vía láctea maravillosa, hemos arrullado una hierbita, una piedrita, una palabra, montones de cosas imposibles de arrullar, lo hemos hecho, hemos perseguido bajo nuestros párpados medio cerrados una señal de vida al revés, hemos construido pasos, signos, alfabetos, hemos tratado de comprender dándole la espalda a la enigma y de contarnos historias para estar menos asustados. Y hemos olvidado aquello. Aquella loca energía gastada por nada, por unas cuantas sensaciones fugitivas y ardientes que se quedaron bajo la piel como augurios sin descifrar.

El erotismo nace con el cuerpo del recién nacido que separan de su madre, con la primera respiración tan dolorosa por esta separación, por estar fuera del agua de cualquier memoria. Es todo el cuerpo que es erótico, que vibra, siente y piensa, que ama y se desespera, que espera, que sufre y experimenta el placer intenso,

infinito de estar envuelto, acogido de nuevo en una mirada amorosa, un soplo que pronuncia muy suavemente palabras de amor. ¿Cómo volver a sí mismo? ¿Cómo se des-erotiza poco a poco este cuerpo entero entregado a la pura sensación de existir, por y para el otro, y no obstante nuevamente separado de él? Poco a poco el cuerpo del recién nacido se desensibiliza, lo cubren, se vuelve a cerrar paulatinamente, las sensaciones se concentran alrededor de la boca, de las extremidades del cuerpo, de lo que devendrán las zonas llamadas erógenas, pero es la memoria del cuerpo que se divide, se dispersa, se olvida, este cuerpo entero vibrante del recién nacido que se nos escapa, se borra al contacto de lo real pero permanece en vela de nuestros sueños, nuestros afectos, nuestras atracciones, nuestros vértigos, nuestros miedos, nuestras pesadillas, se aloja en los perfumes que nos gustan, se exacerba repentinamente en el roce de una transeúnte, se volatiliza. Nos pasamos una vida deshaciéndonos de él e intentando recuperarlo, reencontrar su sabor, parcela milagrosa de un elíxir de vida perdido. Sabemos íntimamente que existe pero ya no nos atrevemos a creer en ello.

La asiduidad es un círculo vicioso de la obsesión, su doble oscuro, patológico. La obsesión nos vuelve locos, nos mantiene despiertos por noches enteras en las que peleamos contra enemigos imaginarios, citas fallidas. En realidad, la obsesión nos evita el pensar en otra cosa, nos arma contra una presa para hacernos olvidar mejor aquello que secretamente nos hunde en la agonía. Salir de la obsesión es quererla, de cierta manera esforzarse a deshacerla al explorarla hasta la orilla, intensamente y sin tregua. La asiduidad es una vuelta de la pasividad en acto pero porque nos habrá hecho correr el riesgo de tal pasividad, de ese renunciamiento a querer, y que nos habremos dejado atravesar por aquello que ella no puede comprender ni contener.

Se dice “ser asiduo” pensando en la postura amorosa de quien no quiere despegarse del objeto de su deseo, de su placer también. Hay en la acepción de la palabra misma una suerte de inconveniencia, como si viniera a rozar constantemente el límite de lo posible, de lo deseable por lo menos. Alberga la idea de que la victoria esperada de aquél o aquello en que se corre el riesgo de la asiduidad está siempre al borde de la derrota, del abandono tras de

sí de una batalla diferida por demasiado tiempo. Pero la asiduidad, al igual que su oscura hermana, la obsesión, quizás sólo tome realmente sentido en la relación con la verdad. Es en esto, quién sabe, que se voltea en paciencia, silenciosa, como un augurio. La asiduidad se dirige hacia la verdad (de nuestro amor, de nuestro pensamiento, de nuestros actos) para ponerse a prueba; la obsesión para librarnos de dicha verdad. El augurio es el tiempo en el que estamos, en esas micro-rupturas y discontinuidades que no hacen aparecer ningún propósito, ningún escape tampoco. Pero podemos reconocer en él la huella de aquello que desde siempre nos sostiene, a saber, un hambre espiritual.

# Arriesgar el porvenir

> "…algo que dejó pasar distraída y pusilánimamente de un presente que le abría el futuro; […] Uno debe suspender su carrera y girar alrededor de sí mismo: convertirse o quizás bailar."
>
> María Zambrano,
> *Claros del bosque*

Al porvenir "puro" no lo queremos. Su toxicidad extrema ya nos invade como una promesa sin cumplir. Entonces nos lavamos las manos y nos sacamos el comodín de la manga para disculparnos poniendo una cara triste. Arriesgar lo que está por venir es una prodigalidad que no nos permitimos. Pues sería correr el riesgo de perder todo aquello que habíamos amontonado cuidadosamente: costumbres, permisos, derrotas secretas, placeres furtivos, pequeños arreglos con los muertos. ¿Exponernos a que todos nuestros escondites se vean desenmascarados, sin seguridad de estar protegidos aunque sea un poco? No, gracias. Es saludable refugiarse allí donde se puede, ¿verdad?…

Hoy en día la fenomenología recusa la gran idea del tiempo que sostuvo a la metafísica hasta el umbral del siglo XX. Parece ser que pensar la totalidad (del tiempo, del espacio, del mundo) es cosa caduca. Hemos entrado en la era de la totalidad abierta, es decir, local, fractal. La totalidad se ha vuelto una perspectiva que agrupa las micro-discontinuidades y todas las líneas de fuga que componen nuestra visión. Bienvenidos a la civilización cinética, nuestras imágenes en *cut up* y en montaje acelerado duplican nuestros actos, nuestros presentimientos, nuestras palabras por una proyección imaginaria que se hace presente todo el tiempo. Ya no hay una delimitación clara dentro-fuera y privado-público, ni en lo jurídico

o lo social ni en la representación que nos hacemos de nuestras vidas sujetadas a una suerte de ideal de lo múltiple y de lo transparente. El tiempo que resulta de ello hoy día está hecho de fragmentos y de yuxtaposiciones muy rápidas que ya no se dejan abarcar con una sola visión panóptica. El porvenir se vuelve una pura superficie de proyección, hecha de la composibilidad de los estados de lo real. "Cada quien teme la irrupción de lo inesperado —escribe Michela Marzano—, tenemos tanto miedo al futuro que estamos dispuestos a todo tipo de comportamientos compulsivos para neutralizar aquello que percibimos como peligroso. Pero los comportamientos compulsivos que apuntan a combatir el miedo muchas veces no hacen más que generar una angustia más grande aún". **[62]**

Todo desconocimiento es futuro. Un acto de barbarie en miniatura firmado por nosotros. Y, no obstante, queremos reencontrar aquello que hizo de nosotros unos vivos extremos. Preferimos no saber, imaginarnos vencidos y no luchar. Porque ir al combate sin ninguna certeza, sin siquiera un plan de batalla, es absurdo. Así es como consideramos, la mayor parte del tiempo, el porvenir: indigno de riesgo. A menos que sea pensado a partir del pasado, del nuestro y del de nuestros progenitores, de ese saber almacenado en nosotros en caso de… del que proviene la seguridad que tenemos de conocer un poco el territorio en el cual avanzan nuestros pasos.

Arriesgar el porvenir quizás sea preguntarse cómo entretenerse un poco más… sí, demorarse, quedarse un poquito atrás de la loca carrera de las horas y de los días y de los meses, de los programas y de las listas, las esperas, las tareas, todo lo que ya está lleno sin que ni siquiera tengamos que estar presentes. El riesgo es una capacidad negativa (tomo prestado este bello término de Adam Philips) **[63]** y la capacidad negativa es como un camino que uno haría en el sentido inverso al de Pulgarcito, para sí perderse al fin. Arriesgar el porvenir sería entonces otra vía posible para la desaceleración, el desvío, para lo que se demora entre bambalinas, fuera del escenario antes de que todo se precipite como en esa película de Sokúrov, *El arca rusa,* hecha de una sola toma larga.

*Tom es arquitecto. Trabaja en una agencia, suele estar atareado con planos, expedientes, concursos. Al llegar me dice:*

*“Estoy cansado”, y eso es todo. Y durante unos meses eso es todo en efecto. Y luego una mañana dice: “Ya no puedo más, de verdad, tiene que ayudarme”. Tuvo un sueño. Estaba en una casa de la que no reconocía ningún cuarto. Entraba en cada uno y siempre se abría otra puerta. El sueño se volvía pesadilla. Este abrir infinito conforme iba avanzando no tenía salida…*

*¿Qué albergue inalcanzable te incita a ser constructor, curandero de las casas de los demás, inventor para ellos de un refugio que te niegas a ti mismo? Tom despertó de su sueño con una angustia indescriptible. Tuvo que vencerse a si mismo para enfrentar el día, como si se preparara para una catástrofe de la que sólo él hubiera percibido los signos precursores. Pero nada. Solamente el recuerdo de esa abertura indefinida de cuartos hacia otros cuartos. Quería entender esa noche de espanto por miedo a que retornara la pesadilla sin objeto ni figuras amenazantes, ni ninguna maldición aparente. Fue por su profesión, en una obra, que le llegó el reconocimiento de su sueño. Estaba renovando el ala de un castillo siglo XVIII en la región del Périgord verde, con prudencia pues le habían anunciado un subsuelo de vestigios romanos. Lo que descubrió no eran ruinas sino un pasadizo secreto. Un subterráneo bastante reciente comunicaba el pueblo con el castillo. Sin duda databa de la guerra, y una parte importante había sido obturada por la intemperie. Ya despejado, conducía a una gran pieza abovedada, una suerte de sótano donde todavía se encontraban papeles y planos. Los examinó; cada casa del pueblo, o casi, tenía un segundo acceso, allí estaba toda la organización social de una vida clandestina. Estudió la historia de la Resistencia en este país, sus ramificaciones, su organización, tomó esta tarea en serio, sorprendido por su propia fiebre. Así fue como se enteró de que una de las familias había perdido a tres hijos que fueron arrestados unos días antes de la terminación de la guerra. Conoció a esta familia. Y luego nada durante cinco años más. Cuando murió su abuelo, supo que durante la guerra había escondido a su padre y al hermanito de su padre, judíos, en su casa, y los había hecho pasar por los benjamines de la familia.*

*Que sus "verdaderos" abuelos habían sido deportados, quedando el padre y el tío sin estado civil, sin nada. El padre, aparentemente, se había salvado si hacemos caso omiso del cáncer que se lo llevó a los cincuenta años. En cuanto al tío, el hermanito, se había vuelto drogadicto. En situación de calle, lo habían encontrado muerto en un sótano. ¿De frío, de hambre? Su cuerpo era un desecho, apenas tenía treinta años. Él, el arquitecto exitoso, se había pasado la vida construyendo albergues, casas para los demás. El silencio mataba de forma más segura que cualquier memoria. ¿Por qué no le habían dicho nada? No tuvo el valor, la fuerza para preguntárselo a su abuelo moribundo.*

No es que nuestro silencio siempre mate. Es nuestra cobardía, quiero decir lo que le achacamos al silencio. La coartada con la que le hacemos cargar. El abuelo católico había adoptado a esos dos niños para salvarlos, pero revelar la historia posteriormente no formaba parte de su horizonte. Era un héroe ordinario. Los humanos hacen lo que pueden con su historia. Con el tráfico de las mentiras y de los sentimientos. Con una consciencia dañada por falsos pensamientos incluso allí donde la generosidad quiere y permite salvar vidas a pesar de todo. "Traducir los dichos del pasado en acto de vida presente es una forma de combate. Un combate que sólo tiene sentido si nos salva del pasado y de los padres. Si nos arranca de la tradición y hace de nosotros un sobreviviente en nuestro idioma y nuestra cultura", escribe Frederic Boyer. El psicoanálisis es una práctica de apropiación que fabrica material inédito. Hablo con este otro, el analista, para metamorfosear la herencia que pretende haberme sido reservada. La necesidad del psicoanálisis es primeramente la de una ruptura íntima. Es aceptar el sentimiento de ser huérfano en todo idioma. En este sentido, sí, es una suerte de pacto de supervivencia, para no incrementar nuestra deuda ni dejar que el olvido se inmiscuya sino al contrario, abandonar las ruinas o salir de los silencios.

# Con riesgo de la belleza

La emoción que provoca la belleza es fulgurante. Nos alcanza en un lugar de nuestro ser que se parece a lo que los hombres han designado como paraíso. Se caracteriza por la alegría que nos da, una alegría vivenciada, una dilatación, un ensanchamiento del ser. Experiencia infinitamente más alta si es que la hay, que el infierno. Hay terror en la belleza pues su perfección nos detiene o más bien nos suspende, vertiginosamente, fuera de toda contingencia material. Recorte de una pared, blanco sobre blanco, luz color tiza de la noche. Basta con esto. O con un rostro encontrado, de una armonía que se podría calificar de irreal si no fuera justamente tan real, tan presente y grabándose en este momento como una promesa. Seamos o no creyentes, la belleza abre un espacio a la trascendencia, o por lo menos a aquello que señala hacia lo que posibilita. Alcanza nuestro caos interior en la aflicción de nuestra relación con nosotros mismos, la desherencia de lo que dejamos al abandono. La belleza nos remite a un orden muy antiguo en que la vida iba con la sensación de un otro más íntimo que nosotros mismos quien nos llevaba, alojados en el corazón de otro corazón, y durante nueve meses este equilibrio milagroso no sería roto ni el tiempo tampoco. La experiencia de lo bello nos hace creer en un mundo salvado, preservado, como si lejos de toda subjetividad pudiéramos ir hacia una experiencia más soberana que toda intención. Pero hay en la belleza un espanto del que ha hablado toda una literatura. Aquello hacia lo cual nos señala desiste al mismo tiempo constantemente.

*Era de una belleza incandescente. Bailarín, había experimentado la gracia de ser una suerte de ángel para los demás, hombre en un cuerpo tan fino y delgado como el de las mujeres más hermosas; cuando tocó mi puerta, me quedé sin voz.*

*Literalmente estupefacta por la belleza del joven que se presentaba ante mí. Turbada, lo dejé esperar y luego pasar a su vez al consultorio. Una gran ventana recortaba el ramaje de un castaño. La luz de las lámparas acentuaba el calor del lugar. La turbación no se disipaba. Ya no sabía qué hacer con mi cuerpo, con mi mirada incluso, yo que había visto a tantos seres y cuerpos diferentes atravesar este espacio y venir a recostarse en el diván, día tras día. Jamás me había sentido atraída por un paciente, y de hecho esa noche no era atracción sino algo más inquietante, más irresoluto; de haber sabido lo que se tramaba en ese instante dentro de mí, habría podido decir tal vez que era una demasía.*

*El joven habló de su desamparo por no existir en ninguna parte, por sentirse en exilio en una soledad jamás fracturada, y de sus ganas de acabar con todo. Se encontraba prácticamente más allá de la demanda, en un llamado venido del dolor más incomunicable. Su belleza puesta sobre él como una mortaja. Nunca lo volvería a ver así; la segunda vez lo acogí sin turbación, ya con la expectativa tanto de esa gracia ligera como de ese rostro. Pero intentaba comprender, en aquello que me había sumergido, lo que los demás experimentaban ante su vista, y ese círculo de soledad inevitablemente acrecentado por una suerte de perfección que iría deshaciéndose con los años pero que en ese instante no se rendía. No quería rendirse. ¿Cómo es que la inteligencia del cuerpo bailarín podía apoderarse del espacio para crear más belleza aún, para que la perfección de los gestos permitiera olvidar quizás lo que él llevaba en sí de singular?*

La belleza eleva, trastorna. Nos deja fijados en aquello que no nos pertenece. Lejos de ser su sujeto, el que la experimenta se vuelve de alguna manera su cosa, no en el sentido de objeto sino en el de un efecto de resonancia que deshace hasta toda idea de pertenencia o de subjetividad. La belleza no es personal y, no obstante, puede venir de lo más singular. Es una parte desnuda del mundo que se revela, incluso cuando se trata de un rostro. Se entra en la belleza como en un claustro, cuando el estribillo se repite y no obstante difiere; lo que se eleva entonces, o habría que decir aquí lo que se aligera, es el espíritu que opera en secreto.

La belleza urde con el cuerpo una alianza imposible, casi insoportable. El cuerpo aquí es paradójicamente censurado. Ofreciéndose en todo su esplendor, se hace literalmente imposible de mirar. El hecho de ser encarnado en un ser lo vuelve objeto de fantasía y, por lo tanto, fuente de todas soledades. Factor de ilusión, su sensorialidad es un principio de extravío que hay que reajustar sin cesar a las medidas matemáticas de lo verdadero. No es todo el pensamiento griego que plantea el cuerpo como lugar de extravío y de *hibris*, pues los cínicos y los materialistas intentarán, por su lado, defender ardientemente su consistencia… Si bien más adelante la religión recusará el reino de las ideas para sólo reconocer aquel ¡oh, cuánto menos fútil! de Dios, conservará esa desconfianza originaria hacia todo aquello que viene del cuerpo. O por lo menos una expurgación de todo principio de conocimiento que tome por medida de lo verdadero lo que afecta primeramente nuestros sentidos y nuestro cuerpo. A este respecto, Descartes plantea la ecuación de la modernidad occidental: si quieren la técnica, sepan examinar toda fuente de saber para conservar sólo, bajo el auspicio de lo divino, aquélla que es medible y de la que la ciencia podrá apoderarse. La revolución vendrá socarronamente de lo barroco, de lo curvo, de la óptica, de la misma ciencia que volverá a invocar al sujeto examinador, llamado a testimoniar. El cielo no parará de ceder territorios religiosos a las órbitas de los físicos. La revolución está en el sujeto en perspectiva y en el descubrimiento de que lo verdadero aparece más verdadero si se deforma lo real. Y, ¿qué queda entonces de la belleza? ¿Una simple métrica de la armonía? ¿Una cierta medida de un cuerpo, de una idea, por el rasero de la verdad? Desde Nietzsche sabemos que los conceptos tienen una genealogía, una historia, que la idea de verdad es movediza, móvil, y según la expresión de Deleuze, desterritorializable.

*El joven se hizo fotógrafo, fue un largo rodeo por ese "fuera" del cuerpo, o más bien ese cuerpo visto desde fuera; la libertad de encuadre del fotógrafo aportó el derecho a dejar de ser clavado como mariposa en la mirada del otro, y fijado allí para ser devorado. Este rodeo por la técnica precisa de un gesto y de un momento, en la exactitud de una luz o de un lugar, el esfuerzo de ir a buscar en el otro su visibilidad, lo obligó a des-encuadrarse de su propio terror de ser un puro objeto de "ver" para el otro.*

*Descuidado por su madre y entregado al encarnizamiento de las escuelas de danza que lo hicieron sufrir durante quince años hasta dejarlo exangüe, sin otra puerta de salida, creía él, que el skateboard y el asilo de la calle que consideraba cuando llegó a análisis. La foto (unas composiciones de objetos insólitos, heteróclitos que le permitieron conseguirse rápidamente un nombre en el medio) lo dejaba siempre con desconfianza de las caras, de las tomas demasiado cercanas y, sobre todo, lo hizo declinar toda propuesta de ser fotografiado él mismo, salvándose de esta manera de una exhibición a la que todo su ser había sido reducido durante años. La belleza aquí rebotaba contra el grano de lo real, y entre la barra al piso que lo torcía y el borde de la fotografía se agrupaba un mundo, se recomponía.*

La belleza apunta hacia una diferenciación al interior de lo real mismo que no puede por sí sola cercar ni limitar, sin importar cuán cercano a la perfección esté dicha belleza. Correr el riesgo de la belleza nos obliga a tomar en cuenta lo negativo, lo imperfecto, lo que hace tropezar una línea y la deshace, sin buscar sublimar nada; ni estetismos ni ornamentos. Su movimiento, al igual que el estado de gracia, es inacabado. Es un verbo más que un nombre. En este sentido, quizás sea una matemática secreta de lo real, como el gesto del fotógrafo cuando detiene una imagen, pues lo que capta ya está en otra parte, invisible en lo que ofrecerá a nuestra vista.

# Con riesgo del espíritu

Dicen que el espíritu sopla donde quiere. El espíritu designa algo que no sabemos nombrar en lo perteneciente a las cosas visibles del mundo, habla de esa parte extraída del mundo sensible que lo animaría desde dentro. Los padres [64] son los guardianes del espíritu. Pueden abrir el espíritu de un niño, abrirle sus alas para que se eleve, o prohibírselo. Los padres son, para sus hijos, agentes espirituales y en este sentido son peligrosos. Pues sus cuidados inquietan, dan un contorno al mundo, al niño que viene a interrogar este mundo a través de los ojos del padre. Cuéntame el mundo, pide el niño a la hora de dormirse, tenme en tus brazos, en tus palabras, en tu fe, llévame contigo, no me dejes… Y si ese padre no abre el camino, si no oye la plegaria del niño que se duerme, si no cumple con su promesa, es el espíritu que se ve amenazado. El espíritu, sí, no necesariamente el niño. El espíritu que sopla donde quiera, pero cuando está prohibido su paso el niño resulta ser exiliado. Solo para enfrentar los miedos espectrales y las penas cargadas de incertidumbre.

¿Por qué el padre? ¿Por qué no la madre, el maestro, el perro fiel acostado allí, la casa? Todo esto también, pero después. El padre puede estar muerto, ausente, puede haber traicionado, ser infiel, tramposo, violento, la pregunta es: pese a todo, ¿es un padre? Un padre es alguien que plantea una separación viva, posible, amorosa, entre la madre, la madre salvaje y matricial, y el niño, que le dice a este último que el mundo fuera de un vientre es posible y deseable, que uno puede aprender y divertirse mucho, que está permitido desear, que el deseo es infinito, jamás agotado, que te carga aún más de lo que tú lo cargas, como el espíritu. El padre no es necesariamente real pero demanda un espacio de reconocimiento en la madre y, de forma un poco diferente, en el niño. En lo más secreto del corazón mismo. Allí donde puede hablar muy quedito,

susurrar e imaginar. La vida alrededor, el paisaje. Los padres son irremplazables. Desafortunada o afortunadamente, es así. El padre, en este sentido, siempre es un “riesgo” que para anclar su poder y/o su nombre debe ser nombrado por la madre, designado por ella como tal. Sí, el padre es nombrado por el deseo de una mujer que él hace madre. Más tarde, en el vínculo que lo une a su hijo, puede posibilitarle o prohibirle, por una orden tácita que muchas veces es obedecida, que se deje visitar por el espíritu, mismo que polariza el deseo y lo pone en movimiento.

Es un hecho que un niño con el cual su padre soñó tiene un espíritu más libre. De otra manera habrá que conquistar dicho espíritu, hacerse soldado, ir a la guerra. En Cervantes no se trata más que de esto, de padres perdidos y de guerras también. Y de combates ganados a la perversión y la locura. Muchas veces nuestros combates son librados en nombre del padre pero no lo sabemos. Creemos enfrentar una búsqueda solitaria con los puños desnudos, cuando lo que deseamos alcanzar es la sombra que llevamos de aquél que nos precedió y al que también debemos la vida.

Al igual que la idea, el espíritu es una pura visitación. Él es quien migra adentro de nosotros y nos convoca; no tenemos asidero ni posibilidad de hacer de él un objeto (de pensamiento), un vínculo (con el mundo), un proyecto, un vector; se experimenta en esa libertad que es suya, absolutamente. Lejos de querer sacralizarlo por algún truco de magia que lo haría pasar de una categoría de inteligencia del mundo a la de una entidad espiritual, creo no obstante que la razón por la cual el espíritu nos da originariamente la posibilidad de estar en una relación con la alteridad es el hecho de que sea una cuna más vasta que toda cultura, todo tipo de pensamiento, toda creencia.

# ¿Arriesgarse a lo universal?

> “No hay humanidad que no participe de la inhumanidad que la contiene.”
>
> Annie Le Brun

No puede haber un valor otorgado a lo universal sin un deber de atención y de memoria constante hacia lo singular, es decir, hacia lo que hace que el concepto, el ideal, lo justo y lo bello caigan del lado de la fragilidad, de “lo humano demasiado humano”, de aquello que es indefendible y a veces incluso irrepresentable. La derrota del imperativo kantiano, por glorioso que sea, nos obliga a pensar lo universal a partir de la Ilustración pero también en margen, allí donde no quedan palabras para defenderlo. ¿Los derechos del hombre se podrán disolver en la marea de los buenos sentimientos que agitan con sobresaltos al hombre criado en democracia occidental? Destinado a armar los discursos políticos y sociales de circunstancia, lo universal corre el riesgo tangible de ser tan sólo una cascarita vacía a la que no quede más poder de convocatoria que el nombre. Así nos podemos preguntar si la hospitalidad, concepto bajo cuya protección colocaré el psicoanálisis entero, sigue siendo un valor universal. De entrada se plantea la cuestión de saber quiénes la merecen y quiénes no. ¿A quién vamos a extender nuestra piedad, nuestro reconocimiento, nuestra desconfianza? Recuerden a Cerbero vigilando la entrada de los mundos inferiores, todas las figuras de guardias de los umbrales son más bien aterradoras, creando en nuestras mitologías nuestro miedo de lo otro, es decir, en primer lugar de los muertos, y manteniendo separados, en una supuesta no contaminación, el mundo de los vivos y el de las posibles apariciones, de los fantasmas, de los espectros, de los errantes. Pues la hospitalidad es

una historia de umbral. Delimitando un adentro y un afuera, da a pensar el franqueamiento pero también la agresión, la invitación, el intercambio, todo aquello que puede tener lugar alrededor de esta frontera. El psicoanálisis también se ejerce en el umbral de una razón desarreglada por las pasiones. Es un arte del intervalo entre dos muertes, del segundo nacimiento, de las bambalinas y de los márgenes, en pocas palabras de todos los espacios que impiden que el mundo se clausure definitivamente alrededor de un saber o de una regla. A veces es cuando un paciente toma apoyo en lo universal que puede emerger en su historia singular, más libre que antes. Pero, ¿tiene vocación el psicoanálisis de cuestionar lo universal, y más aún de ponerlo bajo escucha? Convocar lo universal es suponer que hay un punto de apoyo trascendental para las contingencias del mundo. ¿Acaso este punto de apoyo nos describe una estructura de lo humano o un horizonte de pensamiento, una hipótesis científica, una ética?

Nuestro nacimiento constituye el primer acto de hospitalidad, no psicológica sino ontológica: venimos de otro, somos cargados, en nuestra constitución misma, por una madre. La primera hospitalidad viene con el nacimiento. Es la condición misma de la vida. Somos seres mortales y nuestra finitud hace que sólo estemos de paso en este mundo. Según Jan Patočka, la hospitalidad sólo hace sentido si tal acontecimiento no pertenece ni al anfitrión ni al acto de acoger ni al que llega, sino al gesto por el cual el uno acoge al otro. Si crear tiempo es en hebreo el equivalente de invitar, esto significa que para producir tiempo hay que ser al menos dos.

El psicoanálisis ha acogido la locura, ofreciendo un espacio en el que por primera vez en la época de Freud la medicina se hacía a un lado para dejar que el paciente se volviera a su vez su propio médico. El tiempo de la sesión es un espacio donde ese movimiento de hospitalidad incondicional, cuya única regla es decir “todo lo que venga”, encuentra una traducción inédita. Freud decía que el objetivo de un análisis es amar y trabajar. Respuesta cuya magnificencia permanecerá para siempre, con la condición de no olvidar que etimológicamente trabajar no es extraño a la tortura, es decir, a la destitución del sujeto soberano ahora reducido a la esclavitud. Dicha esclavitud somete al sujeto supuestamente libre por derecho a lealtades que lo “trabajan”, adoraciones que lo

cautivan, odios que lo aniquilan, archivos depositados en él como el recuerdo fantasmático de una edad sin olvido. Puedo evocar un fragmento de cura que me marcó porque me fue muy difícil entender lo que pasaba, tuve que lidiar con la oscuridad en la que me encontraba y no intentar iluminarla con un saber transpuesto, sino apoyarme en la extraña confianza que tenía de que fuera posible una liberación del dominio bajo el cual se encontraba mi paciente. Es por medio de una carta enviada dos años después de la terminación de la cura que intentó ponerle palabras a lo que había pasado desde ella. Era lo que se puede llamar "una mujer golpeada", en el sentido físico y emocional del término, y durante los primeros meses del análisis yo tenía la sensación de ser el testigo impotente de esa situación atroz. Ella disculpaba a su verdugo de todas las maneras posibles, objeto de placer de aquel hombre del que no quería ver la abyección. Luego un día me dijo: "Ya se acabó, jamás me volverá a tocar". Y de hecho fue lo que ocurrió. Se tardó un año todavía antes de separarse definitivamente de él, pero sin ser nunca más maltratada ni acosada. De ese acontecimiento sólo pudo decir: "De repente caí en la cuenta de que no se golpea a *Una mujer*. Nunca". Y en ese "una mujer" estaba lo universal de la dignidad humana. Su carta me decía: "Usted me prestó con su escucha una fuerza que yo no tenía, un horizonte en el que ya no creía y una dignidad que había abdicado hacía mucho, esto es lo que me permitió un día apoyarme en un principio universal: no se puede atacar en su carne a una mujer ni a un niño. Fue mi primer refugio y mi primera libertad".

# Obsesiones [65]

Correr el riesgo de dejarse habitar es una extraña experiencia, es lo menos que se puede decir… Para empezar, ¿por qué ser, qué cosa, qué acontecimiento somos habitados?, y ¿cómo nombrar dicha presencia de forma precisa? Pues si este riesgo se mide con la vara del peligro enfrentado, ¿en qué consiste la amenaza de una visitación? Y, ¿para qué querríamos ser visitados?

Qué es una persecución… Seamos habitados por un recuerdo o visitados por una voz que desafía la muerte como las apariciones espectrales de las novelas inglesas de principios del siglo pasado, ¿acaso no somos, en el fondo, perseguidos por nosotros mismos? Quiero decir por nuestro propio doble. Colectivas o individuales, nuestras obsesiones envenenan nuestras noches y vuelven salvajes nuestras historias de amor. En la literatura o en el cine, la figura enigmática del doble es la que mejor expresa lo que intento aproximar aquí con la idea de ser perseguido por una presencia interna. “El tema de la obsesión se confunde —escribe Elie During— […] con una curiosa condición topológica, aquella de un doble que sólo se dobla a sí mismo, que no es más que una torsión sobre sí”. [66] Dejarnos habitar es admitir, en lo más cercano a nosotros mismos, que somos desbordados por nuestros propios dobles. Que dentro de nosotros acecha un vampiro que se nutre de nuestra sangre, de nuestra identidad, profana nuestra castidad e ignora su imagen en el espejo. “Los vampiros, como cada quien sabe, no tienen imagen especular —nos recuerda During—. En cuanto a los dobles, se ha dicho que tenían tan poca consistencia como las imágenes virtuales que flotan en un espejo”. [67] Somos habitados sin saberlo, nuestras pesadillas nos lo recuerdan apenas de vez en cuando, pero rápidamente se vuelven a cerrar en los pliegues inquietantes del sueño.

Ser habitado es ser presa de un pasado que no para de regresar, haciendo del presente una cámara de ecos, desfasándolo sin cesar, saturándolo con variaciones que no son inteligibles de acuerdo con el puro presente del suceso… ¿Por qué clarividencia podríamos alumbrar esas sombras vampíricas, esos espectros descuidados, esas sombras privadas de sepultura? ¿Cuál es la inteligencia que nos permitirá adentrarnos en el riesgo de la obsesión? A propósito de la intuición capaz de alcanzar el corazón de una doctrina filosófica, Bergson escribe: "Una imagen que es casi materia en que aún se deja ver, y casi espíritu en que ya no se deja tocar —fantasma que nos persigue mientras giramos alrededor de la doctrina y al que hay que dirigirse para obtener la señal decisiva, la indicación de la actitud a tomar y del punto adonde mirar". **[68]** ¿Será que esta inteligencia de la obsesión sólo puede ser una mirada sobre aquello que está en la oscuridad sin posibilidad de ser alumbrado, sin evitar lo negativo?

*Me surgió un día un dispositivo diferente para una cura que ya duraba desde hacía tres años. La dificultad que tenía la paciente para llegar a su segunda sesión de la semana (y que a veces la tenía inmovilizada en casa), me hizo reaccionar. Le propuse venir dos veces seguidas el mismo día, primero a la hora habitual de su primera sesión, digamos a las diez, luego al final de la sesión ir a dar una vuelta o esperar en el café de abajo por media hora, y volver para una segunda sesión, por lo tanto, a las once. Esta intercalación de una sesión "vacía" entre dos sesiones —ocupada o no por otro paciente— fue muy apreciada por la paciente, al punto que no dejaba de sorprenderse de ello. Varios sueños aparecieron, figurando un niño que perdía en la muchedumbre o que descuidaba al punto de que moría. Intrigada por tal insistencia (la paciente aún no tenía hijos), la interrogué acerca de la genealogía familiar y del orden de los nacimientos. ¿Había habido un hijo "olvidado"? ¿De qué ausencia de tumba estaban habitadas las noches de esa joven mujer?*

Varios meses después, esa sesión intercalar se reveló como la figuración simbólica de un niño desaparecido en el linaje materno, un hijo muerto al nacer del que la paciente cargaba el lugar y el signo. Deshacer las maldiciones: ¿Será que la orden de lealtad

absoluta al ausente -o a la pena del pariente— significa liberarnos de nuestros dobles perdidos, desaparecidos, borrados de los archivos y de los discursos, reportados como desaparecidos en el campo de batalla? Correr el riesgo de ser habitados hace de nosotros *también* unos aparecidos, obligándonos a reabrir sepulturas y archivos y convocar a los vivos a un asentimiento quizás ilusorio pero necesario respecto al pasado de sus padres. En cuanto al pliegue interior donde se alojan nuestras violencias y maldiciones, nunca será posible pacificarlo, tal vez ni siquiera pactar. Como lo dice Annie le Brun en su hermoso ensayo, **[69]** hay una reductibilidad de lo negativo que no se deja trasmudar en luz y de la cual somos responsables también. Esto “oscuro” indomesticable no aleja el terror sino que lo constriñe a regresar hacia nosotros, y a nosotros nos obliga a hacerle frente. Correr el riesgo de la obsesión es acercarse muy de cerca a la frontera donde la vida y la muerte se entremezclan pero en esta incursión hay un valor de intensidad constante que es el de la palabra, una palabra capaz de sueño. La oscuridad en tanto oscuridad deviene ella misma un instrumento de medición y de exploración por medio del cual nos hacemos videntes. Es lo inhumano que nos habita y es lo que cada vez intentamos desmentir, ignorar, alejar de nuestras vidas como si eso no debiera entrar en el círculo encantado de la consciencia.

# Espirales, elipsis, metáforas, anamorfosis

La elipse es una de las bellísimas figuras matemáticas de la evasión. [70] Un punto de fuga inmóvil. Una puerta de salida de lo visible hacia lo invisible. Un punto de catástrofe, finalmente hablando, en un universo de continuidad: una voluta. La elipse tiene dos focos, uno visible y el otro invisible. Se opone, de forma inadvertida, a toda forma de autoridad, abre lo oblicuo barroco en la perspectiva ordenada por el sujeto central. Es el deslizamiento de la muerte en el pliegue-despliegue de la anamorfosis, el vértigo que repentinamente abre bajo tus pasos el espacio desplegado (*déployé*). Es la espiral, que volvería a lanzar el segundo punto de apoyo de la elipse hacia un futuro jamás alcanzado. Éste es el movimiento que me parece describir mejor la relación que tenemos con el pasado, y más aún con el trauma. La nueva realización en el presente, al mismo nivel en un eje pero "una unidad más arriba", lo cual abre un acceso diferente al pasado, como si dicho pasado reprimido buscara constantemente ser recorrido y por fin figurado de nuevo.

¿Qué podría significar: correr el riesgo de la elipse? Regresar a un punto de evitación del pasado, hacerlo renacer y surgir, y al mismo tiempo darse estructuralmente un punto de fuga, una ventana en el tablero. Es, desde el interior de una figura impuesta, de la relación con un poder incluso pervertido, coercitivo, imaginar la posibilidad de la existencia misma de Robinson. Remito aquí a los hermosos textos de Olivier Cadiot [71] y también al segundo seminario de Derrida [72] acerca de "La bestia y el soberano" que inicia con la figura elíptica por excelencia de Robinson. Pues el silencio se desborda por todas partes en la elipse, ella magnifica la inquietante familiaridad, lo *unheimlich* del discurso que querría cercar su figura. "Recordemos que inquietante extrañeza [ominoso] [73] tal como la define Freud no significa quitar lo oculto de algún

secreto enterrado, extraño en sí, sino el regreso bajo el modo de lo extraño, de aquello que es conocido o familiar. Lo que inquieta no es lo que vuelve sino el *regreso* mismo, dicho de otra manera el retorno, que produce este efecto de extrañeza en lo cotidiano: el retorno de lo mismo *como diferente* (puesto que regresa)”. [74]

Correr el riesgo de la elipse es admitir dentro de sí mismo un punto de fuga, un punto de inconsciencia, de pura metáfora, por donde el sentido se escapa sin cesar, se vacía de su propio apoyo, se evade, reproduciendo el modelo al desfasado una y otra vez de tal suerte que se invente una figura nueva que hostigue la primera, y así sucesivamente. Este riesgo demanda que en sí la seguridad de la unidad de la consciencia, de la infalibilidad de la experiencia del tiempo y del espacio, se ofrezca al vértigo de un apoyo que cede, de una respiración que falta, del sueño enclavijado con lo real. Que en el mundo en el que evolucionamos sea posible la experiencia de un punto de fuga incluido en el protocolo racional, razonado, que nos damos y al que nos atenemos. Lo movido, la finta, la escapatoria de lo real son identificados por Platón con el puro simulacro; el alejarse mínimamente o el torcer lo real introduce un alejamiento en el ser, una desigualdad consigo mismo.

Metáfora (en griego, *metaphorein)* significa transportar. La metáfora, según el diccionario, es el empleo de un término concreto para expresar una noción abstracta por sustitución analógica, sin ningún elemento que introduzca formalmente una comparación. En Lacan, el proceso constituye en sustituir un significante por otro, con el resultado de que el primero se vuelve reprimido. La metáfora inventa en el espacio del idioma un movimiento, una dinámica, una tensión entre dos términos que crea un sentido nuevo. Por lo tanto, al precio de la represión. A este transporte, palabra de la cual podemos conservar el sentido polifónico que incluye el amoroso, [75] podemos añadir el arte de la sustitución, es decir, el truco del mago que de una mascada hace que aparezca una paloma. Así imaginamos la posibilidad de un desplazamiento, de una suerte de gracia en la lengua que nos envuelva en sus metamorfosis; y haga de nosotros unos niños maravillados por el espectáculo de sus escamoteos.

La metáfora inventa un espacio de sentido que no existía anteriormente. Como su hermana visual la elipse, es el riesgo

encarnado en la lengua misma. Un espacio por definición inédito, puesto que el acercamiento entre los dos términos de la metáfora actúa sólo una vez, en el contexto en cuestión, en el momento en cuestión del texto o de la palabra. De esta manera la metáfora obstaculiza toda duplicación de sentido, abriendo cada vez, en su transporte, un nuevo icono como en la pantalla de tu computadora; y, no obstante, al mismo tiempo la metáfora encarna esta posibilidad que tenemos de decir siempre, una y otra vez, lo mismo: "espérame", "¿me quieres?", "te perdono", de maneras mil veces diferentes, en apariencia. Establece un vínculo entre dos cosas, acercándose a la una por medio de la otra, toma prestado un poco de sentido de la una para otorgarlo a la otra y así imaginar para ambas una realidad aumentada, una dulce sideración. ¿Acaso ello la vuelve una instancia de represión? No estoy segura. Pues la metáfora no se aplica a un trabajo que consista en borrar u olvidar, sino que nos deja entre dos mundos. El primer término al que sustituye por otro o varios queda como una suerte de doble invisible del nuevo término del que encarna el hallazgo, que ya no pertenece del todo al mundo antiguo del idioma que la metáfora le hizo abandonar y que aún no se ha enraizado en la imagen que le consiguió como albergue. La metáfora es una extraña hospitalidad hacia el idioma, porque también viene a violentarlo. Dice ese punto de reversión en el idioma mismo que es el lugar del espíritu. Quiero decir el de un retiro, de un silencio.

La metáfora es el primer espacio de la dialéctica y de lo ternario. A un primer término es comparado un segundo, y la nueva secuencia producida por el acercamiento entre los dos abre un sentido que de alguna manera es "enriquecido" por tal transferencia, o tal transporte, de imagen. Esto es una aproximación de lo que pasa en la sesión. A la posición subjetiva a la que te encuentras constreñido se sustituye un nuevo lugar (psíquico) al que el tiempo de la sesión te transporta, hacia el cual te estira sin por ello reprimir la posición en la cual habías llegado. La metáfora es un acto violento. Su violencia está en no tener vuelta atrás. Nada podrá hacer que con este término no haya sido "comparado" el segundo, y en este nuevo término por el cual el primero fue violentamente sustituido, unido, atravesado, siempre quedará la memoria del origen. Algo, sin embargo, habrá sido, no reprimido

sino perdido. Y en dicha posibilidad de pérdida hay algo vivo.

Así la anamorfosis encubre una imagen de muerte bajo la aparente figuración de los placeres y de los días, pero no obstante, es en aquello que deja ver entre placer y finitud, entre el cráneo adivinado y los rostros, los cortes, las telas, una metáfora resueltamente viva, es decir, encarnada del lado de la luz.

# Contemplar la noche

La noche es nuestra amplitud secreta. El espacio de nuestra locura íntima, muda. La noche registra nuestros miedos y nos libera de ellos en el día, por el efecto de una amnesia bienhechora de la que la angustia es el resto insecable. La noche es nuestra verdad, nos intima a alcanzar un lugar más antiguo que a veces llamamos alma y cuyo idioma nos es indescifrable. En ella somos los extraños y, no obstante, nos convoca a reconocerla en lo más íntimo de nosotros como hermana, como arma.

Contemplar la noche es entrar en el vagabundeo de Eurídice, es conocer la no resolución del enigma, admitir que el sinsentido que pierde a Alicia en el laberinto de un jardín de rosas pintadas de rojo por jardineros que juegan su vida al paso de una reina loca es la exacta réplica de nuestro mundo de razón. Que hay, en nuestra relación con el azar, con la muerte, con el tiempo, con el amor, con nuestro nacimiento sobre todo, un grado de absurdo que enfrentar y que no se resuelve en ningún sistema de conocimiento, ningún orden dado, ningún secreto, ningún complot. Contemplar la noche nos deshace desde dentro como un escenario, pero sin bambalinas ni ensayos, una obra en cuyo desarrollo todo se expondría en primera línea. Con la purísima línea de esta lengua, una historia venida de muy lejos pero renovada cada noche, reinventándose con el juego de cada uno de los actores para deshacerse aquí, ante nuestros ojos, magníficamente.

*Imaginemos algo que haya empezado como un juego de niños. Una especie de rayuela. Pies juntos, hop, hop, y de regreso. Luego esto viraba al vértigo. Ya sin ningún apoyo. Fue a verte como último recurso, como cuando uno se dirige a un mago, un hacedor de lluvia en pleno desierto. Le abriste la puerta sin reconocerla, sin buscar saber quién la refería. Se sentó en el sillón, volteada tres*

*cuartos hacia la ventana que dejaba filtrar poca luz de día, un pedazo de cielo fugaz, color pizarra. Se quedó silenciosa al principio, no muy alentada por tu silencio. Y luego oíste de ella estas palabras: ¿Cómo regresar?*

*Sí, cómo regresar de una noche tan larga en la que todo fue tragado, referencias de tiempo y espacio, promesas de amor, de amistad, conocimiento, ley, materialidad de las cosas, cifra x del deseo, en pocas palabras todo lo que puede constituir, para ti y para mí, normalmente, una existencia.*

*No es tu estilo dejarte impresionar, toda una vida escuchando de todo, quejas, salvajadas, espera, deseo loco también, irreverencia —no la suficiente, nunca la suficiente—, ganas, riesgo. Pero ahora no sabes muy bien, bruscamente, lo que va a proteger esta sesión, conducirla a la orilla —sea cual sea la orilla, pero que sirva un poco de ribera en el desorden del no—, estás desarmado por esta noche que contemplas. Acá, en las palabras puestas, muy simples, de esta mujer que vino a hablar contigo.*

*Le dices: Pero, ¿por qué querer acabar con todo, ahora que todo comienza? ¿Que no lo ve? ¿Que no entiende que esto es lo que tanto miedo le da? , casi dijiste "nos da", incluyéndote por una fracción de segundo en ese miedo tan esencialmente humano, sí, "¿no entiende usted misma, ahora?, que no es mañana sino en este instante que su vida se revierte, se retoma, se inventa, en este preciso instante en que me habla de la imposibilidad de vivir, de continuar… ", pero no se trata de continuar, quién sabe, quizás de deponer al fin dicha continuación, de acabar no con la existencia, ni su sentido ni su sangre, sino con lo igual, el sin fin, dejar, sí, de continuar, de empecinarse, deponer las armas y toda armadura de ahora en adelante, acoger la noche total en la que se encuentra, considerar esta noche como la primera, la noche del nacimiento y de todo nacimiento, la noche de los primeros comienzos, de los balbuceos.*

*Ella dejó de llorar. Te miró como uno vería a un loco, muy atentamente y con una gran suavidad. Fuiste tú, bruscamente, sí, el que tomó en sí toda locura y el peligro de perder la vida por*

*ello, es decir, el amor. Pues es el amor que nos mantiene de pie en esta vida de donde la noche refluyó hasta dejar de pertenecer a cualquier horizonte posible, cualquier palabra humana.*

*Te dijo: "Pero es imposible, usted no ha entendido nada…"*

*—¿Qué quisiera que entendiera? Aquéllos que la comprendieron la dejaron en una desesperanza total y una soledad perfecta. A veces entender es un insulto a la inteligencia, una conquista muy pobre de un sentido retenido a toda costa, poseído pero sin espacio alrededor. Sin respiración ni misterio.*

*Esta vez te miró de otra manera y experimentaste su miedo. El miedo que siente un animal cuando sabe que le abres, en la confianza absoluta que puede tenerte, un pacto de libertad que no había considerado por sí solo. Y que tiene que renunciar, para entrar allí, a creerse solo para siempre.*

*La confianza tiene este precio. Exorbitante para quien haya experimentado esa soledad. No se puede renunciar a ella dos veces pues entonces no se sobreviviría a ello.*

*Ella dijo: De acuerdo, estoy dispuesta a intentar, a aprender esto con usted, de usted."*

*Tú acercaste las manos hacia ella hasta casi tocarla y le dijiste:*

*—Sabe, ¿verdad?, que yo no le daré esto, que usted es quien entrará en esa noche, yo soy una persona mayor, conmigo pronto se sentirá abandonada de nuevo y no quisiera esto para usted. Bastará con este encuentro.*

*—No, no lo lograré sin usted —contestó ella—, necesito su presencia. Le pido que me crea a su vez, que se acerque hacia eso.*

*Supiste, tú también, que no podrías decir que no. Que lo que se había abierto allí deberías enfrentarlo por algún tiempo, para que ella tomara confianza, que su mirada volviera y regresara el corazón.*

En la obra *Ricardo II,* Shakespeare muestra a un rey que para no desmentir su palabra acepta la destitución y, en un sublime diálogo con Bollinbrock, duque de Lancaster, expone la prueba de una puesta al desnudo beckettiana, cuando un hombre fuera de la función que hace de él un rey depone en su soberanía todo aquello que lo constituía en propio, fuera de su misma vida. Esta destitución

es nuestra noche común. El desposamiento de toda función, toda clase de reconocimientos, de regateos, nos hace alcanzar esa vertiente de noche donde ya no somos reconocidos más que por la singularidad de una voz, de un cuerpo, de una presencia. Cuando se crea una obra, ella trae consigo un poco de esa noche peligrosa por no ser más que indistinta, cuando uno se acerca hasta ese punto de reversión en el que se deshace de sí mismo. No es sorprendente que en aquella época la obra haya sido suficientemente peligrosa para el poder real para que se prohibiera su presentación. Mostrar a un rey que se deshace de su realeza, un rey hecho “no rey”, minúsculo punto al borde del abismo y que no se defiende, era un riesgo demasiado grande. El contemplar la noche no permite que se recurra a una claridad salvadora que llega tarde. No ofrece ningún otro punto de resistencia que su propia densidad secreta.

# Revoluciones

> "Pero lo esencial del revolucionario no es la transformación como tal sino que en ella saca a la luz lo decisivo y esencial."
>
> Martin Heidegger, *Nietzsche*

Antes de ser una revuelta, la revolución nos recuerda que cierto mundo familiar está caduco. ¿Será que nuestro mundo ya caducó? Y, de ser así, ¿de qué mundo estamos hablando? ¿El mundo de las cartas manuscritas, de los sextantes, de la tinta, el mundo de los votos pronunciados ante los altares con la creencia de que esto durará toda una vida, el mundo de la lentitud, de la penumbra y de la ambigüedad? No, el mundo del consumo, nos dice el filósofo Bernard Stiegler, porque pronto éste acabará y tendremos que cargar con las consecuencias y la revolución por venir. "Hemos querido el sobrepujo del dinero, del sexo, de la velocidad, de la transparencia, de la ganancia pero —prosigue— para que esto siga funcionando, hay que creer en ello". [76] Poco importa que un horizonte de espera se despeje como una línea azul al otro extremo de las salas de *traders,* si ya no se cree en la ganancia el edificio se derrumba poco a poco. Los bancos dejan de invertir y de apostarle al mundo real, es decir, supuestamente real, edifican potencias cada vez más facticias en los márgenes posibles, olvidando que al cabo de esas cifras hay hombres y mujeres que penan. Y ya se está viendo el final de esto…

Suena atractivo, pero, ¿será cierto? O más bien, dado que la verdad es un cursor bastante frágil del que nos servimos en vista de nuestras necesidades más inmediatas, más prosaicas, que afirmamos o recusamos en proporción a su fluctuante valor, ¿será razonable

pensar que la caída de nuestra época tan capitalista —y lo es, innegablemente— puede ser tan *previsible*? Que así pronto habremos acabado con la expansión interminable del valor agregado, de la circulación de los bienes materiales que no cesan de ser reevaluados con fines puramente especulativos porque este mundo está condenado y casi "caduco". ¿De qué revolución, entonces, nos eximiría esto? Los signos precursores de futuro son menos legibles de lo que se cree, por eso la mayor parte del tiempo sólo un puñado de artistas y de pensadores se han revelado como visionarios. "Hoy, la vida psíquica sabe que sólo será salvada si se concede el tiempo y el espacio de las revueltas: romper, rememorar, rehacer. De la plegaria al diálogo pasando por el arte y el análisis, el acontecimiento capital es siempre la gran liberación, la infinitesimal que debe recomenzar sin descanso. Sin ella, a la globalización sólo le queda el cálculo de los índices de crecimiento y las probabilidades genéticas". [77] Como lo recuerda Zev Sternell, la revolución es heredera de la Ilustración en el sentido de que se fundó en un universalismo humanista que refutaba cualquier forma de comunitarismo y de particularismo, pensamiento de lo universal que desde entonces ha sido cuestionado, no sólo por todo nacionalismo sino por lo que uno podría llamar "el espíritu de los pueblos". A lo cual Lévi-Strauss responde: "A despecho de su urgente necesidad práctica y de los fines morales elevados que asigna, la lucha contra todas las formas de discriminación participa de ese mismo movimiento que arrastra a la humanidad hacia una civilización mundial, destructora de esos viejos particularismos en los cuales recae el honor de haber creado los valores estéticos y espirituales que le dan su recompensa a la vida". [78] El combate en el que lucha Lévi-Strauss está perdido, pronto ya no habrá pueblos "salvajes" o nómadas no contaminados por los valores y los objetos de nuestra civilización. Al final de su vida, el etnólogo que había escrito con genio *Tristes trópicos* ya no se interesaba por las grandes maniobras de las civilizaciones sino que, como él mismo lo decía, se había vuelto extremadamente atento a las cosas pequeñísimas, a las piedras y a las plantas, a la luz y a todas aquellas cosas que se olvidan, que se ignoran por parecer mucho menos graves que el precio de una vida humana.

"Desde la revolución francesa, la 'revuelta política' es la versión

laica de esta negatividad que caracteriza la vida de la consciencia cuando intenta permanecer fiel a su lógica profunda, la revuelta es nuestra mística, sinónimo de dignidad”, [79] escribe Julia Kristeva. La revolución es un movimiento estelar, de aquéllos que primero retornan hacia sí mismos para partir de nuevo hacia adelante. ¿Qué memoria, que retorno nutre la revuelta inscrita semánticamente en toda revolución? Si nada caduca nunca, si cada movimiento se enrolla en el que le precede para arriesgar más adelante lo que conquista, a saber un espacio de pensamiento hasta entonces irrepresentable. Pues es allí quizás donde toda revolución se genera, en aquello que llamamos técnica, en la medida en que la invención humana precede de cierta forma a la representación del mundo que saldrá a la luz por ella. Se nota hoy en día, los movimientos de revolución espontánea también son engendrados por la técnica y la avidez de un mundo que no termina de tragarse a sus propios hijos. La revolución no se anuncia con panfletos ni decretos sino que viene a arrinconarnos para que respondamos de nuestro ideal. No captamos que, en realidad, pronto seremos los esclavos de nuestros objetos de invento. Soñamos un mundo movido por un deseo casi infantil de poseerlo todo, conocerlo todo, como un ingenioso sistema de ensayo-respuesta, y no por el deseo de “habitar” como lo pensaba Heidegger. Al igual que el acontecimiento que sólo puede ser realmente pensado a posteriori, la revolución es inasible y da a luz, al mismo tiempo que esos objetos híbridos, a los medios para pensarla. En ese parto da a luz a un nuevo mundo de manera casi sensorial. Así, le guste o no a Stiegler, los bancos no pasarán de la ganancia pura de la inversión al derrumbe (mundo caduco) para al fin acoger la revolución, no de los claveles sino de los nuevos ecologistas de un pensamiento puro y políticamente librado de todos los demonios, no, creo que no ocurrirá de esta manera. La revolución se tragará a sus hijos, fagocitará sus objetos y realizará otros más eficientes, más volátiles y rápidos aún, exigiendo una adaptabilidad cada vez más fenomenal, pero, ¿a qué otro mundo? No lo adivinaremos tan fácilmente, no es fácil ser contemporáneo de su tiempo. El mundo que viene tendrá la lengua que producirán nuestros juguetes nuevos, nuestras palabras nuevas, nuestras imágenes nuevas, nuestros códigos nuevos que desde luego tomarán algo del pasado, pero para tragarlo y reinventarlo, por “pinceladas”,

táctilmente.

Un mundo desaparece bajo nuestros ojos, nos cuesta trabajo ser los testigos de esta revolución, oscilamos entre nostalgia, lamento y espera, con los ojos clavados en la línea de horizonte sin ver que se desplaza con nosotros, tan íntima a nuestra visión como a lo real. Correr el riesgo de la revolución quizás signifique el haber alcanzado en cierto momento un límite más allá del cual ningún pensamiento, libertad, amor, es posible, y allí, en ese movimiento de media vuelta que dice no, que aparezca otro idioma, otro día. Lo que hace una revolución es el consentimiento a perderlo todo, y tal momento es raro pues nos importa conservar todo y el estado de las cosas se nutre de esta economía sustancial, de este devorar lento de nosotros mismos por nosotros mismos. Entrar en ese movimiento en el que tal vez todo será arrebatado necesita de una locura, una visión pero, sobre todo, de una solidaridad sin la cual nada se echa a andar por ninguna revuelta. Entonces por más que la técnica cambie bruscamente de campo, seguirá siendo un campo de maestría y de ejercicio del poder, y también bastará con un segundo para que se ponga al servicio de aquél que derrumbó al tirano y abrió las cárceles. Es una relación de todos con el tiempo, con un mismo tiempo, con algo común que habla un mismo idioma; y es raro también que un verdadero encuentro entre dos seres, que ese claro del ser (pero no necesariamente en el sentido heideggeriano) abra una contemporaneidad segunda, de una tonalidad otra, una figura colectiva del júbilo que libere una energía fenomenal a la cual nada resista, ni siquiera la revolución misma. Y como todos los comienzos, la revolución será digerida, luego formateada y reeducada; y será de nuevo una restauración. Pero nada impedirá que eso haya tenido lugar. Que eso pueda ocurrir es lo que nos hace más falta hoy.

Si la revolución es nuestra mística —y lo seguirá siendo sea cual sea la crueldad de los altares en los cuales se sacrificaron sus ideales —, es porque señala hacia un *reverso,* una negatividad portadora de una libertad inalienable con la que en algún momento de la historia se enfrenta uno, se defiende, con el peligro de su vida. Arriesgar la vida por la revolución es constitutivo de nuestra humanidad, me parece que no puede ser de otra manera, incluso cuando los cielos pacíficos de la democracia parecen proyectar sus augurios muy lejos

hacia el futuro.

# A riesgo de atravesar el infierno (Eurídice)

> "El puro amor es desnudo, despojado de todo. No pretende nada, no espera nada y no desea nada, no tiene expectativas para sí mismo, ni en cuanto a salvación ni en cuanto a perfección."
>
> Madame de Guyon

Todas somos Eurídice. Llevamos su número y su nombre dentro de nosotras. Hemos amado, hemos sido amadas y hemos perdido dicho amor, hemos desaparecido muy lejos en aquello que llaman infierno, allí donde ni siquiera somos lloradas. Una vez alguien fue por nosotras afrontando la noche y la desolación, devolviéndonos la posibilidad de tener un cuerpo vivo, amado, y de volver a subir hacia la vida. Eurídice habla de nosotras, es una figura totalmente moderna, o más bien, como toda verdadera figura mítica, no tiene ninguna edad. En cuanto al infierno, se modifica según las épocas; el nuestro, que se inmiscuye hoy en día en el momento en que desertamos de nuestra propia humanidad, no es el de Bosch ni el de los manuales de oraciones. Eurídice nos recuerda que la muerte nos puede volver a llamar en cada momento, bajo todas sus formas: del renunciamiento al sacrificio, de la anestesia al abandono. Nos recuerda que correr el riesgo de "no morir aún" es una apuesta que al fin y al cabo perdemos, pero habiendo atravesado con más o menos plenitud y alegría, con intensidad sobre todo, esta vida.

Para Orfeo, reencontrar a Eurídice fue en un momento dado, quizás, ceder a su voz que lo llamaba: ¡oh!, pero ¿por qué? ¿Acaso no podía devolverla a la vida, o era otra vez un sueño, una ilusión? Pero lo que el mito no dice, es que Eurídice no vuelve a los infiernos, el infierno no es el tipo de lugar en el que uno vuelve a

encontrar su lugar, Eurídice sigue siendo una errante entre los vivos y los muertos, en todo tiempo será la que llame, para el amado y el amor. Contra viento y marea. Es del relato de tal locura que quiero hablar, de una travesía de los infiernos, y lo que viene después.

¿Será Eurídice la única en migrar entre vivos y muertos? ¿Será que nuestra falta reside en no querer más ese riesgo de los infiernos para volver a la vida? Como muchas mujeres, Eurídice conoció el infierno porque perdió su amor y porque ella misma se perdió en ese amor. Pues al perderse así, uno recorre antesalas donde ya no hay más que eco, espejismo, ilusión, devastación. Pero los infiernos hoy día no son tristes, ella se lo dirá, allí borra uno todas las penas, los arrepentimientos, las esperas, uno vive allí en la efusión del instante; todo deseo se cumple, todo rencor es anulado, toda ofensa perdonada. Allí sólo reina el instante, en las delicias tornasoladas y los cielos creados por ilusiones ópticas. Hace mucho que el infierno abandonó calderos, torturas y demás trabajos sucios. Allí se divierte uno enormemente, incluso con elegancia y cierto refinamiento en la búsqueda del placer. Al entrar en los infiernos, Eurídice fue desposeída primero de su melancolía mortal, de su pena de amor, de su desamparo. El recuerdo del amante ya no era más que sombra en el tapiz de una habitación. Bienvenida en los cuartos de eternidad, aquí todo se repite en círculos exquisitos, sin gravedad ni sollozos. ¡Ah, no! Nada de duelos… Estaría completamente fuera de lugar. Aquí la ligereza es un requisito y a los que llegan se les quita el lastre de un pasado cuya violencia es sospechosa, la inquietud inútil; y los esfuerzos por resucitarlo son vanos. Eurídice ya no recordará su amor carnal ni la mordedura de la serpiente, entra sin ruido en un espacio que no obstante ofrece, en su salvajismo permanente, la pura ausencia de un cuerpo amado.

En los infiernos cada quien está protegido, por lo menos es lo que cree. Ningún desorden es tolerado, nada de descarríos, de vacilaciones, de sorpresas. La esclavitud voluntaria es de ley, aquí reina la calma. Los pasillos de los hospitales psiquiátricos en las áreas de máximo aislamiento no son más silenciosos, sólo que aquí no hace falta ningún medicamento; el infierno tiene la particularidad de que nadie ejerce ningún constreñimiento. Ningún adyuvante a la ley, ni un códice. Nada de escritos, de condenas, de jueces, de prisioneros, aquí nada se transgrede. No hay otro espacio.

La trascendencia es una caída de nieve coposa, rápidamente disuelta al contacto del cuello, un puro efecto de blancura. La línea de horizonte se cierra sobre sí misma. La mera idea de salida sería devastadora, por lo tanto no existe. Todo aquello es de otro tiempo, inmemorial.

Eurídice era amada de Orfeo, cantada, esperada. Ya muerta, no le quedan ataduras. En los infiernos el tiempo no ofrece ningún socorro, no se filtra. Para qué intentar escaparse, "querer" y "preferir" no tienen ningún sentido aquí. La justicia no tiene curso puesto que no hay nada que desear, que envidiar. Puesto que todo estará aquí todavía, y tú con ello eternamente, puesto que ninguna posesión tiene sentido, ninguna desposesión tampoco. Los cuerpos se dan y se quitan, todo erotismo ha desaparecido, hasta la idea del deseo estaría totalmente fuera de lugar. Desear viene con fulgor, falta, sed, espera vértigo, piel, caricias, caída, suspenso. El infierno es autorregulado por sus habitantes sin necesidad alguna de recursos externos de vigilancia, la docilidad de las almas sólo siendo igualada por su vacuidad. Se les quitó el lastre de la pena inútil, de la espera ansiosa, de la melancolía incluso, se pasean en este presente perpetuo al paso de las libélulas. Sin prisa. La única violencia es la ausencia de violencia. En los infiernos el nombre que cada quien lleva es un préstamo, lo puede conservar o desecharlo y ser designado únicamente por un pronombre anónimo, él, ella, tú, yo. Esto tampoco pesa. Las hazañas del ego no resisten por mucho tiempo, se disuelven en una benevolencia fastidiada; acá y allá perduran algunos combates para el espectáculo, necesarios pero rápidamente olvidados, ya que los adversarios están persuadidos de antemano de su mutuo error, así como de lo inútil de su cargo.

En los infiernos el cuerpo es un problema resuelto, lo cual no implica que la palabra lo sea. Sólo ella se sostiene, perseguida por la idea de su propia desaparición, siendo que las palabras ya no están ligadas a ningún efecto de tiempo, de duración, de causalidad, sino que dan vueltas alrededor de sí mismas y en los labios, en un murmuro incesante. Aquí todo hace sentido. Se dedica uno a descifrar los complots, a entender el sentido oculto detrás de la información anodina, a desalojar lo falso, el doble sentido, el espejismo. Nada resiste mejor al infierno que el sentido dado a las cosas. Extrañamente, es una comarca donde el verbo se enarbola; la

estocada es dada aquí por aquél que mejor maneja la lengua. Toda palabra es susceptible de interpretación y, por lo tanto, de derrocamiento, se lleva como se lleva el hábito, con la frase asesina en el bolsillo, el chiste en el hombro y la frase ya lista en la boca. El dejarse ir está excluido. La palabra es un arma. La única aquí.

Eurídice desconfía de las palabras. Desde que entró en el canto de Orfeo, desde que oyó su voz, su voz que deshacía hechizos y hablaba tanto con el mundo animado como con el inanimado, tiene menos fe en la palabra. En los infiernos es la única que se queda en silencio y se la ve preferir a las palabras el solo eco luminoso de las paredes de vidrio que reflejan muy exactamente las luces de fuera. Pues los infiernos son una réplica exacta del mundo vivo en el que tú y yo estamos. Una superficie proyectada en una eternidad de cartón piedra, donde de reflejo en reflejo se superponen las épocas, la yuxtaposición haciendo las veces de continuidad temporal como en aquellos álbumes familiares que, hojeados a toda velocidad, te dan la ilusión de una vida engrapada en formato A4, del nacimiento a la muerte, con gran fanfarria de sonrisas y de presentaciones de niños tristes.

Eurídice explora los infiernos. ¿Qué queda de humanidad? El cuerpo sexuado se acopla, se desacopla, toda suerte de alianzas se piensan, se contemplan, pocas en realidad llegan hasta el tacto, de allí la extraña incorporeidad que baña estos lugares, después de todo, el desenlace es conocido y el goce se agota en encontrar una frontera dónde quebrarse. Durante largo tiempo los infiernos fueron sometidos a lo erótico de Bosch o de Breughel, el de los cuerpos tratados con sadismo, con un refinamiento cruel, donde hombres con cabezas de pájaros descuartizaban otros cuerpos descompuestos a lo largo de braseros atravesados por gritos. Pero (¡por desgracia!) aquí no se practica esta clase de cocina. La tortura es asunto de los vivos nada más. Nada de eso en los infiernos. El sin límite no lleva al crimen sino a la crueldad, o a lo más a una forma de voyeurismo constreñido por la indiferencia. Aquí la voluptuosidad no se somete a la ley de gravedad, no tiene ataduras ni promesa. No existe la traición, puesto que no se promete nada. El infierno es un vago pasillo con luces azuladas. No existe nada que se parezca a un lugar definitivo adonde depositar el alma.

Eurídice, el mundo de los muertos no podía aceptarte de nuevo,

te habías acercado demasiado a los vivos, a la voz humana. Técnicamente hablando, ya no existes. En tus brazos el peso del amado se borró, tu memoria ya no tiene ataduras, hasta las imágenes se han desvanecido poco a poco, sólo queda la certeza de haber vivido algo como un amor loco. Ahora hete aquí donde están los desaparecidos. Ya no hay sombras en el reino, ni penumbra ni tinieblas sino una yuxtaposición ostensible de las formas, de los cuerpos, de los objetos. Tú tratas de pensar pero no hay refugio posible para el pensamiento. ¿Será cierto que sólo pensamos verdaderamente en la urgencia, la angustia, la proximidad del acontecimiento, en la espera? El pensamiento se ha disuelto y con él cualquier idea de hacerse contemporáneo de cosa alguna. Al final de cuentas, a la consciencia de sí le falta gracia, ligereza, y te complace imaginarte esa suerte de efervescencia que llaman idea como una rareza que conviene acoger con precaución. El infierno es un lugar de desapego que no promete ningún refugio. Uno se acostumbra bastante rápido. Desprenderse de sí es otra historia… Todo ocurre aquí, reverberado cíclicamente, como aquellas rimas de infancia que retornan intactas cuando uno hubiera creído poder al fin escaparse de las predestinaciones del pasado, de la familia. El salvajismo está en la ignorancia casi absoluta de los lazos trabados, de las emociones vivenciadas, de los intercambios, del compartir. Los infiernos son un mundo sin eco. Cada quien se ejercita en morir —y es en balde—, en hablar, pero ¿qué quiere decir, qué verdad quiere arriesgar? Puesto que la idea misma de verdad ha desaparecido y que nada resiste a la obsesionante y corrosiva metáfora de la eternidad. El salvajismo es el reino de todo aquello que está fuera de la ley, pero aquí la ley es impensable. No tiene otra realidad que su propio nombre, se autoproclama y se deshace. El salvajismo es un descuartizador de los cuerpos. De los cuerpos destituidos de toda singularidad, ni olor ni silueta ni timbre de voz, también aquí está todo desintegrado, reintegrable. Los infiernos tienen esto de extraño que guardan indefinidamente la huella de las cosas; un acontecimiento no se pasa sino que vuelve a pasar en círculos hasta su degaste definitivo, hasta que su sabor, su lenguaje, aquello en él que manda señales ya no le diga nada a nadie, sólo entonces se deshace, se va hecho trizas.

Se podría decir que Eurídice está triste si es que esto tuviera el

menor sentido, aquí donde la tristeza ya no tiene más realidad que una palabra mal pronunciada. La tristeza requiere de un espacio intermedio entre lo trágico y lo placentero, suerte de antesala del abandono donde el modo menor que la caracteriza libera su música en una suerte de ausencia de sí reconocible entre mil. El salvajismo es esto también, el que no haya tristeza ni alegría ni pasadizos. Los infiernos no tienen reverso, sólo abren hacia sí mismos, hacia el dédalo de las pasiones que ofrecen, toda la gama obscena que doblega los cuerpos bajo una ley salvaje, la del puro placer, es decir, también del horror.

Eurídice, desconoces lo que se quiere de ti. Ignoras incluso si algo se espera de ti. Ser esperado es lo que mantiene vivos a los vivos. Al ser vivo que eras. En los infiernos toda espera se disipa, vapor fino entre las palabras. Ningún mañana para soportar su peso de incandescencia, su ligereza. En el infierno todo se vuelve escena, dramaturgia de la fiesta perpetua. Devenida una orden macabra: no aburrirse. Cómo imaginar que alguien te busca, que viene hasta acá para abrazarte. Tuviste tal amante amado, una serpiente te mordió, relegándote entre las sombras, en esta noche líquida indistinta del día. ¿Cómo encontrar la fuerza para esperarlo? Para continuar cuando no hay inframundo, ningún otro guion, ningunas bambalinas. No abandonarte, porque entonces desaparecerías, alcanzando a aquéllos de los que Dante decía que nadie los lloraba, desaparecidos entre los desaparecidos puesto que ninguna memoria viviente invoca lo que fueron. Aquéllos por los que nadie reza.

¿Cómo salir de la sombra que se extiende sobre los vivos y los muertos confundidos, cuando no pueden ser desagrupados? ¿Por qué camino de amor podrá ser salvada Eurídice? Orfeo vino a buscarla hasta los infiernos. Es el momento de la vuelta que es —y seguirá siendo— misterioso. ¿Cómo imaginarlo? Todo este esfuerzo para buscarte, a ti, hasta aquí, ¿y súbitamente se voltea, reenviándote a ti a los infiernos? ¿Se trataría de una mascarada desde el inicio? ¿De una puesta a prueba inútil y cruel, de una última ofensa? La orden le había sido dada de no voltear. Una sola condición. No te voltees. Orfeo había dicho que sí, todo para su amor. ¿Siquiera oyó lo que le fue pedido?

Se ha dicho que fue la memoria, el pasado. Que voltear era recorrer al revés el camino de la liberación. Se dijo que era lo

irreversible, que ése era el trato para ser humano: somos mortales y no todopoderosos, no estamos en un tiempo reversible, sólo somos seres que se mantienen al alcance de la voz, en ese milagro tenue de la presencia. La trampa sería creer que Orfeo existe, que era algo más que un puro espejismo. No hacemos más que esperarlo, a aquél que volverá. La única palabra siendo perdóname, acéptame de nuevo. Ven por mí, dicen los niños, piensan los niños, lloran los niños, hasta el día que se consuelan, que olvidan; también ellos vuelven de ese lugar. Tú te habías empecinado en creer en ello. En que irían por ti hasta los infiernos. Y Orfeo vino, pasó, atravesó. Y volviste a subir con él, o más exactamente dice el mito, atrás de él. El mito es una palabra común, reverberada también ella, que pertenece a todos y se escapa hacia todos. Una palabra que se rememora a tiempos más antiguos —quizás— que la humanidad misma; esa palabra del relato dice que Orfeo a pesar de su promesa se voltea, llenando de pavor todo aquello que es el amor: ¿será amor el voltear a pesar de todo porque aquélla que es amada te llama, te llama desde ese reino de los muertos a los que aún pertenece?

La libertad se cumple para quien la desea, llega en y por el deseo, es un puro acontecimiento, interior al deseo mismo. No se asigna al querer sino que es mucho más originaria; Spinoza ya se había percatado de que está acurrucada al interior mismo del mecanismo deseante, ese pequeño reloj maravilloso que hace de nosotros unos vivos. ¿Será que perseverar en el ser significa consentir a ese acrecentamiento de ser que llamamos “alegría”? Volver a subir de los infiernos es dejar el exilio, franquear ese paso siguiendo un hilo de voz que llama desde lo más lejos, incluso desde ese lugar en que no sabías que estabas perdida, y esta voz que te vuelve a llamar te da un cuerpo nuevo, una consistencia y un albergue. Pero he aquí que Orfeo se voltea, y lo que recibes es la visión de su propio cuerpo, su fragilidad de ser vivo que responde al deseo. Bien lo sabían los infiernos, sabían que no podría evitar voltear puesto que te amaba. No había oportunidad. Esto es el infierno: el tiempo volteado en fatalidad. Pero pese a todo hubo algo imprevisible, pues no volviste al infierno ya que del infierno, justamente, uno nunca sale. Ahora bien, responder al llamado te sacaba inmediatamente del infierno, aun cuando no podías volver a

salir viva con él; y él creyó que estabas perdida de nuevo y se extravió. Y empezó a morir hasta ser despedazado por las furiosas Erinias, celosas de su pasión.

Pero tú, ¿dónde estabas? Al no estar viva ni muerta ya no tenías lugar, ni siquiera aquel lugar sin límite, aquel lugar de locura pura y bárbara y, no obstante, de una inquietante e infinita dulzura que llaman los infiernos. Vas a entrar en un entre-dos-mundos, exiliada del uno y del otro, sin pertenencia, y esta libertad te será cara pero como todas las voces proféticas, estarás sola, serás la paseadora que nadie reconoce pero que todo el mundo ha visto, puro testigo, si esto fuera posible, una silueta recortada en el espacio, un cuerpo solo, sin gravedad.

¿Acaso el espacio de Eurídice es, al interior del lenguaje mismo, el comienzo de toda metáfora? Una metáfora atorada entre muertos y vivos, un mito cuya memoria convoca toda la femineidad, en cada mujer que sabe… Te deslizaste en el espacio de la letra, entre los muros y los territorios, en aquel gesto que espera una respuesta; viniste a dar vida, al interior de la lengua, a ese lugar de paso en el que una aún no está del todo viva, pero ya no está muerta entre los muertos; pues nada cesa, ni de escribirse ni de olvidarse, incluso en los archivos mejor guardados quedan mensajes sin descifrar, cartas aún selladas que fueron interceptadas y cuya lectura por aquél o aquélla a quien estaban destinadas queda pendiente; y tú velas por cada una de ellas. Tú eres, Eurídice, aquélla a quien la muerte le fue negada, sobre quien el renacimiento se volvió a cerrar. Eurídice que entró en el secreto de todas las cartas hasta las tachadas, olvidadas, escritas, reescritas, borradas con rabia, tiradas, liberadas, pasadas o por venir… Eurídice, como Hermes, viajera, habita el único lugar donde no se puede residir, entre los muertos, entre los mortales y sus difuntos, en esta intersección fugitiva. Entrada por efracción en la soltura de la escritura, en el lugar donde la palabra se encuentra con lo real, y he aquí que aparece esta cosa evanescente entre todas que llaman deseo. Correr el riesgo del espacio del deseo, quiero decir correr verdaderamente el riesgo de su metáfora viva, del espacio que lo separa de aquello por lo cual suspira, ser, cuerpo, memoria, sentido de la vida, curación, reconocimiento, aquello hacia lo cual abre la metáfora, ese otro espacio, el espacio posible de la palabra.



**Anne Dufourmantelle** nació en París en 1964. Se doctoró en Filosofía en la Universidad de la Sorbonne y fue diplomada por Brown University en EEUU. Practicó el psicoanálisis, siendo miembro de Le Cercle Freudien en París y la asociación Après-Coup en Nueva York, estando cercana a la escuela inglesa de psicoanálisis en Londres. Dictó clases regularmente en la Escuela Nacional Superior de Arquitectura París-La Villette y en la European Graduate School (EGS).

Publicó numerosos libros: ensayos, conversaciones con otros pensadores, relatos clínicos, novelas. Escribía crónicas -que llamó "filosóficas"— para el diario parisino Libération. Trabajó como editora para Calmann-Levy y dirigió la colección "Otro pensamiento" para la editorial Stock de Nueva York. Tuvo una relación muy cercana con nuestra lengua, viviendo algunos períodos en España y Colombia. Falleció el 21 de julio de 2017 en Ramatuelle, Riviera francesa.

# Notas

[1] Este efecto se produce cuando una fuente de sonido amplificado (por ejemplo, un altavoz) y el receptor (como un micrófono) de un sistema de audio se encuentran cerca uno del otro. El sonido emitido por la fuente es recibido por el receptor, que amplifica y lo retransmite a la fuente. Esta señal se recibe una vez más por la fuente, reamplificada, y así sucesivamente. (N. del edit.) < <

[2] La leyenda de Orfeo y Eurídice se relaciona con la religión de los misterios. Hijo del rey Eagro y de la musa Calíope, Orfeo sabía con los acentos de su lira encantar a los animales salvajes y lograba conmover a los seres inanimados. Durante su boda, Eurídice fue mordida en el pie por una serpiente y murió. Después de haber dormido con su música a Cerbero y a las terribles Euménides, Orfeo pudo acercarse al dios Hades. Logró ablandarlo y éste lo dejó ir con su amada, con la condición de que ella lo siguiera y que él no se volteara ni le hablara mientras ambos no hubieran regresado al mundo de los vivos. Pero en el momento en que se preparaban para salir de los infiernos, Orfeo no pudo evitar voltear hacia Eurídice y ésta le fue retirada definitivamente. “Aquí, que no abandonara ella temiendo y ávido de verla, giró el amante sus ojos, y en seguida ella se volvió a bajar de nuevo, y ella, sus brazos tendiendo y por ser sostenida y sostenerse contendiendo, nada, sino las que cedían, la infeliz agarró auras”. (Ovidio, Las Metamorfosis, Libro X). Posteriormente, Orfeo se mostró inconsolable. La versión más común de su muerte es que las Bacantes sufrieron un fuerte despecho al verlo permanecer fiel a Eurídice y lo despedazaron. Las Musas afligidas recogieron sus miembros para enterrarlos al pie del Monte Olimpo. Es alrededor de este mito que se funda el orfismo.
< <

[3] . En francés la eliminación del deducible de un seguro es llamada *rachat de franchise,* donde la palabra *franchise* significa tanto "franquicia" como "franqueza". (N. de T.) < <

[4] Annie Le Brun, *Si rien avail une forme, ce serait cela.* París, Gallimard, 2010. < <

[5] Immanuel Kant, *Crítica del juicio.* México, Porrúa, 2003, pp. 349-354. < <

[6] Elie During, *Faux raccords. La coexistence des images*, París, Acres Sud, 2010. < <

[7] Friedrich Nietzsche, *La Généalogie de la Morale*, t. II. París, Mercure de France, 1948, p. 3. (*La genealogía de la moral.* Biblioteca Virtual Universal, en www.biblioteca.org.ar, p. 33). < <

[8] Emmanuel Levinas, *El Tiempo y el Otro.* Barcelona, Paidós, 1993, p. 88. < <

[9] Eurípides, “Fragments”, en *Tragédies,* t. VIII. París, Les Belles Lettres, 1998, p. 323. Citado por Jackie Pigeaud, *Que veulent les femmes?*. París, Payot & Rivages, 2010, p. 12. < <

[10] Jack Kerouac, *En el camino.* Barcelona, Anagrama, 1989. < <

[11] Avital Ronell, *The Test Drive.* Chicago, University of Illinois Press, 2007. (*Pulsión de prueba.* Buenos Aires, Interzona, 2008). <<

[12] Adam Phillips, *Trois capacités negatives.* París, Editions de l'Olivier, 2010. Véase A. Phillips, *On Balance.* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2010, pp. 118-197 y A. Phillips, "On losing and being lost again", conferencia impartida en la *Architectural Association* de Londres, en www.aaschool.ac.uk/VIDEO/lecture.php?ID=25. <<

[13] Gilles Deleuze, *Deux Regimes de Fous.* París, Gallimard, 2003, p. 360. (Las cursivas son mías). (*Dos regímenes de locos.* Valencia, Pre textos, 2007). <<

[14] La autora hace referencia al cuento de Alphonse Daudet, “La cabra del señor Seguin *(La cheère de monsieur Seguin),* en donde se relata la historia del señor Seguin y sus cabras, de las cuales seis han sido devoradas por un lobo. (N. del edit.) < <

[15] Emmanuel Levinas, *Autrement qu'être ou au-delà de l'essence.* París, Le livre de poche, 2004, p. 195. *(De otro modo que ser o más allá de la esencia.* Salamanca, España, Sígueme, 2003, p. 194). <<

[16] Maurice Blanchot, *Le livre à venir*. París, Gallimard, 1959, pp. 109-110. < <

[17] Elie During, *Faux raccords. La coexistence des images*, París, Acres Sud, 2010, p. 75. < <

[18] En francés, “horario” se dice literalmente “empleo del tiempo” (*“emploi du temps”).* (N. de T.) < <

[19] Se refiere a distintas conductas y comportamientos que presentan aquéllos diagnosticados con un trastorno obsesivo-compulsivo como serían los pensamientos intrusivos, recurrentes y persistentes, las compulsiones y la ansiedad. (N. del edit.) < <

[20] Maurice Merleau-Ponty, *La Phénoménologie de la Perception.* París, Gallimard, 1945, p. 485. (*Fenomenología de la percepción.* Barcelona, Planeta-Agostini, 1993, p. 432). < <

[21] Gilles Deleuze, *Deux Regimes de Fous.* París, Gallimard, 2003, p. 172. (*Dos regímenes de locos.* Valencia, Pre-textos, 2007). < <

[22] Carta a Georges Izambard del 13 de mayo de 1871, *La Máquina del tiempo,* www.lamaquinadeltiempo.com/Rimbaud/cartasvid.htm < <

[23] G. Deleuze, *op. cit.,* p. 276. < <

[24] Pierre Guyotat, entrevista con Laure Adler, France Culture (palabras apuntadas en un programa de radio), el 30 de diciembre de 2010. < <

[25] Søren Kierkegaard nace en 1813, en Dinamarca, en una familia perteneciente a una comunidad pietista muy ferviente. En 1831, año de la muerte de Hegel, inicia sus estudios de teología. Luego su madre, sus tres hermanas mayores y dos de sus hermanos mueren uno por uno. Se hunde en una melancolía acentuada por el deceso de su padre en 1838. Dos años después conoce a la joven Regine Olsen, de la que se enamora.

Rompe brutalmente con ella un año más tarde. El mismo año, defiende su tesis doctoral *Sobre el concepto de ironía en constante referencia a Sócrates* y se exilia en Berlín donde asiste a las clases de Schelling. En 1843 publica su primer gran libro, *O lo uno o lo otro,* bajo el pseudónimo de Victor Eremita y, renunciando a ser pastor, se adentra en una inmensa producción filosófica, por ejemplo, *El concepto de la angustia* (1844), *Etapas del camino de la vida* (1845), *Apostilla conclusiva no científica a las "Migajas Filosóficas"* (1846), y *La enfermedad mortal,* a veces traducido bajo el título *Tratado de la desesperanza* [o *Desesperación*] (1849). Muere a la edad de 42 años. Kierkegaard se opuso a la filosofía de Hegel, no obstante lo cual se queda con su noción de "dialéctica" para aplicarla a la realidad de la existencia concreta con sus imprevistos, sus dudas, sus tormentos. Se coloca como continuador de la ironía socrática y defiende la idea de una negación absoluta frente al sistema hegeliano que pretende reabsorber toda negación en el tercer momento, especulativo y positivo, del advenimiento del Espíritu. Kierkegaard, en *El concepto de la angustia,* explora de qué manera la libertad se atestigua a sí misma de manera paradójica, siendo que sólo un ser libre puede experimentar la angustia: experiencia de la libertad como carga y obstáculo. < <

[26] Søten Kierkegaard, *El concepto de la angustia.* Madrid, Espasa-Calpe, 1982, pp. 61-62. < <

[27] *Ibid.*, p. 59. < <

[28] Françoise Davoine y Jean-Max Gaudilliére, *Historia y trauma. La locura de las guerras.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011. < <

[29] Jacques Derrida, *Carneros*. Buenos Aires, Amorrortu, 2009. <<

[30] La reflexión que se efectúa en este capítulo se basa en el hecho de que en francés (como en algunos otros idiomas), se dice “arriesgar su vida” (“*risquer sa vie”)* y no “arriesgar la vida” (“*risquer la vie”).* Por esta razón se tradujo la expresión dejando el posesivo. (N. de T.) < <

[31] Marie Depussé, *Dieu gît dans les détails.* París, P.O.L., 2002. (Título tomado de una expresión de Aby Warburg). < <

[32] Emmanuel Levinas, *El tiempo y el Otro.* Barcelona, Paidós, 1993, pp. 132-133. < <

[33] Juego de palabras entre “*panser*" (curar o vendar), y “*penser*” (pensar). (N. de T.) < <

[34] Mathieu Terence, *Journal d'un cœur sec.* París, Phébus, 1999, p. 36. < <

[35] Esta cita proviene de la traducción francesa de unas lecciones impartidas por Heidegger en 1951 y 1952, de las que se pueden oír extractos en alemán en www.pileface.com/sollers/article.php3?id_article=769#section1. Sin embargo, en el libro *Was Heißt Denken* y en su traducción al español, *¿Qué Significa Pensar?,* dicha cita figura de forma incompleta. (N. de T.) < <

[36] En francés, se dice *“Je cherche mes mots”* (“Busco mis palabras”) cuando cuesta trabajo encontrar las palabras para decir algo. (N. de T.) <<

[37] Michel de Montaigne, “De los mentirosos”, en *Ensayos de Montaigne,* libro I, capítulo IX. En: www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ensayos-de-montaigne-0/html/fefb17e2-82b1-11df-acc7-002185ce6064_l57.xhtml#I_l5 < <

[38] En este capítulo, algunos términos relacionados con el chiste fueron difíciles de traducir, por ejemplo “trait d’esprit”, “mot d’esprit” y “humour”. Como esta dificultad es similar a la que encontraron los traductores de Freud respecto a los conceptos relacionados con “Witz”, me inspiré de las palabras adoptadas por José Luis Etcheverry en la traducción del “El chiste y su relación con lo inconsciente” de las obras completas de Freud. Sigmund Freud, “El chiste y su relación con lo inconsciente”, en Obras completas, t. VIII. Trad. de José L. Etcheverry. Buenos Aires, Amorrortu, 1986, p. 11. (N. de T.) < <

[39] S. Freud, “El humor”, en op. cit., t. XXI, p. 157. < <

[40] En francés se dice *“se tordre de vire".* (N. de T.) < <

[41] *“Four rire”* (“loca risa”) significa ataque de risa. (N. de T.) <<

[42] Aquí la autora empleó la palabra *“démonique”,* que además del sentido habitual de término demoníaco, incluye el de ser poseído por un dios o una potencia espiritual. (N. de T.) < <

[43] Gilles Deleuze, *Deux Regimes de Fous.* París, Gallimard, 2003, p. 40. (*Dos regímenes de locos.* Valencia, Pre-textos, 2007). < <

[44] S. Freud, “La interpretación de los sueños”, en *op. cit.,* t. v, p. 519. < <

[45] Henri Bergson, *La risa.* Buenos Aires, Godot, 2011, pp. 10, 11, 24 y 25. < <

[46] Frédéric Boyer, *Gagmen.* París, P.O.L., 2002, p. 34. < <

[47] Expresión usada por Schlegel en francés y que significa “escapada de vista” o “golpe de vista”. (N. de T.) < <

[48] Annie Le Brun, *Si rien avait une forme, ce serait cela.* París, Gallimard, 2010, p. 103. < <

[49] Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *La Philosophie de l’Esprit de la «Realphilosophie»* [1805]. París, puf, 2002, p. 12. < <

[50] Novalis, “Fragments”, en *Œuvres completes,* t. II. París, Gallimard, 1975, p. 49. < <

[51] Revista *Athenaeum,* fragmento 116. < <

[52] Se cuentan 451 de ellos en las entregas del *Athenaeum.* < <

[53] Gilles Deleuze, *Deux Regimes de Fous.* Paris, Gallimard, 2003, p. 42. *(Dos regímenes de locos.* Valencia, Pre-textos, 2007). < <

[54] Citado por Annie Le Brun, *Si rien avait une forme, ce serait cela.* Paris, Gallimard, 2010, p. 244. < <

[55] Elie During, *Faux raccords. La coexistence des images,* París, Acres Sud, 2010, pp. 45- 47. < <

[56] Maurice Blanchot, *Le livre a venir*. París, Gallimard, 1986, p. 110. < <

[57] Néstor Braunstein, *Memoria y espanto o el recuerdo de infancia.* México, Siglo XXI, 2008. < <

[58] Revista francesa de divulgación científica. (N. de T.) < <

[59] Peter Sloterdijk, *Essai d'intoxication volontaire.* París, Calmann-Lévy, 1999. < <

[60] William Shakespeare, *El Rey Ricardo II.* Biblioteca virtual universal, **www.biblioteca.org.ar/libros/71330.pdf**, p. 23. <<

[61] Pierre Zaoui, *La traversée des catastrophes.* París, Seuil, 2010, p. 113. < <

[62] Michela Marzano, *Le contrat de defiance.* París, Grasset, 2010, p. 18. <<

[63] Adam Phillips, *Trois capacites negatives.* París, Editions de l'Olivier, 2010. < <

[64] En este capítulo la palabra padre *(pére)* se refiere únicamente al progenitor hombre. < <

[65] En la versión original en francés, el título de este capítulo es *Hantises,* un derivado del verbo *hanter* con orígenes germanos que significan “traer a casa” *(home, Heim)*. Actualmente, la palabra *hanter* tiene el significado de “perseguir”, “habitar”, “frecuentar”, “obsesionar”, pero se usa más específicamente para expresar que una casa está embrujada, habitada por fantasmas; algunos diccionarios traducen *hanter* por la palabra española “trasguear” que viene de trasgo, duende, pero que parece estar en desuso. Aunque he optado por traducir *hantise* por “obsesión” o “persecución”, es importante notar que el concepto no tiene relación con los sentidos psicoanalíticos que habitualmente se dan a estos términos. (N. de T.) <<

[66] Elie During, *Faux raccords. La coexistence des images*, París, Acres Sud, 2010, p. 42. < <

[67] *Ídem.* <<

[68] Henri Bergson, *La pensée et le mouvant.* París, puf, 2009, p. 130. (Citado por Elie During). < <

[69] Annie Le Brun, *Si rien avait une forme, ce serait cela.* París, Gallimard, 2010 < <

[70] Una elipse es una curva cerrada en el plano que se define por la relación de sus elementos con dos puntos $F1$ y $F2$ del mismo plano: para todo punto $P$ de la elipse, la suma de la distancia de $P$ a $F1$ y de la distancia de $P$ a $F2$ es un número constante, $D$. Los puntos $F1$ y $F2$ se llaman *focos*, y es fácil verificar que si los dos focos coinciden, entonces la elipse es un círculo de centro $F1 = F2$ y de diámetro $D$. La reflexión de la autora en este capítulo se inspira en la idea de que los focos de la elipse fungen como dos “centros” que están situados de ambos lados del verdadero centro geométrico de la figura; el colocarse en uno de ellos es como volver el otro invisible al mismo tiempo que constituye una elección subversiva por no ubicarse en el centro. (N. de T.) < <

[71] Olivier Cadiot, *Retour définitif et durable de l'être aimé.* París, P.O.L., 2008, y O. Cadiot, *Un mage en été.* París, P.O.L., 2010. < <

[72] Jacques Derrida, *La bestia y el soberano*, vol. 1. Buenos Aires, Manantial, 2010. < <

[73] El término *“das Unheimliche”,* que Etcheverry tradujo como “lo ominoso”, fue traducido al francés como *“l'inquietante étrangeté*’, la inquietante extrañeza, por Marie Bonaparte. Véase el prefacio de Pontalis a la versión bilingüe francesa-alemana del texto correspondiente de Freud, Folio bilingüe, 2001, p. 10. (N. de T.) < <

[74] Elie During, *Faux raccords. La coexistence des images,* París, Acres Sud, 2010, p. 49. < <

[75] En francés, la palabra “*transport*” también tiene la acepción de un sentimiento apasionado, un arrebato. (N. de T.) <<

[76] Bernard Stiegler, extractos de las palabras expresadas en France 3 (cadena de televisión francesa). < <

[77] Julia Kristeva, *El porvenir de una revuelta.* Barcelona, Seix-Barral, 2000, p. 98. < <

[78] Claude Lévi-Strauss, *Raza y cultura.* Madrid, Cátedra, pp. 140-141. < <

[79] J. Kristeva, L’Avenir d’une revoke. París, Calmann-Lévy, 1998, p. 15. < <